

MUNDO HISPÁNICO

N.º 234 - SEPTIEMBRE 1967 - 30 PTS.

COLABORACIONES DE: Vicente Urcuyo, José María Pemán, Ernesto La Orden, Gastón Baquero, César González Ruano, Margarita Gómez Espinosa, Juan Antonio Cabezas, Federico C. Sáinz de Robles, Francisco Umbral, Tomás Borrás, Antonio Oliver Belmás, José María Souvirón, Enrique Azcoaga, Luis Morales Oliver, Vicente Marrero...

TEXTOS DE: Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Azorín, Ortega y Gasset, Valle-Inclán, Jacinto Benavente, Ramiro de Maeztu, Gregorio Marañón, Federico García Lorca, Ricardo Rojas...

«NUESTRO RUBÉN» • DE LA PROSA • AMERICANO EN ESPAÑA • CUATRO LUGARES DE SU NICARAGUA • ESPAÑA EN SUS OJOS • LOS ROSTROS DE RUBÉN • TRAYECTORIA VITAL • AQUEL MADRID • ÉL Y LOS JÓVENES • MUJERES EN SU VIDA • OFRENDA EN 1916 • EL SEMINARIO-ARCHIVO • CENTENARIO EN NICARAGUA • CENTENARIO EN MADRID...

EXTRAORDINARIO DEDICADO A



RUBÉN

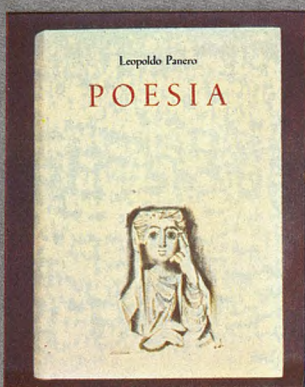
1867-1967

DARÍO

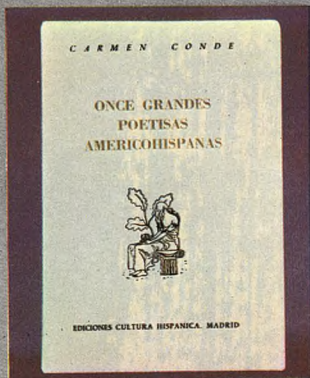
ediciones cultura hispanica



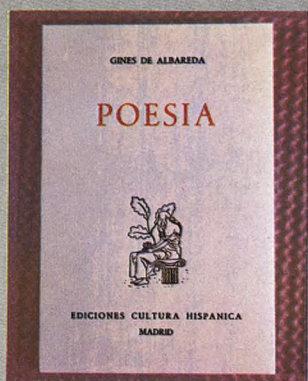
TERCER GESTO
RAFAEL GUILLÉN
Precio: 100 pesetas.



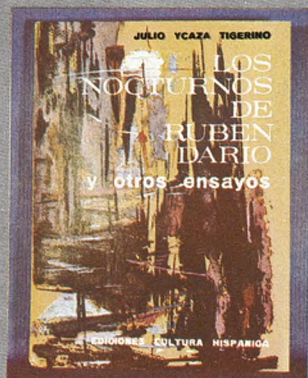
POESIA
(1932-1960)
PANERO, LEOPOLDO
Precio: 150 pesetas.



ONCE GRANDES POETISAS AMERICOHISPANAS
CARMEN CONDE
Precio: 250 pesetas.



POESIA
GINÉS DE ALBAREDA
Precio: 115 pesetas.



LOS NOCTURNOS DE RUBÉN DARÍO Y OTROS ENSAYOS
YCAZA TIGERINO, JULIO
Precio: 25 pesetas.

EL ESTRECHO DUDOSO
CARDENAL, ERNESTO
Precio: 150 pesetas.



POESIA
(Selección 1929-1962)
CUADRA, PABLO ANTONIO
Precio: 100 pesetas.



POESIA HISPANOAMERICANA
De Terrazas a Rubén Darío
GARCÍA NIETO, JOSÉ, y FRANCISCO TOMÁS Y CALVO
Precio: 25 pesetas.



P E D I D O S
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
Distribución de Publicaciones.
Avda. de los Reyes Católicos, s/n. - MADRID - 3.

DISTRIBUIDOR
E. I. S. A. - Oñate, 15. - MADRID - 20.

!!Turistas!!



DOS de estas cuatro maravillas pueden ser **SUYAS**

- entregas rápidas
- recompra asegurada
- precios fábrica
- garantía tres años
- libre de impuestos
- entrega en cualquier ciudad o país

vea los últimos modelos en:

C. DE SALAMANCA, S. A.

Representantes Generales en España de Rolls-Royce y Jaguar



Avda. José Antonio, 61.
Avda. Valladolid, 45.
Ríos Rosas, 58.
General Primo de Rivera, 16.

Tel. 247 18 07
Tel. 247 57 07
Tel. 234 69 07
Tel. 227 39 26

MADRID



— A SU LLEGADA A ESPAÑA NO PIERDA TIEMPO, DE ORDEN EN EL HOTEL Y LE VISITAREMOS —

LINKER

PRINCIPE, 4 - MADRID-12
TELEFONO 231 35 13



Miniatura sobre marfil de 58 x 73 m/m.



ORIGINAL

RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
ID. AL CRAYON
MINIATURAS SOBRE MARFIL
ID. CLASE ESPECIAL
(DE CUALQUIER FOTOGRAFIA)

DE SUS VIEJAS FOTOS DE FAMILIA,
ASI COMO DE LAS ACTUALES,
PODEMOS HACERLE ESTOS ARTISTICOS
TRABAJOS.

MINIATURES ON IVORY,
PORTRAITS IN OIL,
PASTEL,
CRAYON,
FROM ANY PHOTO.

CONSULTE PRECIOS Y CONDICIONES, PREVIO
ENVIO DE ORIGINALES

ASK FOR PRICES AND CONDITIONS SENDING
THE ORIGINAL PHOTOGRAPH

UN BANCO

ES MAS QUE DINERO

EL BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA
—especializado en el fomento
de las exportaciones españolas—
es una exposición permanente
de los productos
que España
ofrece a los mercados del mundo.
Muestra las calidades.
Señala las cantidades
y presenta las condiciones comerciales.



EXTENSA



**BANCO EXTERIOR
DE
ESPAÑA**

CARRERA DE SAN JERONIMO, 36 - MADRID-14

Aprobado por el Banco de España con el n.º 6.022

Oro Español



CARLOS I.

es el dorado brandy, orgullo de la Noble Casa que en el año 1730 fundara Don Pedro Domecq en Jerez de la Frontera.

Este rico tesoro para el paladar es conservado y ofrecido hoy por su séptima generación, con su tradicional calidad y pureza.



El brandy de más prestigio de España

CARLOS I.

Colegio ALAMÁN

MASCULINO

Alumnos internos,
mediopensionistas
y externos.

FEMENINO

Alumnas mediopensionistas
y externas.

MADRID (ESPAÑA)

Primaria, Bachillerato, preparación
de grados y curso preuniversitario.



Fachada del COLEGIO ALAMAN
Femenino, sito
en la avenida de América
(frente al parque de las Avenidas).

ESTE moderno centro de enseñanza, con la raíz de una tradición de veinticinco años y la savia nueva de los más actuales métodos pedagógicos, extiende las ramas de su reconocido prestigio a lo largo y ancho no sólo de España, sino de Europa e Hispanoamérica.

El Colegio Alaman, aparte de sus edificios de la calle del Pinar, números 2, 4 y 6, y de su internado de Pinar, 7, posee en la finca denominada «Fuente del Olivo», a escasos kilómetros de Madrid, un Colegio de Campo, expresamente pensado para alumnos mediopensionistas e internos, con sus secciones de Bachillerato y Jardín de Infancia. En la avenida de América se acaba de construir el Colegio Alaman Femenino, con sus secciones de Jardín de Infancia, Primaria, Bachillerato y Cultura General.

En la visita que hacemos al Colegio de Campo, invitados por el fundador de esta magnífica obra, don Manuel Alaman Velasco, observamos que hay en él un aire peculiar que le hace ser distinto. Nos atreveríamos a decir que no parece un Colegio, que es como una gran familia en la que reina la alegría, la sinceridad y la espontaneidad, sintiéndose los alumnos dueños de sus actos cuando se esparcen por las amplias instalaciones deportivas, cuando están en el comedor, cuando, en ruidosa algarabía, suben a clase o cuando exponen sus lecciones y dudas ante el profesor. Porque la clase, en número reducido de alumnos, no es aquí una rígida cátedra, sino un alternarse de preguntas y respuestas, que se reflejarán en las calificaciones semanales que reciben los padres de los alumnos. Precisamente hemos entrado en la clase de Religión, atendida por un sacerdote joven y dinámico, que es el director espiritual de los alumnos. Nos dice que su labor se dirige no a tomar la lección exclusivamente, sino a formar cristianamente a través de los actos de piedad, que los chicos deben cumplir sin sentirse coaccionados.

Todo aquí es naturalidad y ritmo desbordado, presidido por el trato amable y la corrección que distingue a este educador, quien, a lo largo de tantas promociones, ha ido forjando a hombres que hoy ocupan cargos rectores de nuestra sociedad; hombres que empezaron a asistir al Colegio a los seis o siete años. Vemos a niños internos de esta edad, atendidos con un cariño que los hace sentirse en el Colegio como en su propio hogar, muchos de ellos de naciones hermanas.

Vista parcial
de la magnífica piscina cubierta
del Colegio Femenino.



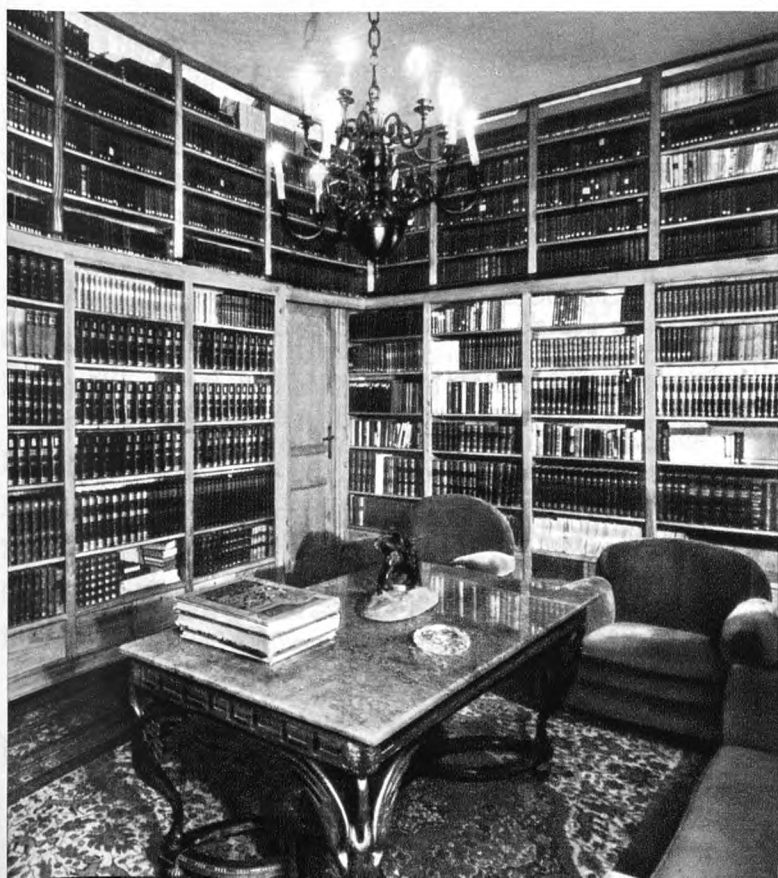
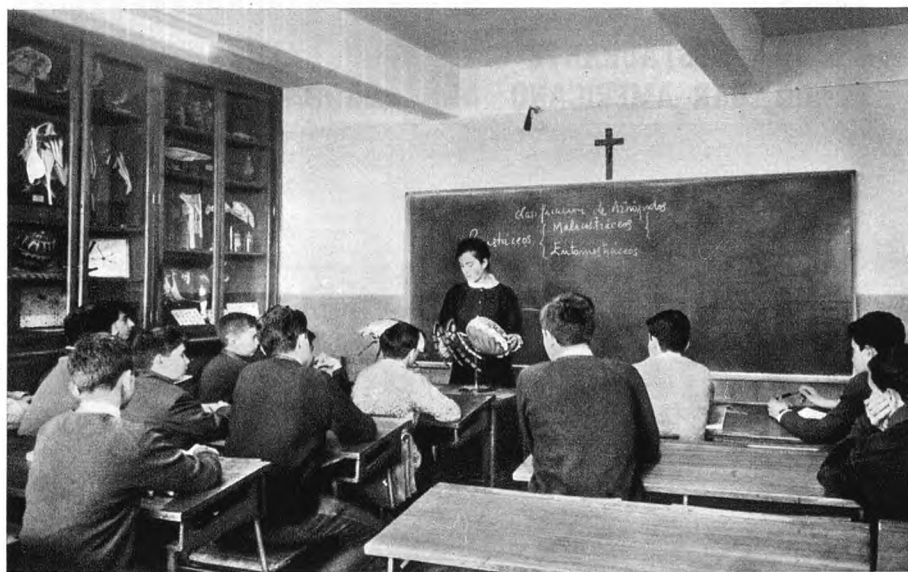


Un Colegio de auténtica solera y modernas instalaciones. En este centro modelado conviven en fraterno camaradería españoles, hispanoamericanos y extranjeros, atendidos por un profesorado competente y rodeados de toda clase de comodidades y medios para el estudio y el sano ejercicio físico.

Como complemento y ayuda para la formación humana y cultural de los alumnos, el Colegio Alamán dispone de los medios materiales precisos: aulas ventiladas, con profusión de cuadros y vitrinas, donde se acumula un enorme material pedagógico, a fin de que la letra entre por la demostración visual, y no sólo por la explicación; gabinete de física, laboratorios, diapositivas, discos, magnetófonos para la enseñanza de idiomas, biblioteca con más de 10.000 volúmenes... En las aulas de los pequeños—cuatro a nueve años—no falta el detalle infantil: los mapas murales, en profusión de colorido; las láminas especiales para la enseñanza de las primeras letras o de los idiomas, a los que se presta desde esta edad especialísima atención. Luego, la instalación de rayos X para el reconocimiento médico completo de cada alumno, y el gabinete psico-técnico. Para los internos, en sus horas de asueto, hay televisión y cine. Y para todos, frecuentes visitas y excursiones a lugares de importancia histórica o científica, incluyendo países como Portugal, Marruecos, Francia, etc. ¿Para qué continuar? Nuestra visita es un continuo ir de sorpresa en sorpresa por este centro, en el que, en fraterno camaradería, españoles, hispanoamericanos y extranjeros conviven alrededor de un hombre que ha hecho de la educación la meta de su vida, y al que sus alumnos llaman cariñosamente «Mancho», porque, a la vez que educador, es un amigo más.

Al regresar del Colegio de Campo nos detenemos en la avenida de América (frente al parque de las Avenidas) para visitar el Colegio Alamán Femenino. Las espaciosas aulas de este bonito centro acogen a niñas de Jardín de Infancia y Enseñanza Primaria, así como a alumnas de Bachillerato. Como complemento o parte integrante de estas actividades, el Colegio dispone de una piscina cubierta, gimnasio, biblioteca, laboratorios, enseñanza de idiomas, labores, arte, decoración, danza..., y una recogida capilla. Todo ello servirá para crear y fomentar, al igual que en los Colegios masculinos, lo que ha sido siempre norma y meta de su fundador: alegría sana, espíritu abierto, trato correcto, afán de estudio y formación íntegra, en perfecta simbiosis de cuerpo y espíritu.

A. P.





200 habitaciones con
baño y teléfono

Refrigeración en los
salones públicos

RESTAURANTE
BAR AMERICANO



VESTIBULO

Hotel Principe Pio
Madrid



BAR

Teléf. 247 08 00
Cables: PIOTEL

Paseo de
Onésimo Redondo, 16

MADRID (España)

RENAULT



AL PENSAR EN SU VIAJE A
EUROPA
NO SE PREOCUPE DEL COCHE

TENEMOS A SU DISPOSICION
EN EL PUERTO, AEROPUERTO
O FRONTERA QUE UD. DESEE

TODOS NUESTROS MODELOS

1967

EN MATRICULA TURISTICA

**MAS BARATO QUE
CUALQUIER TIPO
DE ALQUILER**

RECOMPRA ASEGURADA



Solicite información a:

MADRID

Avda. Ciudad de Barcelona, 68-70
Concha Espina, 18; Teléfono 259 30 80
Serrano, 230; Teléfono 259 14 07
Avda. América, 24; Teléfono 256 38 04
Ctra. Alcobendas, Km. 5,500; Teléfono 209 04 40
Avda. Generalísimo, 40; Teléfono 259 01 00
Jorge Juan, 120; Teléfono 255 88 44
Doctor Esquerdo, 160; Teléfono 251 02 25
Alcalá, 182; Teléfono 251 02 25
Francos Rodríguez, 58

BARCELONA

Balmes, 418 - 420; Teléfono 203 36 00 (ext. 810)

BILBAO

Gran Vía, 66; Teléfono 23 90 36



DIRECTOR: JOSE GARCIA NIETO

DIRECCION, REDACCION
Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos,
Ciudad Universitaria, Madrid-3

TELEFONOS

Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA
TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245
Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas
(E. I. S. A.)

Oñate, 15 - Madrid-20

IMPRESO: LAS LAMINAS DE CO-
LOR Y DE HUECOGRABADO, EN
H. FOURNIER, Y LA TIPOGRAFIA,
EN EDITORIAL MAGISTERIO ESPA-
ÑOL, S. A.

ENTERED AS SECOND CLASS MAT-
TER AT THE POST OFFICE AT
NEW YORK, MONTHLY: 1967.
NUMBER 234, «MUNDO HISPANI-
CO» ROIG SPANISH BOOKS, 208
WEST 14th Street, NEW YORK,
N. Y. 10011

PRECIOS DE SUSCRIPCION
ESPAÑA Y PORTUGAL.—Un año:
sin certificar, 250 ptas.; cer-
tificado, 280 ptas. Dos años:
sin certificar, 400 ptas.;
certificado, 460 ptas. Tres
años: sin certificar, 600 pte-
setas; certificado, 690 ptas.
IBEROAMÉRICA Y FILIPINAS.—Un
año: sin certificar, 7 dóla-
res; certificado, 7,50 dóla-
res. Dos años: sin certifi-
car, 12 dólares; certificado,
13 dólares. Tres años: sin
certificar, 17 dólares; certi-
ficado, 18,50 dólares.

EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUER-
TO RICO Y OTROS PAÍSES.—
Un año: sin certificar, 8
dólares; certificado, 9 dó-
lares. Dos años: sin certi-
ficar, 14 dólares; certifica-
do, 16 dólares. Tres años:
sin certificar, 20 dólares;
certificado, 23 dólares.

En los precios anteriormente
indicados están incluidos los
gastos de envío por correo or-
dinario.

Depósito legal: M. 1.034-1958

SEPTIEMBRE 1967

AÑO XXI

SUMARIO

	Páginas
PORTADA: Retrato de Rubén Darío, por Vázquez Díaz. (Fotocolor Manso.)	
«Nuestro Rubén», por Vicente Urcuyo; De la prosa..., por José María Pemán; Americano en España, por Ernesto La Orden	10
Cuatro lugares de su Nicaragua	14
España en sus ojos	21
Los rostros de Rubén, por Gastón Baquero	25
Realidad y ficción, por César González Ruano, Ricardo Rojas y José María Carretero	29
Trayectoria vital, por Margarita Gómez Espinosa	32
«El símbolo divino de la letra», por Matilde Ras	36
Autógrafos (encarte).	
Estuvieron a su lado, por Juan Antonio Cabezas y A. F. Molina	37
Aquel Madrid en tres estampas, por Federico Carlos Sainz de Robles	40
Los niños y sus versos (fotos Basabe)	44
Filatelía, por Luis María Lorente	47
El y los jóvenes, por Francisco Umbral (fotos Eurofoto). ..	47
Mujeres en su vida, por Margarita Alanís	53
El poeta y la mujer, por Tomás Borrás	54
Margarita Debayle estaba allí, por L. O. M.	57
Ofrenda en 1916, por Carlos Murciano	59
El Seminario-Archivo en Madrid, por Miguel Fernández, Antonio Oliver y J. B. V.	67
El periodista, por H. T. R.	71
El Centenario en Nicaragua	74
El Centenario en Madrid	79
Objetivo hispánico	82
Rubén, 1967 (José María Souvirón, Luis Morales Oliver, Vicente Marrero, Ginés de Albareda y Enrique Az- coaga)	87
Hoy y mañana de la Hispanidad	91

Los que tenemos como tarea diaria y también como fervor elegido el servicio a la Hispanidad, así como el mantenimiento de sus constantes y también las esperanzas y las posibilidades de su futuro, hemos de poner en pie en esta ocasión una pregunta, hemos de hacer una pregunta a Rubén Darío. Esta sería: ¿Hemos cumplido con tu esperanza? O, de manera más humilde: ¿Estamos, al menos, en el buen camino de lo que fueron tu sueño y tu fe? Porque nadie como él para tenernos en vigilia de amor y de hermandad, desde que sonaron sus primeros versos, milagrosamente expresivos, de lo que significaba ese don misterioso y unificador que nos lleva a un puñado de pueblos a entendernos en una misma lengua y a comunicarnos con un mismo espíritu.

Si la poesía es la primera palabra de conocimiento entre los hombres y, en su extraña precisión, concreta y clarifica cosas que no podrían decirse de otro modo, la desnuda palabra de Rubén—«de desnuda que está brilla la estrella»—nos ha dejado evidentes las amplias posibilidades que tiene nuestro destino común. Evidentes y vivas, porque la calidad de su amor crece y se extiende en el tiempo hacia lecciones que quizá todavía no hemos aprendido bien. De ahí nuestra pregunta.

Ha sido la palabra en español la llave que abre la puerta a «tantos vigos dispersos». Y si Unamuno, y Antonio Machado, y Juan Ramón Jiménez, son y serán clásicos vivos de todos los pueblos de Hispanoamérica, Rubén es voz de España, unida a otras voces, que nos devuelven más, mucho más de lo entregado. De aquí surgen las verdaderas ligaduras fraternas, porque su creación no es propagandística, ni artificial, ni contingente. Como es permanente y natural la palabra escrita del poeta, que parece siempre una víspera y una adivinación, más que el legado de un entonces, por apasionado que fuera.

Este homenaje nuestro, en unas cuantas páginas que se iban desbordando cuando las escribíamos, ha querido por eso no ser demasiado riguroso en la fecha menor, y ha procurado ser crónico y memoria, historia y recensión; pero también puente hacia un mañana en el que Rubén va a estar con un nuevo «rostro» y con una nueva fuerza. El Rubén de los jóvenes, el Rubén de los niños, está escribiendo en ellos el mañana de la Hispanidad.

Es una figura la de Rubén que no necesitaría la vivificación momentánea que proporciona un centenario. Este número de nuestra revista quiere abrirse con esta seguridad. La deuda que todos los hispanohablantes tenemos contraída con Rubén no se puede saldar con el canto de una efemérides. Y está sonando él en nosotros cuando declaramos esta gratitud. Si él se confiesa «nurtido de Oviedo y de Guevara», también hemos de confesarnos nosotros alimentados día a día con la diversidad de su genio, que es el genio americano, debajo del cual laten siempre orígenes y esperanzas comunes.

NUESTRO RUBEN

por

VICENTE URCUYO

Embajador de Nicaragua en España

Me acojo gustoso a la hospitalidad que me brinda MUNDO HISPANICO, en esta edición dedicada a Rubén, para enviar, en nombre de mi Gobierno y en mi propio nombre, un cordial y fraternal saludo a los pueblos hermanos de Hispanoamérica y de España con motivo de haberse cumplido el primer siglo del nacimiento del gran poeta de la Hispanidad, de «nuestro Rubén», como me dijo el ilustre Caudillo de España cuando en una ocasión le visité en El Pardo. Nuestro, sí, de España y de Nicaragua, porque Darío podría decirse que pertenece a una literatura que es tan española como americana y tan americana como española; en suma, lo que entendemos como hispanoamericanismo.

Rubén fue el puente tendido entre ambos países, y nos conocemos mutuamente a través de su pensamiento y su sensibilidad, puesta siempre al servicio de las causas nobles y los principios generosos. Rubén nos da un sistema espiritual de hispanismo en este su portentoso poema *Salutación del Optimista*, que viene a significar como el Credo de la Hispanidad.

Y, seguramente, al ser acogido este «Himno Hispanico» con tan caluroso entusiasmo por los españoles, pienso en la generosa simpatía que despertara Darío un día durante sus estancias en este entrañable país.

Aunque valiosa, quizá esta circunstancia no haya sido precisa si partimos del hecho feliz de que nuestros pueblos no abriguen diferencias, susceptibilidades ni conflictos que enturbien la clara comprensión ni la creciente amistad que presiden las relaciones de España y Nicaragua.

Si hubo disparidad en los días del establecimiento de la Independencia Nacional de mi país, pronto las relaciones se reanudaron, la estimación se reprodujo patente, recíproca, y todo quedó reducido a los limitados términos, casi enternecedores, de una disputa familiar.

Cuando las hijas llegan a la mayoría de edad y sienten la llamada de su propia condición femenina y su prurito de emancipación, la madre se conduce de lo que implica una segregación entrañable; pero las hijas, como jóvenes, vencen, edifican su hogar, educan a su descendencia y vuelven al regazo materno a vigorizarlo con su ejército de nietos. («Soy un nieto de España!», afirmó orgullosamente Rubén Darío.) Y esto es lo que sentimos los hispanoamericanos cuando pisamos el suelo español. La cordialidad materna, el regazo caliente de la madre, como un nido, como una raíz sostenida por un jugo interior, que es la razón y el símbolo de la vida.

Con este espíritu de fraternidad, nos sentimos aquí como en la casa propia, y nos congratula encontrar una casa aseada, compuesta, alegre. Una casa que rezuma por sus cuatro costados los signos de la prosperidad, del crecimiento cimentado en el trabajo de sus moradores, en un anhelo común de engrandecimiento dirigido al bienestar de los españoles en su conjunto y su armonía. Una casa donde se vive en paz, mágico don que nos conceden o nos niegan los cielos, según hayamos sabido merecerlo. Y España goza hoy, bajo el ejemplar magisterio de su ilustre Caudillo, de ese regalo celestial.

Quiero agradecer con respetuosa simpatía a Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo don Francisco Franco, su valiosa y entusiasta cooperación para la realización de un vasto programa de actos en homenaje a Rubén; dar las gracias también a todos y cada uno de los distinguidos miembros y queridos amigos del Comité Nacional Pro Centenario por su importantísima colaboración, por su constante y admirable dedicación en esta labor dariana; gracias, en fin, a todos los que en una u otra forma han sabido manifestar su devoción a la memoria del gran nicaragüense, cuyo nombre es símbolo de unión entre España y los países de Hispanoamérica.

DE LA PROSA

Siempre he sostenido, casi con prurito científico, que el oficio de poeta no suele producir la locura. Si la Poesía arranca de una cierta raíz de «intuición», no tiene por qué afectar especialmente a la razón que permanece descansada y vacante mientras se da el salto intuitivo. Los que usan excesivamente la razón y la hacen saltar como un muelle llevado al límite de la elasticidad, son los filósofos, los científicos o los contables.

Esto tiene suficiente comprobación experimental. Fray Luis de León empleó muchas más horas que en ser gran poeta en ser despierto y razonable catedrático de la peleonía Universidad salmantina de su tiempo. Lord Byron preparó su romántica expedición a Grecia para luchar por su independencia, con la minuciosa exactitud, previsora y realista, de un jefe de Intendencia.

Pero a partir de los principios de este siglo, el fenómeno de la racionalidad del poeta va a adquirir nuevos tonos radicales. Como la época es definitivamente «intelectualista», los creadores de poesías insuflan en su arte mucha más cantidad de pensamiento. A veces, incluso han llegado hasta nosotros los apuntes en prosa, donde ya está, en racionalismo y llano esbozo, el núcleo de futuros poemas. Así, en esas notas de Antonio Machado que se han llamado *Los complementarios*. Allí está la base intelectualista de muchos de sus versos. Por algo dijo él que la poesía era: «...de la prosa — saber hacer otra cosa». Del mismo desordenado e intuitivo García Lorca se pueden traer a colación estudios y conferencias; así, la que dio «Sobre la imagen y la metáfora de Góngora», donde encontramos gran parte de la clave, receta y artesanía de sus futuros ejercicios poéticos.

¿Y Rubén Darío? No hay que cargárselo todo a la cuenta de su genialidad intuitiva. Es cierto, por ejemplo, que la *Salutación del Optimista*, ya apremiado por la fecha del acto público en que había de leerla en el Ateneo, fue compuesta en cuatro horas en una madrugada semilúcida. Sin embargo, cuanto allí dice es como la prolongación entusiasta de ideas sociológicas y geopolíticas largamente meditadas por Rubén. Y lo mismo ocurre con sus largas «correspondencias» o crónicas periodísticas, enviadas a *La Nación*, de Buenos Aires, desde París y Londres. Lo que a Machado son sus «complementarios», y a Lorca son sus conferencias en el centenario de Góngora, son para Rubén sus tareas periodísticas. En ellas están ya sus temas, sus enfoques, su imaginería recamada, su diccionario íntimo. La reina negrita Ranavalo, expulsada por los

franceses de su palacio de plata de Tananarive, al ocupar Madagascar, llega a París como una exhibición melancólica. Cuando se tienen poetas, pintores y bohemios, nunca viene mal, como añadidura, una reinita malgache destronada. Su pensión gubernativa será intencionadamente corta, para que así la reina turista tenga que cenar en los *bistros* de Montmartre, añadiendo a su fama un incentivo de filosofía política. Porque, en cambio, los ingleses, al expulsar a Kruger del Transvaal, le han dejado su fortuna, su Biblia y su rifle de caza. Rubén expone todo esto en fluyente prosa periodística, pero se le ve por debajo latir los versos de su admonición a Roosevelt y el amor a la naturaleza y los pruritos indigenistas y el anticolonialismo.

La tenebrosa gamberrada de unos alumnos de Medicina que en el anfiteatro de la Facultad de París han rellenado el cráneo del cadáver de un gendarme de revistas y periódicos, como alusión sarcástica a la parva cultura superficial y actualista que puede admitirse en los agentes del orden, coloca a Rubén y a su crónica como en el vestíbulo de sus poemas fúnebres y su obsesión de la Muerte. Recuerda la poesía de Rollinat *Mademoiselle Squelette*; el féretro en que se acuesta Sarah Bernard (ella decía que para dormir, yo creo que era para recibir las visitas); las sesiones de espiritismo de la duquesa de Pomar, que hablaba varias veces por semana con María Estuardo: todo esto, en indefinida nebulosa, es como un tema conjunto e intercambiable del periodista y del poeta.

Sus crónicas, que inician su destino de «vate», están llenas de adivinaciones y anticipos deslumbrantes. Le intriga la «Sociedad del Caballo Blanco», que alude al «Apocalipsis», y especula en una catástrofe universal como profetizando la tragedia atómica. También hace periodismo casi poemático con la criminalidad, casi legalizada en París del aborto provocado por esas mujeres que ejercen el equívoco oficio de «hacedoras de ángeles». Originalísimamente, Rubén opina que esto no es ya, como suele decirse, un insulto a la Vida, sino un insulto a la Muerte, puesto que le roba su libertad e iniciativa totalmente trascendental, ya que la Muerte viene a ser como una especie de ministro de la Vivienda del Gobierno. También concede mucha importancia al «cabaret du Neant» («cabaret de la Nada»), aunque le parece un rótulo fraudulento y contradictorio, puesto que el cabaret está precisamente relleno de todo: esqueletos, danzas macabras, guadañas, sustos. Mas una cámara de cristal en la que, tendiéndose el

por

José María Pemán de la Real Academia de la Lengua

cliente que lo solicita, por una combinación de luces verdes y amarillas y un espejo convexo, puede contemplar el proceso de su propia muerte y descomposición. Todo lo cual, por ser espectáculo pobladísimo de imágenes, artificios, emociones y artilugios, es todo lo contrario de la Nada. Casi adivina el periodista poeta que la verdadera «Nada» está esperando para llegar a la filosofía de Sartre o las novelas de Kafka. La nada verdadera lo primero que tiene que extraer del conocimiento filosófico es toda esa abundancia metafísica de la Muerte clásica.

Todo lo que escribe Darío en torno de ese tema tiene ya tanto de poema como de crónica. Su prosa misma está «en devenir» hacia el vocabulario neologístico y cargado de libros de su verso. Así, el verbo aplicado a unas señoritas parisinas deslumbradas por un profesor de magia: «se abelardizan»; verbo inventado por él para condecorar la fidelidad estética de estas nuevas Eloísas a los pies de este nuevo Abelardo. El modo máximo de ser alumna aprovechada de cualquier disciplina es enamorarse del catedrático. También cuando quiere salvar al París que reza, trabaja y estudia de esas excentricidades, pide que se le dé a esa palabra todo el sentido especial que en París tiene con relación a la plaza de la Opera, centro de la capital, en torno al cual Pigalle o Montmartre son irremediable ex céntricos. «Gran parte de la enfermedad está sostenida por la carne cosmopolita que *dominguea* en la ciudad fabulosa y *maalstrómica*. Palabras nuevas para usos dinámicos que no se acomodan bien al lento y reflexivo diccionario académico. «Dominguear», un frecuentativo inventado a la medida de los ociosos. «Maalstrómico», un calificativo meteorológico para expresar las fuerzas cósmicas e irresistibles.

Todas éstas son las valientes aproximaciones y penetraciones «prepoéticas» de *La caravana pasa*, colección de crónicas que también pasa por Londres. Allí sigue estando «en potencia» toda su poesía, a la que traslada su temario fantástico, su vocabulario neologístico y su sentido moderador y realista. Así, su dictamen sobre las profesionales damas equívocas del Amor: «preciosas estatuas, pulidas y lustradas; maestras de caricias..., y tan brutas, tan ignorantes, tan plebeyas en su mayoría». Todo estará luego en sus versos, desde el deslumbramiento infantil hasta el sentido común. También Rubén sintió así la poesía: «...de la prosa — saber hacer otra cosa».

J. M.^a P.

AMERICANO DE ESPAÑA

Por ERNESTO LA ORDEN MIRACLE
Embajador de España en Nicaragua

Los españoles consideramos nuestro a Rubén Darío no solamente porque escribió en español, que es título sobrado de hermandad, sino porque él mismo lo proclamó muy alto:

*Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza...*

Pero, sobre todo, porque entonó los himnos, porque a él le debemos la liturgia de la resurrección de España y del renacimiento de la Hispanidad.

Hay muchos eminentes rubenianos o darianos, algunos de ellos grandes españoles, que con más autoridad científica que yo están ponderando estos días cada una de las facetas del genio nicaragüense. Sin embargo, *«anch'io son piktore»*, yo también soy escritor e incluso poeta, inédito hasta ahora por pudor, y me atrevo a presentar un humilde testimonio personal.

Recuerdo los días trágicos de mi infancia en Cataluña, cuando Rubén decía que «Barcelona ya no está *bona* sino cuando la bomba *sona*»; y las tristezas de mi juventud en Madrid, cuando parecía consumado para siempre lo que Rubén llamó «el crepúsculo de España».

En aquellas horas nefastas del «finis Hispaniae», el joven nicaragüense, recién llegado al arruinado solar de sus mayores, escribió cosas tan nobles como ésta: «*Parece que es preciso alegrarse del sacrificio y, puesto que España nos dio la vida, hacer como ciertos distinguidos antropófagos: comérmola por vieja y por inútil. No... Yo no como España.*» Y continuaba con un párrafo que ha resultado profético para los españoles que en aquellos días vimos la luz: «*Los que vienen, los que hoy son la esperanza de España, deben asentarse sobre las viejas piedras del edificio caído y sobre él comenzar la reconstrucción.*»

Todavía más. Contemplando con infinito amor el espectáculo de la España del desastre de 1898, Rubén no usó su pluma para el desdén ni para la elegía, sino que la esgrimió como una varita mágica para escribir la SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA.

El Optimista era él, el niño prodigio de Nicaragua niña, el mestizo indohispano que supo ver «la gran alba futura» entre las nieblas del ocaso de nuestra estirpe. ¿De dónde sacó el optimismo para el vaticinio genial? No ciertamente de América, donde los mayores ingenios estaban vueltos de espaldas a lo español. No ciertamente de España, donde sus amigos poetas se dedicaban al sarcasmo o al llanto o se encerraban en un intimismo desconsolador.

Rubén Darío no encontró en Madrid más que pesimismo. La desesperación de Núñez de Arce, que, paseando por la Carrera de San Jerónimo, le decía que la nacionalidad española era un sueño. La cólera de Antonio Machado, aquel amigo «misterioso y silencioso» que blasfemaba de una España inferior, «*vieja y taurina, zaragatera y triste*». La angustia de otro gran amigo suyo, Juan Ramón Jiménez, que ya estaba enfermo entonces, «*convalescente di-squisiti mali*», pero que había de morir mucho más tarde, bajo mi mirada filial, allá en el esplendor de Puerto Rico.

Pese a todo, nos dice el mismo Rubén: «*Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté... mi confianza y mi fe en el resurgimiento de la vieja Hispania en el propio solar y del otro lado del océano.*»

¿De dónde le vino a Rubén ese optimismo, ese increíble entusiasmo que le hacía gritar en un soneto olímpico, mientras se hundía la Escuadra española en Santiago de Cuba:

*Dejad que bogue y siga la galera
bajo la tempestad, sobre la ola,*

*que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo?*

Fuente del optimismo de Rubén fue, en primer término, su propia grandeza de alma, la limpieza de sus ojos y la generosidad de su juventud. Pero lo fue también su asiduo trato con el patriarca de la tradición española—voy a citar sus propias palabras—, «*el prodigioso varón enciclopédico, el sabio continuamente joven, el católico, el académico, el nobilísimo don Marcelino Menéndez Pelayo*». Platicando en aquel hotel de las Cuatro Naciones en la calle del Arenal o paseando juntos hasta la Puerta del Sol, Rubén Darío y Menéndez Pelayo coincidieron no solamente en el amor de la antigüedad clásica y en el esteticismo fundamental.

Surgió entre don Marcelino y Rubén una simpatía vivísima y una recíproca admiración. El severo crítico de la Antología de la Poesía Hispanoamericana, reservada solamente para escritores ya fallecidos, abrió sus puertas ante el nicaragüense juvenil. Rubén proclamaba que don Marcelino era tan grande como Erasmo y que—cito textualmente sus palabras—«*si algún espíritu representativo hay hoy que junte a los prestigios de la antigua alma española los fulgores de un futuro renacimiento, en medio de las pobreza y las tribulaciones que trabajan a nuestra madre patria, es Menéndez Pelayo*». Declaración rotunda, a la que hizo eco años más tarde el erudito italiano Farinelli cuando proclamó a Menéndez Pelayo como la voz de todo un pueblo. Oyendo esa voz española encontró Rubén Darío su propia voz, la voz de los veinte pueblos que hablamos español.

Como español de nuestro tiempo, nacido en el crepúsculo de España, pero llegado a la madurez, tras muchas penas, en esta mañana clara de mi patria, yo saludo al Optimista, al clarividente, al generoso, al profético Rubén Darío, al que entonó los himnos de nuestra liturgia supranacional. Otros grandes sacerdotes hispánicos de América y de España—Maeztu, García Morente, Vasconcelos, Belaúnde, Zaldumbide y tantos otros—nos han ido revelando los dogmas de la Hispanidad. Pero nuestra liturgia, nuestros himnos, nuestro TE DEUM y nuestro MAGNIFICAT, nuestro PANGE LINGUA y nuestro VEXILLA REGIS, son la SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA y la ODA A ROOSEVELT, las LETANÍAS DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE y la que yo me atrevo a llamar ELEGÍA A COLÓN. Todos estos himnos sagrados no son retórica vacua, sino purísima liturgia sacramental. ¿Qué otra familia de pueblos los posee? Cantándolos con Rubén nos sentimos hermanos, «*inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda*», y estamos seguros de que volverá a salir el sol.

Alguna vez amigos escrupulosos se preguntaban si Rubén Darío no se equivocó al calificarnos también de «latina estirpe», como si la Hispanidad pudiera sufrir algún menoscabo por la consecuencia de la latinidad. No lo entiendo yo así y aquí lo digo. Latinos somos, y con mucha honra; hijos de las dos Romas, la imperial y la sacra; locuentes casi en la misma lengua de Horacio y de Prudencio. ¡Qué bien resuenan en el castellano de Rubén los hexámetros de cuño virgiliano! Latinos somos, y además hispánicos, que es lo que nos define por entero. La mejor definición de España que conozco es la que el mismo Rubén nos dejó escrita: «*La España que yo definiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Loyola, Isabel; se llama la HIJA DE ROMA, la HERMANA DE FRANCIA, la MADRE DE AMÉRICA.*»

En nombre de esa España, que con santo orgullo represento aquí, en esta tierra de altos ingenios y de nobilísimos corazones, vengo a traer mi rama de laurel para la corona de nuestro poeta, y a decirle: Maestro, tú mismo escribiste con buen humor, puesto que el Gobierno nicaragüense de tu tiempo no te envió nunca las credenciales para retirarte de tu misión diplomática en Madrid, que considerabas que continuabas siendo el representante de Nicaragua ante Su Majestad Católica. Así es, querido maestro, al que ahora me permito llamar también colega: Te saludo como el embajador perpetuo de Nicaragua ante España.

TESTIMONIOS



Miguel de Unamuno:

«Le aconsejaban las eternas e íntimas inquietudes del espíritu, y ellas le inspiraron sus más profundos, sus más íntimos, sus mejores poemas... Si me hubiera dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiese leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta! Al indio—lo digo sin asomo de ironía; más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio.»



Juan Ramón Jiménez:

«Rubén Darío, Rubén Darío, ¿por qué? Porque él es mucho más vasto, más amplio, más rico que los demás, y por lo tanto es como el significado, la síntesis de los poetas modernistas hispanoamericanos. Los poetas que venimos después de Darío y Unamuno tenemos la influencia doble. Los Machado, por ejemplo, muy acusadamente; era una influencia formal de Darío: alejandrinos pareados, alejandrinos estróficos de cuartetas, sonetos alejandrinos, etc. Es decir, que Rubén Darío influye en lo formal y Unamuno en lo interior; de modo que nosotros empezamos por una doble línea de influencia modernista: una ideológica y otra estética.»



A z o r í n :

«Tres poetas ha habido en España modernamente: dos de lengua catalana y uno de lengua castellana. Los catalanes son Verdaguer y Maragall; el castellano, Rubén Darío. De estos tres poetas han sido engendrados espiritualmente otros poetas—en Cataluña, en Castilla—que hoy sienten y escriben. La obra de Rubén está ya realizada; a él se debe una de las más grandes y fecundas transformaciones operadas en toda nuestra historia literaria. ¿Adónde, en lo pretérito, tendríamos que volver la vista para encontrar un tan hondo y trascendental movimiento poético realizado a influjo de un solo artista?»

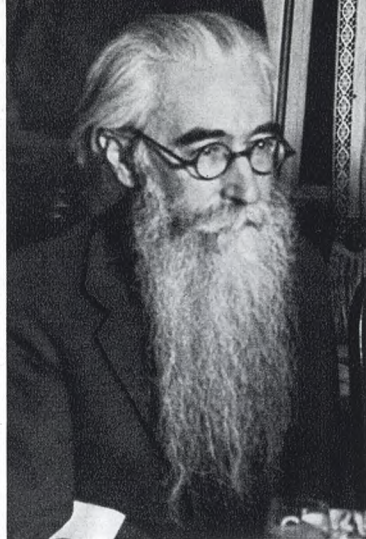
José Ortega y Gasset:

«Fue preciso empezar por la rehabilitación del material poético: fue preciso insistir hasta con exageración en que una estrofa es una isla encantada, donde no puede penetrar ninguna palabra del prosaico continente sin dar una voltereta en la fantasía y transfigurarse, cargándose de nuevos efluvios como las naves otro tiempo se colmaban en Ceilán de especias. De la conversación ordinaria a la poesía no hay pasarela. Todo tiene que morir antes para renacer luego convertido en metáfora y reverberación sentimental.

Esto vino a enseñarnos Rubén Darío, el indio divino, domesticador de las palabras, conductor de los corceles rítmicos. Sus versos han sido una escuela de forja poética. Ha llenado diez años de nuestra historia literaria.»

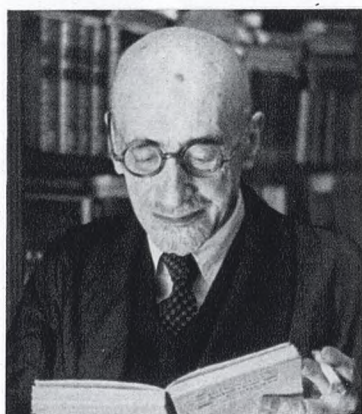


Ramón María del Valle Inclán:



«Darío era como un niño. Su alma era pura, purísima. Yo llegué a quererle tanto como amigo que admirarle como poeta y maestro. Se entendía conmigo mejor que con muchos de nuestra generación. Sobre todo, con Unamuno le resultaba casi imposible llegar a la amistad sin reservas. Don Miguel decía que entre ellos se levantaba siempre una muralla de hielo. Y era cierto. No podían entenderse: Rubén tenía todos los pecados del hombre, que son veniales, y don Miguel tenía todos los pecados del ángel, que son mortales.»

Jacinto Benavente:

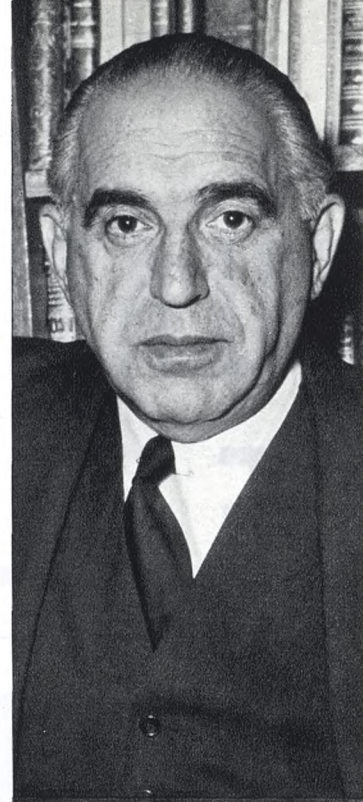


«¿Qué discurso valdrá lo que un solo verso de Rubén Darío escrito en noble lengua castellana? ¿Qué brindis como la inspirada elevación de su poesía al alzar el poeta, como el sacerdote en el más sublime misterio de nuestra religión, en cáliz de oro, la propia sangre, que no es otro el misterio de la poesía? No hay poeta cuyo corazón no sangre siempre. La sangre del poeta es chorro de luz, que es resplandor para todos, es en el corazón del poeta herida dolorosa. Cuando cantáis a nuestra gloria cantáis a nuestro dolor. ¿No es cierto, poeta? Que vuestras rosas suavicen por un instante las espinas de vuestra corona. Las mejores que os ofrecemos son de vuestros propios rosales... Nos las ofrecisteis para gloria de todos... Al prenderlas sobre nuestro corazón aprenderán la más dulce palabra de gloria. "¡Amor! ¡Amor al poeta!", canta hoy en nuestros corazones esa canción que es armonía de risa y llanto, y pone en las palabras más vulgares acentos de una verdad resplandeciente, y es como temblar de aguas vivas, y es la caricia de lo sublime, y es el pasar de Dios por nuestras almas.»



Ramiro de Maeztu:

«¿Por qué no logró infundir Rubén su patriotismo hispánico a los poetas españoles? La obra de Rubén nos enseña que España es el ideal universal que el mundo necesita para salir de sus egoísmos de nación, de raza y de clase. El día en que esto se descubra, habrán hallado nuestros pueblos el espíritu superior que es menester para ennoblecere sus inspiraciones.»



Gregorio Marañón:

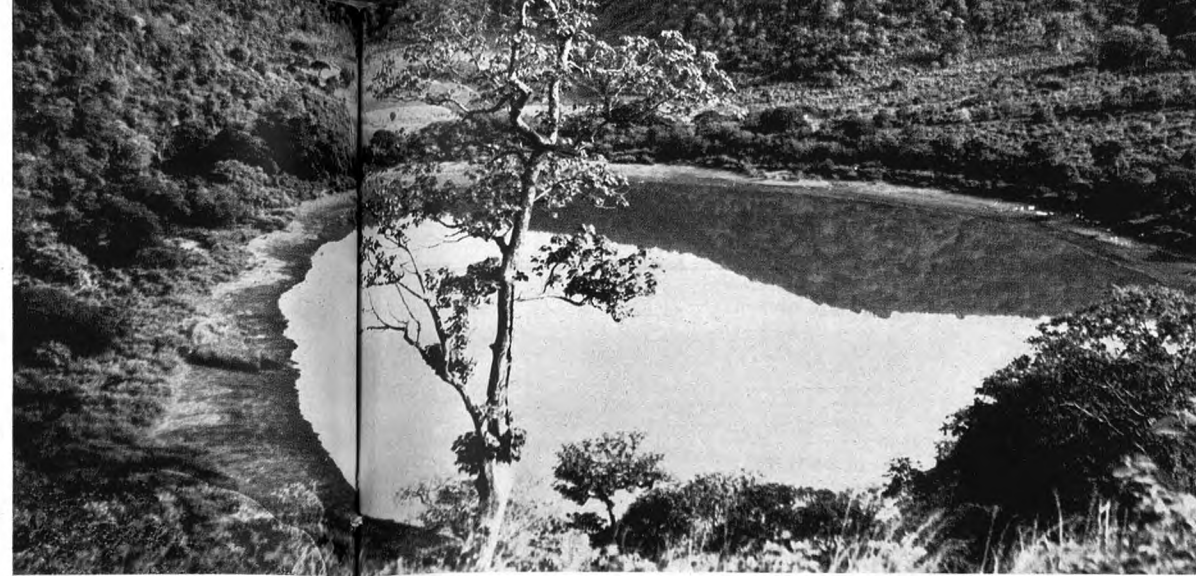
«Garcilaso creó la poesía más puramente española, pero con aportaciones clásicas e italianas, como, siglos después, Rubén Darío encastizó la poesía castellana, con aportaciones, también clásicas, aunque traducidas del francés, y con el ímpetu juvenil del habla americana.»



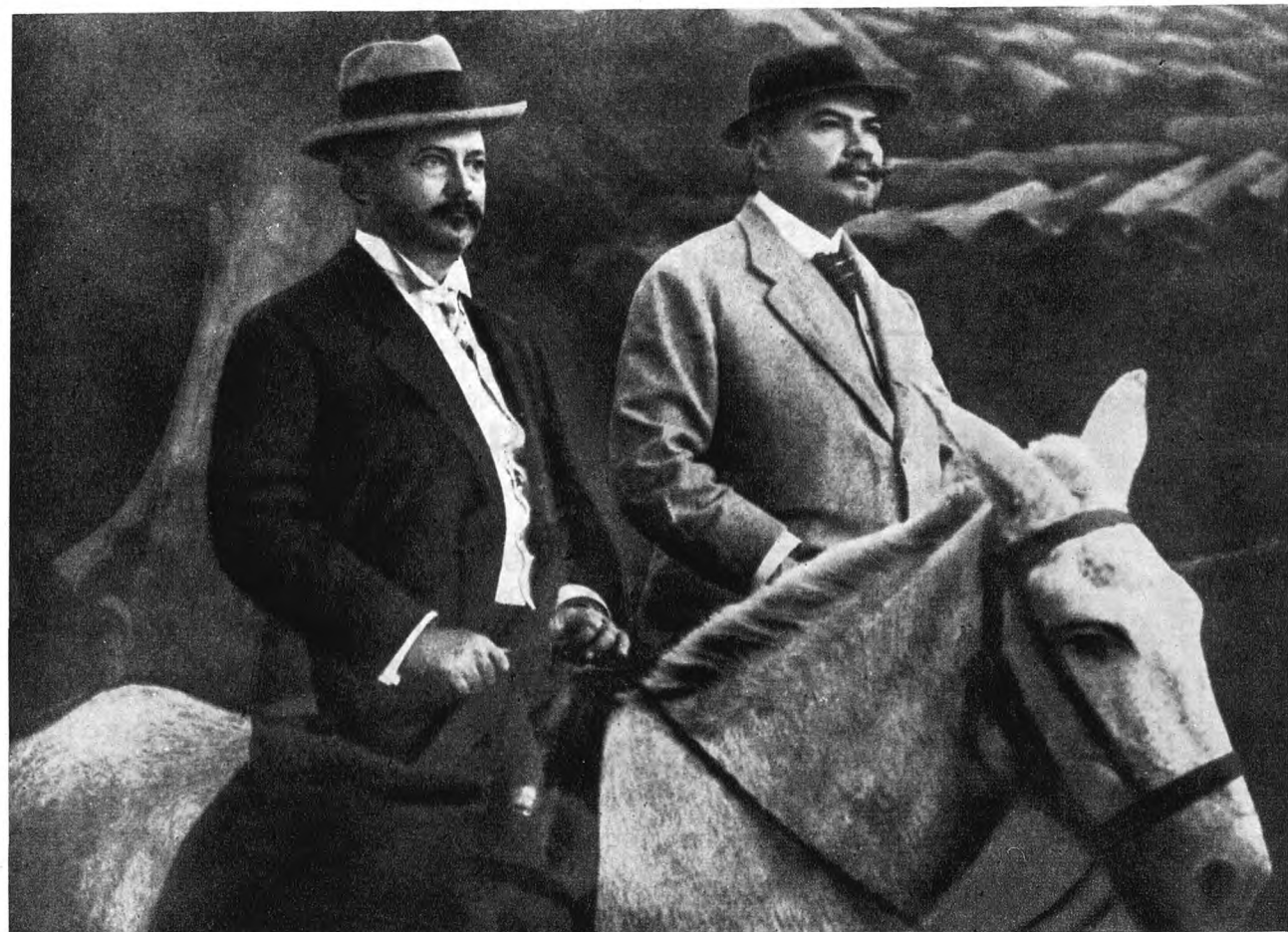
Federico García Lorca:

«Como poeta español, enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle-Inclán y a Juan Ramón Jiménez, a los hermanos Machado; y su voz fue agua y salitre, en el curso del venerable idioma. Desde Rodrigo Caro a los Argensola o don Juan Arguijo no había tenido el español fiestas de palabras, choques de consonantes, luces y forma como en Rubén Darío. Desde el paisaje de Velázquez y la hoguera de Goya, y desde la melancolía de Quevedo al culto color manzana de las payesas mallorquinas, Darío paseó la tierra de España como su propia tierra.»

CUATRO LUGARES DE SU NICARAGUA



En la página de la izquierda,
el poeta paseando a caballo con el señor Debayle
por su tierra natal.
Junto a estas líneas y abajo,
dos bellos paisajes nicaraguenses.



I. Metapa, donde nació el azor

El gerifalte Rubén Darío nació en un nido paupérrimo, en «un pueblecito o más bien aldea, de la provincia, o como allá se dice, departamento de la Nueva Segovia, llamado antes Chocoyos y hoy Metapa».

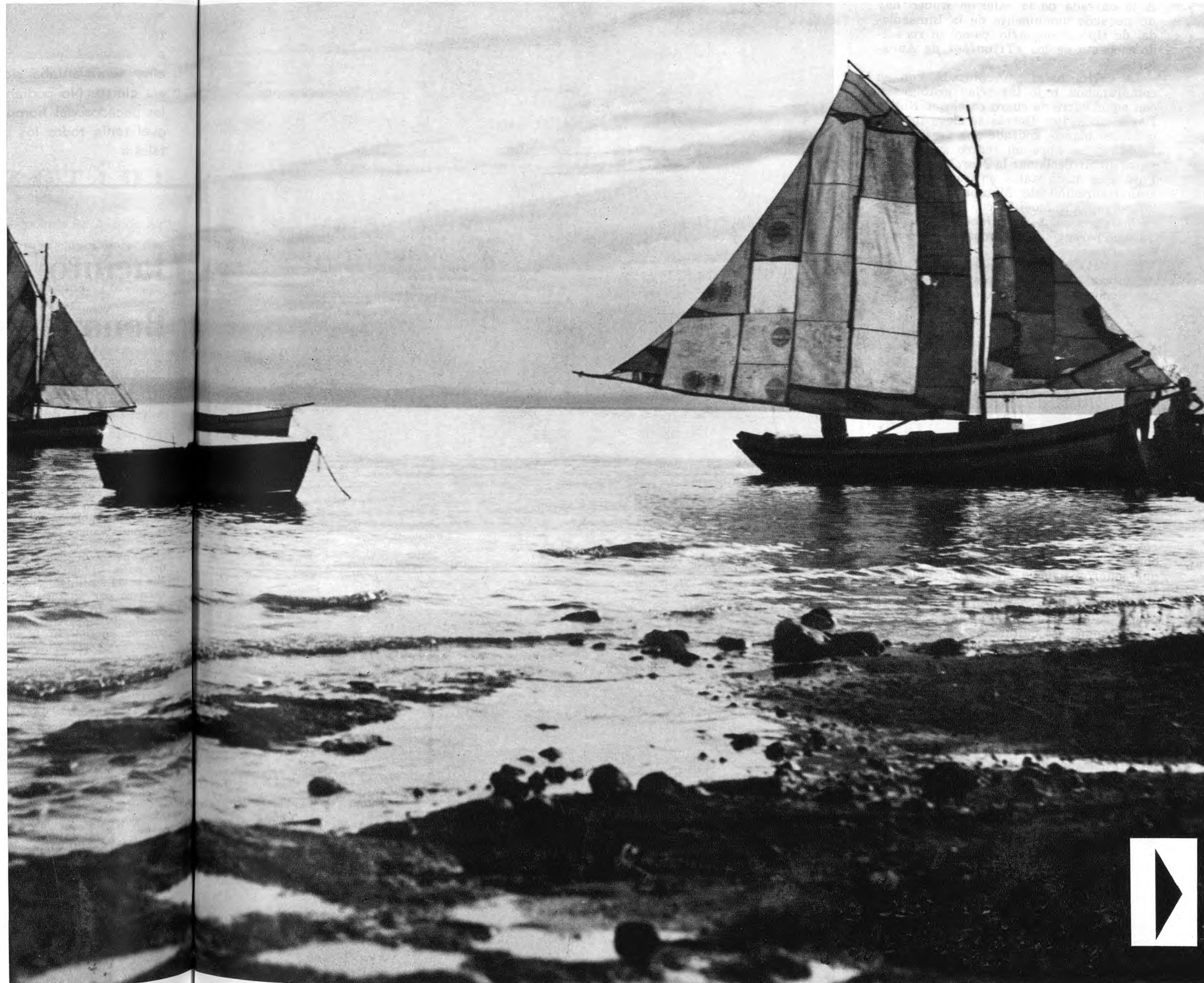
El chocoyo es un pajarito verde, una especie de periquito parlanchín, frecuente en los aires tropicales de Nicaragua. Daba su nombre a la aldehuela mínima, situada en el camino de Managua a Honduras, sobre las primeras colinas y el primer río de las montañas de la Nueva Segovia.

¡NUEVA Segovia! ¿Por qué? Porque los castellanos de Pedrarias Dávila, casi todos ellos segovianos o abulenses, viniendo de las tierras bajas y tórridas del istmo centroamericano, se encontraron de pronto con unas sierras altas y cubiertas de pinos, lo mismo que en Segovia, junto a La Granja y Balsaín.

Nació, pues, el azor bajo el vuelo de los chocoyos, en una aldehuela que ya por entonces se llamaba Metapa. Suena

este nombre a griego y quizá lo sea. Tal vez lo concibieron, a mitad del siglo XIX, aquellos mismos caballeros románticos que bautizaron como Puerto Corinto el antiguo Estero del Realejo, al mismo tiempo que en la vecina Costa Rica surgían las ciudades de Esparta y de Cartago.

El nacimiento en Metapa fue fortuito. Pasó su primera infancia «en un villorrio de Honduras llamado San Marcos



de León», y, poco después, le llevaron a León, la capital histórica de Nicaragua, donde tuvo por madre a su tía abuela materna doña Bernarda Sarmiento, «Mamá Bernarda», y por padre, a su esposo, el bravo y barbudo coronel Ramírez. En cuanto a Metapa, es probable que Rubén Darío no volviera a pasar por ella más que al vuelo.

Pero Metapa se llama ahora Ciudad Darío y acaba de pavimentar sus calles, de urbanizar su plaza, de restaurar su iglesia y de pintar sus casitas de colores. A la entrada de la calle de Rubén hay un pequeño monumento de la Inmaculada, de tipo columnario, como un recuerdo modesto de los «Triunfos» de Andalucía.

La casita natal está pintada, con su camaranchón bajo las tejas arábicas y con aquel catre de cuero en el que Rubén Darío vio la luz. Detrás se eleva un monumento blanco, rodeado por un pequeño jardín, y se abre un teatro griego deseoso de oír declamar la *Marcha triunfal*. Para que nada falte en esta amorosa transfiguración de Metapa, hay hasta un *paring* automovilístico, dispuesto para los peregrinos rubenianos.

Como peregrinos llegamos nosotros muchas veces en compañía de amigos de Nicaragua y de huéspedes de España. Al entrar en el nido, sencillísimo siempre, decimos: «Aquí nació el azor.»

II. La casa de "mamá Bernarda", donde nació el niño prodigio

A Rubén le cristianaron en León, en el solemne baptisterio de la catedral de Santiago de León de Nicaragua. La última catedral construida por España en América es un templo neoclásico de cinco naves y pilares macizos, en cuyas chatas torres aún penden las campanas que sonaron toda la vida en los oídos de Rubén.

«Fuí algo niño prodigio», confiesa el poeta. A los tres años ya sabía leer, y poco después se ocultaba entre las ramas de un gran jícara, en el jardín de su casa, para saborear mejor sus lecturas a escondidas. Su casa era la de «Mamá Bernarda», «una vieja construcción a la manera colonial: cuartos seguidos, un largo corredor, un patio con un pozo, árboles». Anidaban lechuzas en los aleros, y el niño Rubén, ultrasensible y cabezón, pasaba grandes miedos por las noches. Su tía abuela iba a misa de alba a San Francisco, una iglesia cercana con retablos barrocos. Rubén comenzó a hacer versos de repente. La procesión del Señor del Triunfo, el Domingo de Ramos, se adornó delante de su casa con una granada dorada, de la que cayó una lluvia de versos de Rubén. Ya más crecido, fue a los jesuitas, se puso la cinta azul de congregante y se incendió con la pubertad. Leía la Biblia y las *Mil y una noches*, tenía pesadillas nocturnas, se inició en la masonería y al mismo tiempo se iba a confesar todos los sábados. Hacía versos de encargo para sus amigos



A la izquierda, el puerto de Corinto, en Nicaragua, y el volcán Momotombo. Abajo, un aspecto de la antigua Managua y monumentos a Rubén en Metapa.



y le llamaban por antonomasia «el poeta niño». «Llegaron a León unos hombres políticos, senadores y diputados», que le oyeron recitar y se lo llevaron a Managua. «Mamá Bernarda» le dio su bendición.

La casa de «Mamá Bernarda» sigue en pie, sobre la vieja calle Real de León, rodeada de otras casas antañonas, enfrentada ahora con una estatua de Rubén. Ya no es tan grande como en los tiempos del poeta, pero ha sido restaurada con amor y se abre al público como museo y como archivo. Allí está el primer manuscrito de sus versos, algunos de los libros que él leyó, su uniforme de embajador ante el Rey de España, la cama de la tía Bernarda y el lecho en el que el mismo Rubén dio su alma a Dios. En realidad, Rubén murió en otra casa, no lejos de esta mansión de su niñez; pero aquí está su cama mortuoria y esa impresionante fotografía de la última agonía del poeta, con un crucifijo aferrado entre las manos.

Aquí creció el niño prodigio, y aquí puede decirse que murió. En este patinejo se alza el jícara de sus lecturas ocultas, y en estas gradas de la puerta se pasaba horas enteras tocando el acordeón. El nacimiento de Rubén Darío para la poesía ocurrió aquí. Esta casona de su «Mamá Bernarda», dignamente remozada con ocasión del centenario, es realmente la CASA DE RUBÉN.

III. Managua, donde el Azor se echó a volar

«Managua, creada capital para evitar los celos entre León y Granada, es una linda ciudad situada entre sierras fértiles y pintorescas, donde se cultiva profusamente el café, y el lago poblado de islas en uno de cuyos extremos se levanta el volcán de Momotombo.» A Managua se fue el adolescente Rubén Darío, soñando ya con España y con París.

Sus amigos diputados quisieron mandarle a Europa con una beca, pero el Presidente doctor Pedro Joaquín Chamorro se espantó ante los versos anticlericales del muchacho. «Hijo mío: Si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria, ¿qué será si tú te vas a Europa a aprender cosas peores?» Rubén Darío se quedó en Managua, con un empleo modesto en la Biblioteca Nacional.

Aquí donde el azor se echó a volar. La Biblioteca de ahora no es el mismo edificio en el que Rubén trabajó—pues fue destruido, como casi toda la ciudad, en el terremoto de 1931—, pero los libros que Rubén leyó siguen aquí. Eran los cinco mil volúmenes iniciales de la Biblioteca, seleccionados en España nada menos que por don Emilio Castelar. «Allí pasé largos meses leyendo—dice Rubén—todas las introducciones de la Biblioteca de Autores Españoles de Ribadeneira y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua. De allí viene el que yo sea, en verdad, un buen cono-

cedor de letras castizas.» Bien lo probó después una vez dueño y señor de nuestro idioma.

En Managua se abrió también Rubén al amor, tema constante de su vida y de su obra. No olvidó nunca aquellos paseos crepusculares junto al lago, al lado de una niña de ojos verdes, y aquellas noches solitarias en que se tendía de espaldas sobre el muelle, «mirando las estrellas prodigiosas». En tiempos de Rubén Darío el lago era el mayor encanto de la ciudad. Se navegaba por él hasta cerca de Momotombo, para abordar el tren que iba a León. «A lo lejos pasaban bellos vuelos de garzas» y «se divisaban las riberas llenas de vegetación profusa, como costas de islas de delicia».

Por desgracia, hoy Managua se ha vuelto de espaldas a su lago. Lo ha contaminado con sus aguas negras y ya no hay muelle para las excursiones románticas ni para los paseos de los enamorados. Al mismo Rubén le han alzado un monumento de mármol no lejos de las orillas, pero lo han puesto también de espaldas al Xolotlán. Algún día mejorarán las cosas y el lago limpio volverá a reír. La estatua de Rubén se alzarán en el extremo del muelle, contemplando en el cielo nocturno a su «Princesa del divino imperio azul».

IV. León, donde Rubén descansa en Cristo

La vida de Rubén fue un torbellino, ir de venir de viajes, dramas sentimen-



Relieve de San Francisco y el «hermano lobo» en el monumento de Rubén Darío en Managua.

tales, crónicas de periodista y recepciones de diplomático, estallidos de versos como estrellas de fuegos y artificio, noches de bohemia y delirios de alcohol. Volvió a su patria en triunfo en 1909, tras recorrer América y Europa. Regresó definitivamente en 1916, para que le enterraran, como él mismo dijo, «en el cementerio de mi pueblo natal».

Olvidada Metapa, su pueblo natal no era ni podía ser más que León. «León con sus torres, con sus campanas, con sus tradiciones... En el fondo de mi cerebro resonaba siempre el son de las viejas torres y se escuchaba el acento de las viejas palabras.» Lo dijo en verso, en fórmula perenne:

*Si pequeña es la patria, uno grande la
[sueña.*

*Mis ilusiones y mis deseos y mis
esperanzas me dicen que no hay patria
[pequeña.*

León es hoy a mí como Roma o París.

León, todo León, es el más importante de los lugares rubenianos. No solamente la casa de «Mamá Bernarda» y las iglesias antiguas de San Francisco, la Recolectión y el Calvario, sino todas y cada una de las callejas españolas intactas, «el olor de las hierbas chafadas en mis paseos de muchacho», «la visión del papayo que empolla al aire libre sus huevos de ámbar y de oro», y las playas y el mar de Poneloya. Pero, sobre todo, la Catedral, la noble y robusta madre espiritual de Nicaragua, cuyas campanas le seguían llamando.

Esas campanas doblaron a muerto por él el día 7 de febrero de 1916. Pocos días antes habían sonado de otro modo para anunciar el paso del viático, llevado por el obispo Pereira y Castellón en una procesión en que participaron todo el clero y el pueblo de León. «Era un cuadro solemne, majestuoso, como cuando Lope de Vega o Calderón de la Barca», dice un moderno biógrafo de Rubén. El poeta recibió la comunión con plena conciencia, dio las gracias gentilmente al obispo y le confió a su esposa: «Me felicito de haber recibido el pan de los fuertes.»

Lo enterraron con pompa de la Iglesia y la Patria, con honores de ministro de la Guerra—según decreto oficial—y con funerales de príncipe de la Iglesia. Paseó por última vez por su ciudad sin ataúd, vestido con un peplo blanco y coronado de lauros. Las quince más bellas muchachas de León iban regando flores a su paso, como las canéforas de sus poemas griegos. Luego vibraron las bóvedas de la catedral con los sonos del órgano y el panegírico del obispo. Sepultaron su cuerpo muy cerca del presbiterio, al pie de un pilar bajo la estatua de San Pablo. Monta la guardia sobre su tumba un león.

Rubén Darío, sacerdote de Apolo, alma llena de angustia «entre la catedral y las ruinas paganas», descansa en Cristo bajo la cúpula de su catedral.

E. L. O.



La casa natal
de Metapa vista
desde el jardín.

Pila en que
fue bautizado
Rubén.



Managua.
Monumento
al poeta.



Catedral
de León,
en Nicaragua.



Su uniforme diplomático.



Mascarilla obtenida de su rostro.

Interior de la casa de Rubén Darío, en León.

Tumba en la catedral de León.



ESPAÑA EN SUS OJOS

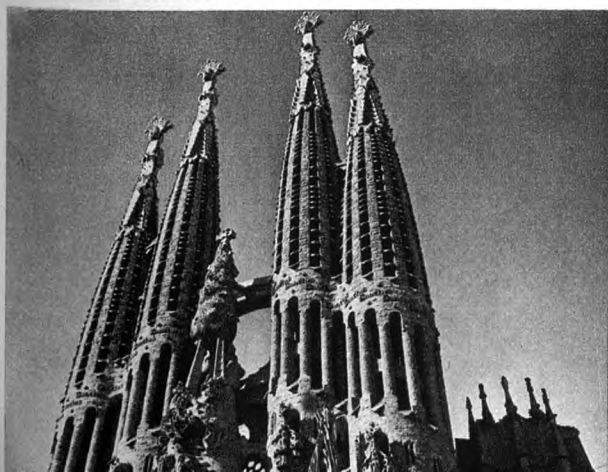
● El poeta mexicano Luis Urbina, viviendo en Madrid en 1922, decía: «La existencia de Rubén Darío en España dejó huellas anecdóticas, que sus amigos de aquí conservan como sagradas reliquias.

»Porque este artista superior era un hombre adorable. Sencillo y reconcentrado, serio de mirada, sobrio de vocablos, solía llegar, en la intimidad, a la confidencia y la expansión espiritual. Sus actos se caracterizaban por cierta inocencia, por cierta inexperiencia para distinguir el mal y comprender el engaño y por una orientación continua hacia la bondad, la generosidad y la piedad, que arrojaban polvo de astros en la suave penumbra de sus faltas. La memoria del poeta americano es amada y evocada por quienes departieron con él acerca de la belleza y de la vida. La muerte ha envuelto en velos inmaculados esa memoria como una madre que arroja a su niño para que duerma tranquilamente.»

Cabe añadir que si él quedó recordado en España, España fue para él un descubrimiento. Veamos aquí algunas estampas darianas de hombres, de paisajes y de cosas de España.

BARCELONA Y LA CUESTION CATALANA

La juventud—¡brava «joventut»!—cultiva su campo siembra su semilla. Alza, construye su torre en el limitado cerco en que se oye su lengua; pero desde lo alto de su torre ve todos los horizontes. Fecundo núcleo de vivaz civilización, la vieja Barcino, la generosa y gallarda Barcelona de ahora se afianza en su seguro valor y alza la cabeza orgullosa coronada de muros, entre la montaña y el mar, que vio partir en otros siglos los barcos de sus conquistadores. ¿Existe el catalanismo? ¿Existe el odio que se ha dicho contra el resto de España? Yo no lo creo ni lo noto ahora. Existe el catalanismo, si por catalanismo se entiende el deseo de usufructuar el haber propio, la separación de ese mismo haber para salvarlo de la amenaza bancarrota general, el derecho de la hormiga para decir a la cigarra: «¡baila ahora!»; y la voluntad de mandar en su casa. Mas así como el ansia de porvenir ha unido a los obreros catalanes con todos los de la Península en una misma mira y en un mismo sentimiento, el deseo de vuelo y expansión comienza a unir a la intelectualidad libre catalana con la libre intelectualidad española, representada por admirables personalidades pertenecientes a todas las provincias, ligados así todos por la solidaridad del pensamiento y el propósito de olvidar pasados defectos y errores, y colaborar en la misma tarea de bondad y de gloria. Cierlo, repito, que quedan los anquilosados de ayer, los rezagados de la pacotilla; pero toda la sucia y seca hojarasca desaparece al brotar la nueva selva, al renovarse la flora del viejo jardín, a la entrada triunfal de la recién nacida primavera. La América española ha mandado también sus embajadores y, poco a poco, se va formando más íntima relación entre ambos continentes gracias a la fuerza íntima de la idea y a la internacional potencia del arte y de la palabra. Pues hasta, por mayor decoro, la vida comercial misma ha sacado ventajas, ayudada por los predicadores de las letras y misioneros del periodismo. La unión mental será más y más fundamental cada día que pase, conservando cada país su personalidad y su manera de expresión. Se cambiarán con mayor frecuencia las delegaciones de los intereses y las delegaciones de las ideas. Seremos, entonces sí, la más grande España, antes de que avance el yanqui haciendo Panamaes. Que cada región tenga y conserve su egoísmo altivo, pues de la conjunción de todos esos egoísmos se forma la común grandeza; cada grande árbol crece y se fortifica solo y todos forman la floresta. Esto me hace pensar la Barcelona de las rojas barretinas y de las compañías de vapores, la Barcelona de Rusiñol y de Gual, y la de las copiosas fábricas y nutridos almácenos; la que hace oro, labra hierro, cultiva flores y se fecunda a sí misma, entre los montes altos, silenciosos y las inmensas aguas que hablan.



VALLDEMOSA

Vago con los corderos y con las cabras trepo como un pastor por estos montes de Valldemosa, y entre olivares pingües y entre pinos de Alepo diviso el mar azul que el sol baña de rosa.

Y en tanto que el Mediterráneo me acaricia con su aliento yodado y su salino aroma, creo mirar surgir una barca fenicia, una vela de Grecia, un trirreme de Roma.

Y me saca de mi éxtasis en la dulce mañana el oír que del campo cercano llegan unas notas de evocadora melopea africana que canta una payesa recogiendo aceitunas.

Píjan los libres pájaros en los vecinos huertos; se enredan las copiosas viñas a las higueras, y muestra el sexual higo dos labios entreabiertos junto al ámbar quemado de las uvas postreras.

Plinio llama Baleares funda bellicosas a estas islas hermanas de las islas Pytiasas; yo sé que, coronadas de pámpanos y rosas, aquí a un tiempo danzaron ante la mar las Musas.

Y si a esta región dieron Catarina y Raimundo paz que a Cristo pidieron Raimundo y Catarina, aún se oye el eco de la flauta que dio al mundo, con la música pánica, vitalidad divina.



CORDOBA

Yo ni en Granada, ni en Sevilla, ni en Málaga, he encontrado ese ambiente de antigüedad de esta capital esclarecida y en una época feroz, puede decirse de la sabiduría universal. Y en la estrechez y soledad de las calles, la reja siempre, la ventana propicia al amorio de romance, los patios misteriosos que se entrevén. Si en un lugar, a modo de plazoleta, está el nombre de Séneca y evocáis la memoria de aquel admirable filósofo y periodista *avant la lettre*, conocimientos mentales no tan viejos se os presentarán en esas casas de las vías angostas y de las cuales suele brotar, inespera-

damente, el eco de un piano. Allí puede muy bien vivir la señorita doña Pepita Jiménez; allá puede estar forjando sus ilusiones el doctor Faustino; y si no, en una o en la otra morada puede haber nacido el ilustre don Juan Valera, porque es sabido que, como Ambrosio de Morales y el gran Góngora, don Juan es cordobés.

De edades lejanísimas quedan en Córdoba huellas cesáreas. De César quedan, cuando después de ser cartaginesa fue romana. Como colonia patricia consta en las medallas y en los libros que fue notable. Y aun afirma uno de sus historiadores que, siendo pretor de las Españas citerior y ulterior Marco Claudio Marcelo, «la ciudad fue ampliada y ennoblecida con suntuosos edificios, y parece se hizo de

moda en Roma, por aquel tiempo, poseer una quinta en los amenos campos de Córdoba». Hoy de aquellas grandezas quedan apenas lápidas, inscripciones monumentales, columnas miliarias, monedas de Augusto en que hay borrosos problemas para los numismatas, y un venerable puente, al que aún sostienen sus pesados arcos sobre el turbio Guadalquivir. Fue goda y luego árabe, y los islamitas la elevaron en verdad a su más alta potencia. Leer esa historia es penetrar en su vida cuasi fabulosa de capital imperial, de un imperio de cuento milunano-chesco.

Hoy queda sin nada en comparación de los antiguos esplendores califas; pero lo que queda, la Mezquita convertida en catedral, y cuya trans-

formación enoja a todo artista viajero como D'Amicis, da idea de qué clase de cerebros cubrían aquellos prestigiosos turbantes. ¿Qué sería aquella magnífica Rusafa o huerto real en donde el poderoso Abderramán I, que también, como buen oriental, era profeta, anticipándose al cubano José María Heredia el viejo, cantó a su compatriota la palmera, entonces extranjera en esta tierra? Y sobre todo ¿qué escenario como de la historia del príncipe Camaralzamán y la princesa Badura, u otros príncipes en cuyas vidas se interesaba tanto Dinarzada, no sería la Azhara de Abderramán III, llamada así por el nombre de la favorita del harén? En verdad, pudo venir a habitar el palacio el rey Salomón en compañía de la reina de Saba.



JUAN BREVA EL CANTAOR Y JUAN RAMON EL POETA

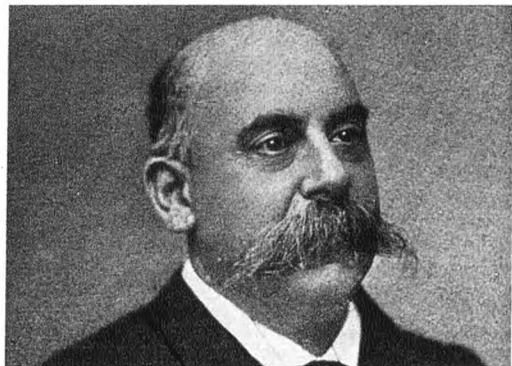
¿Habéis oído a un «cantaor»? Si lo habéis oído, os recordaré esa voz larga y gimiente, esa cara rapada y seria, esa mano que mueve el bastón para llevar el compás. Parece que el hombre se está muriendo, parece que se va a acabar, parece que se acabó. A mí me ha conturbado tal gemido de otro mundo, tal hilo del alma, cosa de armonía enferma, copla llena de rota música que no se sabe con qué afares va a hundirse en los abismos del espacio. El «cantaor», aeda de estas tierras extrañas, ha recogido el alma triste de la España mora y la echa por al boca en quejidos, en largos ayes, en lamentos desesperados de pasión. Más que una pena personal, es una pena nacional la que estos hombres van gimiendo al son de las histéricas guitarras. Son cosas antiguas, son cosas melodiosas o furiosas de palacios de árabes... He oído a Juan Brevia, el «cantaor» de más renombre, el que acompañó en sus juergas al rey alegre don Alfonso XII. Juan Brevia aúlla o se queja, lobo o pájaro de amor, dejando entrever todo el pasado de estas regiones asoleadas, toda la morería, toda la inmensa tristeza que hay en la tierra andaluza; tristeza del suelo fatigado de las llamas solares, tristeza de las melancólicas hembras de grandes ojos, tristeza especial de los mismos cantos, pues no se puede escuchar uno que no diga muerte, cuchillada, luto, virgen penosa o nota crepuscular. A la orilla del mar he oído cantar a un mozo pescador, que descansaba junto a una barca; y su canción era tan triste, tan amarga, como las coplas de Juan Brevia. Cantan lo mismo las muchachas frescas, rosadas de vida, que ponen claveles en las ventanas y que tienen un novio. Porque así son aquí la vida y el amor; todo lo contrario de lo que piensan los que sólo han visto una Andalucía a la francesa, de exposición universal o de cajas de pasas. En verdad os digo que éste es el reino del desconsuelo y de la muerte. El amor popular es inquieto y fatal. La mujer ama con ardor y con miedo. Sabe que si engaña al novio, le partirá éste el pecho y el vientre de un navajazo. «Una puñalaita.» Hace algún tiempo, en un florido patio malagueño, se celebraba una fiesta, y cierta gallarda moza se puso a cantar. Cantaba maravillosamente. De pronto cantó una copla que dice dos de sus versos:

«¿No hay quien me pegue un tiritito
en medio del corazón?»

Un loco, o un enamorado novio, estaba allí, y sacó una pistola, y le pegó el tiro, en medio del corazón. Estos salvajes amorosos son así. Antaño no habría sido pistola, sino gumia. Todos los poetas de estas regiones son dolorosos y excesivos, fatalistas o violentos. Todos son amados del sol. Todos no: he aquí un amado de la luna...

En uno de estos crepúsculos de invierno, en que el Mediterráneo ensaya un aspecto gris que borrará la aurora del siguiente día, he comenzado a leer el libro de un poeta nuevo de tierra andaluza, el cual acaba de aparecer y es ya el más sutil y exquisito de todos los portaliras españoles. Al hojear su libro «Arias tristes», lo juzgaríais de un poeta extranjero. Fijaos más: es un poeta completamente de su tierra, como su nombre. Se llama Juan, como el Arcipreste, y Jiménez, como el Cardenal. Surge en momentos en que a su país comienzan a llegar ráfagas de afuera, sobre más de una parte derrumbada de la antigua muralla chinesca que construyó la intransigencia y macizó el exagerado y falso orgullo nacional. Quiero decir que llega a tiempo para el triunfo de su esfuerzo. Como todo joven poeta de fines del siglo XIX y comienzos del XX, ha puesto el oído atento a la siringa francesa de Verlaine. Mas, lejos del desdoro de la imitación y ajeno a la indigencia del calco, ha aprendido a ser él mismo—«etre soi meme»—y dice su alma en versos sencillos como lirios y musicales como aguas de fuente.

Los grandes vistos cara a cara



«Además de Castelar conocí a don Gaspar Núñez de Arce, que me manifestó mucho afecto y que, cuando alistaba yo mi viaje de retorno a Nicaragua, hizo todo lo posible para que me quedase en España. Escribió una carta a Cánovas del Castillo pidiéndole que solicitase para mí un empleo en la Compañía Transatlántica. Conservaba yo hasta hace poco tiempo la contestación de Cánovas, que se me quedó en la redacción del "Figaro", de La Habana. Cánovas le decía que se había dirigido al marqués de Comillas; que éste manifestaba la mejor voluntad; pero que no había, por el momento, ningún puesto importante que ofrecerme. Y a vuelta de varias frases elogiosas para mí, «es preciso—decía—que lo naturalicemos. Nada

de ello puede hacerse, pues mi visita era urgente».

Conocí a don Ramón de Campoamor. Era todavía un anciano muy animado y ocurrente. Me llevó a su casa al doctor José Verdes Montenegro, que era en ese tiempo muy joven. Se quejó el poeta de las Doloras y de los Pequeños Poemas de ciertos críticos en la conversación. «No quieren que los chicos me imiten», decía. Conservaba entre sus papeles, y me hizo que la leyera, una décima sobre él que yo había publicado en Santiago de Chile, y que le había complacido mucho. Era un amable y jovial filósofo. Gozaba de bienes de fortuna; era terrateniente en su país de Asturias, allí donde encontrara tantos temas para sus fáciles y sabrosas poesías. Este risueño moralista era, en ocasiones, como un gaitero de Gijón. Muchas veces sonríe, mostrando la humedad brillante de una lágrima.

Uno de mis mejores amigos fue don Juan

la buena ocasión para ir a ver a las cigarreras en la fábrica, con sus deshábills sugerentes; si ha leído «La femme et le pantin», de Pierre Louys, tanto mejor. Y volverá a su país diciendo que ha conocido el encanto sevillano. No; ciertamente, indiscutiblemente, el encanto sevillano está en otra parte.

¡Sevilla! Las injusticias de la fama no tienen gran fundamento: abominad la célebre calle de las Sierpes, en donde existió un célebre café flamenco que se llamaba el Burre-ro...; abominad la manzanilla misma, que es un brebaje aceitoso y poco amable; abominad, aunque os gusten los toros, a los toreros fuera del coso. Pero adorad, extasiados, para vuestro reino interior, en los jardines del Alcázar sevillano como en Aranjuez, como en la mágima Granada. De todo lo que han contemplado mis ojos, una de las cosas que más han impresionado a mi espíritu son esos deleitosos y frescos retiros. Ni las robustas murallas carcomidas de siglos, que aún atestiguan el viejo poderío de los conquistadores romanos; ni los restos visigodos, ni la esbelta Giralda mauritana, cuyo nombre alegría como una banderola; ni la Torre del Oro a la orilla del río, ni las magnificencias del Alcázar, que renuevan en mi memoria las sensaciones experimentadas en la Alhambra granadina, nada me ha hecho meditar y soñar como estos jardines que vieron tantas históricas grandezas,

Secreto del encanto sevillano

Aunque es invierno, he hallado rosas en Sevilla. El cielo ha estado puro y francamente hospitalario pasadas las primeras horas de la mañana. La Giralda se ha destacado en espléndido campo de azul. Luego, las mujeres sevillanas, entrevistas por las rejas que hay a la entrada de los patios marmóreos y floridos, dan razón a la fama. He visto, pues, maravilla.

No sin razón es ésta la ciudad de Don Juan y la ciudad de Don Pedro. Siempre la poesía, la leyenda, la tradición, os saldrán al encuentro. Estrella, el Burlador, el Monarca cruel, el Barbero... Por eso el grande y armonioso José Zorrilla se recomendaba aquí evocando el nombre de su Tenorio y de su Rey justiciero. El turismo viene, por moda, a la Semana Santa. Es decir, a pagar cuentas enormes de hospedaje, a dormir sobre una mesa de billar en veces, y a ver pasar las procesiones, entre católicos irreligiosos, santos macabros, cristos lívidos y sangrientos con cabelleras humanas. Al mismo tiempo, el viajero escuchará los gritos extraordinarios de las saetas y las carceleras. En el día aprovechará





MUSICA Y COLOR DE MALAGA

«En el paseo, por la tarde, a orilla del mar quieto y amoroso en su dulce infinito, se juntan todas esas Trinis en grupos familiares, cerca de pequeñas hogueras en que en sartas se asan las ricas sardinas recién salidas del cepo, y que se comen calientes, regadas después con el chispeante Montilla, que pone luz solar en la cabeza y suelta estas ágiles lenguas, estas ágiles manos y estos ágiles pies, pues siempre se toca la guitarra, siempre se jalea, se acompaña al tocador con las palmas, siempre se cantan las gimientes malagueñas o los rítmicos tangos, y a veces se ve a una brava muchacha iniciar un paso en que luce el garbo heredado de las antiguas danzarinas andaluzas. Las percheleras y las trinitarias son famosas por su gracia y su habilidad para el canto y el baile. Así las he admirado al pasar, mientras un sol cariñoso teñía ya de oro, de violeta, de púrpura, el inmenso cristal mediterráneo.

Los hombres pasan con sus trajes nuevos, las americanas ceñidas a la torera, los sombreros grises cordobeses, los zapatos de charol con la inevitable caña de color claro. Y con ciertos andares y ademanes que hacen ver que el compadrito bonaerense ha heredado algo de por acá. Y las mujeres andan como que se deslizan, con los montones de lana, blancos, rojos, azules, como las corbatas de los novios y amigos, y llevan las cabezas hermosísimas, adornadas con flores, profusamente, rosas fresquitas y rosadas, claveles ultravioletas, y unas especies de crisantemos pajizos que llaman goyettinas, y que completan la decoración floral. Quién va a la casa a preparar la cena de la noche, quién va a las barracas a comprar juguetes con los niños; juguetes que tienen todo el carácter local: guitarritas, castañuelas, panderetas y figuras de nacimiento, que se venden al lado del pim-pam-pum, divertimento grotesco en que la brutalidad y el instinto de agresión humana encuentran contentamiento, lo mismo en la feria de Neuilly que en la diminuta fiesta pascual malacitana. Las borracheras populares comienzan a hacer ruido por la noche. Se oyen pasar las sonoras «parrandas», reuniones de muchachos y muchachas del pueblo, que van cantando coplas por las calles, coplas que recuerdan la celebración del día, la Virgen en el pesebre, José, el Niño Jesús, el buey y la mula. Y de paso va entremezclada la copla amorosa o satírica, al son de las zambombas, al grito de los pitos, al chocar de los almireces y castañuelas, al rasgueo de la inseparable guitarra. Hay quien se acuerda todavía de por qué se celebra esa noche; hay quien piensa, por la tradición, en la estrella de los Reyes Magos, en la aldea de Belén, en el Dios de los cristianos, que nació pobremente, que murió hace muchos siglos, y por el cual se pasan ratos muy agradables y regocijados.

«La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.»

«¡Carrascías, qué gordo está el pavo;
carrascías, qué gordito está;
carrascías, qué enjundia que tiene;
carrascías, carrascías, carrascías!»

¿Quién se acuerda en París, al engullir el «bou-din» blanco, ni de Cristo ni de la muerte...?

GRANADA

He venido, por un instante, a visitar el viejo paraíso moro. He venido por un ferrocarril osado, bazarra de ingenieros, hecho entre las entrañas de montes de piedra dura. He visto inmensas rocas tajadas; he pasado sobre puentes entre la boca de un túnel y la de otro; abajo, en el abismo, corre el agua sonora. Así el progreso moderno conduce al antiguo ensueño. Y cuando he admirado la ciudad de Boabdil, he tenido muy amables imaginaciones. He pensado en visiones miliunochescas. He recordado el título del lírico libro del provenzal Aubanel: *La granada entreabierta*. Y he ideado las impresiones de la pequeña alma de una coccinela pequeña que se pasease por una granada entreabierta. Va por la corteza rugosa que acaba en una corona, que ha sido flor roja como una brasa. Va, la pequeña coccinela, por las durezas lisas y ásperas de la cáscara, hasta llegar al borde, desde donde se divisa el interior palacio de pedrería... Y los rayos solares ponen el encanto de los juegos de la luz en el corazón de la granada entreabierta; y la coccinela penetra entre las riquezas que se presentan a sus ojos, y se maravilla de ese esplendor, y luego sabe que el corazón de la granada es dulce como la miel. Como la almita de esa bestezuela de Dios mi alma. He mirado la corteza rugosa de la antigua capital mahometana, en un tiempo muy poco propicio, entre calles lodosas y bajo un cielo nublado; mas luego he ido hacia la parte entreabierta que deja ver el corazón de su historia y su propio corazón. Y he visto la pedrería fantástica de un arte exótico, amoroso y sensual. Y después, el sol ha brillado; y así, la encantadora ciudad se me ha mostrado primero brumosa y luego luminosa. Y sé que el corazón de la granada entreabierta es dulce como la miel.

Razón tuvo el rey que lloró como una mujer... Es éste uno de los países en que uno crearía, para una primavera sin fin, un jardín de ilusiones. Un «carmen». Carmen, verso... Jóvenes enamorados, parejas dichosas de todos los puntos de la tierra: si sois ricos, venid a repetiros que os amáis, en el tiempo de la primavera, a un carmen granadino; y si sois pobres, venid en alas de vuestro deseo, en el carro de una ilusión, en compañía de un poeta favorito... Verso, carmen.



ALFONSO XIII CUANDO NIÑO



«Volví a ver al rey niño, más crecido, y supe de intimidades de palacio; por ejemplo, que su pequeña majestad llamaba a sus hermanitas, las dos infantas hoy yacientes en sus sepulcros de El Escorial, a la una, Pitusa, y a la otra, Gorriona. Busqué por todas partes el comunicarme con el alma de España. Frecuenté a pintores y escultores. Asistí al entierro de Castelar, escribí sobre el periodismo español, sobre el teatro, sobre libros y editores, sobre novelas y novelistas, sobre los académicos, entre los cuales tenía admiradores y abominadores; escribí de poetas y de políticos, recogí las últimas impresiones de Núñez de Arce. Traté al maestro Galdós, tan bueno y tan egregio; estudié la enseñanza, renové mis coloquios con Menéndez y Pelayo. Hablé de las flamantes inteligencias que brotaban. Relaté mi amistad con la princesa Bonaparte, madame Rattazzi. Di mis opiniones sobre la crítica, sobre la joven aristocracia, sobre las relaciones iberoamericanas; celebré a la mujer española y, sobre todo, ¡gracias sean dadas a Dios!, esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico, que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y el arte de escribir hispanoamericanos, y que causaron allá espanto y enojo entre los intransigentes. La juventud vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria.»

ANTE LA GENERACION DEL 98: ANUNCIA EL RENACER DE ESPAÑA

Fijaos bien: una fragancia de juventud en flor llega hasta nosotros. Voces individuales, pero poderosas y firmes, dicen palabras de bien y de verdad que el país comienza a escuchar. Hay un rumor. ¿Es una resurrección? No; es un despertamiento. Se renace. Se vuelve a vivir en un deseo de acción, que demuestra y anuncia una próxima era de victorias. No tenían razón los desconsolados, los que juzgaron el daño irremediable. He ahí los buenos pensadores de la nueva España que piensa; he ahí los buenos profesores de trabajo, los bravos catedráticos de actos, que enseñan a las generaciones flamantes la manera de conseguir el logro de sembrar para recoger. Los superficiales del pedantismo desaparecieron; los superficiales del odio inmotivado, de la improductiva palabra, de las envidias absurdas, éstos no existen más que en sí mismos. Existe, empero, una juventud que ha encontrado su verbo. Existen los nuevos apóstoles que dicen la doctrina saludable de la regeneración, del gozo de la existencia; los buenos escritores de desinterés y de ímpetu; los nuevos poetas que hablan armoniosamente, con sencillez o con complicación, según sus almas, lo que sienten, lo que juzgan que deben decir, en amor y sinceridad, con desdén del lodo verbal, de la vulgar hazaña, del reír injusto. Y eso en toda España, desde entre los vascos y catalanes activos hasta entre los vibrantes andaluces y entre los habitantes de la gárrula corte. La salud será, pues, luego, total.





Junto a estas líneas,
Rubén adolescente,
con una mano extendida,
recitando versos.
Arriba,
el poeta, en elegante de la época.
Abajo,
otra caracterización,
muy distinta de las otras dos,
que prueba las diversas mutaciones
por que pasó el rostro de Darío.



LOS ROSTROS DE RUBÉN

por Gastón Baquero

MISTERIO.—Es ciertamente asombrosa la diversidad de fisonomías que ofrece el poeta. Tómense retratos suyos muy próximos en cuanto a la fecha de la realización, y parecerá imposible que una persona varíe tanto en tan poco tiempo. Modificaba mucho su peinado, su corte de barba, su aspecto exterior en una palabra. ¿Qué es esto? Ya se sabe que la edad nos cambia la cara, como si estuviese buscándonos la mejor moneda para que obtengamos amor, amistad, respeto, simpatía. Pero esto le lleva su tiempo a la vida. Los cambios repentinos, de un mes para otro, cambios sin tregua ni toma de tiempo, ¿no hablan de lucha interior, de descontento consigo mismo, de insatisfacción? En esto de los rostros cambiantes de Rubén hay algo, y ese algo tiene que estar y está profundamente unido al ser total de Rubén, a su intimidad suprema, a su verdad.

LOS ROSTROS DE RUBEN



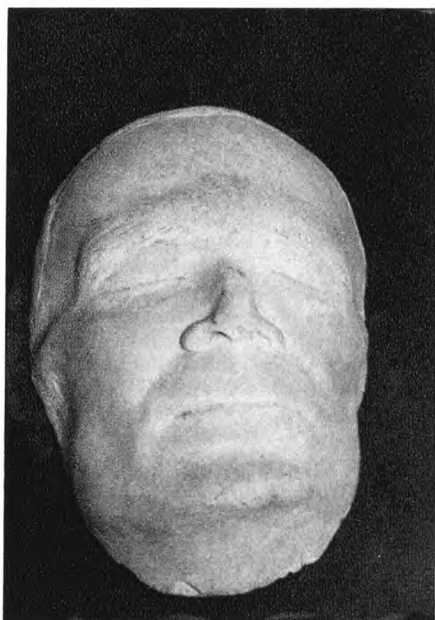
Sobre estas líneas
y a la derecha,
otros dos momentos
del poeta
donde
el aspecto físico
trasciende
profundamente
su vida
interna.

Véngase el lector conmigo a recorrer, sin detenernos demasiado, apuntando discretamente nada más, la vitrina múltiple que sobre el alma del poeta nos ilumina estos retratos. Antes de partir precisamos la teoría que ha de servirnos de derrotero durante el brevísimo viaje. La teoría es esta:

En la historia de la Fisiognomía hay dos mutaciones notables: la de Napoleón y la de Schubert. Hay un instante (el del primer boceto de David) en el cual Napoleón tiene cara de generalito con hambre. Tal apariencia se debió a la sencillísima razón de que, en efecto, era Napoleón en esos momentos un generalito con hambre. Poco tiempo después, cuando el corso comienza a tragarse porciones y más porciones del globo terráqueo, va apareciendo en él la fisonomía, la redondez y la plétora. Es que, en el fondo, Napoleón no tenía alma; tenía mando, tenía mundo.

Y la otra mutación asombrosa, dije, es la de Schubert. Hacia los veinte años era uno de esos seres de tan extraña y radiante belleza, que el menos religioso de los hombres había de acudir al repertorio de piropos celestiales (ángel, arcángel, querubín), para referirse a esa cara tan ines-





Arriba,
a la izquierda,
Rubén Darío
con el hábito
de monje
que vistiera
para el famoso
retrato
de Vázquez Díaz.
Junto a esta foto,
un interesante dibujo
de su cabeza
y otro de sus perfiles
fotográficos
más característicos.
Junto a estas líneas,
el escritor
en su lecho
de muerte
y la mascarilla
que se conserva
en su casa
de León
(Nicaragua).

perada en un hombre de talento. Tenía la dulce carita de las muchachas cuya belleza les impide concluir el bachillerato. Pero en menos de ocho años después, el espiritualísimo doncel se había transformado en un grueso, semicalvo, miope y barrigoncete señor que, a los ojos de la buena gente, parecía un mansueto profesor de matemáticas para alumnos atrasados. (Y lo que son las cosas: cuando algún ángel quería cantar bajo la ducha, y cantar decorosamente, le tomaba prestada su garganta a Schubert).

¿Qué había ocurrido en los dos casos? Que ni en el boceto de David ni en el modelo del Bronzino la vida había trabado bastante todavía. El rostro verdadero estaba por hacer. En cuanto cristalizase la personalidad real y verdadera de cada uno de ellos, aparecería, a los ojos de todos, esa gran máscara que la vida coloca sobre el rostro de los seres superiores para protegerles el tesoro de allá dentro. Napoleón necesitaba una gran cara exterior, cara de mando evidente e irrefutable y Schubert necesitaba unos cuantos kilos de carne y de fealdad que le permitiesen hundirse dentro de sí mismo, pesar hacia abajo para bucear en lo inmenso suyo.

Y el caso de Rubén, el caso de los rostros de Rubén, que diría Simenon, ¿no es lo contrario de esas trayectorias rectilíneas hacia una cara propia, fija, irremovible ya? En efecto, es todo lo contrario. Y lo es porque Rubén pasó toda su vida dominado por dos sentimientos capitales: el de la inconformidad con su propia persona física y moral y el de la inconformidad y desazón con su persona creadora, con su personalidad artística. *De aquí nace la variedad o las variaciones de sus rostros.* Se pasó la vida y se metió en la muerte haciéndose una cara determinada. ¿Llegó a tener verdaderamente la cara que él quería, la que presentara ante el mundo al Rubén de Rubén, y no al Rubén de los otros (¡y qué otros!)? Digo que no, y que esta fue una señal de su grandeza. Rilke tenía cara rilkeana desde los cinco años de edad, porque lo europeo es, desde el siglo XVII, lo antiproteico por excelencia, en tanto que lo americano es, por esencia, el cambio, la búsqueda, el proteísmo.

Vamos a ver esta modesta teoría fisiognómica a la luz de un desfile veloz de fotos, de gestos, de cambiantes y contradictorias fisonomías ruberianas. Vamos a ver de cerca este misterio.

CARA DE POETA.—Lo primero que ocurre con los grandes poetas es que nunca tienen «cara de poeta». Paul Valéry parecía el gruñón jefe de cajeros de un banco importante. T. S. Eliot daba la impresión de ese señorito que sólo vive para ir al té de cada día, en el salón elegante de cada día, para decir las memeces de cada día. Claudel podía ser tomado, sin dificultad, por el propietario de un hotel rehuido por los turistas, debido a su respetabilidad. Chesterton parecía un salchichero alemán y William Butler Yeats daba la sensación de un cursi imponente que se había disfrazado de hombre importante para que lo nombrasen académico.

Y es que en todos los casos de espíritus fuertes de gente muy independiente el rostro es asunto interior, no exterior. Goethe se construyó adrede una cara burguesa que lleva siglos engañando a la gente. La cara va por dentro. Al mundo se le da, más o menos, la cara que el mundo espera, o por lo menos una que no asuste demasiado y deje al grande hombre en libertad de acción mental. Por eso la primera metáfora de un gran poeta es peinarse lo mejor posible. Quiero decir: componerse una cara



que no despierte en los demás la sospecha del talento, de que por así viene la tormenta con sus truenos y sus furias. Durante años y años los compañeros burocráticos de Saint-John Perse no se enteraron de que ese jefe suyo en el Ministerio de Exteriores de Francia era uno de los más grandes poetas de la época; tuvo que llegar Adolfo Hitler y preguntar por Alexis Léger, de quien era lector, para que muchos se enterasen de quién era aquel señor con cara de simple consejero de embajada con piedrecitas en la vejiga. Es lo normal. Baudelaire no se atrevía a retratarse sin corbata, y en cambio don Juan Vázquez Mella se dejaba fotografiar sin esa declaración de humildad que es echarse al cuello, uno mismo, unas bridas de seda. (La corbata en el hombro, como el freno en el caballo, impiden desbocarse; representan el orden y el acatamiento de las normas).

Pero veamos ya esa primera foto de Rubén joven recitando. Hay un grupo en torno suyo. Tiene manos alargadas, de adolescente febril, de jovencito orgulloso, larguirucho, desgachado. Está volcado en triunfo, rodeado de público. Todavía no tiene interioridad. Es el momento nuñezarcano, campoamoriano, zorrillesco. Como es tan precoz en todo Rubén está viviendo ya el momento vanidoso del poeta, cuando sale con los bolsillos llenos de poemas a buscar víctimas y más víctimas auditivas. «El poeta quiere tener un público aunque sea de rinocerontes», decía Nietzsche, el otro hombre que más ha engañado a la gente con su rostro: se impuso máscara de loco, y todo el mundo creyó y cree todavía que era un loco uno de los pocos hombres plenamente sensatos que ha pisado el planeta.

Aquí el rostro de Rubén está *in progress*, haciéndose todavía, pero con tendencia a proyectarse hacia el exterior. Es la zona de luz y sombra simultáneas de la adolescencia. De aquí se sale para el salón o para la celda de fraile. Hay en la cara rasgos de audacia mezclados con sensaciones de inseguridad. Hay orgullo de ser escuchado, pero hay como el miedo de si se estará o no haciendo el ridículo. Apunta el lejano Rubén que viene por el horizonte, ya dominado por la timidez, ansioso de meterse dentro de sí, mandar al mundo a freir espárragos infinitos y hacerse una cara propia, personal, sagrada. (Cosa que nunca conseguirá).

Dentro de poco va a comenzar su fuga, su eterno viaje. Alto, delgado, fecho según describen todos, tiene de los románticos (recordemos a Martí) la fiebre del amor precoz, del enamorar sin tregua. ¿Por qué le hacen caso las muchachas siendo feo y desgarrado como es? Por la llama de la poesía que se le sale por los ojos. Por el ardor de vida que transmite. Está volcado al exterior, como un torrente. Todavía no se ha compuesto un rostro adecuado para engañar al mundo. Y el mundo no lo conoce todavía.

¡TAMBIÉN YO SOY LECHUGUINO!... La llegada de Rubén a Chile, en lo físico, fue un desastre. No causaba buena impresión su levita. Vicuña Subercaseaux dice: «No vimos llegar al poeta hermoso i coronado de la alegría clásica. Vimos llegar a un chico delgado, de color de avellana, con nariz aplastada, punto más punto menos que un indio americano... En suma, era un pobre diablo. Habíamos esperado algo así como un joven griego conducido de la mano por Safo en persona. Su equipaje: un tomo de Víctor Hugo, un cuaderno de recortes, dos pares de pantalones—uno puesto i el otro colgado—, i sus enormes pies cansados de tanto andar. «No escriba—le dijo el director de *La Epoca*, don Eduardo Mac-Clure, que era un hombre agudo i burlón—, exhiba sus pies; de ese modo ganará más i descansadamente. «Más

tarde, el ingenio incomparable de Alberto Blest Bascuñan había de recompensarlo diciéndole: «Tus versos son tan grandes como tus pies». En aquel tiempo, llevaba su timidez hasta el punto de tenerle miedo a las ánimas del Purgatorio. En su alojamiento de *La Epoca*, lo pasó como aterrado.

Esa página cruel me parece muy significativa ¿Cómo reaccionó Rubén para vencer su cortedad, que ya se le había precipitado en el interior? Como reaccionan frecuentemente los tímidos: colocándose una máscara de seguridad y lanzándose luego a un desafío, a una agresión. ¿Que no es elegante en sus ropas ni en el estilo de peinarse y hacerse la barba? Ahora verán lo que es un lechuguino en su punto. Observemos esa foto de la barbita. Tiene buena cara, como de hijito de la burguesía. De ahora en adelante va a vestirse con cuidado, incluso con atildamiento. El próximo paso, cuando venga a España en 1892, va a darlo con cara nueva también, con otro rostro que se compone para la diplomacia, el salón elegantísimo y la conversación con Castelar, con Cánovas, con Echegaray. Cuando entre él el lujoso salón de don Juan Valera llevará cuello de pajarita, bigotito bien recortado, cabello peinado a la *dernier cri*. (Pero la gente no sabe todavía que ese rostro que no llama la atención por timidez ni por sensación de temor, se ha ayudado a flotar con las alas del alcohol. En Chile comenzó a refugiarse en esta máscara ética, que tanto como ayuda al principio destruye después.)

Y digo que se había hecho un rostro, en menos de tres años, porque de Chile tenemos testimonios, no tan crueles como el de Subercaseaux, pero si merecedores de crédito, en torno a la figura que presentaba por los años de «Azul». Emilio Rodríguez Mendoza cuenta que un día, siendo él un niño, llegó Rubén a su casa en busca del hermano Manuel: «Tomé, dice, una colocación de gato en acecho para observarlo de mampuesto. Entró, se sentó, untó las manos y cerró los ojos. Lo contemplé a mis anchas y la primera impresión no fue halagüeña: el poeta tenía ese día una palidez de crisantemo nipón; pero de crisantemo viejo y sin agua, la nariz, muy fina, en el sitio en que nacía entre dos ojos pequeños y vagos, se iba ensanchando hasta plantear sobre un bigote de mandarín el arduo problema estético de dos fosas nasales ampliamente dotadas para aspirar todos los perfumes de la vida. Aburrido de la espera se irguió, cogió el sombrero y salió meneando sólo las piernas, como si la cabeza siguiera un camino y otro los pies largos finos, gorillescos... era alto y engarabataado. Me preguntó si en todas las etapas de la carrera de gloria y de dolor de Darío no influyó apreciablemente su nombre, arrancado de algún tapiz oriental, y su cabeza de ídolo malayo tallada en un pedazo de bambú y puesto sobre el elegante levitón de Mr. Rinaud; ¡qué pinta tenía!

Esta última expresión es ya admirativa, porque Rubén, en muy poco tiempo, comenzó a dar la sensación de solidez, de hombre ancho de hombros, de figura recia. «Era muy alto y fuerte», se lee frecuentemente. Perseguía la elegancia. En cuanto tocó en París, pudiese o no, desde el punto de vista económico, se hizo de secretario y de ayuda de cámara holandés. Gustaba de usar botines, guantes, corbatas de plastrón. Le fascinaba oírse llamar elegante. Era ese el personaje que daba a los demás, el personaje que ponía en escena. El rostro se le fue haciendo más y más comunicable, búdico, ensimismado. ¿Cuántas veces cambió de cabeza, de lo que llaman cabeza los peluqueros? Se ve que buscaba sin cesar un rostro mejor para la sociedad de las gentes, para la selva de los humanos. Com-

ponía una cara como nadie. Observemos esa resignada paciencia con que escuchaba la conferencia que «le están dando». Veámoslo luego con el perfil d'annunziano que se ha fabricado: barbita en punta, peinado con raya al medio, bigote erizado a lo diablito ornado de spahhetti; en esa hora, lleva una fina caña muy distinguida, y ya comienza a pronunciarse el *embompoin*. Ya es todo un señor. Lo que la gente, por el exterior, llama un señor.

ROSTRO APACIBLE DE MONJE.—Aquí doy una foto muy curiosa de Rubén con su traje de monje. La época en que la familia Sureda tuvo la oportunidad de invitar a Rubén en Mallorca, era de las más tristes en la vida del poeta. Llegó con muy mala cara y con ansias de reposo. Por broma se le contó que el dueño de la casa tenía preparado, como mortaja, un hábito de monje. «¿Te atreves a ponértelo?», le preguntaron. Y Rubén, con su cosa de niño que siempre tuvo, pese al miedo que le inspiraba todo lo que se relacionara con la muerte, fantasmas, sacrificios, accedió entre risas a vestirse el hábito de los hijos de San Bruno. Véase en la foto la cara llena de luz, de serenidad, de confianza. Tiene aquí el rostro de un buen monje, tranquilo y feliz, sin tentaciones, sin temor a nada, cara al cielo. Hay como una luz verdosa en sus ojos. Y hay una gran decisión personal de hombre que dice «aquí estoy» con toda la boca y con todo el pecho. ¿Qué delación guarda esta foto con la otra que nos lo muestra de juquet, guantes en mano, enfurruñado y en pose de gran desdén? ¿O quién puede tomar por la misma persona a este que aquí hace el monje y al que en otra foto vemos haciendo el director, dictando a mecanógrafa y secretario, con chaleco ribeteado de trenchilla, perfil de senador, además de financiero? ¡Ay, los rostros de Rubén! Pasa por ellos la poesía del momento, la lucha del minuto, la exigencia de cada cual. Dejo al lector con estas fotos y contemplo en su compañía, finalmente, la del rostro final.

LUCHA CON LA MUERTE.—Rubén tuvo muerte dolorosa. No creo que tuviera conciencia muy clara de que estaba finalizando. Poco antes de irse hablaba de lo que haría en cuanto se repusiese. La propia reacción, tan emocionada y emocionante, a la misa dicha en su habitación por el obispo, hace pensar que él pensaba en el final, pero no sé, hay algo de lucha hasta el último minuto que revela su deseo y acaso su creencia de no morir tan pronto. Esta foto nos permite ver su rostro de agonizante. La vena de la frente se hincha, quizá por el esfuerzo de la disnea. Hay una contracción muy dolorosa, no de ensimismamiento, sino de sufrimiento físico. Ya ha abandonado toda pose, toda composición para el exterior. La cara se le ha alargado, puede que por la mano de la muerte cercana, puede que por la renuncia a componer una cara de señor serio. Se entrega a ser él mismo, sin afeites. ¡Pero qué distinto resulta este rostro a todos los que le conocíamos! Y que no se trata de que fuera el último, el rostro tallado por la muerte lo vemos en ese terrible perfil de la cámara mortuoria. Ya ha sido embalsamado. Misteriosamente ese rostro de muerte recuerda al de Benito Juárez vivo. ¿Cuál sería, en definitiva, el rostro verdadero de Rubén? Su rostro interior y definitivo pereció con él. Trabajaba aún en sí mismo cuando partió. No había llegado a la cima que perseguía. Tal como en sí mismo la eternidad lo cambiaría, era un vivo retrato de Proteo: agitado a ratos y a ratos sereno, majestuoso en sus horas y ligero cuando quería huir del dolor, buscándose siempre a sí mismo, y viéndose tan cambiante como el mar o como el cielo.

REALIDAD Y FICCION

(Dos entrevistas reales y una imaginaria)



El *Mercure de France* publicó, bajo el título de «Un poète sud-américain», mi estudio sobre la personalidad y la obra de Darío, valorando su estreno como una expresión de nuestra sensibilidad hispano-americana.

Con el antecedente de esos hechos, ocurridos en 1907, calcúlese cuál sería mi regocijo cuando en mayo de 1908 me encontré con Darío en Madrid. Alojábase en el Hotel de París, a veinte pasos del mío. Acababa de llegar de su patria con sus ansiadas credenciales.

—Mi viaje a Nicaragua ha sido triunfal—me dijo—. Vuelvo aún no repuesto de las emociones. Me han cubierto de laureles y he encontrado confortadores cariños. Presenté a doña Blanca de Zelaya mis homenajes, y ella fue eficaz ante su marido. Me han arreglado mis asuntos domésticos, según mis deseos, y me han nombrado ministro en España, como era mi ambición. Se han cumplido punto por punto «nuestros planes». ¡Ah, y su artículo del *Mercure* resultó muy oportuno!

Hablaba con voz lenta y con su característico ademán pausado. La vivacidad en él era toda interior, y sólo se le descubría en la mirada, de chispeantes pupilas. Había algo de indio nagraudana en esos ojillos levemente oblicuos, encapotados, y algo poco ario en esa ondulada cabellera oscura, aunque sus manos eran de marqués, para emplear palabras que él mismo usó al retratarse en el prólogo de *Prosas profanas*. Sudamericano típico, producto seleccionado, como nuestro Sarmiento, de antiguas mestizaciones; el uno con su fuerza y el otro con su gracia, ambos prestigiaban, anticipándola, a esa futura raza que está elaborándose lentamente en nuestros crisoles continentales.

Pocos meses antes, cuando vivíamos juntos en Bretaña (tengo aquí delante la fotografía que el conde de Croze nos tomó entonces en su jardín) Darío usaba barba, estaba un poco grueso y había empezado a encanecer. Ahora en Madrid presentábase más esbelto, algo exprimido por las fatigas del viaje a Nicaragua; pero habíase afeitado totalmente el rostro y mostrábase cuidadoso de estar elegante. Esa tarde vestía un terno gris de paño inglés; y lo que más le preocupaba era su uniforme y el aviso de la Cancillería para presentar sus credenciales. Postergábase la ceremonia por hallarse el Rey ausente en uno de los Reales Sitios.

Volví a visitarle al día siguiente y le encontré a Darío en su habitación con su casaca llena de bordados, su espadín, sus guantes, su sombrero de picos en la mano izquierda. Cerró la puerta con llave, se contempló en el largo espejo, caminó unos pasos y luego se paró delante de mí con cierto aire de ceremonia, como si yo fuera Su Majestad.

—¿Qué le parece?

—Estupendo!

—¡Mire que no quiero estar mal!

—Estará usted mejor que un embajador del Zar de todas las Rusias en la Corte de Constantinopla.

—Sé que usted es mi amigo... Pero temo no conducirme bien cuando llegue el momento de la ceremonia en Palacio... Estoy muy emocionado.

Al despedirnos le hice votos de felicidad, porque el magnífico poeta parecía recelar ante un gran peligro. ¡Cosa extraña en el hombre es la grandeza, y qué variedad de tipos caben

en ella! Me figuraba a Verlaine en trance análogo. Supe después que Darío se condujo admirablemente en todos los actos a que le tocó asistir. Era un hombre extraordinario. Débil por exceso de sensibilidad e imaginación, pero con plena conciencia de su decoro personal y de las formas aristocráticas. Sosteníalo, además, la voluntad de cuidar su gloria, y yo no sé que jamás claudicara en público.

Si he referido aquella escena de puertas cerradas no es para divertir al vulgo ni para ajar la clámide del poeta, a quien tanto quise y admiré, sino para mostrar su compleja psicología infantil y olímpica. Anécdotas mucho más importantes viví con él, pero ésa la cuento porque ocurrió en Madrid, en un momento trascendental de su vida, y porque en la escena sentíamos los dos la presencia de un personaje invisible, el Rey de España, que conmovía su corazón con un estremecimiento de leyenda. El poeta había dicho, aquí en Buenos Aires, cuando era joven, que no sabría cantar a un presidente de República, pero que sí sabría cantar a un rey. ¡Oh Halagabal, de cuya corte, oro, seda, me acuerdo en sueños! En el caso que refiero había algo más. No es que lo intimidara el protocolo ni la regia ceremonia. El había buscado ese cargo por motivos económicos, pero también para entrar en España, definitivamente, con su lira de poeta: Garcilaso y Góngora lo aguardaban. Quería coronar la campaña de su vida llegando a influir en todo el ámbito de nuestra lengua. No se equivocaba, y lo consiguió. El ya había estado en España para el centenario del Descubrimiento, y de 1892 databan sus mejores amistades españolas. Había vuelto en 1898 como corresponsal de *La Nación*, cuando su nombre iba haciéndose ilustre. Ahora volvía en la hora plena, con categoría oficial, y yo asistía a su victoria—que era nuestra—con los regocijos de la admiración y del cariño.

No se crea, sin embargo, que esa victoria se logró sin combate. Algunos, como Palomeiro y Maeztu, le querían sinceramente; otros, como Valle-Inclán y Villaespesa, le imitaban o le defendían; pero no faltaban los rezongones, quiénes por apego a la retórica anterior, quiénes por no reconocer la primacía a un indiano, quiénes por información incompleta sobre la obra u ojeriza contra el autor. Dejo de lado el lamentable caso de Salvador Rueda, que ya he contado, para detenerme en el de Unamuno, mucho más importante.

El 27 de marzo don Miguel de Unamuno escribíame desde Salamanca: «Mi querido amigo: He visto sus versos en *El Heraldo*. Están muy bien, pero cada día se me hace más odiosa la rima. Los italianos hacen bien en desdenarla más que nosotros. Hace decir muchas cosas redundantes o retorcidas. Y es un bárbaro artificio medieval.»

Después de ese juicio sobre mis versos y de ese desahogo contra la rima, inexplicable en un poeta, Unamuno se refiere a Darío:

«En una de sus cartas me dijo algo de Rubén Darío. Cuando nos veamos hablaremos de él, a ver si al fin es usted quien me convence de que hay poesía en las caramilladas artificiosas del nicaragüense. Yo no lo culpo de lo que otros, sino que sus versos me parecen terriblemente prosaicos en el fondo, sin pasión ni calor; puras virtuosidades y tecnerías. Escribe, además, cosas imposibles por la manía de la rima. Puesto que hablamos de un príncipe rubio, tenemos que hacerle navegar por el Danubio, así como Bretón de los Herreros saca al obispo de Sigüenza para que nos con-venza.»

Cuando conversé después con Unamuno, me encontré con que no conocía sino algunos versos ultramodernistas del tiempo de *Prosas profanas*, y yo le contradije con *Cantos de Vida*

y *Esperanza*, mostrándole la sobriedad clásica y la hondura humana de los nocturnos y de ciertos poemas especialmente elegidos por mí con el propósito de impresionar la sensibilidad de Unamuno:

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
Y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto.

Cuando nos separamos, díjole a Julio Nombela Campos, catedrático de la Universidad de Salamanca, que había asistido a nuestro coloquio:

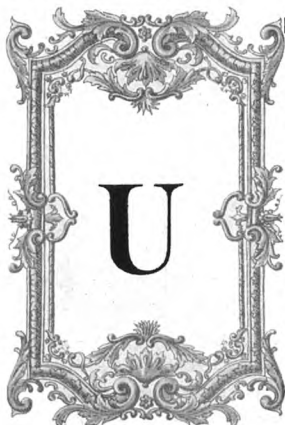
—¡Es listo ese Rojas! ¿Vio usted con lo que me salió para defender a Darío? Quizá tenga él razón...

Lo interesante es que si Unamuno negaba a Darío, éste negaba a Unamuno, y tuve que realizar con Rubén esfuerzos análogos para convencerle de que Unamuno era no sólo un pensador extraordinario, sino también un gran poeta. Ambos se conocieron mejor más tarde: cambiaron de opinión y llegaron a estimarse. Así tenía que ocurrir entre dos tan altos espíritus, maestros ambos en un mismo idioma, pero que antes no se entendieron por prevención.

RÍCARDO ROJAS



ENCUENTRO EN PARÍS



UNA y otra tarde, desde que Enrique Gómez Carrillo me lo presentó, he venido al café «La Rotonde» con el propósito de tener una conversación a solas con el excelso poeta Rubén Darío.

Y una y otra tarde se frustra mi intento, porque siempre encuentro a Rubén rodeado de una copiosa tertulia.

Rubén es en París una especie de ministro plenipotenciario de la Poesía española, y tiene a su alrededor constantemente una especie de corte de escritores, poetas y artistas de toda índole. No hay periodista, literato o universitario español, y con mayor abundancia suramericano, habitante o de paso en París, que no se crea obligado a rendir el homenaje de su visita al genial revolucionario de la lírica española.

Rubén Darío dirige «Mundial», magnífico «magazine» que se edita en París y en español, y desde allí irradia su selecta influencia artística a España y a todas las Repúblicas americanas de lengua española.

Ver a Darío en la redacción de «Mundial», donde siempre hay esperándole colaboradores literarios, pintores y dibujantes, y bellas artistas internacionales que decoran luego las páginas de la revista, es tarea difícil. Porque Rubén, impenitente bohemio y trasnochador, no tiene hora fija para nada. Sus mañanas pertenecen al sueño, sus noches se pierden en el misterio amable de este París, galante y luminoso, cuya

intensa vida el excelso poeta bebe a grandes buchadas.

Al fin, una tarde, a esta hora gris, maravillosa, en que París empieza a envolverse en su echarpe de niebla, y en los bulevares, congestionados de público, parpadean las primeras luces eléctricas, logro encontrar relativamente solo a Rubén.

Están con él un poeta uruguayo y un profesor de La Sorbona, a los que Enrique Gómez Carrillo se brinda tácticamente a entretener mientras yo me llevo a otra mesa al insigne creador de «Prosas profanas»...

Rubén ya va por su cuarto ajenjo... Como Verlaine, su ídolo—«padre y maestro mágico-filósofo celeste»—, Darío es un enamorado del licor glauco, color de niebla, que abrasa las entrañas y exalta el cerebro...

Rubén Darío tiene el rostro grandiosamente feo de un ídolo incaico. La piel, cetrina, de un verdor bronceado; la frente, amplia y abultada; los ojos, un poco oblicuos, cobijados en dos bolsas abotargadas; los labios, gruesos, enormes, amoratados... Da una sensación de fuerza y, al mismo tiempo, de abulia melancólica... Sus facciones revelan una sensualidad exasperada y, en cambio, en sus pupilas se remansa una luz de dulzura, de ensoñación...

A un mismo tiempo arbitrario, como artista de raza, y correctísimo, como un buen diplomático, Rubén Darío se presta a mi interrogatorio con una cortesía gentil de camarada.

Y empieza la entrevista:

—¿Dónde nació usted, Rubén?...

—En el departamento de Segovia, en Nicaragua, el 18 de enero de 1867.

—¿Qué posición tenían sus padres?...

—Sin ser verdaderamente ricos, poseían la bastante hacienda para vivir desahogadamente y darme estudios.

—¿Dónde los empezó usted?

—Desde muy niño, en el Instituto de Occidente de la ciudad de León. Fui un desastroso estudiante de Matemáticas y el mejor alumno de las clases de Literatura. Mi profesor fue José Leonard, célebre escritor polaco, emigra-

do en Nicaragua por cuestiones políticas... Tengo que reconocer la gran influencia que Leonard ejerció en mí. Como todos los polacos emigrados de aquella época, Leonard era un romántico, un rebelde, enamorado de la libertad, que cantaba maravillosamente sus elegías del destierro, sus añoranzas de la bella patria amada... El me inspiró el amor a Europa, a la Francia del romanticismo político y literario... El sueño dorado de mi juventud era venir a París.

—¿Y lo consiguió usted?

—Antes de cumplir los dieciocho años... Conoci a Mallarmé, intimé con el excelente Verlaine, que arrastraba ya su gloriosa decadencia de genio beodo... Muchas noches se me fueron acompañando por «bitreaux» sordidos al divino «pobre Lelián», que se apoyaba en mí para disimular la invalidez de su pierna anquilosada, y en las horas de madrugada turbias de alcohol y encendidas de inspiración, me recitaba con voz tronchada las estrofas inmortales de las «Fêtes galantes».

Al hablar de Verlaine, en las pupilas indias de Rubén hay una luz de ternura, de recóndito fervor... Yo veo en su rostro, un poco congestionado, una vaga semejanza con aquella expresión faunésca del gran lírico francés de los «Poemas Saturnianos».

—¿Duró mucho su estancia en París?

—Un poco más que mi dinero... Agotados mis fondos, sentí el temor de hundirme en una bohemia lamentable... Porque yo he tenido siempre horror a la pobreza, porque es sucia y triste. Me gustan las mujeres bellas y bien vestidas, el champaña, las flores... París, sin todo eso, que es su perfume y su poesía, se convierte en una ciudad muy cruel...

—¿Regresó, pues, a su patria?...

—Sí. Y me hizo un gran bien una temporada de reposo, de meditación. Me dieron un cargo en la Biblioteca Nacional, y allí me dediqué con gran fervor al estudio de los clásicos españoles y de los grandes poetas extranjeros. En primer lugar, Víctor Hugo, que se convirtió en mi ídolo... Luego estuve en San

ALUCINACION RUBENIANA



RUBÉN está en su habitación del madrileño Hotel París. Acaba de llegar de Barcelona. Allí, a la orilla del rubio labio mediterráneo, se ha reconciliado mucho con la idea de una España negra. Allí, a la orilla del rubio labio mediterráneo, no existen negros. Ni negros como en su país. Allí, a la orilla del rubio labio mediterráneo, está viva Venus, y también Virgilio. Barcelona,

donde le coge el fin de año en 1898, es para Rubén una ciudad helénica. Lo es por intuición de ponerse a ver las cosas con más calma, lo es por otras muchas razones.

Rubén, desde Barcelona, ha enviado a *La Nación* crónicas voluptuosamente preocupadas por la vida del puerto, por los vicios que llegan desde cualquier puerto del mar antiguo: de Siria o de Turquía, de Italia o de la vecina Marsella. Pero en Barcelona hay mucho más: el *esprit catalán*. Lo que D'Ors había de llamar más tarde la Cataluña que trabaja y juega. Y esto también lo vio Rubén y lo escribió en sus crónicas.

—Allí el soñador es siempre un poco práctico, y el menestral, siempre un poco soñador.

—¿Y en Madrid?

—Madrid es otra cosa. Aquí veo, intelectualmente, una España vencida.

Todo está en profunda crisis. Cánovas, muerto. Ruiz Zorrilla, muerto. Castelar, muerto. Valera, ciego. Campoamor, mudo. Clarín, agotado. Núñez de Arce, vomitando sangre...

—Pero usted ha creído, sobre todo esto, en el alba de oro.

Rubén mueve melancólicamente la cabeza. Se vuelve a servir coñac.

—Ruano... Ruano... ¿Es usted familia de una bellísima dama que vive en este mismo hotel?

—Soy su hijo.

—¿Cómo es posible?

—Sí; esa dama será mi madre dentro de cuatro años.

—¿Qué ocurre con el Tiempo?

—No hay Tiempo, maestro.

Rubén tiene ahora treinta y dos años. Pero ya ha muerto en Nicaragua dentro de diecisiete.

—No, maestro; no hay tiempo. Pero vuelva al antiguo entusiasmo, vuelva al espíritu ardiente...

Rubén se bebe el vaso de coñac y con la voz opaca dice:

—...Que regará lenguas de fuego en esa Epifanía... ¿Verlaine?

—No; Rubén en la *Salutación del optimista*.

Rubén se encoge de hombros. No recuerda. Seamos justos. No lo ha escrito todavía. Por el balcón del hotel entra en un ruido discreto la Puerta del Sol. Una Puerta del Sol casi vacía, con una fuente en su centro, con una gran farola de tres brazos, debajo de la cual juegan unos golfos. En la esquina de Carretas hay una garita con un soldado medio dormido. Cruza el tranvía de mulas.

Aunque tal vez con la ayuda del alcohol me

dice algo, algo también le dificulta no sólo la palabra, sino el pensamiento de la palabra. El tuétano de su carácter es la timidez. Tiene una timidez de salvaje. ¡Este gran civilizado! Esa timidez debió de ser el origen de su afición a beber. En sus respuestas no hay la rapidez que aquí parece. Era lento. La réplica le costaba como un pesado trabajo. Miraba lejos. Detrás de mí, que le hablaba. A un infinito de pavor atávico. Había en él mucho de Buda más que distraído, abstraído. Cada vez que tenía que hablar fruncía mucho las cejas y tragaba saliva como una sangre espesa y antigua. Las pasaba moradas.



Salvador, a cuya academia literaria pertenecí; y más tarde, cuatro años en Chile, donde fui redactor de varios periódicos...

—¿Cuándo estuvo por primera vez en España?

—El año 1892, comisionado por mi patria, Nicaragua, para asistir a las fiestas del Centenario de Colón... Pero estuve poco tiempo. Mi verdadero conocimiento de España data de unos años después... Había recorrido yo, como diplomático, Costa Rica, San Salvador, Uruguay, Guatemala, cuando me nombraron ministro plenipotenciario en Madrid. Y en Madrid encontré el corazón, el pulso y el cerebro de la gran España que yo siempre había amado.

—¿Cree usted que el hispanoamericanismo es, más que una teoría, una realidad espiritual?

—Indudablemente. Inapelablemente. Por un imperativo de raza, de fe, de sentimientos... Aunque España, materialmente, sólo fuera nuestra descubridora, nuestra conquistadora, espiritualmente ha sido nuestra matriz, nuestra cuna, nuestra madrina ante el mundo. Llevamos en las venas su sangre, y, sobre todo, ella nos dotó del bien supremo de la fe y del idioma, que nos permitió incorporarnos a la civilización...

—¿Es usted creyente, Rubén?

—Aunque, como artista, profeso un panteísmo universalista y amo la belleza, dondequiera que se presente, indiferente a su significación ética, he creído siempre y creo en Dios, y lo he invocado siempre que mi emoción expresaba mis inquietudes humanas...

En efecto, el Rubén pagano, el griego refinado por París, expresa también en sus obras esa fe que profesó desde niño...

Recuerdo el magnífico apóstrofe final de su oda a Roosevelt, soberbia diatriba contra el materialismo yanqui:

«¡Y, pues contáis con todo, sólo os falta Dios!»

Y cuando traza la semblanza de su vida turbulenta y apasionada, exclama:



«Potro sin freno, cabalga mi instinto,
Mi juventud montó potro sin freno,
Iba embriagada y con puñal al cinto.
Si no cayó... fue ¡porque Dios es bueno!»

Y el recuerdo de sus versos trae a mis labios esta pregunta:

—¿Qué poesías tuyas se han hecho más famosas?

—No sé... Me parece que en esto ha habido algo de injusticia... Porque se han popularizado muchas poesías como «La sonatina», «La marcha triunfal» y el soneto «A Margarita», que yo considero como de tono menor, alguna de ellas hecha por entretenimiento o por un motivo carnal... Y, en cambio, conozco pocos que se hayan aprendido de memoria estrofas de otras poesías de mayor envergadura. Por ejemplo, del «Coloquio de los Centauros»...

Interrumpo esta queja tan justa del poeta: —¿Ha ganado usted mucho con sus poesías, Rubén?

—Desde luego, muchísimo menos de lo que necesito para vivir. Si he logrado hacerlo decorosamente, ha sido gracias a mi carrera di-

plomática... y a mis colaboraciones periodísticas... Desde luego, por las crónicas que envío a «La Nación», de Buenos Aires, me pagan más que por ninguna de mis poesías...

—Y, sin embargo, en España se le considera a usted como el innovador, el padre y el pontífice de la poesía moderna...

—España es muy buena para mí..., pero yo sólo creo que he tenido el mérito de un renovador... Porque he incorporado a la poesía española, que estaba detenida en Núñez de Arce, en Campoamor, en Rueda, una inquietud moderna..., haciendo vivir al idioma dos fases que no conocía: el parnasianismo y el impresionismo simbolista...

Termino preguntando a Rubén:

—¿Cuál es su aspiración suprema en la vida?

Me responde, sacudiendo su testa poderosa, con un gesto de avidez:

—Carretero: la misma que usted y que todo hombre cerebral: ¡Vivir!... Vivir mientras pueda hacerlo intensamente..., apurando todas las emociones de la existencia. La vejez me espanta por lo que tiene de feo, de impotencia, de frío, de anhelar y no poder conseguir...

Hace un mohín de rechazo, y me dice, casi con ilusión:

—Pero, afortunadamente, no llegaré a ese extremo. Llevo ya el enemigo dentro... El pez que me ha de devorar ya tiene la boca abierta. Lo he hecho mi amigo desde la juventud y él se encargará de evitarme esa melancolía de la vejez...

—¿Cuál es ese enemigo?

—¡Este!—me dice con acento concentrado.

Y, empuñando su copa, bebe con avidez el alcohol glauco, el terrible paraíso de la alegría y de la muerte...

Tuvo razón Rubén. Poco tiempo después de nuestra entrevista, una dolencia hepática, contra la que fueron inútiles los esfuerzos de la ciencia quirúrgica, ponía fin a su hermosa vida.

EL CABALLERO AUDAZ

—¿Qué quiere usted?

—¿Cómo que qué quiero?

—Ahora... Literariamente... Humanamente... Americanamente...

—Españar entre la juventud los principios de la libertad intelectual.

Explicarles el amor y el gozo. Hablarles de Anacreonte y de nuestro padre Hugo. Ayer se lo decía a Alejandro.

—¿Alejandro?

—Sawa.

—¿A quiénes más ve usted estos días?

—A todos. A Cavia y a Moya, a Dicenta... A Valle-Inclán. A Benavente. No lo pierda de vista: Jacinto, se lo digo yo, desbanca a Echegaray. ¿Qué va a quedar de Echegaray?

—Una calle, maestro. Una calle donde se podrá beber a cada paso.

—¡Larga calle ha de ser!

La habitación de Rubén en el Hotel de París es revuelta, caótica. Hay libros, trajes tirados por las sillas. Un número de *Los Lunes*, de *El Imparcial*, abierto sobre el improvisado escritorio. Y rosas.

—¿Un trago? ¡Ah el corazón sentimental!

—Plural ha sido...

—Hortensia Buislay... Elena... Rafaela... Rosario...

—Maestro, haga un esfuerzo. Acaban de otorgarle el Premio Nobel a Juan Ramón. Yo tengo un año. Estamos en 1904. Usted ya vivió con Enrique en la rue Foubourg Montmartre. Ya estuvo en Roma.

—Vi a D'Annunzio. Conocí a Wilde. A la bella Ranavaro... ¡Oh fabuloso Madagascar! *Embrasse-moi, petit...*

—Deje eso, maestro. Está usted en Andalucía.

Recuerde. Málaga. Salvador Rueda... Juan Ramón tenía veintipocos años...

—No recuerdo.

—Haga memoria, maestro. Nuestro 98 empieza a perfilarse. Ya han salido las *Sonatas* de Valle, que tiene aún dos brazos. Baroja ha publicado *La lucha por la vida*. Pérez de Ayala, *La paz del sendero*... Van ustedes al Café Colonial. En la librería de Fernando Fe se venden sus *Prosas profanas*.

—Recuerdo más Mallorca. Me encuentro cansado. El clima me conviene. ¿Qué pueden importarme los límites de Nicaragua con Honduras? Medina, mi ministro, es malo. Francisca me lo dijo mil veces. Pero lo que yo quería... ¿Sabe usted lo que quería? ¡Ser embajador! Me va usted a perdonar. Vendrá a por mí el conde de Pie de Concha. Tengo que ponerme mis condecoraciones. He de hablar con el Rey.

Hablemos entre tanto de toros, maestro.

—He visto torear a Bombita, a Fuentes, a Machaquito, al Algabeño.

—¿Al Algabeño? Imposible.

—Tendrán ustedes ahora otro Algabeño. También he visto al Guerra. Y soy amigo de Galdós. ¡Pobre Lelián! Volví al Café D'Hancourt y ya no estaba bebiendo el «Agua verde».

—Que púberes canéforas te ofrenden el acanto...

—Sí, sí. Pero no puedo atenderle a usted. El Rey me espera. ¡Fíjese, hasta que me ponga todas mis condecoraciones!

—¿Se acuerda usted de los hermanos Lumière?

—Claro que sí. Por más que no... Eso es más tarde. Seamos anacreónticos, pero no anacrónicos.

Y ríe como si todo su ancho ser tronara. Y llena de nuevo su vaso. Y divaga:

—Soy en una pieza Simbad y Marco Polo, Aladino y Salomón. Oscar Wilde era gordo, como de celuloide. Y se hacía llamar Sebastián. El que habló de los amores que no se atreven a decir su nombre ya no se atrevía a llamarse Oscar. Murió y a mí me hicieron cónsul en París. Pero ya soy mucho más y usted ha de perdonarme. El Rey me espera en la Saleta Gasparini. La Reina Victoria me espera... Tendré que hablar con ella en francés.

—Alfonso XIII ha muerto, maestro.

—Usted está más borracho que yo.

—¿Dónde cree usted que va a morir, maestro?

—Quisiera morir en Valldemosa. Me viene ahora a la memoria la calle Real de León, en Nicaragua. De tener tiempo, le hablaría de aquello. Mi prima Inés... Las maniguas verdes... Campos de azúcar... Los chaparrales... Veo un jinete que pregunta por Rosa Sarmiento. ¿Por Rosa?

—No, maestro. Ese jinete pregunta por usted.

Rubén se puso de pie, tambaleándose. Morado y blanco. Blanco, morado. Me cogió de las solapas y sentí que zarandeaba el alma.

—¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama ese jinete? Yo me sonreí entre cínico y triste:

—No lo sé aún, maestro. Eso lo sabrá usted.

—No, no...; yo no... Yo espero que venga el conde. El Rey me espera. ¡Mis condecoraciones! ¡Mis bandas!

Y el suelo alfombrado de la habitación se llenó de hormigas y entró por el balcón—¡Puerta del Sol local!—un helado aire de montaña.

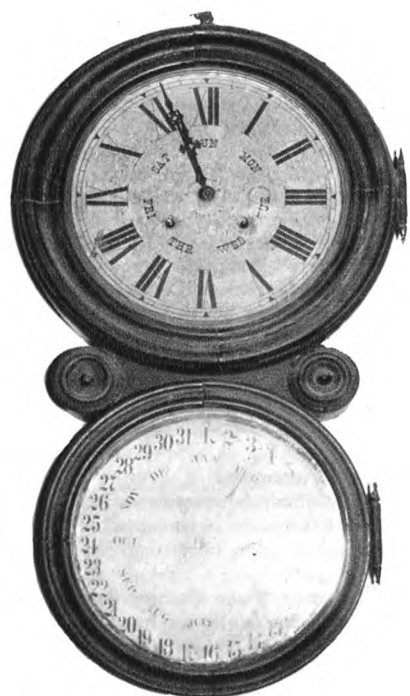
Y se fue todo.

CESAR GONZALEZ RUANO

TRAYECTORIA

VITAL

por Margarita Gómez Espinosa



1866

El día 16 de abril de 1866, en la ciudad colonial de León, contraen matrimonio don Manuel Darío y doña Rosa Sarmiento, padres de Rubén.

1867

Nace el día 18 de enero, en San Pedro de Metapa, departamento de Matagalpa, hoy Ciudad Darío.

En la ciudad de León, a los tres días del mes de marzo, del mismo año, el Pbno. y Licenciado José María Ocón bautizó solemnemente a Félix Rubén. Fue su padrino don Félix Ramírez.

Rubén fue iniciado en la bohemia desde sus más tiernos años; parecía escuchar en el campo, en el cielo y dentro de su propia alma una voz que le ordenara caminar.

Encontrábase con su madre en el campo, que él recorría seguro con su diminuto pie viajero. Una tarde se perdió el pequeño, y ella salió a buscarlo. No encontrándolo, creyó que algo le había sucedido y con un grito más que humano, salido del fondo de su corazón, clamó: «¿Dónde está el niño?»

Una india nicaragüense, la que lo llevaba siempre a horcajadas; un buen campesino, el compadre Guillén, y todos los de casa, movilizáronse al maternal reclamo.

El compadre, conocedor de los hábitos del pequeño, montó en su bestia siempre lista y salió a buscarlo a los sitios que le eran predilectos, uno de ellos, allá donde el ganado se dedicaba a la tarea de chupar la semilla mucilaginosa del coyol, hasta dejarla charolada con la áspera lengua.

Allí, Rómulo moderno, latino y nagrandano, estaba el pequeño con su hermosa cabezota junto a la ubre nácara y rosa de la vaca americana.

No fue una loba feroz quien sintió maternal arranque hacia el niño, sino un manso animal que parecía consciente de que amamentaba a un ser predestinado.

1870

El niño admira por su genialidad, ya que comienza a escribir versos.

La genialidad de Darío se manifestó desde su más tierna edad, y sorprendía por sus ade-



Casa natal en Metapa.

lantos. A los tres años leía a la perfección y comenzó a admirar a la bondadosa mamá Bernarda con sus primeras producciones literarias.

Ella, muy preocupada por lo que alcanza a comprender, comentaba con don José Rosa Rizo que el maestro de Felipe Ibarra estaba echando a perder a Rubén, enseñándole a hacer versos, razón por la cual deseaba sacarle de la escuela.

Le mostró los escritos, donde lo único que hacía falta era ortografía, pues escribió «estre-yas y corazón».

Después de leer las producciones de Rubén, el buen señor se las devolvió diciéndole: «Sígalo mandando a la escuela; esos versos son muy buenos y así no los escribió Felipe.

1879

Adopta el apellido que elevaría a la gloria; se comienza a firmar Darío.

1881

Sus amigos liberales le llevan a la capital, y allí trabaja en la Biblioteca Nacional. En un arranque de romántica pasión, anuncia que se casa con Rosario Murillo, y sus protectores le alejan de la capital.

1884

Es procesado por acusarle de «vago». Se le condena «a la pena de ocho días de obras públicas, conmutables a razón de peso por día, por falta de policía y a represión privada». El se defiende brillantemente.

Muchos ataques recibió el poeta desde sus más tiernos años, entre ellos la acusación de ser «vago», por el delito de escribir versos.

Un testigo iletrado declaró: «No conozco al joven Rubén Darío, pero he oído decir que es poeta, y como para mí poeta es símbolo de vago, declaro que éste lo es.»

A este ridículo testimonio se opone la voz serena, discreta y bien intencionada del doctor Nicolás Valle, quien dice:

«Le he visto consagrado al estudio de las letras y aun he visto sus obras y el juicio de la prensa centroamericana que las califica de sobresalientes en la literatura.

A pesar de esto, triunfó la ignorancia y fue condenado «a la pena de ocho días de obras públicas, conmutables a razón de un peso por día, por falta de policía de vagancia y a represión privada».

De puño y letra de Rubén existe el proceso de apelación que contra esa sentencia interpuso, y dice textualmente:

«Señor Prefecto del Departamento: He sido denunciado, procesado y sentenciado como vago. Naturalmente, yo no puedo conformarme con una resolución de tal especie, porque como a la verdad, ella es infundada, ilegal y hasta inicua, pues de ninguna manera puede llamarse vago a quien vive bajo el amparo de una madre adoptiva, consagrado al cultivo de las letras; a quien ejerce profesorado de Literatura en el Colegio «La Independencia», establecido bajo la dirección del señor Nicolás Valle, como lo

comprueba el aviso que acompaña al original, a quien puede vivir en cualquier parte de trabajos literarios.

»Por todo lo expuesto, interpuso recurso de apelación contra la mencionada sentencia para que usted, juzgando con mejor criterio, se sirva revocarla, teniendo este escrito como una mejora. León, mayo 31 de 1884. Rubén Darío.»

Tras la presentación de pruebas en tan raro proceso, el 21 de junio de ese mismo año fue renovada la sentencia.

«Consta que Rubén Darío no es de malos antecedentes y ejerce una ocupación docente en el Colegio de la Independencia diariamente, lo que le da para subsistir.»

1885

Es publicada la primera edición de «Primeras Notas», que costea el Presidente de la República.

1886

Estimulado por la palabra cálida y generosa de don Juan Cañas, emprendió el vuelo hacia Chile, tierra que le fue tan decisiva en su vida literaria.

1888

Se inicia un gran movimiento alrededor de su nombre y de su obra; ¡ha aparecido «Azul»! La gloria le consagra y adquiere merecida fama. Su situación económica no es buena y regresa a Nicaragua.

1890

Parte para El Salvador. Allí conoce a Rafaelita Contreras, «Stella», de quien se enamora. Contrae matrimonio civil con ella, pero esa noche estalla la revolución por la cual los Ezeta terminan con el Presidente, amigo del poeta, y éste tiene que huir a Guatemala. Su esposa se reunirá después con él.

Libros del poeta en la Biblioteca Nacional de Managua.



1891

Celebra en Guatemala su matrimonio religioso, y ya reunido con Rafaelita, trabajando como director de «El Correo de la Tarde», cree haber adquirido una situación estable. Poco tiempo después cierran el periódico y han de marcharse a Costa Rica.

1892

El Presidente de Nicaragua, don Roberto Sacasa, comisiona a Darío para marchar a España integrando la comisión que representará al país en el IV Centenario del Descubrimiento de América. Es recibido con entusiasmo por la intelectualidad española; en la revista «La Ilustración Española y Americana» publican su fotografía y le hacen una hermosa presentación. Ese año publica «El Pórtico» al libro «Tropel», de Salvador Rueda. En Costa Rica nace su primer hijo, Rubén Darío Contreras.

1893

Soporta uno de los más duros golpes en su sensibilidad de hombre y de poeta. Recibía los justos homenajes por su brillante labor en la Madre Patria, cuando le llega un mensaje; se estremeció sospechando la verdad y no se equivocó: le anunciaban la muerte de su esposa, a la que amaba intensamente. En ese mismo año contrae nupcias con Rosario Murillo, «la Garza Morena».

Parte a Europa. Ella de Panamá regresa a Nicaragua y él sigue hacia París; allí le espera Gómez Carrillo. Entusiasmado por sentirse en la tierra que admiraba tanto, se dedica a conocerla. Convive con poetas y pintores en el Barrio Latino.

En diciembre de este año nace un hijo del poeta. Su esposa, Rosario, se lo anuncia, y también la muerte, pues no duró mucho aquel niño.

1894

Marcha a Buenos Aires. Allí aquella tierra le abre sus brazos y todos los grandes diarios le ofrecen sus columnas. Colabora en «El Tiempo» y en «La Nación». Ha alcanzado la universalidad. Publica «Los Raros» y «Prosas profanas».

1895

Muere Rosa Sarmiento, su madre. Publica «La Marcha Triunfal».

Encontrábase Rubén bastante delicado, enfermo, débil por la postración a que le sometía el trabajo, pues sus colaboraciones en «La Nación» y en otros diarios no se supendían, como tampoco sus disipaciones de bohemio.

Para curarle de las depresiones nerviosas que le dominaban, su médico recomendó reposo,



Monumento en Managua.

prohibición de trabajo y cambio de aires. Así fue despachado a la isla de Martín García.

Una mañana encontrábase de codos en su ventana, con los ojos perdidos en el infinito, escudriñando el horizonte, auscultando su propio abismo; estaba ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

De pronto escuchó ecos de música marcial. Ante sus ojos se desplegó todo el esplendor de una Academia Militar que maniobraba con sus armas y sus trajes al sol. Una juventud vibrante se presentaba ante sus ojos, atónitos e iluminados.

Admiraba el paisaje, devoraba el espectáculo. Aquellos movimientos acompasados, los sonidos de los clamores y el clamor de los clarines invadían su espíritu y su mente.

Pensaba en todos los guerreros del antes y el después; oía las armas de los soldados que cruzaban los Alpes, que se asomaban al Tiber, que asustaron al ave y atemorizaron a la fiera.

Oyó el chocar de las flechas, las lanzas y macanas junto a los lbers arcabuces, y veía ante sí caer soldados vencidos y también miraba a los vencedores.

Aquella visión le tenía aferrado, fijo en el hueco de la ventana por donde se precipitaban todas las visiones bélicas ante el más pacífico

Casa de Rubén en León (Nicaragua).





Lago de Managua.

TRAYECTORIA VITAL



de los hombres, el más delicado de los poetas.

Todo se perdió: se hundió el caballo que había herido la tierra con su casco, se apagaron los ecos, se diluyó la voz de los clarines; pero en su alma, caja de recepción, quedó una extraña y maravillosa vibración, una voz que le ordenaba dar a la posteridad un canto..., y escribió ¡«La Marcha Triunfal»!

1896

Rubén Darío, enviado como corresponsal de «La Nación» a España, circula falsamente la noticia de que ha muerto José María Vargas Vila, mordaz e hiriente con él, y publica un bello epitafio al escritor, con lo cual se selló una verdadera amistad. Conoce a Francisca Sánchez.

La nobleza y generosidad de Darío nunca fueron desmentidas; por sobre toda la miseria humana se elevó siempre su espíritu.

Su nombre, como el de todos los grandes, tuvo siempre detractores que le insultaron y le adversaron.

Uno de ellos, de los más crueles en lanzarle el látigo de su mordacidad, fue José María Vargas Vila, quien le fustigó con su sarcasmo y su ironía.

Viajaba éste por Europa, y se susurró insistentemente que frente a las costas de Sicilia había tenido un percance marítimo en unión de una bella artista que le acompañaba; dijose que se habían suicidado.

Sus enemigos, que eran muchos, escribieron alrededor del nombre odiado, anatematizándole.

«La Nación» de Buenos Aires, donde Darío trabajaba, publicó una crónica que era un desgarrarse de pétalos, sobre la tumba de un ser amado:

«¡Amable enemigo mío!

»Como en la tumba de la «Aphrodite» de Pierre Louys, pondría en la tuya un conmemorativo y sonoro epigrama, en un griego de Nazianzo; y dejaría para ti y tu bella desconocida —así tendría a Venus propicia— rosas, rosas, muchas rosas.»



Tumba del poeta,
en la catedral de León (Nicaragua).

Volaba la dulzura en aquellas palabras llenas de nobleza. La belleza, la bondad que anidaba en su alma, vibraban en el epitafio del «amable enemigo», a quien después le unió una fraternal amistad.

El amor acercábase a Rubén Darío. Un día de esos en que la primavera toma de la mano y ofrece sus sorpresas; un día en que el sol, tanto tiempo destronado por el invierno, asomaba triunfante, caminaba el poeta a la sombra de los árboles, en la Casa de Campo, acompañado de su inseparable amigo don Ramón del Valle-Inclán.

Allí, bajo la sombra que les daba su caricia, se apareció ante él una mujer, sencilla como las flores que nacen a la vera del camino y no han conocido nunca el artificio del invierno.

Era joven y la vida corría alegre por sus venas, y el entusiasmo asomaba en sus ojos, en su rostro y en su sonrisa.

Era Francisca Sánchez. Los puso el destino frente a frente, les señaló una senda y les marcó una ruta; y ellos, ante el festival de la primavera, ante el destino que les ordenaba seguir juntos su camino, obedecieron y se amaron. Se juntaron sus vidas, y ella le acompañó durante muchos años; compartieron alegrías y vicisitudes, y quedó para siempre su nombre ligado al del gran poeta.

1898

El 21 de diciembre llega a Las Palmas, y el 10 de enero, a Barcelona; allí escribe su impresión, la que le produjo la Ciudad Condal, y hace un bello perfil del hombre a quien admira tanto: Santiago Rusiñol.

1900

Se hace más íntima su amistad con Francisca Sánchez; la une definitivamente a su vida.

«La Nación» de Buenos Aires le envía a París para que mande las crónicas sobre la Exposición Internacional. Recorre Europa; se posa reverente ante León XIII y a él dedica una de sus más bellas prosas.

1901

Marcha a París, a reunirse, Francisca Sánchez, quien llega junto al poeta con el dolor de haber perdido su primer fruto.

1902

Francisca le atrae y en ella satura sus ansias de artista. Recorre los salones donde son exhibidas las mejores obras, y ellas quedan en el lienzo de su espíritu.

1903

Nicaragua le nombra cónsul en París. Se establece en el Passage des Princes.

1904

Le nace otro hijo de Francisca Sánchez, a quien pone el nombre de Phocas, y da a la publicidad las crónicas de sus recientes viajes.

1905

Visita de nuevo España. Allí da a las letras el más grande canto, el acto de fe más sin-

cera a la gloria de la Madre Patria: la «Salutación del Optimista», leída en el Ateneo de Madrid el 29 de marzo de ese año. Publica «Cantos de Vida y Esperanza».

El Ateneo de Madrid iniciaba un vasto programa; el pensamiento derrababa sus más preciadas producciones y la intelectualidad planeaba una sesión solemne.

Entre los escritores que darían su aporte estaba Rubén Darío, quien convino en preparar algo digno de la ocasión y la calidad de los participantes. Sobre todo, él deseaba en ese instante dar lo que su corazón tenía para la tierra de Cervantes.

Todos creían a España un titán vencido, un Sansón ciego, dando vueltas a la rueda; pensaban que seniles canas orlaban las sienes del León Ibero. Darío, no; tenía fe en su porvenir, en su grandeza futura, y admiración para su pasado.

Pareció olvidar el compromiso con los amigos y de sus jardines interiores no florecía la estrella perfumada que habría de ser su colaboración en aquel instante.

Los programas circulaban con el nombre del poeta, anunciando su participación; pero él, abúlico, descuidado, silencioso, parecía haber olvidado el compromiso.

Los amigos se mostraban hondamente preocupados, ya que la actitud del poeta amenazaba ponerlos en ridículo. Las visitas resultaban vanas. Vargas Vila, Valle, Palacio Viso, sufrían verdadero estado nervioso. El poeta no se inmutaba.

Por fin, Palacio Viso le habló categóricamente la víspera del acto. El poeta, mudo, impenetrable, dijérase muerto o dormido a la orilla de un lago misterioso. Con los ojos perdidos en el infinito, miraba sin ver, sin importarle nada de lo que a su derredor sucedía.

Sus amigos desesperaban ya. Esa noche, cuando ya las horas habían caminado veloces, cuando el silencio da paz a la tierra, levantose, tomó el papel y, serenamente, sin esfuerzo, sin vacilaciones, sin interrupciones—dijérase un jardinero contando flores en un lírico rosal—, púsose a escribir.

Estaba dando al mundo futuro las impresiones que guardaba como ofrenda a España, estaba confirmando su fe en esa Patria a la que él amó. Al poco rato leía satisfecho, contento por el mensaje que guardarían los siglos, por el testimonio, por el acto de fe hacia la Península sumida en la tristeza.

La noche siguiente, 29 de marzo de 1905, leía en el Ateneo de Madrid el famoso canto «Salutación del Optimista».

1906

Se embarca en el «Magdalena» y marcha a Río de Janeiro, como secretario de la Delegación de Nicaragua en el Congreso Panamericano. Como allí se pasa la fecha memorable de nuestra Independencia, él, emocionado ante el recuerdo, escribe en una cartulina un brindis a Nicaragua y al general Zelaya.

1907

Vuelve a Europa; se marcha a Mallorca a buscar mejor clima en el invierno. Es nombrado miembro de la Comisión de Límites entre su país y Honduras. Marcha a Nicaragua, de donde se había ausentado por varios años. Es recibido como un triunfador; le aclaman los suyos, lleno de orgullo. Emocionado, los saluda, se siente feliz en la tierra que le vio nacer, y le dedica bellos trozos donde habla su emoción; entre ellos, «El Retorno».

Durante su permanencia en Nicaragua pasa horas encantadoras en la isla de El Cardón con su fraterno amigo el doctor Luis H. Debayle. Allí, en su compañía y la de sus bellas hijas, el poeta es feliz. Entonces escribe el poema inmortal «Cielo y Mar a Margarita Debayle».

1908

Se instala en Madrid, con el nombramiento de ministro de Nicaragua. Presenta credenciales ante los Reyes de España. Ya su nombre está orlado por la gloria, y él, con su nuevo nombramiento, cree asegurado su porvenir. Vive en la calle Serrano.

1909

Por dificultades económicas, deja la legación en Madrid y se marcha a París. Se siente defraudado, le explotan los editores, ve hundirse el fulgor diplomático en el cual creyó tanto; pero recibió el consuelo de la fraternal amistad que le dispensó Francisco Contreras.

1910

Una revolución llena de sangre a Nicaragua. Cae el Presidente Zelaya, y él, que lo sintió siempre su amigo, le defiende y, en un artículo vibrante, publicado en el «Paris Journal», apostrofa a Teodoro Roosevelt por intervenir en la política de su país.

Asume el Gobierno de Nicaragua el doctor José Madriz, y le nombra enviado extraordinario ante el Gobierno de México en las fiestas del Centenario de la Independencia; pero no le dejan llegar a la capital, ni fue recibido oficialmente.

1911

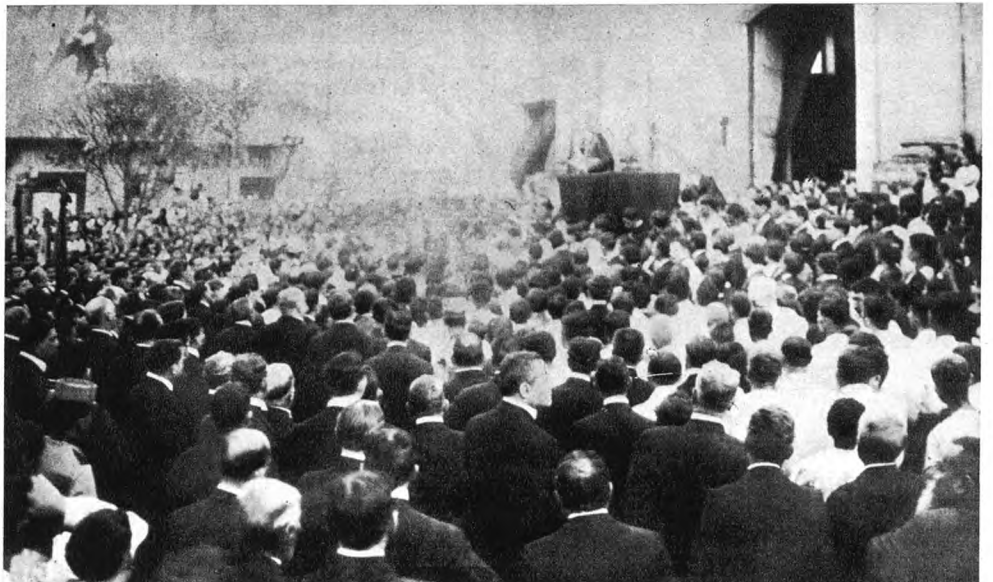
Regresa a París y dirige las revistas «Mundial», de los hermanos Guido, y «Elegancias». Publica un folleto: «Refutación al Presidente Taft».

1912

Como director de las mencionadas revistas, viaja nuevamente a España, Brasil, Uruguay y Argentina. Escribe además su autobiografía para «Caras y Caretas».

A fines del año se instala en Barcelona,

Entierro de Rubén Darío.



Catedral de León.

donde pasa días muy agradables con Francisca, Gúicho y su cuñada.

1913

Juan Sureda le invita para visitar Mallorca, y él acepta; le agrada esa idea. Allí comienza a escribir su novela «Oro de Mallorca».

1914

Estalla la guerra mundial; se estremece el poeta, a quien aterraban los cañones. Allí hace un testamento en favor de Francisca Sánchez, ante el cónsul de Nicaragua, Manuel Ignacio Terán.

1915

Marcha a Nicaragua. Se embarca en el «Vicente López», propiedad del marqués de Comillas, y se dirige a la tierra que le vio nacer, «en busca del cementerio de su pueblo», como dijera un día. En Nueva York le ataca una pulmonía que pone en peligro su vida, y sigue rumbo a Guatemala, donde escribe «Phalas Atenea».

1916

Seis de febrero: se extingue para siempre aquella vida que fue tan fecunda. El mundo entero tocó a vacante cuando se supo su fallecimiento, y él pasó a ocupar su sitio en la inmortalidad.

M. G. E.

Salutación a Leonardo

«Salutación a Leonardo».
El título está dos veces subrayado,
como las aristas de un pedestal
visto de frente.

Más saber q' te amor fragante
Nubes en luz —
mas es un Divino Diamante
Cristo en la Cruz

Grafismo de la decadencia física de Rubén.
Es ya más impulsivo que enérgico.
En la palabra «Cristo», nótese la omisión de la «i».
La presión, muy desigual, no es límpida.
En cambio, en la letra inicial de «diamante»
se advierte aún un rasgo de fulgurante imaginación.

EL SIMBOLO DIVINO DE LA LETRA



Más de una vez he analizado—siempre en parte—algunos de los múltiples grafismos de Rubén Darío, desconcertantes por sus infinitas variedades.

Para el grafólogo concienzudo, esta ardua tarea es algo así como la de sumergirse en la vasta profundidad del océano y querer expresar todo lo que fulgura y se agita bajo la azul superficie. Su desbordante genio alteraba de tal modo el ritmo y la estructura gráfica. En el oleaje de sus impresiones pasajeras, cada palabra reflejaba contenida una carga emocional que amplificaba o reprimía la expresión de su morfología gráfica.

En su *Salutación a Leonardo* (de la cual siento no presentar al lector más que ese breve título) arroja lirios a los pies del pintor de la Gioconda. Estaba entonces Rubén Darío en la culminación de sus facultades. En el doble subrayado del glorioso nombre expresaba de modo inconsciente su asombro hacia Vinci, el genio más portentoso que creó la Naturaleza; colocaba simbólicamente la estatua ideal sobre ese pedestal gráfico. Las letras están disociadas, signo de intuición; incluso la «n» de Leonardo, difícil de seccionar, *está partida por gala en dos*. El trazado, en general, es rapidísimo. La explicación es obvia: la mano apenas puede seguir la febril actividad cerebral, la agilidad del pensamiento.

Los grafólogos nos inclinamos ante la reveladora intuición de Rubén Darío cuando escribe:

«Cálamo, por el símbolo divino de la letra...», porque precisamente ese símbolo es la base de la grafología. Y aún lo refuerza al afirmar:

«Toda forma es un gesto, una cifra, un enigma.»

El microgesto de la escritura contiene el enigma que el grafólogo estudia e interpreta.

MATILDE RAS

Jurament, dirim tuos,
Te fuerte para mostrar...
Cuando quisieras volver,
Y a veces más sin pensar...

Como cuando como un niño
Ella naturalmente fue
Para un camino hecho de amor
Haciendo y Saboreo...

Muchal hecho
Ayer me fui la celeste
Historia de mi corazón.
En una dulce vida, en este
Mundo de amor y aflicción.
Mientras como el otro fue.
Luché como una flor.
En un castillo oculto
Lucha de noche y de día.

Jurament, dirim tuos,
Te fuerte para mostrar...
Cuando quisieras volver,
Y a veces más sin pensar...

En otra fue más sensible,
Y más consoladora y más

Saludarme y expresar
Como ~~se~~ no ~~se~~ ~~había~~ ~~jamás~~...

Pues en tanto aquella
Cual no creía haber jamás...

Pues a su continua ternura
Una pasión ostenta más;
En un pueblo de la noche fue
Una bacante en caravana.

En sus brazos tomó mis ~~manos~~ ~~manos~~
Y lo amallo como 'un bebé'
Y lo ~~amallo~~ ~~gusto~~ ~~de~~ ~~amor~~ ~~tierte~~ y ~~pequeño~~
Falta de ley, falta de fe.

Jurament, dirim tuos,
Te fuerte para mostrar...
Cuando quisieras volver,
Y a veces más sin pensar...

XX

J'las deudas, en tantos días,
En tantos tiempos; siempre son
Dios prelijo de mis días
Fantasmas de mi corazón.

En vano ~~espero~~ la princesa
Que estaba triste se aprisa.

A vida es ~~de~~ ~~para~~, amor y fe.
Y no hay princesa que ~~se~~ ~~canje~~ ~~admirar~~

Mar ~~se~~ a pie del tiempo se cae
Mi vida de amor no tiene fin,
Con el Cielo fin me acerco
Haciendo los males del jardín.

Jurament, dirim tuos,
Te fuerte para mostrar...
Cuando quisieras volver,
Y a veces más sin pensar...

Mar ~~se~~ a pie del tiempo se cae
Mi vida de amor no tiene fin,

Rubén Darío

A la Real Academia Española,
cede este autógrafo de Rubén Darío,
como homenaje de gratitud
P. Marañón
1948-

Autógrafo
de la
primera versión
de
«Canción de Otoño en Primavera»,
que era propiedad del doctor Marañón
y fue donado por él
a la
Real Academia Española de la Lengua,
donde hoy se conserva.



Roma - febrero - 3 - 909

querido poeta.

de aquien

de el Rubicon, y fugitivo del Paris
odiado, le envío mi fraternal más
inmensísimo abrazo

¿a qué relatar
le las circunstancias que me ha
zarro a aneglar mi viaje y efectuar
lo en doce horas!

la vida es abor-
ca y brutal.

ser suprimir a la

tristeza de la vida es el único
secreto de vivir.

usted tiene el alma de
maciada alta, para colmar los
sentimientos de nuestra amistad
in el formulario estrecho de la
sociedad, por eso suprimo toda
cusa de no haberme despedido
de U.

mi cariño y mi admiración
están por sobre todas esas cosas

tan amadas del verano trino
aquí estoy y aquí lo
espero.

¿a cuánto la llegada de
voz?

¡oh mi caro poeta inmortal!
¡cómo va esa dolorosa exacer-
vación del finis, la nevada
mi gloriosa! ¡Hércules tuvo
también destierro sobre lo tiene.

El finis
sin la tristeza, sería un cie-

Mister -

Querido Rubén: no quería
intenter a' U. sin haber ha-
bido el golpe. La combinación es
imposible. Avena de Nueva York
han comprado y con tanto
habla a U. el amigo latino.
Dijame U. si es o no así.

Muy bien su Cha.

Saludo a Francisco

En París
B

lo sin creyéndose de tarde...

le faltará la hora sublime
de la vida y del espíritu.

mi querido David

un abrazo fraternal
Pargastila

Emilia Pardo Bazan

invita a su ilustre amigo Rubén Darío
a tener una taza de té mañana
sábado por la noche, en unión con varios
literatos, y a ruego su traiga a la
que leer, que se irá a' con gran compla-
cencia.

• San Bernardo. 37.

Autógrafos
de cartas

a Rubén de Vargas Vila,

Luis Bonafoux

y la Condesa de Pardo Bazán,

que se

conservan

en la Biblioteca

del

Instituto de Cultura Hispánica

de Madrid.

ESTUVIERON A SU LADO

por Juan Antonio Cabezas

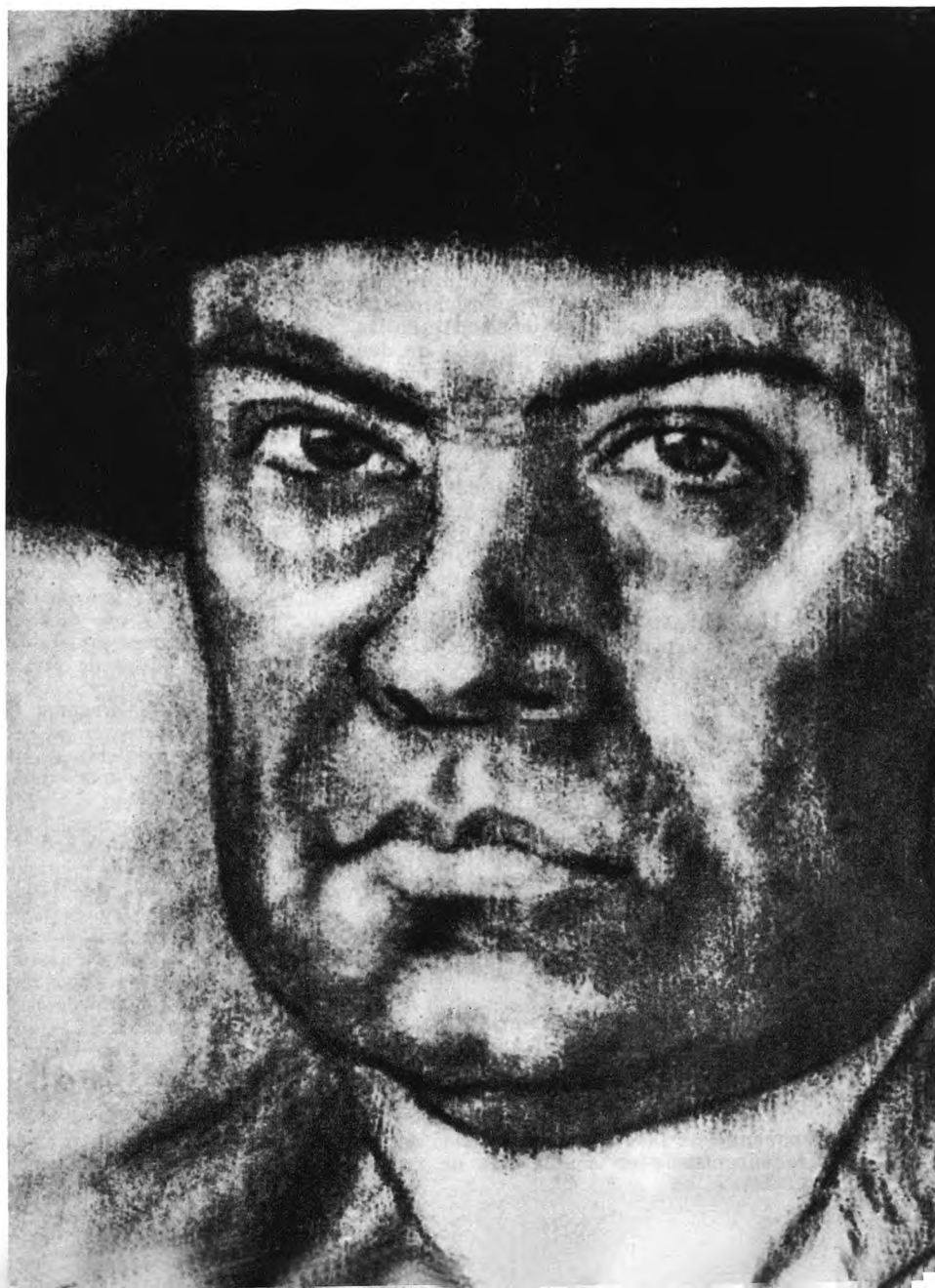
España y la América española (porque a ambas tierras pertenecen sus versos) celebran el primer centenario del nacimiento de Rubén en Chocoyos, después Metapa (hoy Ciudad Darío), el 18 de enero de 1867. Con tal motivo, yo he querido traer a este número extraordinario de MUNDO HISPANICO, dedicado al centenario de Rubén, lo único que aún queda vivo de él: lo que de su peripecia vital recuerdan algunos escritores y artistas que fueron sus amigos personales. Que compartieron parcelas de su vida, en el París de sus triunfos o el Madrid de sus amores. Entre estos figuran el pintor Vázquez Díaz, el pintor y escritor don Francisco Pompey, el periodista don José Téllez Moreno...

Retrato por Vázquez Díaz.

VAZQUEZ DIAZ LO TRATO EN PARIS

Cuando el pintor don Daniel Vázquez Díaz llegó con su vocación y su ilusión al París de principios de siglo, Rubén Darío, con el mexicano Amado Nervo (tan poeta español también) y el ágil y fino periodista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, formaban un triunvirato de hispanoamericanos que tuvieron personalidad y resonancia en el París de aquella *belle époque*, que iba a terminar pronto y trágicamente en las trincheras del Marne y de Verdún.

Desde poco después de su llegada a la capital francesa, Vázquez Díaz frecuentó la amistad de los tres hispanoamericanos, muy especialmente la de Rubén. De sus recuerdos de aquella época pretendo que me hable ahora, a sus ochen-





ESTUVIERON A SU LADO

ta y cinco años, el maestro de pintores que hizo escuela en Madrid desde los años veinte.

En busca de sus recuerdos llega a su estudio-vivienda, en la calle María de Molina. Es una casa baja, de una sola planta, con un frondoso jardín interior. En tiempos la conocí rodeada de solares vacíos, y ahora lo está de rascacielos. Más que estudio de artista solitario, el de Vázquez Díaz fue un taller al estilo de los grandes artistas del Renacimiento. Allí trabajaron junto a él varias promociones de jóvenes pintores, que siguieron más o menos su escuela. Ahora don Daniel ya no trabaja. Algunos achaques le han apartado del caballete. Vive para su familia (hijo, nuera, nieta, dos biznietas), que le miman y le llevan los domingos a una finca de la Sierra.

Encuentro a don Daniel en el jardín, defendiéndose de los soles de Madrid. Vive el maestro rodeado de cuadros y de recuerdos. Lo que crearon sus pinceles y lo que ahora sigue «pintando» su imaginación. Secuencias de ese «film» de la vida, ya rodado, que la memoria le proyecta para él solo, en la pantalla interior.

Fue Vázquez Díaz un pintor volcado hacia Hispanoamérica. Primero, por sus amistades con los hispanoamericanos de París; después, porque decoró con magníficos murales el monasterio de La Rábida, que representan la gesta del Descubrimiento. Y también por haber realizado muchos retratos de personalidades que andan por las pinacotecas de América.

Iniciamos nuestra conversación sobre sus relaciones personales con Rubén Darío. El siempre recuerda juntos a Rubén, a Nervo y a Gómez Carrillo. «Rubén vivía entonces—me dice—en el Barrio Latino, en una calle próxima al Observatorio.» La simple evocación del nombre de Rubén trae a la memoria del anciano pintor una procesión de sombras, de agradables recuerdos, de su ilusionada juventud parisiense. Actualiza en la mente un poco desmemoriada de don Daniel todos los años de aquella vida en el París de la primera y la segunda década del siglo.

«Cuando conocí a Rubén ya tenía varios años el hijo del poeta y de Francisca Sánchez. Fue por el año 1911, cuando los capitalistas uruguayos, hermanos don Alfredo y don Armando Guido, montaron en París lo que ellos creían sería un gran negocio, basado en la popularidad de Rubén en Hispanoamérica: la revista *Mundial*, por cuya dirección literaria le daban 400 francos mensuales. Por entonces trabajamos juntos, ya que yo ilustraba en la revista artículos y poesías de Rubén y de otros escritores amigos, casi todos hispanoamericanos. Nos veíamos todos los días—me dice—, casi siempre por la tarde. Por las mañanas Rubén estaba invisible e intratable. Durante las madrugadas, Rubén escribía y bebía. Escribía mucho, más en prosa que en verso, sobre todo para la revista. Aquella vida—agrega don Daniel—no era para vivir. Entre el esfuerzo mental, el abuso del alcohol, yo veía que se estaba matando.» Después vino el famoso viaje propagandístico de *Mundial* por Hispanoamérica, planeado por los editores con grandes esperanzas, que resultaron fallidas. Alguien se lo había pronosticado a Rubén: «Eso no es digno de usted.» Pero Rubén, que estaba en los cuarenta y cinco años y no contaba con nada fijo, fuera de la corresponsalía de *La Nación* de Buenos Aires, no se encontraba en condiciones de recha-

zar un cargo que él creía conveniente para estabilizar su vida económica.

Tres años después, ante la imposibilidad de resistir y un poco por miedo a la guerra, marchó a Mallorca a reponer su salud. «Me invitó a que le acompañase. Recuerdo aún sus palabras: "Si no conoce el Paraíso, venga conmigo. Está en Mallorca." No me decidí. Un año después me enteré de su viaje a Nueva York, y poco después, de su muerte, en Nicaragua.» El anciano casi llora por Rubén y por la «juventud divino tesoro!».

TELLEZ MORENO HACE UN REPORTAJE

Los recuerdos rubenianos de don José Téllez Moreno, actual redactor teatral de

EN VALLEDOSA, CON SU BARBERO

En su segundo viaje a Mallorca, Rubén vivió allí días felices, en los que en parte repuso su salud quebrantada, disfrutó del espectáculo de la naturaleza y del ambiente campesino mallorquín, de la gran riqueza folklórica de Valldemosa, y trabajó bastante. En aquellos días convivió con la gente del pueblo e hizo amistad con un joven barbero, que vive aún y que le recuerda con un entusiasmo y con una devoción muy vivos.

Nos trasladamos desde Palma a Valldemosa en busca del barbero de Rubén Darío.

Llegamos a Valldemosa, a este pueblecito famoso que incluso en el clima, más frío que la generalidad de la isla, tiene algo de pequeño Escorial. Del barbero de Rubén no sabemos ni su nombre; únicamente hemos oído comentar que vive y que recuerda con entusiasmo al poeta. Entramos en el primer bar que encontramos en busca de una pista, y allí preguntamos.

Al hacer la pregunta hay un momento de indecisión, como si no la hubieran entendido, como si no supieran de qué se trata. Los presentes se hacen una rápida consulta en lengua vernácula y sitúan al personaje en seguida, muy satisfechos de poder demostrar la tradicional amabilidad mallorquina.

—Ah, sí; ustedes preguntan por Matías Estrada, el padre de Matías, del conjunto Los Valldemosa. Si suben la cuesta que llega a la Cartuja, al llegar a la esquina verán una puerta que al abrirse da a una escalera. Suben por ella y preguntan. Vive allí.

La casa que buscamos queda muy cerca, y cuando llegamos y explicamos el motivo de nuestra visita, una señora muy amable, hija de Matías Estrada, nos dice:

—Mi padre no sé si podrá contarles algo: se encuentra enfermo y ya no está para nada.

Al momento aparece con Matías Estrada, y en cuanto le vemos nos damos cuenta de que

La Hoja del Lunes, que edita la Asociación de la Prensa de Madrid, son los de una tertulia de jóvenes madrileños admiradores apasionados de Rubén. Téllez Moreno empieza a recordar nombres: Rufino Blanco Fombona, el poeta venezolano a quien prologó Rubén su libro de versos *Pequeña ópera lírica*; Eutiquio Aragonés, que aún vive en Buenos Aires; Julián Fernando Piñero («Juan Ferragut»), Juan José Llovet, Nicolás Serrano y otros. «Formábamos una especie de "peña" rubeniana, semejante a las que son frecuentes en Madrid en torno a los toreros famosos.» Siempre que Rubén venía por Madrid aprovechaban los jóvenes para saludar a su ídolo. Solía hospedarse en el Hotel París y frecuentaba varias tertulias, principalmente las del café La Montaña, Alcalá y Puerta del Sol, donde sus jóvenes amigos le esperaban anhelantes.

«Cuando murió Rubén—me cuenta Téllez

este hombre es uno de esos seres bondadosos que viven un mundo aparte, feliz en él.

Tiene gestos muy vivos y ademanes muy despiertos. Físicamente se conserva muy bien, y hay en él, aún, parte de la agilidad juvenil de aquel joven que afeitaba a Rubén Darío, y es una de las personas que siente hacia su recuerdo una mayor admiración.

—Padre—le dice la hija—, estos señores quieren saludarte.

—¿Cómo están ustedes?

Nos tiende la mano con espontaneidad, con alegría, como un niño que estuviera de fiesta.

—¿Cómo están ustedes? Muy bien, muy bien —sonríe y trata de despedirse amablemente, pero con la precipitación de un niño—. Ustedes me dispensarán... Mucho gusto... Me están esperando para comer.

—Espera, padre. Estos señores quieren hablar contigo.

Aunque es un viejo muy pulcro y muy agradable, él se mira la ropa cuidada y limpia, muy adecuada a su edad y al lugar en que vive.

—Ustedes perdonarán que los salude con esta ropa, pero es la que me pongo para ir al campo.

—Al contrario. Está usted muy bien.

—Yo, saben ustedes, en tiempos, cuando tenía tanto trabajo, no me quedaba tiempo para nada. Pero ahora me voy un rato por las mañanas a la finca de mi hijo.

—Padre, estos señores quieren que les digas algo de Rubén Darío.

—¡Ah Rubén Darío!—el rostro se le ilumina y los ojos se le mueven con vivacidad—. Ya casi no me acuerdo de nada. Ha pasado tanto tiempo, que no me acuerdo de nada. Entonces yo era joven y me decía Rubén Darío:

Juventud, divino tesoro,

ya te vas para no volver.

Cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer.

—Nosotros—sigue diciendo Matías Estrada—éramos fundadores de la Agrupación Folklórica del Parador de Valldemosa. Entonces bailábamos y cantábamos para Rubén... Esto fue antes

Moreno—, los del grupo organizamos una especie de funerales líricos. Uno de los actos consistió en trasladarnos al parterre del Retiro y allí recitar, para niños y niñas, los versos infantiles de Darío y otros que improvisaron para el acto los que eran poetas. A mí, que era periodista, me correspondió hacer la crónica o reportaje del acto. Todo lo cual se publicó en un libro, que un editor vendió bien en América, del que no quedan ejemplares.»

FRANCISCO POMPEY, EN MADRID Y PARIS

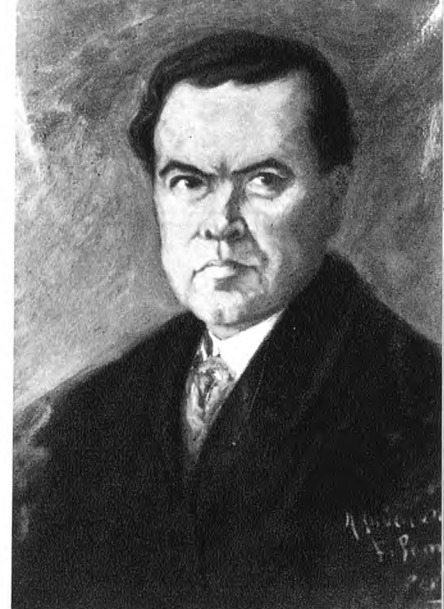
Hasta la calle del Casino, entre Embajadores y el Rastro, casi esquina a la de Santiago Verde (no puede darse más castiza ubicación, en el arnichesco Madrid), bajo para localizar a don Francisco Pompey, último artista bohemio—pintor y escritor—, que también fue amigo de Rubén.

Natural de Huelva, como Vázquez Díaz, vive en un quinto piso, desde cuyas ventanas puede ver las riberas del Manzanares y esa inverosímil geometría de tejados, en los alrededores del Rastro. Tiene Pompey su casa-estudio bifurcada como su actividad: en una zona, el caballete con el último boceto en que trabaja, otros muchos

lienzos terminados o sin terminar; en la otra parte, libros en ordenado desorden, fotografías con dedicatorias de todas las personalidades de una época. Allí escribe sus libros y sus artículos. Críticas de arte y hasta una biografía inédita de Picasso, con abundantes recuerdos de su conocimiento personal en la primera época de ambos en París. El conjunto de este estudio de un artista solitario es el de los clásicos estudios parisienses de 1900, en el que no falta ni el clásico chubesqui y otros detalles.

«La primera vez que vi a Rubén—me dice Pompey—fue el año 1908, cuando era embajador de su país en España. Embajada que sólo duró unos meses. Vivía con la "embajadora" Francisca Sánchez y el hijo de ambos, Guicho, en un piso de la Embajada (Serrano, 31). Decía el propio Rubén que era "una legación con información de pobreza". Sólo le daban mil pesetas para todos los gastos, incluso los de representación, y a veces pasaban dos y tres meses sin pagarle el sueldo. Tuvo que malvender originales de sus obras y hasta un piano. Otras muchas cosas vendió Francisca, sin que se enterase su "rey", para poder mantener durante aquellos meses el decoro de la Embajada de Nicaragua ante S. M. Católica.»

Pompey vuelve a encontrarse con Rubén en París el año 1910. «Me lo presentaron en un café próximo al Panteón.» Iba allí porque se conservaba la mesa en que conoció a Verlaine, cuando llegó por primera vez a París. «Entonces—continúa Pompey—tuve con él una gran amistad. La primera tarde le recité de memoria los primeros versos del poema dedicado a Rodó: "Yo soy aquel que ayer no más decía — el verso azul y la canción profana." Vivía Rubén frente al Odeón. Hacía una vida muy ex-



Oleo pintado
en París en 1910
por Francisco Pompey.

traña. Escribía toda la noche y se levantaba a las tres de la tarde. Con unas cuantas sesiones le hice el único retrato al óleo que se conserva de Rubén.» Pompey me facilita una foto del cuadro para ilustrar este trabajo.

«Volví a verle en Madrid el año 1912. Nilo Fabra, Andrés González Blanco, los Machado, Zamacois y otros escritores le organizaron un homenaje.» Más tarde, ya muerto Rubén, Pompey forma parte del grupo de amigos que procuraron ayudar a Francisca a instalarse en Madrid.

(debe de referirse al primer viaje). Después vino más viejo y también nos hizo unos versos para la Agrupación (se lanza a recitar versos, que procuramos oír con cuidado por si hubiera la suerte de que alguno fuera inédito; pero no es así).

*La juventud más hermosa
del barrio más distinguido
forma parte en Valldemosa
de este grupo que da vida
a la gente silenciosa.*

*Cantan los músicos alto
acompañados compases.
El bailarín da su salto
y hay pases y contrapases.*

*Otra mujer se aficiona,
si algo gallarda, algo fea,
y, aunque es algo jamona,
muy bien que se zarandea.*

*Luego va una adolescente
calispigia y ojo brujo,
con una cara inocente
de hacer pecar a un cartujo.*

Ha dicho los versos muy de prisa, con algunas variantes sobre el original.

—¿Y cómo sabe estos versos de memoria?

—Me los dio Rubén Darío. (Al parecer, Rubén Darío le dio algún manuscrito que después se perdió.) También estuvo aquí mucho después su sobrina y me dio un libro suyo, porque Rubén Darío, cuando se marchó, le dijo a ella que cuando visitara Mallorca no dejara de venir a verme a Valldemosa. Voy a enseñarle el libro.

Sale rápidamente.

—Pues han tenido ustedes suerte. Hoy mi padre está hablador. Hace tiempo que no le veía así—nos dice la hija, muy contenta.

Vuelve al instante, tan de prisa como se había ido, y nos enseña el libro.

—Este es el libro de Rubén Darío. Pero no es para ustedes—nos advierte—; lo quiero para mí.

—Desde luego. No se preocupe. No puede estar en mejores manos.

Hojeamos el tomo de *Poesías completas* de Rubén Darío, editadas por Aguilar en 1945.

—No se crean que a todo el mundo le decía versos Darío. Una vez, en una cena en La Marina, había mucha gente y señoritas muy bien vestidas. Se le pidieron versos a Rubén Darío, pero dos señoritas muy bien vestidas hacían ruido y él se irritó y dijo que no diría versos porque le habían molestado esas señoritas. Yo lo veía todos los días. Para mí era un santo, un santo. Muchas veces, cuando he oído decir cosas de él que no están bien, le he defendido y les he dicho: No sé por qué tenéis que hablar mal de él; no estáis educados. Yo era barbero y estaba empleado en telégrafos. Ahora estoy retirado. Entonces era el único que me quedaba en el pueblo y hablaba más que nadie con Rubén Darío. Los demás, durante el día, se iban a trabajar al campo. Se levantaban temprano y no volvían hasta la noche. Rubén Darío también se levantaba temprano, hacia las seis; se ponía a escribir hasta las nueve. Después salía a dar un paseo. Se colocaba todas las mañanas en una esquina de Valldemosa para aguardar el paso hacia la fuente de una bella muchacha que iba a por agua. Rubén Darío la admiraba en silencio y nunca le dirigió la palabra.

—¿Cómo se llamaba? ¿Vive?

—Sí; ya lo creo. Es más joven que yo, aunque ya tiene nietos. Se casó en Palma, pero nunca he dicho su nombre, ni lo voy a decir ahora. ¿Quieren ustedes algo más?

Matías Estrada saca otra vez a relucir su prisa.

—Sí; le agradeceríamos que nos acompañase hasta la casa en que vivió Rubén Darío.

—Bueno, sí. Está aquí mismo. Vengan ustedes; está al otro lado de la plaza, en el Palacio del Rey Sancho.

Matías Estrada camina con tanta agilidad, que casi nos cuesta trabajo seguirle. Su simpatía y su popularidad resaltan aún más en la calle, donde todos le saludan con afecto y con alegría. El camina muy contento y con una sonrisa

muy bondadosa que tiene un punto de ironía. Llegamos en un instante.

—Aquí es.

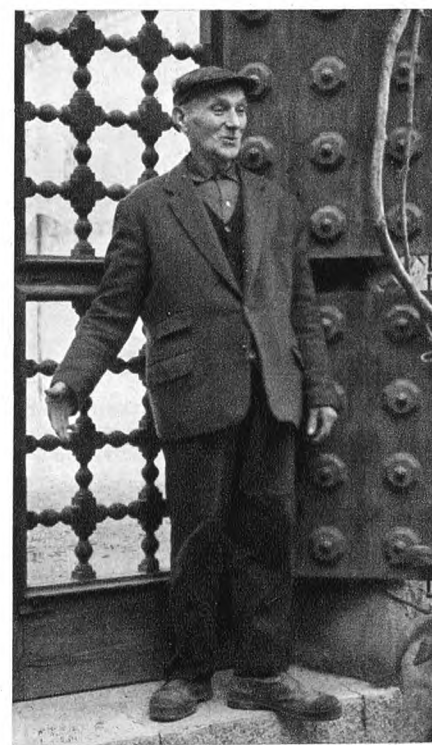
—Gracias, muchas gracias.

Nos sonríe de nuevo. Y ahora, interpretando que su misión está cumplida, dice con un tono que no admite réplicas:

—Ahora, señores, me despido de ustedes, porque se está haciendo tarde y me esperan para comer.

Faltan unos minutos para la una.

A. F. MOLINA



El que fue su barbero
en Valldemosa.

AQUEL MAIORIO

en tres estampas

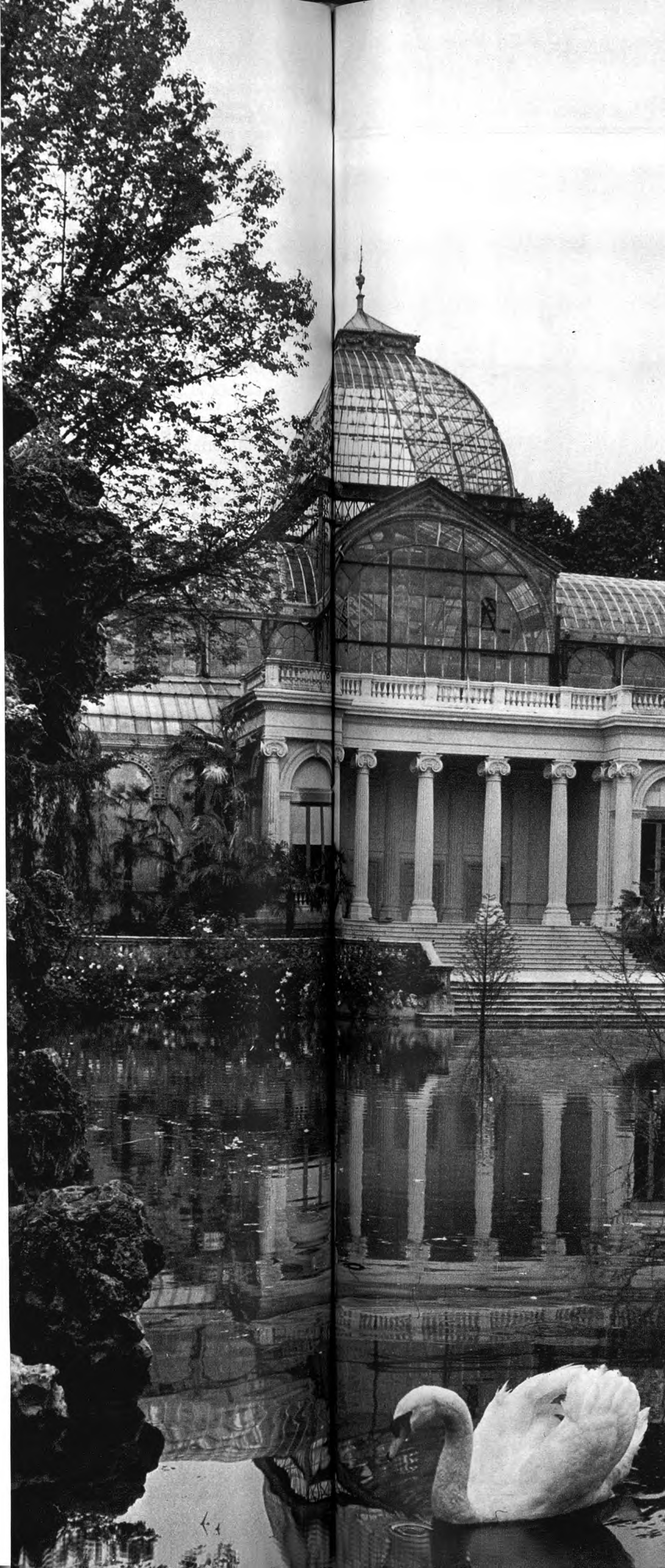
por Federico Carlos Sainz de Robles

MADRID. Septiembre de 1892. Embarcado en Panamá y desembarcado en Santander, en uno de los primeros días del otoño, Rubén Darío se apeó del expreso en la estación madrileña del Príncipe Pío. Eran las nueve y veinte de la mañana. Por aquellos años, el otoño madrileño estaba garantizado «a todo riesgo» y era una auténtica bendición de Dios. El aire y el cielo, limpios; aquél se podía ver, y la luz se podía tocar. Ni frío, ni calor. Rubén Darío, de veinticinco años de edad, más bien achaparrado, rostro apaisado y amasado en ídolo maya juvenil, se encontró en el andén limitando a su este con el poeta y ex ministro don Fulgencio Mayorga, y a su oeste, con el acaudalado propietario rústico y urbano don Ramón Espínola.

El trío formaba la representación oficial de la República de Nicaragua en la solemne conmemoración española del cuatricentenario del descubrimiento de América. Los tres, con el rostro ajado y acelgado del insomnio y del cansancio. Los tres, con los amplios trajes de alpaca blanca y los amplios jipijapas maculados

por las carbonillas y el polvo de los asientos del tren. Los tres, inmóviles, estupefactos ante el inesperado hecho de que nadie les diera la bienvenida. Pero ni el capitalismo—Espínola—, ni la política—Mayorga—, ni las letras—Rubén—nicaragüenses tenían por entonces especial interés en el desconcierto político mundial.

La Puerta del Sol en la época en que el poeta residía en Madrid. Al fondo, el Hotel París, donde se hospedó.



(En los diarios y revistas madrileños de aquellos días, por mí consultados, no aparece noticia alguna, siquiera de cuatro líneas, relativa a la llegada de quienes debieran ser considerados como *muy ilustres huéspedes*.) Rotas la inmovilidad y la estupefacción del trío, los viajeros se metieron en un coche de punto con viejo auriga en la bigotera y tirado por un jamelgo ya opositor muy meritorio a presentarse en coso taurino. Cuesta de San Vicente arriba, y al trocico gorrinero del asardinado jaco, calle de Bailén a la derecha, plaza de Oriente de oeste a este, calle de Felipe V y plaza de Isabel II, igualmente de occidente a oriente, en la calle del Arenal, ante el Gran Hotel de las Cuatro Estaciones hizo alto el simón, y de él se aparearon los tres cariacontecidos nicaragüatecos. (En aquella época, los cuatro grandes hoteles de Madrid eran, con el de las Cuatro Naciones, el Gran Hotel de París y el Gran Hotel de la Paix, en la Puerta del Sol, y el Gran Hotel Inglés, en la calle del Lobo, hoy de Echegaray, don José.) Seguro estoy de que el más desilusionado del trío fue Rubén. Quien hizo el largo viaje balanceado en los laureles de aquel bombo tremendo impreso que le dedicó el viejo y famoso don Juan Valera al publicar Rubén, en 1888, su libro poético *Azul*. El crudo y bravo maya creía que tan sahumado bombo surtiría efectos cuatro años después. ¡Sí, sí, caro Rubén! En Madrid, desde 1561, el más estrepitoso y removedor de los bombos literarios era aquella «flor de un día» que tanto hizo languidecer a los poetas románticos víctimas de la tuberculosis o del pistoletazo. En Madrid, y en 1892, nadie recordaba al bombeado valerino señor don Rubén Darío. ¡Ah! Y si a exquisitos, y contadísimos, críticos literarios «des sonaba» aquel nombre de prosopopeya sasánida con resonancias bíblicas, les sonaba como el de un imitador no muy aventajado de los maestros líricos españoles del melodramatismo (Núñez de Arce), del romanticismo con jelines y goteras (Zorrilla) y del seudofilosofismo en píldoras de dolores y humoradas (Campoamor). Al *Homenaje a Colón*, publicado en número extraordinario por la gran revista madrileña *La Ilustración Española y Americana*, el 12 de octubre de 1892, el señor don Rubén Darío, delegado de Nicaragua, contribuyó con un poemilla anodino.

Naturalmente, el más joven y ambicioso de los tres delegados nicaragüatecos fue quien primero se consoló de esta «llegada de melancolías». Ya gran bebedor de vientos de gloria, recibió singular contento con la noticia de que en aquel mismo Gran Hotel de las Cuatro Naciones se hospedaba don Marcelino Menéndez y Pelayo, de treinta y cinco años. Posiblemente de «un mano a mano, copa en mano» entre el genial montañés y el futuro genial metapero, naciera la optimista idea de que aquél sirviera a éste de mentor en las más solicitadas tertulias matritenses: la de Campoamor, en la Librería de Fernando Fe, en la Carrera de San Jerónimo; la de don Juan Valera, en su piso suntuoso de la Cuesta de Santo Domingo; la de doña Emilia Pardo Bazán, en su hotelito de la calle Ancha de San Bernardo; la del Ateneo de la calle del Prado... Por cierto, ¡cuál sería el entusiasmo de Rubencito, que, dejando de mariposear por salas y pasillos de aquella docta y turbulenta casa, se tragó, sin chistar, las conferencias americanistas (¡y de ocasión!) del distinguido publicista don Rafael M. de Labra, del bizarro capitán de navío don Patricio Montejo y Pasarón, del cultísimo coronel comandante de artillería, retirado, don Luis Vidart, y del vicepresidente de la Sección de Literatura del Ateneo, don Cándido Ruiz Martínez!

En su *Autobiografía*, Rubén nos cuenta su sincera y fogosa amistad con catorce ilustres españoles: Menéndez y Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Emilio Castelar, Antonio Cánovas del Castillo, Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez de Arce, Juan Valera, el conde las Navas, Mi-

guel de los Santos Oliver, José Zorrilla, el duque de Almenara Alta, José Canalejas, Narciso Campillo y el doctor Verdes Montenegro. Y por aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera, el poeta Rubén se olvidó de su amistad con otros poetas españoles que, como él, soñaban aún con la gloria; y... su ministro de Hacienda: Salvador Rueda, entre ellos, su predecesor inmediato en la invención del modernismo; y los precursores ilustres de este movimiento revolucionario: Manuel Reina, Manuel Paso, Ricardo Gil y Carlos Fernández-Shaw.

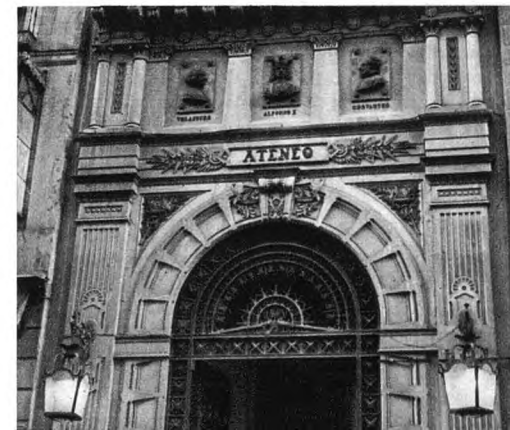
Resumiendo: Tras una llegada desilusionante, Rubén Darío no lo pasó del todo mal en aquel Madrid de 1892, con 700.000 habitantes, arcos voltaicos, símones y manuelas, tranvías de mulas, «cuarta» de Apolo, reservados en Fornos, cenas en el Colonial, espasmódicos estertores del echegarayismo escénico, «malas noticias» de Ultramar, política de turnos: Cánovas, Sagasta, Sagasta, Cánovas; alivio de lutos de la Reina Regente Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, un rey niño a caballo blanco por la Casa de Campo, gorgoritos finales del romanticismo lírico, etc., etc.

* * *

Madrid. Principios de 1899. Rubén Darío volvió a Madrid como corresponsal del gran diario bonaerense *La Nación*, y con la misión concreta de reflejar, para América, la realidad de la vida española después del *desastre ultramarino*. En 1899 Rubén Darío gozaba ya de grande y justa fama. Sus *Prosas profanas* y otros poemas (Buenos Aires, 1896) habíanle ganado indiscutible jerarquía de capitán y maestro del Modernismo lírico. Y por ello, en la Estación del Mediodía—llegaba de Barcelona—le esperaban notables intelectuales españoles: Rueda, Martínez Sierra, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Francisco Villaespesa, Eduardo Zamacois y algunos otros de menores méritos. Rubén Darío se hospedó en el Gran Hotel de



Sobre estas líneas, lápida de la calle Veneras en la casa donde vivió Rubén. Abajo, el Ateneo de Madrid.



Un rincón modernista del Retiro, con la viva alusión a los «cisnes unánimes».



AQUEL MADRID

París, con balcón alto y de gala sobre la Puerta del Sol, al que se asomó para así tomar posesión del corazón palpitante de Madrid.

¿Qué le aconteció en Madrid entre el 1 de enero de 1899, fecha de su primera crónica, y el 7 de abril de 1900, fecha de la última; y escribió treinta y cinco? Pues que nos lo cuente el propio y ya magnífico poeta y gran cosechero de papanatas discípulos y admiradores. «Con el año entré en Madrid; después de algunos años de ausencia, vuelvo a ver el castillo famoso. Poco es el cambio, al primer vistazo... Al llegar, advertí el mismo ambiente ciudadano de siempre; Madrid es invariable en su espíritu, hoy como ayer, y aquellas caricaturas y verbales con que don Francisco de Quevedo significaba a las gentes madrileñas serían, con corta diferencia, aplicables a esta sazón. Desde luego, el buen humor tradicional de nuestros abuelos se denuncia inamovible por todas partes. El país da la bienvenida. Estamos en lo pleno del invierno, y el sol halaga benévolo en un azul de lujo. En la corte nada esparcido uno de los milagros: los mendigos me asaltan bajo cien aspectos... Los cafés llenos de humo rebosan de desocupados; entre hermosos tipos de hombres y mujeres, las getas de Cilla, los monigotes de Xaudaró se presentan a cada instante. Sagasta Olímpico está enfermo, Castelar está enfermo; España ya sabéis en qué estado de salud se encuentra, y todo el mundo, con el mundo al hombro, o en el bolsillo, se divierte: ¡Viva mi España! He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional. Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar, desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; y entre tanto van llegando a la patria los infelices soldados de Cuba y Filipinas... Y el madroño está florido y a su sombra se ríe y se bebe y se canta, y el oso danza sus pasos cerca de la casa de Trimalción.» (Es fácil de observar cómo la prosa de Rubén aún era pobre, aún estaba muy lejos de alcanzar aquella elegancia

de que presumen algunos de sus mejores últimos cuentos y crónicas.)

Por supuesto, como Rubén Darío, Madrid, entre 1892 y 1900, había variado mucho, se había agraciado bastante. Ya no tenía a Cánovas, pero sí a Sagasta y a don Francisco Silvela, heredero de aquél; y seguía teniendo aliada en morados y filos blancos a la Reina Regente; y paseante a caballo blanco por la Casa de Campo a un rey ya adolescente. Madrid rozaba ya los 800.000 habitantes. Y presumía de tranvías y de iluminaciones eléctricas; de carteleras de espectáculos metálicas y en forma de biombos; de mingitorios igualmente metálicos y rematados con cupulilla, redondos; de estivales Jardines del Buen Retiro; de zarzuelas ya centenarias, como *La Verbena de la Paloma* y *La Revoltosa*, muchos de cuyos cantables se aprendió el propio Rubén Darío para amenizar sus melopeas populares y nocturnas; de un dramaturgo, hijo suyo, que venía «rompiendo viejos moldes»: Jacinto Benavente; de un formidable movimiento literario y pensante: el Noventayochismo; de dos barrios modernos ya terminados en su primera zona: Pozas y Salamanca...

* * *

Madrid. Primavera de 1908. El ya afamadísimo Rubén Darío llegó a la capital de España como ministro plenipotenciario de Nicaragua. Y volvió a hospedarse en el Gran Hotel de París. Y es que debió dar importancia decisiva de augurio fasto a esta *toma de posesión*, desde un alto balcón de gala, de la Puerta del Sol, corazón motor de España y el punto de cita de todos sus caminos. Pero llegó el genial poeta diplomático tan pobretón, que para presentar sus cartas credenciales ante S. M. Don Alfonso XIII le hubo de prestar su uniforme, frac galoneado de oro, su amigo el doctor Manrique, embajador de Colombia. Durante su permanencia en Madrid, entre abril de 1908 y abril de 1909, ¡da grima leer las cartas lamentosas —y lamentables— del excelentísimo señor ministro plenipotenciario de Nicaragua al excelentísimo señor Presidente de la República del mismo nombre, suplicándole perentoriamente el envío de... mil pesetas al mes, desde el primer mes, que no le llegan ningún mes! Eso sí, durante el año de su permanencia diplo-



La Casa de Campo, muy visitada por Rubén Darío en sus paseos madrileños.

mática en la Villa y Corte, aprovechó su tiempo para anudar sus mejores amistades y prodigar sus alabanzas en prosa y verso a Valle-Inclán, a Antonio Machado, a Gregorio Martínez Sierra, a Juan Ramón Jiménez, a Salvador Rueda, a Jacinto Benavente... Ebrio de tantas cosas bellas, con ebriedad que la bohemia literaria de Madrid le acentuó, pues que en Madrid se embrazó cada noche entera con otros ilustres ebrios de la belleza y de la fantasía, del amor y de la subsiguiente melancolía lívida del alba, pareciéndole pobretón que un señor ministro plenipotenciario de un país fantástico se hospedara en un hotel, por muy gran hotel que fuera, Rubén se instaló en un suntuoso piso de la calle de Serrano, 31. (En la fachada de este inmueble cuenta la lápida que allí vivió entre 1908 y 1909.) Para pagar los gastos de instalación, el poeta hubo de mal vender los derechos de autor de sus libros (en reimpressiones españolas) *Los Raros*, *España Contemporánea*, *La caravana pasa* y *Tierras solares*... ¡Y hasta el piano de media cola y los dos mantones chinosos que cubrían la cola del piano! Sabiendo la indigencia de Rubén, Rafael M. de Labra, el conde de Romanones, Menéndez y Pelayo y algunos otros ateneístas ilustres intentaron organizar una serie de conferencias, acerca de la poesía hispanoamericana, que pronunciaría Rubén Darío, y por las que se le abonarían cantidades nada desdeñables en aquella época. Pero el excelentísimo señor ministro plenipotenciario, poco dispuesto a la oratoria, se negó en redondo a darlas.

Cuando el genial poeta salió de Madrid, en abril de 1909, para refugiarse en «la dorada bohemia parisiense, guardián fácilmente sobornable de todos los paraísos artificiales», Madrid se quedaba con sus 900.000 habitantes, sus reyes jóvenes ya con herederos, su inminente Gran Vía, sus incontables cafés literarios, su admirable Parque del Oeste, sus primeros brotes de proletariado con efusión callejera de 1 de mayo, su casticismo costumbrista exasperado por una legión de escritores memorables: Arniches, López Silva, Casero, Larrubiera, Répide, Ramírez Angel, Emilio Carrere, Diego San José, Fernando Mora... Y con escenarios de verbenas, romerías, merenderos, boleras, fábricas de pianos manubrios, Rastro y rastrillos en las Américas matritenses, librerías de lance, teatrillos para el género ínfimo—con busca obsesionante de pulgas en las suntuosas anatomías femeninas—, cinematógrafos abaracados y todavía mudos...

F. C. S. de R.

El viejo Madrid de la bohemia noctámbula y literaria: la calle del Rollo.



Lápidas conmemorativas de Campoamor, la condesa de Pardo Bazán, el propio Rubén y Menéndez Pelayo. Sobre estas líneas, acto de descubrimiento de una lápida en la calle Serrano, conmemorativa de haber vivido el escritor en el número 31 de dicha calle.

LOS NIÑOS Y SUS VERSOS



*De allá de la bruma infinita,
alzando la palma que agita,
te saluda el divo Cristóbal,
príncipe de las Carabelas.*

Coincidiendo con el Centenario rubeniano, se ha celebrado en Madrid una singular exposición. Fueron convocados los niños de España para que ilustraran algunos poemas de Rubén Darío. Los niños que, entre sus gracias más puras, tienen una extraña disposición para las artes plásticas, respondieron con muestras de sorprendente originalidad, tanto por su valor pictórico en sí como por la peculiar interpretación de los textos del poeta.

La Sección Femenina fue la institución organizadora del certamen, y en el magnífico marco del Palacio de Bibliotecas y Museos se exhibieron los trabajos, de los que traemos a este número extraordinario de nuestra revista algunos de los más representativos.

A Rubén le hubiera gustado verse así entendido e interpretado. Si se ha dicho muchas veces que sólo el hombre es poeta en la medida del alma del niño que fue y que ha debido conservar, es verdad que la voz que más alta se ha levantado para cantar la unidad de todas las Españas, y que se ha hecho tanto misteriosa como trágica, como galante, al acercarse al mundo de los niños—y lo

ha hecho en muy frecuentes escalas de su obra—ha conseguido arrancarse acentos de una sobrecogedora limpieza, de una pura natividad. Cuando Rubén, en uno de sus poemas navideños, ve a aquella niña convertirse en rosa,

*se puso rosada, rosada, rosada...,
ante la mirada del Niño Jesús,*

más que una transformación de fábula sencilla, produce la exaltación de un símbolo grato y hasta doctrinal para él. Porque se diría que en toda su sed de belleza hay siempre como una nostalgia de virginidad, como una fe arraigadísima de que tiene que salvarse con el niño y por el niño que lleva siempre en el fondo de su potente canción.

Hoy los niños le han devuelto natividad y sencillez, le han leído y le han interpretado. Ningún color podría llegar mejor a nuestras páginas que el de estas claras miradas, acodadas, llenas de asombro o de credulidad, sobre el manto de oro del poeta.



*¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.*

Inés Martínez Gil (diez años). «Pasa y olvida».
Susana García (diez años). «Rimas», IV.
María Ascensión Vargas (diez años). «Los tres Reyes Magos».



—«Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.
Vengo a decir: La vida es pura y bella».



«Peregrino que vas buscando en vano
un camino mejor que tu camino».



«Allá en la playa quedó la niña.
¡Arriba el ancla! ¡Se va el vapor!»



FILATELIA

Los sistemas básicos para coleccionar sellos son dos: el primero, que consiste en la agrupación de los efectos postales por países, y el segundo, que es la reunión de estampillas por el tema o motivo que representan.

El primer sistema de colección existe desde que nació el filatelismo, a los pocos meses de haberse puesto en servicio el primer sello del mundo, cosa que ocurrió en la Gran Bretaña, el 6 de mayo de 1840. El segundo, que se conoce en el argot filatélico como coleccionismo temático, nació por los años veinte de este siglo.

La primera colección de tipo temático que existió fue la correspondiente a los sellos de la Cruz Roja. Luego fueron naciendo otras, y hoy bien puede decirse que hay coleccionistas de sellos para toda clase de temas. Unos están ampliamente extendidos y tienen un fuerte grupo de seguidores, como es el tema pintura, el religioso, el de buques, etc. Otros, en cambio, los siguen una completa minoría, y a veces los temas elegidos son de lo más inverosímil. Valga, por ejemplo, el caso de un conocido mío que no guarda más que sellos en los que figuran señores con barbas.

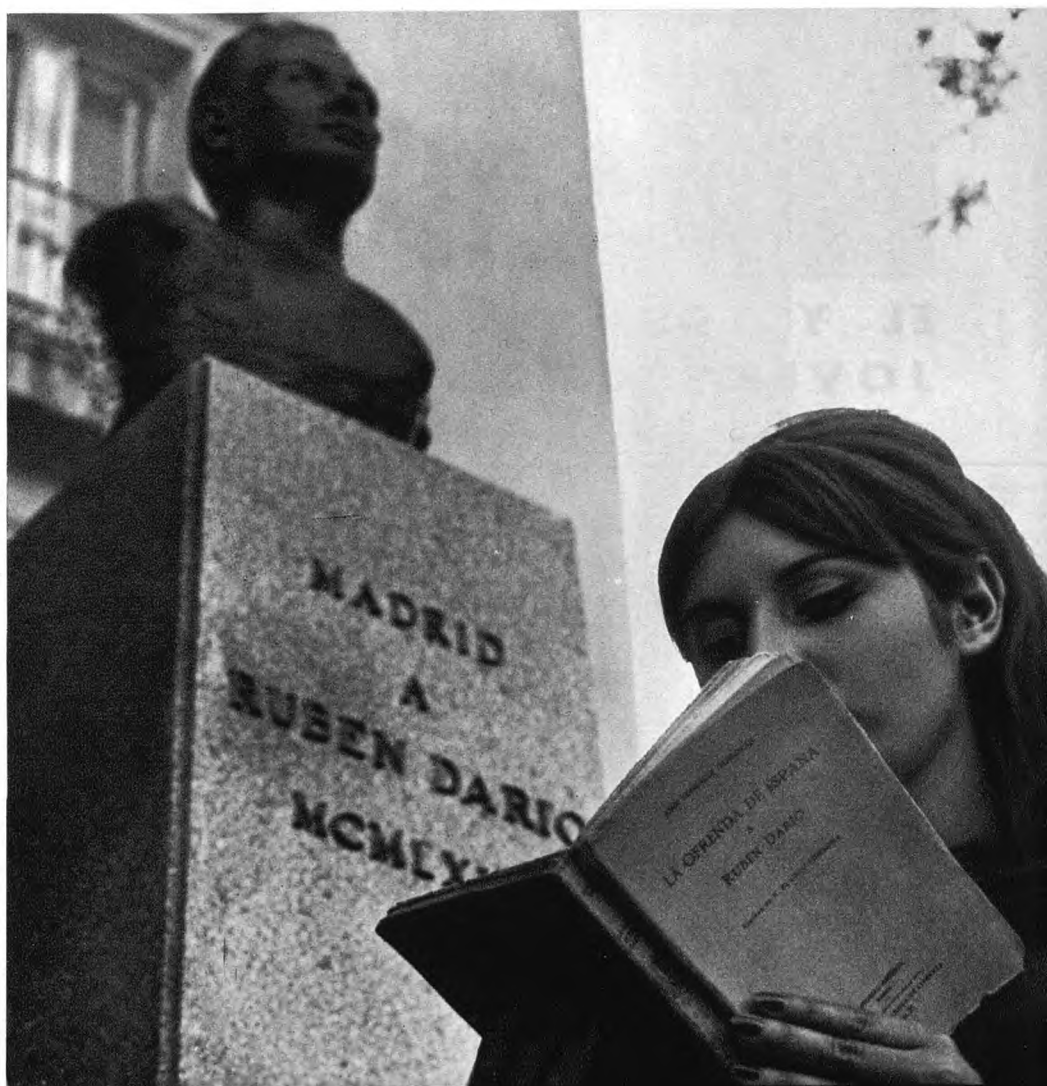
Las colecciones temáticas de relevancia, como es el caso de la primera citada, tienen actualmente el defecto de que sobre ellas se hacen, por determinados países, emisiones totalmente inadecuadas a sus necesidades postales, y que son, en resumidas cuentas, series que sólo buscan cubrir fines filatélicos. Por esta razón, se observa que los coleccionistas hoy tienden a reunir, sin salirse del concepto de la temática, sellos que mantienen un mismo denominador común, pero que forman grupos reducidos, por lo que afecta al número de ejemplares que los componen.

Entre estas colecciones de tipo temático, pero que son al mismo tiempo monográficas, se está creando una en honor y recuerdo del poeta Rubén Darío (1867-1916). Se da el caso que, en razón de los años de su nacimiento y muerte, unos países han hecho sellos con ocasión del cincuentenario de su fallecimiento, en el año 1966, y otros, en cambio, la efemérides que recuerdan es el centenario de su nacimiento, y por ello los están emitiendo este año.

Paulatinamente, las distintas administraciones postales de los países hispano-americanos van poniendo en servicio sellos en homenaje de este singular poeta, el cual definió otro ilustre nicaragüense, don Pablo Antonio Quadra, como «genio de nuestra genialidad», y cuya poesía, «que naciera aquí en grito de aviso y profecía, no es más que la síntesis de esa voz silenciosa, pero millonaria, de una Hispanidad que despierta», la cual es una unidad de todos aquellos que «rezan a Jesucristo y hablan el español», como decía el propio Rubén Darío.

Nicaragua, Paraguay, Chile, Argentina y otras más naciones americanas han emitido sellos en honor y recuerdo del poeta, no pudiendo faltar a la cita un sello español, que formará parte de la serie que entrará en servicio el próximo 15 de noviembre, dedicada a conmemorar los centenarios de varias ilustres personalidades hispánicas, como son San Ildefonso y el músico Enrique Granados, mas aquel apóstol de indios que se llamó Fray Pedro de Betancourt y que ejerció su labor por tierras de la hoy Guatemala.

Luis MARIA LORENTE



Él y los jóvenes

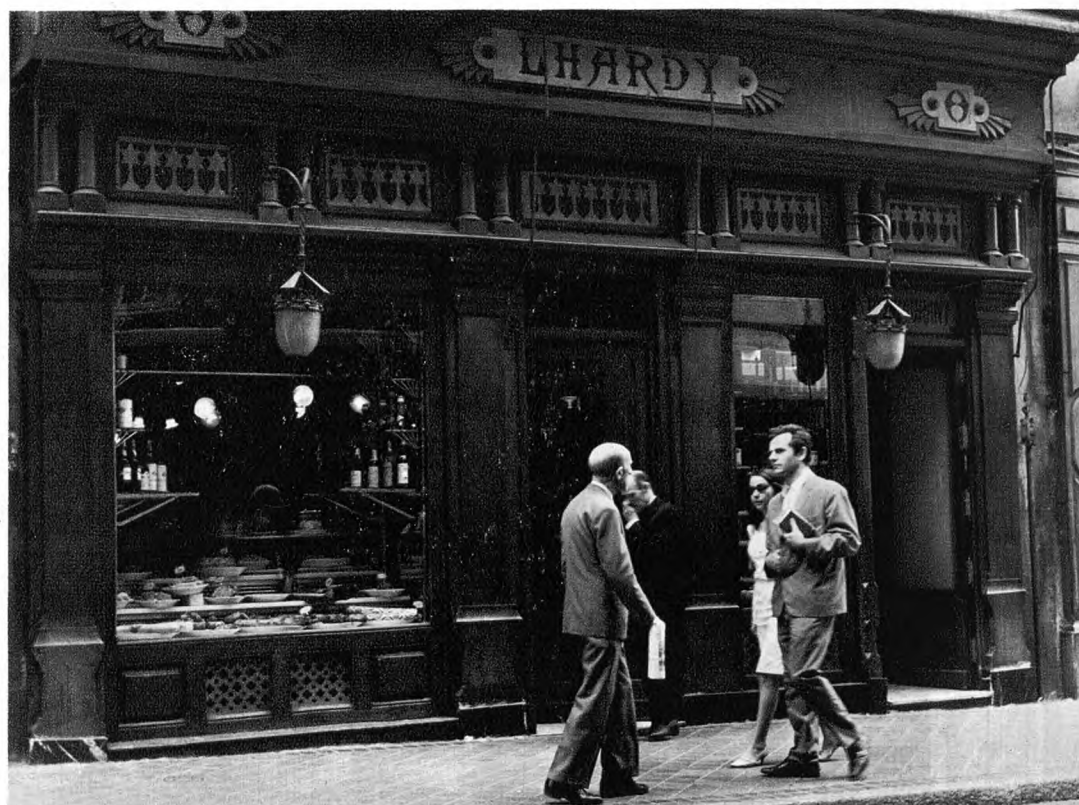
EL
MENSAJE
DE
RUBEN
SIGUE VIGENTE





EL Y LOS
JOVENES

Su gran revolución lírica ha llegado hasta la poesía actual



«Lhardy», uno de los lugares madrileños frecuentados por Rubén. A la derecha, las obras del poeta en manos de la juventud de hoy.

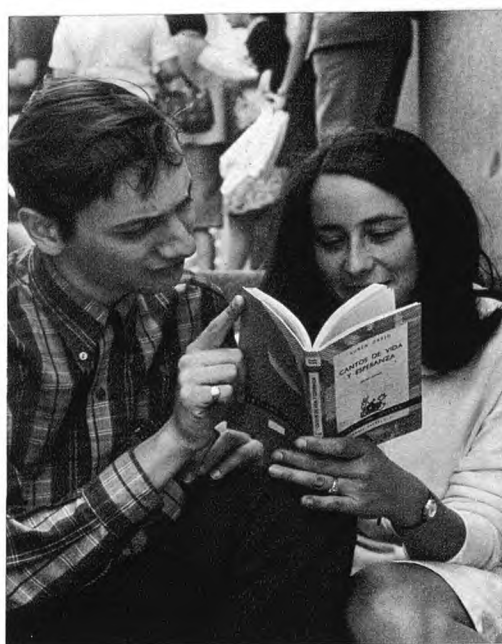
A los cien años del nacimiento de Rubén Darío, que ahora se cumplen, bien podemos decir, con frase tópica, que el poeta ha pasado a la posteridad. Mas esa vaga posteridad abstracta a que alude el tópico —limbo de manuales y antologías, de eruditos y ficheros— sólo tiene una forma viva de realidad cuando encarna en las nuevas generaciones. Quedar —lo que entre poetas y escritores se entiende por «quedar»— es y será siempre quedar en los jóvenes, seguir interesando a las mocedades sucesivas. Por eso nosotros, con ocasión de este centenario, hemos esbozado encuesta y pesquisa entre jóvenes universitarios, poetas, intelectuales, de España y de América, para saber si Félix Rubén García Sarmiento, al que llamaron Darío, queda, está aún entre ellos de algún modo.

—Rubén Darío rompió con aquella poesía docente que se hacía en España antes del Modernismo.





EL Y LOS JOVENES



En la Ciudad Universitaria
de Madrid,
los libros de Rubén Darío
acompañan a las parejas estudiantiles.

—Su revolución idiomática era necesaria, y sólo él podía llevarla a cabo, porque tenía dentro un gran poeta y porque se preocupó de conectar con los movimientos literarios del mundo.

He suscitado el tema de Rubén en un grupo de jóvenes poetas madrileños—o, más exactamente, venidos al «rompeolas» de las provincias españolas—, y las respuestas se arraciman con fervor. Prueba evidente de que el nombre de Darío sigue interesando, removiéndole conciencias poéticas.

—Yo me inicié en la literatura con Rubén Darío—me dice un joven poeta argentino—. Fue un descubrimiento deslumbrador. Claro que luego sigue uno leyendo, conociendo a otros poetas, buscando nuevos caminos, y aquella emoción primera se pierde un poco. Pero hay que pensar que si no hubiera sido por el gran poder de captación de la palabra de Rubén, muchos de nosotros habríamos tardado bastantes años en llegar a la poesía, o quizá no habiéramos llegado nunca.

Las palabras de este muchacho me recuerdan otras del poeta español Vicente Aleixandre, quien repetidamente ha confesado que él arribó a la poesía, un poco tardíamente con respecto de sus compañeros de generación, a partir de su primera lectura de Rubén, aunque luego la obra del hoy académico siguiera caminos bien distintos de los rubenianos.

Entre la juventud universitaria, en las cafeterías estudiantiles, en el bar de la Facultad de Filosofía y Letras, nuestras preguntas inquietan también a los grupos con el culebreo de sus interrogaciones.

—En su momento fue el poeta máximo—me dice una estudiante de Filosofía—. Y hoy, aunque en la poesía hayan pasado tantas cosas, él sigue siendo un gran poeta.

—Yo creo—apunta un muchacho de indudable precocidad intelectual—que la influencia de Rubén nos ha llegado no directamente, sino a través





EL Y LOS JOVENES

En la cafetería,
en las librerías,
entre los jóvenes intelectuales,
Rubén sigue siendo
una vigencia cultural.



de otros poetas. Si ahora releemos a Rubén Darío, el sabor de época nos estorba un poco para llegar al fondo de su obra. En cambio, es evidente que la revolución que él inició ha alimentado a los movimientos sucesivos, en España como en América. Y así, todos los que escribimos versos—y sonrío un poco turbado por su confesión—somos más o menos rubenianos, sin saberlo. Porque los maestros en quienes hemos aprendido, los poetas hoy más vigentes y consagrados, aprendieron de él a su vez.

—¿En quiénes de esos maestros puede rastrearse todavía la influencia de Rubén?—pregunto.

Y no dudan en darme nombres.

—En Juan Ramón Jiménez y también en ciertas zonas de la obra de Machado... En Neruda y en el Vallejo de «Los heraldos negros».

En el Ateneo, en los cafés literarios, donde quiera que voy y suelto, como una bomba polémica, el nombre de Rubén, la reacción viene a ser la misma. Por otra parte, nos es difícil encontrar, entre esta juventud que siempre va cargada de libros, que charla y toma café con un libro al lado, las obras de Rubén Darío, casi siempre en colecciones baratas, populares, de rústica. El título que más abunda—y esto ocurre también en las respuestas de la gente joven—es el de los «Cantos de vida y esperanza».

—Pero todos me habláis de la revolución idiomática de Rubén. ¿Y su ideología, tan extensa y varia; eso que hoy llamamos mensaje?

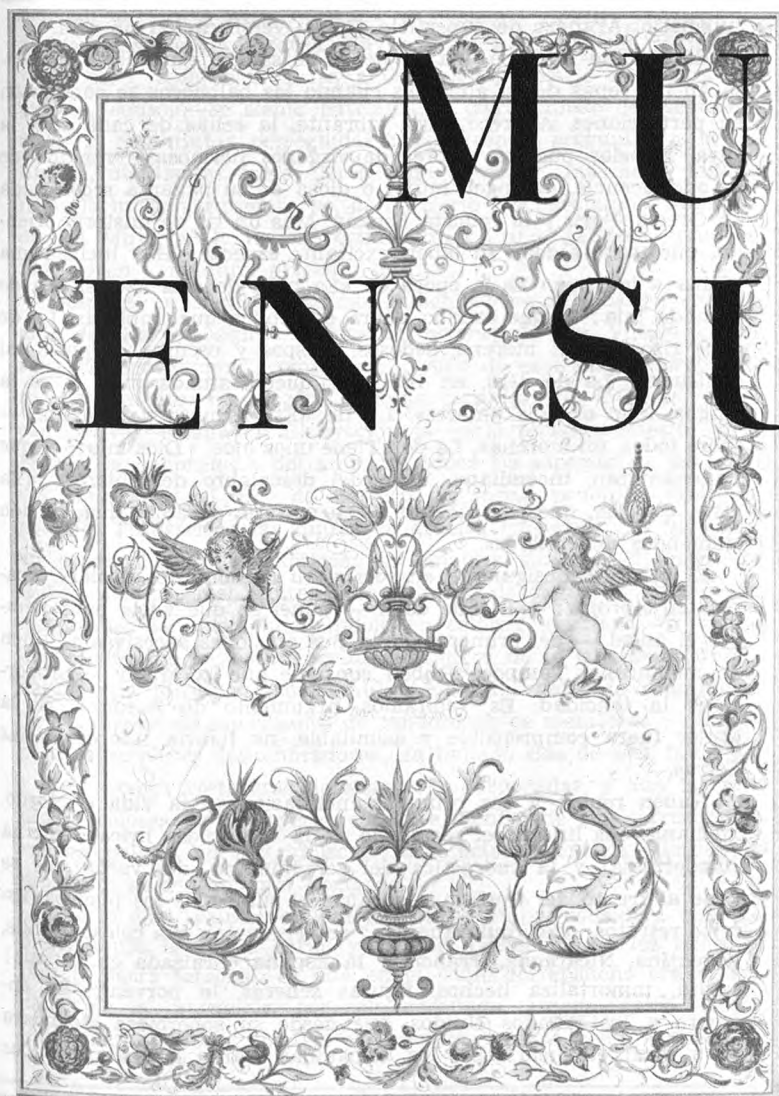
Se quedan dubitativos sobre sus vasos de cerveza, discuten un poco y luego llegan a la conclusión de que sí, de que Rubén era un poeta con mensaje y su mensaje—lo mejor de él—sigue vigente.

FRANCISCO UMBRAL





Con Francisca Sánchez, en óleo del pintor Francisco Pompey.



MUJERES EN SU VIDA

por
Margarita Alanís

RUBEN Darío fue hombre de amor, hombre enamorado. Hay constancia de sus primeras reacciones ante «el eterno femenino». El tema de sus amores y de sus amoríos ha sido tratado cien veces, e incluso da todavía motivo para querellas y desazones, grupos y banderías, en los tiempos estos que celebran el centenario del nacimiento del poeta. Librémos Dios de entrar otra vez en el tema de quién fue o quién no fue la musa favorita del poeta. Los secretos del corazón van a la tumba con quienes los alimentaron. El Darío ante la mujer que nos interesa evocar ahora es otro. No el enamorado, sino el admirador, el hombre de ideas nobles y avanzadas en favor de los derechos de la mujer y del reconocimiento público de sus valores intelectuales y morales.

MUJERES EN SU VIDA



Rosario Murillo.

La primera mujer amada, pero no amante en la vida de Darío, fue doña Bernarda. ¡Cómo recordó toda su vida el poeta a aquella que le diera hogar y amor de abuela! Hay una maravillosa estampa de Darío niño, de Rubén infantil, y es la que lo muestra sentado en el quicio de la puerta principal de la modesta casa de doña Bernarda tocando su acordeoncito mientras lee. ¿Por dónde viajaba su imaginación entonces? Ya se sentía arrastrado por una capacidad extraña de imaginar escenas fabulosas y de pensar en mágicas aventuras. Cuando el primer profesor de niño dijo que éste vencería a todos, doña Bernarda se asustó un poco. «No me echen a perder a Rubencito con eso de los versos», decía. Y el profesor replicaba: «Pero, doña Bernarda, si es él mismo quien hace los versos, si a Rubén no hay que enseñarle nada». A la luz amorosa de doña Bernarda, mujer amiga de versos y de músicas, Rubén fue creciendo en el culto de la belleza. Siempre tuvo a su lado una mujer. Pero nunca más volvería a encontrar en su largo y doloroso camino un báculo como el de doña Bernarda. Y él lo sabía. La recordó hasta en el día mismo de su muerte.

El precoz poeta era llamado para cantar sus versos en las fiestas escolares de Granada y de León. Cuando su estro comenzaba a florecer volcábalo casi siempre en elogios de la enseñanza. En las fiestas de fin de curso era llamado Rubén Darío para que entonase allí la alabanza de las maestras, de la graduación, del estudio. Siendo un adolescente todavía, dijo en uno de estos actos ante Emilia C. Day, directora del colegio de Señoritas de Granada: «¡Maestra, después de Dios y de nuestros padres, que nos brindaron vida y fe, lo debemos todo a vos!». Tiene once, doce, trece años cuando se le llama de todas partes para que sea el vocero de los corazones agradecidos. Así comienza a abrir las cajas de música de su pecho. Los primeros versos «grandes» que escribe son para una serenata a Mercedes de Zabala. «Señora, allá en la tierra del sándalo y la goma», dice en su evocación de la Arabia que ha aprendido a conocer en los relatos de «Las Mil y una Noches». Está dominado por el ambiente y el decorado del exótico mundo moruno. ¿Conocía ya a los poetas andaluces que tratan este tema? Pienso que lo aprendió todo en el libro de los cuentos maravillosos, y en la-

EL POETA Y LA MUJER

HABLAMOS de la Mujer en su Poesía. Que es la vida perdurable del poeta. Lo demás, su existir, «pulvis, cinis, nihil», como hizo escribir en su tumba de la catedral de Toledo, el que es ceniza y nada. Los poetas, asimismo. Aunque su Obra, que es su vida sustancial intemporal, pervive.

La Mujer es tema perpetuo. Todavía no nos hemos acostumbrado, ni nos acostumbraremos jamás, a la presencia—nos parece asombrosa—de otro ser idéntico a nosotros... y desconocido. Y como la Mujer guarda su secreto herméticamente, aunque escriba y escriba, desvelarlo parece misión nuestra de analistas y cantores. Por lo que la Mujer es la tercera protagonista del Poema eterno: primero, Dios; luego, el mundo moral; en seguida, el ser extraño y amado.

En su juventud de primicias, Rubén está rodeado de bellezas en dulzura. América es suasoria, hechicera y abundante. Se trasluce la indecisión solicitada del «vate»—él se lo llama—ante el coro turgente. No es explícito. Le solicita, ante todo, la vida civil. Canta al progreso, a la patria, a la verdad, a la independencia, al héroe: las amplias banderas. La Mujer es para poesía lírica, intimista. Rubén transido entonces de sentido epopéyico. Su obra, en conjunto, es poema épico.

Se trasluce, digo, su mujerismo literario, en las dedicatorias. El álbum y el abanico—estamos entre 1880 y 1907, entre lo liminar y su primer libro de gigante, *Azul*—, como el brindis en la boda, le abusan la inspiración fácil. Campoamor le toca con su miel un punto amarga, aunque Bartrina le inspira, creo yo, *Abrojos*, calificativo de escepticismo como nada. La Mujer figura en un segundo fondo, que no es trasfondo, trascendencia, sino decoración subor-

dinada a su cultivo de lo civil con sus prototipos. ¿Qué sucedió a su ímpetu al hallar a Eva en el paraíso americano? No hace falta suponerlo. Arañazo de superficie. En su versificación no está.

En seguida irrumpe una corriente de sangre española y francesa en las venas de su alma. Es cuando los balbuceos se convierten en perfecciones. Aparece, viva, vibrante, la «ella» de cada «él», la suya. De «los púdicos amores de vírgenes hermosas», renglón de su adolescencia, al ángel, mujer o diosa de su pagania recolectada en Grecia, París y la robusta España. Mas un tic de misterio oriental, que tanto sazona su labor, excitante especia. (Hay incluso una «Filis» a lo Lope.) Es la época de «La niña de ojos azules». La de «Amada mía: lo que escribo ahora es súplica que implora». La de «Los rizos de mi morena, sedosos, crespos y oscuros, inspiran mi cantinela». La de «Así, en voz baja, quedo, amada mía, — es la lengua feliz de mis amores». La de «Es hermosa y resalada, — sobre todas, mi morena». La de «Tiene unos ojos, ¡Dios mío!, — que no enamoran, incendian». Y la del descalabro descubierto: «Ya viste, corazón, que por incauto — en materia de amor, has sufrido tremendos descalabros».

El vocablo subsiguiente «Amor» y su consonante, «Dolor», aparece en *Abrojos*: «¡Día de dolor — aquel en que vuela para siempre el ángel — del primer amor!» Sus alusiones sucesivas se tiñen de melancolía. Tampoco Rubén consigue que la Mujer le proporcione la felicidad. Es, repitamos, argumento de Retórica. Si la Mujer fuera comprensible y asimilable, no habría tesoros en las Letras.

Rubén rebota a sus primeras inclinaciones: la vida en torno. Mediante dos líneas: el recamado de la voluptuosa lírica moderna (modernista) y la energética del ser humano, del varón que se pone al frente del Destino y encauza el rumbo de los pueblos. Escribe retratos, odas, quintanercas; se yergue con sus colosos, Chile, Argentina, Nicaragua, Francia y la España enraizada en su raíz; exalta, immortaliza hechos, figuras señeras, lo porvenir. Se enfrenta a los Estados Unidos, que desde su soberbiosa alcáncara va a rasar el vuelo sobre los hispanidas. Canta las cataratas, los

bios de la criada que menciona en su autobiografía narrándole fantasías y maravillas. «Yo quiero darte, Señora,—también hoy mi serenata—sin tener la guzla mora—ni la cuerda vibradora—de la bandurria de plata», dice en un instante de cruce, como de frontera en su salida al mundo, pues une la guzla exótica con la bandurria nativa, criolla. Y luego es esta primera época suya la de los poemas en abanicos, en álbumes, en salones y festejos. Siempre él junto a las mujeres. Y las mujeres siempre encantadas con su poesía y con su pasión.

Rubén vivió y murió nostálgico de hogar. Fue muy simbólica aquella manifestación primeriza suya volcada en cuatro versos muy simples a los pies de la joven salvadoreña Refugio. Estimo que no fueron novios. El nombre de ella despertó en Rubén el recuerdo de aquello que necesitaba tanto y que ya había comenzado a perder desde que saliera de junto a las faldas de mamá Bernarda: el hogar. Por eso, ante aquella jovencita de nombre tan sugeridor, dice «Las que se llaman Fidelias—deben tener mucha fe—; tú, que te llamas Refugio—¡Refugio, refúgia-me!» Y ese signo



Rafaela Contreras.

de admiración da al verso tono de grito, de petición de auxilio. Mucho iba a necesitarlo Rubén a partir de ese momento salvadoreño de 1883. Va a salir al mundo. No siempre tendrá junto a su mano la delicada pero invencible protección de una mujer. Por mucho tiempo, fracasado en sus primeros amores de tipo pasional, hallará el refugio admirando a bellas damas, a señoras cultas y elegantes que en los salones de Chile, de Buenos Aires, de París recibirían con aprecio los homenajes poéticos de aquel que no cesaba de cantar las gracias y las risas de la mujer. Las gracias, hay que destacarlo, representadas para él no sólo por la belleza y por los finos gestos, sino representadas, ante todo, por el talento, por la capacidad artística o intelectual de la mujer. Darío es de los primeros en reconocer el lugar que la mujer iba mereciendo en las letras, en la judicatura, en la política del mundo actual.

Hay que verlo ante la Divina Sarah. Fue en Santiago de Chile cuando experimentó el primer contacto con la grandeza artística hecha persona sobre la escena. Luego conocería y trataría mucho a doña María Guerrero, la reina del teatro espa-

atardeceres tras los volcanes, la pampa, las ciudades-constelación miliar de la Cultura, las inteligencias radiantes, los estilos que candencian la música de la letra. ¿Y la Mujer? La Mujer es sinónimo de cisne, esmeralda, estatua. Hay en su mitología de la Mujer enojamiento, reverencia a las amistades, epistolario a lectura del público, consejo—se siente patriarcal—, cierto miedo de escarmen-tado. Y hay ninfas perseguidas por quirones, preguntas a la esfíngica, madtigales como ejercicio de trovador, una cierta lejanía hacia la imagen, sin embargo, de un cierto enamoramiento artificial-do. La Mujer se le ha convertido en estilismo. Subyace, como en todo joven y maduro, arrebatado loco.

Después, en el último tramo, Rubén vuelve a la Mujer descendida de altares mágicos, enjuta de incienso de lira. Vuelve a considerarla ser humano, compañera, pasión de espíritu y cuerpo físico. Sentimiento, no alegoría. Diosas carnales, las mujeres, es su calificativo: estalla en *Divagación* el temperamento posesivo viril. Escribe la panorámica del amor en todos los aspectos de los amores, los revisa; el tono de su verba es rapaz, poderoso, exaltado, potente. Transforma las ninfas en gracias mortales; las fugitivas, en conseguidas; las exóticas, en amables sumisas. El estro de Rubén, siempre resbosante, halla el modo de cantar el abrazo que inmortaliza la vida, empapándolo en colores, emanante de armonías, seducción buscada inevitable. Quiero decir que para Rubén entonces la Mujer es «una» mujer. Está de vuelta de filosofemas de engañados, de esterilismos de candorosos, de metáforas y cesuras para consonantes deslumbradores. Ha hallado «la» de «él», la «ella», y si la agrega vestiduras doradas y empurpuradas, y aun las piedras preciosas de su joyero rebotante, dentro de sus corruscantes volutas palpita en piel, músculo, aceptación y caricia gloriosa la protagonista del hombre, hombre.

Por lo cual, Rubén, en esa su última etapa, considera que «la mejor musa es la de carne y hueso». Desciende de los olimpos, pisa el barro terrenal. Si allá en el cenit del ensueño era el encanto de la intangible, por sólo ensoñada, aunque entre celajes maravillantes, abajo, a nivel del hombre, aunque poeta, halla a la

que le aconsonanta a él, no a su métrica. A «la que consuela y calma», de Goethe; a la que se deja servir, melodioso cuerpo, en el banquete nupcial; a la que suaviza la frente pensativa y es regazo, no sólo seno.

Sí; la mejor musa es la corporal y anímica, la mujer humanizada. La de la Poesía es aquella que el poeta-hombre ha pensado, inaccesible y no más que apariencia. La mujer la ha formado Dios, y está a tu mano, entretejiéndose en el laberinto de tus pasos, de tus ambiciones, de tus derrotas y tus hechos. Rubén la ha descubierto, ha tocado su física ductilidad, no su endurecido mármol. Y se ha puesto a cantarla, para que no se pierda en traslucos, para fijarla en la convicción de los otros poetas. ¿Cuándo es más admirable Rubén? ¿Si en la cuidadosa elaboración de las vaporosas ninfalias o en la rotunda presentación, «con voz de oro y miel», de la musa, media mitad y complemento, viva y mortal?

El resuelve:

Mía: así te llamas.

14.5

¿Qué más armonía?

Mía: luz del día.

Mía: rosas, llamas.

¡Qué aroma derramas
en el alma mía,
si sé que me amas,
oh Mía!, ¡oh Mía!

Tu sexo fundiste
con mi sexo fuerte
fundiendo dos bronce.

Yo, triste; tú, triste...
¿No has de ser, entonces,
Mía hasta la muerte?

TOMAS BORRAS

ñol; pero el encuentro con Sarah lo deslumbró. Estaba ella en la plenitud de sus facultades. Su famosa «voz de oro» resonó en el interior de Darío como un himno, como una orquesta. Está, poéticamente por ese tiempo, bajo la influencia de Campaamor y de José Joaquín Palma. Lo que le dedica a Sarah tiene este acento: «Una voz de tono blando—un cuerpo de sensitiva—; algo como un arpa viva—que da el sonido temblando.»

¡Cuán distinto va a ser años después su elogio de María Guerrero! Ya es más poeta propio, personal, cuando conoce en Buenos Aires a María y a Fernando. Es tanta su amistad que le piden escriba y diga los versos con los que María quería despedirse de los argentinos. Rubén, con su prodigiosa capacidad para ponerse en el lugar de quien fuera, escribió unos versos que son justamente los que María debió escribir para decir adiós.

Ahora vemos a Darío junto a una reina caída. Es Ranavallo, emperatriz de Madagascar. En un café elegante de París, por la noche, se veía llegar a la triste reina de color de chocolate. Muy bien vestida, con ricas joyas, Ranavallo no sonreía. El

gobierno pretendía, encima de quitarle su corona, que ella fuese una mujer triste y sombría. En un rincón de Maxim, cuando todo era fiesta y jolgorio, Ranavallo permanecía en su rincón, bello el rostro, erguida la figura, pero triste. Y con esta reina en destierro hace amistad un otro rey desterrado, Rubén Darío. El poeta, el soñador de las Mil y una Noches, se encontraba ahora viviendo una de sus imaginaciones: decir versos a una reina. En Maxim, cuando los otros reían, bebían, danzaban, Rubén se acercaba a Ranavallo para decirle poemas y poemas. Más tarde él sería también amigo de otro rey, el emperador don Pedro, del Brasil, hombre entregado a la vida anónima por el placer de la soledad; pero no hubo versos para don Pedro, aunque compusiera algún poema a don Pedro. Los versos fueron para aquella reina de Madagascar solitaria en París. Los versos fueron para Ranavallo.

Criticaban algunos a Darío su esmero en vestirse cuando iba a visitar, ya en París, ya en Madrid, a alguna «primera dama» destronada de algún país de América. Ya se sabe que Europa está siempre llena de dictadores caídos y de esposas de dictadores

caídos que conquistan fama en los salones más refinados por el brillo de sus joyas y el lujo de sus mansiones. Rubén tenía amistad con más de una de estas damas. Tratabalas con grandísimo respeto, con reverencia, como si quisiese con su homenaje hacerlas sentir que para él ellas seguían siendo Primeras Damas. En sus momentos de pesar, cuando la nostalgia del hogar le pesaba mucho, Rubén ponía un telegrama a doña Zoila, doña Felicia, doña Jeromita, y al minuto venía la respuesta del cariño. En Barcelona, una vez, no naufragó acaso definitivamente gracias a que una dama centroamericana, en destierro y todo, acudió como en vuelo al llamamiento angustioso del poeta. Y en los salones de París vemos a Rubén inclinarse a besar la mano de madame Heredia, de madame Mendes, de madame Gautier. Nunca pasó las fronteras de la amistad cuando de amistad se trataba. Era un caballero pulcro, educadísimo, muy señor en el respeto y en el tratamiento debido a las damas.

Gran momento de su admiración por el talento de la mujer nos lo ofrece su amistad con Emilia Pardo Bazán. Cuando se conocieron doña Emilia gozaba ya de gran-



Doña María Guerrero,
sobre estas líneas,
y a la derecha,
Sarah Bernard
en el Ateneo de Madrid.



dísima fama, y por lo mismo disfrutaba de gran número de detractores y de enemigos. La manía en contra de ella era demostrar que no sabía nada por sí misma, sino que todo lo tomaba de aquí o de allá. Rubén trató a doña Emilia y comprendió que la escritora todavía no era condesa, calzaba muchos puntos legítimos y sus letras eran tan propias como buenas. Véase a esta carta de doña Emilia a él poniéndole por testigo y por juez incluso:

«Madrid, Marzo 22 de 1901.

Mi amable amigo: Ignorando sus señas, a la casa Garnier dirijo la presente, y espero que por tal medio llegue a sus manos.

Gracias por el libro. Lo he leído todo en un vuelo y digo algo de él en la Ilustración Artística, de Barcelona, en la crónica que acabo de escribir. Allí verá usted que rectifico la rodamontada espagnole, que usted cree mía y no es sino de Castelar; y tal vez no sea rodamontada de Castelar, sino gasconada del buen Hugo, que era un Tartarín épico, pero Tartarín. ¿Usted lo recuerda? Yo sí. Estaba endiosado, cosa que no sucede jamás a los pobres grandes hom-



Doña Emilia Pardo Bazán.

bres españoles, conocidos y aplaudidos sólo en su tierra... ¡y eso!

Volviendo a su libro de usted: En general es exacto, justo y bien visto. Los detalles no importan; y aun los detalles rara vez dejan de estar acordes con la realidad. Las opiniones literarias que usted emite, yo podría discutir las: la mayoría, no; porque encierran verdad suficiente para tener ortodoxia. Claro es que sólo por milagro habríamos de estar en todo conformes.

De esto mejor sería charlar que escribir. Charlaríamos de pintores, escritores y políticos; y al hilo de la charla saldrían infinitas cosas que la pluma no expresa tan directamente.

Es usted un escritor bien atractivo. Este libro lo revela ya plenamente, porque en él sale usted de la reserva estética y se entrega usted a la confianza con el público.

Lo que más me ha dado que pensar es la observación de usted acerca de que escribimos demasiado bien.

Coincido con la frase de un ilustre erudito que me decía poco ha: "En sus crónicas de usted faltan algunos disparates. Ha llegado usted a dominar demasiado el estilo."

MARGARITA DEBAYLE ESTABA ALLI...

ERASE una vez un poeta triste, envejecido por la enfermedad, que regresó a su tierra natal después de haber recorrido muchos países lejanos. Le invitaron a descansar en una isla verde, frente a un panorama de volcanes dormidos, y se dejó envolver por la amistad y por la paz. Correteaban por allí dos bellas niñas, Salvadorita y Margarita, hijas de su buen amigo, y a cada una de ellas le dedicó un poema. El de Margarita—¿quién no lo conoce en todo el mundo de habla española?—empieza sencillamente así:

*Margarita: está linda la mar
y el viento
lleva esencia sutil de azahar.
Yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita: Te voy a contar
un cuento...*

Esto ocurrió hace algo más de medio siglo. El poeta murió poco des-

pués, y en enero de este año se ha celebrado el centenario de su nacimiento. Se han reunido en su honor otros muchos poetas, se han pronunciado doctas disertaciones y se han editado bellos libros. El pueblo y el Gobierno de su patria han revivido su memoria como la de un héroe nacional. Todo ha sido conmovedor, digno y hermoso.

Pero lo más hermoso ha sido que Margarita estaba allí. Doña Margarita Debayle, una gran dama todavía muy bella, viuda de un embajador, madre y abuela de una noble estirpe, presidía el homenaje principal a Rubén Darío. La rodeaban varias bellezas jóvenes, simbólicas musas de la inspiración rubeniana. Pero la Musa por excelencia era ella misma, condecorada por el Presidente de la República de Nicaragua con la Medalla de Rubén Darío, y acercándose al micrófono con incontenible emoción para realizar aquello que el mismo poeta predijo:

*Guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.*



Margarita Debayle.

L. O. M.

MUJERES EN SU VIDA



Grupo de amigos rubenianos. En el centro, Francisca Sánchez.

Si recibe usted ésta como espero dígame qué planes tiene: si se va usted a su tierra o volverá a España. Yo, desde mediados de abril, estaré en el campo; en agosto, tal vez iré a beber unas bocanadas de aire exterior: pienso en Bélgica.

Mil afectos de todos y usted sabe le lee y admira su amiga. Emilia Pardo Bazán. P. S. ¡Soy tan propensa a olvidar mis campañas, una vez terminadas, vivo tanto en el mañana meridional que ya me olvidaba de una observación que no quiero suprimir!

Por su libro de usted averiguo que en Madrid se habló de fracaso mío en París. No lo sabía. El fracaso—si así se llamase—fue al llegar aquí, pues me tildaron de mala patriota, los que no tenían una frase dura para los verdaderos causantes del desastre, los generales huídos y los políticos y egoístas. En París es imposible ser más festejados.

Si usted quiere y me dice a dónde, le enviaré la conferencia y allí verá usted los juicios de la prensa francesa; y eso que perdí muchos periódicos.

La Fronde, lejos de exaltarme, se enzarzó con mis patronos, los de la Revue des deux Mondes, nacionalistas y antidreifusistas, y estas pláticas de familia fueron parte a que alguna prensa recortase el compte rendu de la conferencia. Pero no lo siento. Más que un artículo largo valen la amistad y el trato de los más finos literatos de Francia. E. P. B.»

Cuando se acercaba a la mujer daba lo mejor suyo. Por eso no es de extrañar que resultara tan convincente y premonitor su juicio literario sobre Rachilde, ni que su confesión autobiográfica más sentida y completa sea la contenida en la maravillosa epístola a madame Lugones. Rubén, a la luz de la mujer, despedía sus más hermosos fulgores. Luego de una peregrinación larga y triste por el mundo, volvió a la sombra, al refugio de una mujer, su mujer. Pero ya no les unía la pasión, sino el cariño, la amistad elevada y afectuosa. Al cabo de su periplo, otra vez las manos de una mujer de su tierra, como la de doña Bernarda en la niñez, le acariciaban la frente y le aquietaban los sueños.

OFRENDA EN 1916

Por Carlos Murciano

EL 6 de febrero de 1916 muere en León de Nicaragua ese león del verso que se llamó Rubén Darío. Y antes de que el mismo concluyera, Juan González Olmedilla escribe la dedicatoria al libro que en su homenaje ha preparado: *La ofrenda de España a Rubén Darío*. Tal dedicatoria reza así: «A la América española»; siguen las iniciales del escritor sevillano y la fecha: «Madrid, febrero de 1916». El raro ejemplar de este libro que hoy manejamos alcanza 266 páginas y fue impreso en Madrid, en los talleres de J. Pueyo—Mesonero, 34—, para la Editorial-América, siendo concesionaria exclusiva para su venta la Sociedad Española de Librería. A la dedicatoria reseñada siguen dos versos de Rubén («Bendición al que entiende, bendición al que admira. / Soy un hijo de América, soy un nieto de España») y unas «Palabras preliminares» de R. Blanco-Fombona: dieciséis secretos versos —la fecha, al pie: Madrid, 1916—, que concluyen así:

*El árbol solariego todo es aleo, cántico,
miserere, querellas,
porque murió el divino poeta trasatlántico,
Rubén Darío, espigador de estrellas.*

González Olmedilla escribe a continuación una «Nota preliminar», justificadora de su tarea. Sus veintitrés años afloran desde las primeras líneas. Ha publicado por entonces dos libros de versos, *La llave de oro* y *Poemas de Andalucía*, y lucha por abrirse camino: «Aunque parezco padre—escribe—, no soy sino padrastro de este libro. Lleva mi firma por ganar un poquitín de gloria, si os pareciese buena la idea que esta obra encarna...» González Olmedilla acabaría triunfando como periodista, si no como poeta; y, en tal sentido, no deja de ser significativo que sus dos aportaciones a esta ofrenda estén escritas en prosa. «España—desmintiendo nuevamente absurdas leyendas en que se la moteja de prosaica y sanchopancista—ha demostrado con ocasión de la muerte de Rubén Darío, y por la pluma de sus más prestigiosos portavoces, que sabe preocuparse hondamente, cordialmente, por los temas eternos», escribe. Y añade: «A excepción de los profesionales de las letras, raras son las personas que leen más de uno o dos diarios asiduamente, y una revista periódica de vez en vez. Y como buena parte de los trabajos aquí reunidos vieron la luz pública diseminados en la prensa, que, generalmente, se pierde una vez leída, me ha parecido que a no pocos admiradores del poeta hispano-americano les agradará ver en un solo volumen, y con carácter definitivo, cuanto en hojas efímeras y en cuartillas inéditas se ha dicho en España últimamente del hombre y de su obra. Maese Reparos, de seguro encontrará impropio el título de este libro, ya que, según él, varios de los escritores que colaboran aquí son de nacionalidad americana. De antemano, le respondo que para mí—que soy quien hace el libro—no existe esa mezquina diferencia, y que, a veces, más español creo a un americano que ama y comprende a España, que late entre nosotros sintiendo y pensando en español, que no a un castellano viejo, hijo, nieto y biznieto de castellanos viejos, pero "snob" insoportable, lleno de desprecio para todas las cosas de España.» González Olmedilla prosigue justificando ciertas inclusiones y omisiones, y alude de una manera concreta al artículo de Luis Bonafoux, publicado en *Heraldo de Madrid*, con el título de *El poeta de la Paz*. «Destilaba hiel», dice. Su «Nota preliminar» se cierra con estas palabras: «América, la hija pródiga emancipada, nos dio a Rubén, el más amoroso nieto de España. Y al morir el hijo de América, la Abuela no ha sabido sino tejer esta corona lírica para la frente que aprisionó el ensueño.»

Divide el autor su obra en dos grandes apartados: *Exaltación*, que subtitula: «Laudes, elegías, paráfrasis.—El poeta en la intimidad», y *Crítica*, que acoge estos epígrafes: «Influencia de Rubén Darío en la poesía española. La importancia de su obra. Hispanoamericanismo. El fondo y la forma». Abre la primera parte el conocido poema de Antonio Machado *A Rubén Darío*:

*Si era todo tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?*



JUAN GONZALEZ OLMEDILLA.



MANUEL MACHADO.



OFRENDA EN 1916



R. CANSINOS-ASSENS.



CARMEN DE BURGOS
(«COLOMBINE»).

Y cierran la segunda—y el libro—los catorce alejandrinos de su hermano Manuel, *Epitafio*:

*Como cuando viajabas, hermano, estás ausente,
y llena está de ti la soledad que espera
tu retorno... ¿Vendrás? En tanto, Primavera
va a revestir los prados, a desatar la fuente.
En el día, en la noche... Hoy, ayer... En la vaga
tarde, en la aurora perla, resuenan tus canciones.
Y eres en nuestras mentes y en nuestros corazones
rumor que no se extingue, lumbre que no se apaga.*

Curiosa esta presencia sevillana, eje del homenaje, al que también se suma la prosa de Cansinos-Assens y Parmeno, y el verso alejandrino de Rafael Lasso de la Vega, su soneto *In memoriam*. «Oh fídice magnífico, dueño de la armonía», comienza el marqués poeta, y acaso valga señalar la doble coincidencia de idea—esa posesión de la armonía, gala del nicaragüense—y de metro, con sus paisanos. Rafael Lasso de la Vega cierra así su soneto:

*¡Oh príncipe, elegido de las musas sagradas!
Ante tu fosa, el tiempo renovará los lauros.
¡Te llevarán los cisnes hacia la mar futura!
Para ti se han abierto las eliseas moradas,
para ti, que poblaste de ninfas y centauros
los bosques mitológicos que amaba tu alma pura!*

Entre los versos de los dos sevillanos, se incluye el *Responso pagano*, de Mariano de Cavia: «Rubén Darío—escribe—ha jugado con la vida como jugaba con la rima y el ritmo en sus caprichos malabarescos; y la vida (que empieza por tolerarnos todo y concluye por no perdonarnos nada) se ha vengado del que la atropellaba sin reparos, jinete en un corcel de luminosas crenchas y sonoro resoplar, que si no era el mismo Pegaso, por palafrén digno de un rey de la poesía española le tuvimos en ambos hemisferios del planeta.» Cavia señala como los Caballeros de la Quimera se han quedado sin su egregio paladín, y añade: «Es fama entre estos soñadores que al hacer el poeta, el artista, el sembrador de ideas, el evocador de imágenes, su entrada triunfal en los campos de perenne reposo que se extienden más allá de la laguna Estigia, le acompañan en fantástico cortejo las múltiples figuras y representaciones de cuanto amó, creó, inspiró e infundió también en los demás, durante su paso por la tierra. Si esto es como lo tengo aprendido en mis desordenadas lecciones con los Caballeros de la Quimera, juro al Pindo que la entrada de Rubén en el "centro de las almas" dejará maravillados a todos los inmortales, por muy hechos que estén a ver séquitos raros y heterogéneas cabalgatas.» De entre ellos, Hugo será el primero en darle la bienvenida, mientras le ofrecerá, en copa de oro, el néctar de los dioses, ante la mirada irónica de Verlaine («¡si fuera ajeno!») y el rostro alucinado de Poe («¡si fuera whisky!»). Bello le brindará el laurel; Ercilla, la refulgente espada; flores, los dos Heredias—«el que cantó en castellano la grandeza del Niágara y el que ensalzó en francés a los conquistadores», y don Luis de Góngora, al frente del tropel hispánico, le abrazará llamándole «hijo mío». Y empezará a desfilar el cortejo—singular, peregrino, tumultuoso, asombroso, adjetivará Cavia—, encabezado por el Genio y la Incoherencia; cortejo en el que resonarán las flautas áureas de los efebos delficos, los clarines de Pizarro, las chirimías de Atahualpa, los violines cortesanos—Versalles, Aranjuez—, las palmas madrileñas y sevillanas... «¡Toda la lira de la Poesía y toda la zambomba de la bacanal!» En un carro de oro, arrastrado por tigres, vendrá el poeta, seguido por las tres Gracias que le llueven de rosas y jazmines, y los Siete Pecados Capitales, «con el acoso de sus voces roncadas». Princesitas tristes, rubias y lejanas; caballeros velazqueños, penitentes y encapuchados; tilingos de Buenos Aires y trasnochadores de Montmartre; Cyrano de Bergerac dando el brazo a Agustín de Rojas; y ruiseñores del Generalife y cisnes arrogantes, frente a urracas y gansos. Y concluye Cavia: «Tus hados, ¡oh Rubén!, han querido que dejases esta azarosa vida terrenal en el mismo año que conmemora secularmente la muerte de Cervantes y Shakespeare... Siendo muy hombre te acercaste a los dioses. Ellos darán a tu sombra y a tu fama la paz inmarcesible que no lograron tu espíritu y tu cuerpo en sus turbulentas andanzas por este valle donde una vislumbre de gusto y risa se paga con un raudal de lágrimas y penas.»

Tras el aludido soneto de Lasso de la Vega, Carmen de Burgos («Colombine») firma *El otro entierro*, del que son estas líneas: «El ejemplo, la magnificencia, el alarde, los grandes círculos con que se ha desenvuelto el verso en Rubén Darío, tienen una vida creciente que le darán más vida, nueva vida, cada día que pase. La mujer, por ejemplo, en la definición que de ella dieran las poesías de Rubén, fue la mujer nueva, más hecha que de lindezas tópicas, de inquietudes, de veleidades, de turbulencias, de temblores espirituales. Esa sensación de flexibilidad, de elegancia, de ternura. Esas suavidades y esos matices que él dio a sus Princesas y a sus Margaritas han sido unas notas nuevas en la poesía española que han alargado y profundizado el valor de la mujer.» Para apuntar seguidamente la singular idea que da título a su artículo: «La muerte de Rubén Darío representa un luto nacional. Su entierro debía haberse verificado en nuestra capital, haciendo un largo recorrido el coche fúnebre, seguido por esos carruajes llenos de coronas que siguen a los entierros de los hombres ilustres. Hubiéramos querido ver un entierro tan representativo como aquellos cuyo paso contemplamos entre multitudes apasionadas y doloridas, como aquel de Zorrilla, por ejemplo. Y ya que no es posible que el muerto pase de verdad y obtenga todos sus honores en su otra patria, simularíamos un entierro fastuoso y digno, en el que una caja vacía fuese el simulacro de aquella otra en la que el poeta habrá sido enterrado. Algo como esa evocación que suponen los catafalcos vacíos el día del funeral, para rendirle un homenaje póstumo, y que en uno de nuestros camposantos las mujeres de España pudieran arrojar flores sobre la tumba de uno de los grandes hombres más legítimos de su raza y de su lengua.» Frases estas últimas que no pueden menos que recordarnos aquellas otras—justo es reconocer que más certeras—con las que Alejandro Sawa rendía tributo a la memoria de Campoamor, en unas páginas preciosas y precisas de su *Iluminaciones en la sombra*. (Sawa, que inició a Rubén en el París nocturno, que le profesó devoto afecto y a quien Rubén no quiso—o no supo—corresponder como la amistad le imponía—vid. *Cartas de Rubén Darío*, del padre Dictino Alvarez—, sino con ese prólogo tardío al citado libro póstumo del malagueño, espera, al igual que su obra, la mano reivindicadora que le lleve al lugar que por su valía le corresponde. «Lo que Ganivet ha sido para la generación del 98, lo ha sido Sawa para los jóvenes del 900», llegó a escribir Cansinos-Assens.)

González Olmedilla alude en su prólogo al hecho de haber recogido en este libro «algunas que otras líneas de balbuciente forma literaria», justificando con palabras, a un tiempo hábiles y generosas, su decisión en este sentido. Tales palabras podrían muy bien referirse, entre otros ejemplos, al soneto *Creavit*, inserto a continuación del texto de «Colombine», y firmado por Antonio Aristoy. Queden aquí los dos versos finales, como complemento de un nombre que los años borraron:

*Te sueño entre los dioses de la eterna poesía
porque creaste mundos de belleza.*

¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!, es el artículo de Unamuno que sigue al soneto de Aristoy. Y la frase no es lo que el lector pueda pensar a primera vista; pues que estamos en el caso contrario de lo que reseñábamos acerca de Sawa. Es ahora Unamuno el que no corresponde a la amistad de Rubén, quien le abría la puerta de *La Nación*, de Buenos Aires, periódico del cual fue el vasco asiduo colaborador. El comentario de Unamuno sobre que a Rubén se le veían las plumas de indio debajo del sombrero, llegó a oídos de éste, que, con fecha 5 de septiembre de 1907, escribe a don Miguel: «Mi querido amigo: Ante todo para una alusión. Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le escribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro. Podrá haber diferencias mentales entre usted y yo, pero... Yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura... Y en cuanto a lo que a mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación...» La carta acababa así: «La independencia y la serenidad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas. Usted es un espíritu directo. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno. "Ex toto corde", Rubén Darío.» Estos párrafos, que el propio Unamuno reproduce, preceden a su sincera confesión de que guardó silencio ante la obra del nicaragüense, mientras que éste elogiaba en *La Nación* bonaerense el primer volumen de poesías de don Miguel: «Lo mejor, sin duda; lo más cordial que sobre ellas se dijo», reconoce. Y añade: «Sea, pues, justo y bueno. Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba arrogante en la capa de desdén de mi silencioso aislamiento, de mi aislado silencio. Y esas palabras me llegan desde su tumba reciente, ahora que veo llegar la otra soledad, la de la cosecha. ¡No, no fui justo ni bueno con Rubén; no lo fui! No lo he sido acaso con otros. Y él, Rubén, era justo y era bueno... Nadie como él nos tocó en ciertas fibras, nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto no fue un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fue como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis propias congojas, y gritarlas como bajo tierra, en soterrano. Y, para mejor ensayarme, me soterré donde no oyera a los demás. ¡Pobre Rubén! ¿Te llegarán tarde estas líneas de tu amigo que no quiso ser ni injusto ni malo? Nunca llegan tarde las palabras buenas... ¿Por qué, en vida tuya, me callé tanto? ¡Qué sé yo!... ¡Qué sé yo!... Es decir, no quiero saberlo. No quiero penetrar en ciertos tristes rincones de nuestro espíritu. Pero tú, pobre Rubén, me estás diciendo desde tu reciente tumba: "Sea justo con los otros, con todos; sea bueno con los otros, con todos."» Desnudo ya su corazón, volcado en verdades, azuzado por el aguijón del remordimiento, don Miguel concluye: «Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre: este tu hurao y hermético amigo, que debe ser justo y debe ser bueno contigo y con los demás, te debía palabras, no de benevolencia, de admiración y de fervorosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra lo que (más vale no pensar en por qué) no dije cuando podías oírlo. ¿Lo oírás ahora? Quisiera creer que sí. Hay que ser justo y bueno, Rubén.»

El poema de Luis Fernández Ardaín que sigue en orden al artículo unamuniano se ha reproducido muchas veces. Es la *Elegía a la muerte del maestro*, casi un centenar de sonoros endecasílabos, con el contrapunto de los octosílabos agudos—eneasílabos, pues—, que pretenden recoger el son rube-niano, su música vibrante:

*Era tu musa concreta y ambigua...
Era elegante, moderna y antigua,
y era genial, y era genial...
Fuiste con Píndaro, en Grecia, pagano...
Fuiste con Dante, en Italia, cristiano,
y cortesano, en París, con Ronsard...
Tú, que a Verlaine, con tu ritmo vibrante,
como en el rito de un gran hierofante,
diste oración, diste oración;
deja que diga en tu muerte la mía,
ya que te doy con tan pobre armonía
mi corazón, mi corazón...*

Luego es el olvidado Nilo Fabra el que firma un bello artículo que titula *El íntimo*. Darío tuvo por Fabra un cariño fraternal, pese a que cuando se conocieron éste no contaba más de dieciocho o diecinueve años. «Era yo entonces casi un niño—escribe Fabra—; pero Rubén fue un niño toda su vida, y como niño, dotado de un maravilloso instinto para advertir quién era su amigo leal, quién buscaba su compañía sin ánimo de medro, quién sabía admirarle sinceramente en todo cuanto valía, y hasta censurarle en ocasiones por alguna de sus obras y por alguno de sus actos.» «Rubén—sigue diciendo Fabra—era español de corazón. Amaba a España con toda su alma; su entusiasmo de poeta, sus amores de hombre, sus ilusiones de vida placida, todo lo quería para estas tierras y para los hombres de esta tierra, que fueron los que más sinceramente le han admirado y comprendido.» «"Pero ¿y París, Darío?", se le objetaba cuando con mayor hipérbole cantaba las excelencias españolas." ¿Y París? A la "ville lumière" debéis vuestras mejores poesías." "No lo niego, no. París me gusta, me encanta. En París he gozado la vida intensamente. Pero París es la querida; la mujer propia está en España." Y el amor de Darío a la patria española era tan intenso y tan noble, que protestaba airado contra los propios españoles que—¡oh eterno vicio nacional!—lo encuentran todo malo en su propia casa, sin haber salido nunca de ella, y que creen es cosa de la más refinada elegancia sacar a la vergüenza los propios defectos.»

Tras Fabra, Amado Nervo: su *Homenaje*, con aquel conocido «ritornello», «Ha muerto Rubén Darío: / ¡el de las piedras preciosas!», más sentido que certero, evocador de un ayer que se alejaba, pues que el mexicano tocaba ya su final. Darío, nacido (1867) tres años antes que Nervo (1870), murió también tres años antes que éste. Ambos tenían, por tanto, cuarenta y nueve años cuando sus corazones se detuvieron. El presentimiento de que no le sobreviviría mucho tiempo parece alentar aquí:

*Mis ondas, rezagadas van a las tuyas; pero
pronto, en ese insondable y eterno mar, del Todo,
se saciará mi espíritu de lo que saber quiero:
del Cómo y del Porqué, de la Esencia y del Modo.
Y tú, cual en Lutecia las tardes misteriosas
en que pensamos juntos, a la margen del río
lírico, habrás de guiarme... ¡Yo iré donde tú osas,
para robar entrambos el musical vacío
y al coro de los orbes, sus claves portentosas!*



ALEJANDRO SAWA.



MIGUEL DE UNAMUNO.



LUIS FERNANDEZ ARDAVIN.



NILO FABRA.



ALFONSO CAMÍN.



FELIPE SASSONE.



FRANCISCO VILLAESPESA.



MAURICIO BACARISSE.



ROGELIO BUENDÍA.

Un recuerdo titúlense las breves páginas que firma R. Cansinos-Asséns en las que narra su encuentro con el poeta en «una parca estancia» del madrileño Hotel de París. Fue el colombiano Gómez Jaime quien los presentó. Darío, embajador entonces de su país, se preparaba para asistir ahora a una recepción, rodeado de amigos y familiares. «Recostado sobre el mármol de la chimenea—recuerda el ilustre poliglota sevillano—, nos habló con voz cansada de su obra, de sus proyectos. Estaba escribiendo por entonces un poema fuerte y simbólico, con velos de ultramar, "a la manera de Omar Kayam". Hablaba y parecía que el poema aun nonnato, la belleza soñada y aun claustral, le abombaba la frente. Gómez Jaime le contemplaba con un orgullo americano como a una grandeza de su país. Se adivinaba que sentía: "¡Es nuestro, nuestro!" Yo le miraba estático, y ante aquella alta y recia figura, encorvada por la melancolía del amor y del arte; ante aquel rostro moreno de indio bravo, contraído por un rictus de final desengaño, evocaba la parábola de una exótica selva virgen, devastada por el envenenado hálito europeo. Y pensaba: "Este es el indio bravo que ha echado el lazo a todas las quimeras." Y también: "Este es el hombre que ha visto a la muerte." Y me sentía temblar de humana simpatía.»

En esta alternancia de prosa y verso, que González Olmedilla pretende mantener en su libro, toca el turno a un tríptico de sonetos de Alfonso Camín, *La vuelta del cóndor*, el último de los cuales transcribimos:

Con el laurel y con el verde olivo,
glorioso, sí, pero sin un anhelo,
volviste hacia los Andes pensativo,
cóndor-cantor, acostumbrado al vuelo.
Y allí, a la gloria y al amor esquivo,
te contemplaste a solas con tu duelo,
sobre la cima del peñón nativo,
bajo la comba de zafir del cielo.
Para encerrar tus restos dignamente,
megalómano audaz, hiciste fosa
toda la magnitud de un Continente...
¡Vivir supiste y explorar lo arcano,
y morir con el alma silenciosa,
como un antiguo semidiós pagano!

En la prosa brillante de Felipe Sassone, quien injusta y humildemente llámase a sí mismo «pobre escritor oscuro», sabremos luego de su emoción por la muerte del nicaragüense—*El lírico de la raza latina*, como titula su artículo—y del dolor sincero de don Ramón del Valle-Inclán, «enrojecidos por el llanto los ojos brujos». Sassone—y ello nos recuerda las palabras que antes citábamos de Cavia—llama a Góngora «abuelo espiritual de Rubén», y evoca al nicaragüense, pues que le conoció a fondo, con frases precisas: «Era ingenuo como un niño y sensible como una mujer; como las mujeres y como los niños solía parecer cruel y, poeta, era también de una sencillez pueril y de una femenina complicación pecadora. Pero era poeta y supo escribir la última gota de las palabras, que son vasos preciosos y exquisitos, según San Agustín. Su arte tuvo la firmeza, la brillantez, el calor, la profundidad, la blancura, el aroma, la serenidad, la unción y la armonía del sol, del mármol, del mar, de los cisnes, de la luna, del cielo azul, de la pradera verde, de las rosas y de las formas de mujer. Provisto de las gafas de Quirón, el centauro omnisciente, metióse en el laberinto de todas las escuelas; fue Verlaine, antes y después de Rimbaud; fue griego con Jean Moreas, fue ciclópe con el abuelo Hugo, fue carnavalesco y lunar con Banville; tuvo la sensualidad triste de Mallarmé y el luciferismo de Baudelaire; amó a las buenas mozas y el "bon vino" del arcipreste y de Berceo; fue místico con Santa Teresa, horaciano con Garcilaso, bucólico con el marqués de Santillana, cívico y pagano con Carducci, melancólico con Heine, inquieto con Goethe, fastuoso con D'Annunzio, frondoso con Rudyard Kipling, cerebral y cósmico con Whitman, y así como su carne y sus huesos de errante viajaron por todos los países, así su alma viajó por los estros de todos los poetas; pero su personalidad limpia, originalísima y sincera, supo "tocar su flauta" para los habitantes de su reino interior, y su hermano, el ruiseñor, quedó contento con su melodía.» Queremos recordar, para el lector curioso, que mucho de cuanto aquí queda lo repetiría el peruano, «en noble alejandrino», en un poema que recogiera, junto a otros dedicados a Benavente, Valle-Inclán, Villaespesa y Manuel Machado, en sus *Rimas de sensualidad y ensueño* (1900-1916), incorporadas más tarde a *La canción del camino* (Aguilar, 1954). A tal poema pertenece esta estrofa, que nuestra memoria conserva:

¡Padre y maestro mágico! ¡Señor Rubén Darío!
Nacido bajo el peso de americano sol,
por tu apellido persa, por tu nombre judío,
por tu espíritu heleno, por tu lengua español!

Humilde llamábamos a Sassone y humilde se bautiza el poeta que le sigue: E. Aragonés Itúrbide, autor del poema *Palabras de un humilde*, de escasas calidades, si pretendido espejo, como los demás, del recio y sonoro verso rubeniano:

¡Ah del valor de tu regio tesoro,
mago señor de los ritmos audaces,
grande Rubén de la lira de oro!

Sólo otros dos poemas hallaremos en esta primera parte del libro que comentamos: *La Adonía del poeta*, de Mauricio Bacarisse, y *Responso a la mano creadora de Rubén*, de Rogelio Buendía. Poema el de Bacarisse falto de fluidez, retorcido—nos viene a la memoria el título de su primer libro de versos, *El esfuerzo*, de cuya aparición se cumple ahora medio siglo—, si con aciertos parciales. He aquí dos estrofas dispares, que ejemplifican lo que decimos:

Helicoidal tirabuzón de caracolas
hecho en el blanco cabello de Paros,
curva remedada de las egeas olas
de los flancos del mar zarcos y claros.

Rubén, no te lloro, porque no te he perdido;
te canto, porque aún canta tu recuerdo
en mi alma de alumno. Tus versos he aprendido,
y porque te recuerdo no te pierdo.

Más logrado, a nuestro juicio, y ello se advierte ya en el tema, es el «responso» de Buendía, cuyo verso, lleno de música y color, dice bien del onubense autor de *Vuelo y tierra*. He aquí algunas de sus estrofas:

*Mano de hierro dulce, mano de blanda cera,
mano de rosa rosa, de sándalo y de vino;
¡oh manojito divino
de flores, crisantemos de otoño en primavera!*

*... ..
Domeñaste caballos, y cisnes, y leones,
y reyes; y en el cielo de tus cinco sentidos
pusiste, en vez de carne, cinco constelaciones,
y cinco blancas rosas, y cinco blandos nidos.*

*... ..
Instrumental, sinfónica, con todos los registros,
tus cañas fueron cinco cuerdas de violines,
cinco trompas guerreras, cinco armoniosos sistros,
cinco claros clarines.*

*Oh mano que, guardada en tu estuche de raso,
has perdido el compás, el ritmo y la armonía;
¿qué fueron de los nervios que te unían al brazo?
¿y qué fue del espíritu que al corazón te unía?*

*... ..
Pero aún vives viva entre los rasos rosa,
entre el perfume suave y las carnes de seda,
en la oculta crisálida que será mariposa,
en el pico de cisne y en los labios de Leda.*

Otros seis capítulos completan esta primera parte: *El poeta hispano-americano*, en el que José María Salaverría destaca la universalidad de Rubén, su ser «de todas partes», su condición de príncipe de un imperio que tiene como base única y sólida el habla; fue, dice, «el hombre que prestó unidad al sentir castellano; el poeta unánime del mundo español, el nexo ideal y propicio de tantas gentes dispersas». La princesa está triste, de Salvador Martínez Cuenca, en el que se cifra la inmortalidad literaria en los motivos amorosos; tal se desprende de esta frase: «Sólo viven las páginas donde imprimieron sus huellas el dolor y el placer de amar», frase que no impide la sorpresa de afirmaciones como éstas: «De "La Divina Comedia", del Dante, sólo se recuerda el episodio del amor infernal de Paolo y Francesca...»; o «Rubén Darío ha rimado sus canciones con lágrimas y suspiros de pechos amantes. Rubén Darío es inmortal.» *El Hombre*, de Antonio de la Villa, que no añade nada original a la ofrenda. Un retorno a Atenas, de Santiago Vinardell, en donde el escritor catalán comenta la carta de Rafael Heliodoro Valle a Amado Nervo (fecha el 18 de febrero de 1916 y publicada por España), en la que aquél refiere los pormenores del entierro de Rubén, las honras que los suyos le dedicaron («El Gobierno le ha hecho honores de Presidente de la República, y la Iglesia le ha rendido el homenaje que concede a los Príncipes. Por la calle donde pasó, en hombros, el cadáver, la muchedumbre regó guirnalda, y de todo el país han mandado palmas y rosas como para un Domingo de Ramos»). Ha muerto el pontífice, de Juan José Llovet, donde se pone de relieve la incompreensión que hallara el poeta a su llegada a España por parte de las «cabeziñas calvas» de la crítica, aquellas que aplaudían a diario «la estruendosa ramplonería de los Ferrari, los Grillo y los Velarde»; incompreensión que le vaticinara José Enrique Rodó, certero también en su clarividencia de lo porvenir.

En la segunda parte del libro gana la prosa, hasta el punto de que sólo encontramos un poema: el Epitafio de Manuel Machado que al principio glosábamos. *Andrenio* (Eduardo Gómez de Baquero) abre con su artículo *El precursor* esta segunda mitad, en la que se trata de poner de relieve la importancia de la obra rubeniana y su influencia sobre nuestra poesía. «Cuando se escriba la historia de la poesía lírica castellana en el siglo XIX—comienza *Andrenio*, cuyas páginas no tienen desperdicio—, habrá de figurar en ella Rubén Darío como cabeza visible de una revolución literaria comparable a la de los italianizantes del siglo XVI, a aquella de Garcilaso y Boscán, en que no sólo se trajo el endecasílabo de Italia, sino también finuras y perfiles de la poesía italiana renacentista.» Y continúa: «Rubén fue el primer escritor plenamente hispano-americano, un conquistador...; pero un conquistador de retorno, venido de América a España. No ha habido influencia comparable a la suya ni de literatos americanos en España, ni de un literato de América en todo el Nuevo Mundo... No es que Rubén Darío superase, individualmente, a esos ingeniosos de América en todo y por todo. Es que era otra cosa: un creador, una fuerza renovadora... La historia del teatro y de la novela castellanos modernos se puede escribir prescindiendo de América. La de la poesía lírica, no. Ello es obra de Rubén Darío, principalmente.»

A este desfile de escritores con seudónimo breve—Colombine, Parmeno, *Andrenio*; ¿dónde Azorín?—se suman otros dos: *Fantasio* y *Ariel*. Escribió *Fantasio* un artículo, *Sobre las fronteras*, en el que despiadadamente ataca lo que él llama «la enorme pereza de la raza», que ha llevado a España—son sus palabras—a detenerse, a aislarse, a cristalizar en una forma definitiva. «Raza retardataria—añade—, sin curiosidad, sin inquietud espiritual..., forzosamente ha de acoger con la repulsa más categórica todo intento de avance que suponga transformación o simple cambio, como fue el que representó para nuestra poesía la aparición de Rubén Darío. Y del latigazo, de la violenta sacudida eléctrica que para nuestro pequeño mundo literario significaron aquellos magníficos versos, tan impregnados de espíritu, de cultura; tan íntimamente musicales, tan originalmente elegantes, nuestro pequeño mundo poético se defendió acudiendo al arma del ridículo: el arma de los pequeños, de los miserables, de los pobres de espíritu... Impotencia, al fin y al cabo: porque Rubén Darío, como todo el que lleva en su espíritu la sagrada llama de la eterna poesía, se impuso, formó escuela, y echó al rincón del olvido a toda esa lamentable taifa de poetas chirles, tuertos en tierra de ciegos, que se habían lanzado, en un desesperado y angustioso tacto de codos, a cerrar el paso al apóstol de las nuevas formas.»

Cotidianas titúlase las páginas de *Ariel*, en las que se hacen curiosas apuntaciones. Por ejemplo, que la muerte de Rubén se produce «cuando ya declinaba su influencia en la poesía castellana»; que Rubén era «un poeta para poetas»; que «poco le interesó la vida más allá de los libros»; que su «largo reinado» coincidió con la indiferencia del público por los poetas. «Sólo—añade—con la aparición de Gabriel y Galán, inopinada, vuelve a notarse un estremecimiento vital en la poesía castellana. perdida en divagaciones somnolientas, erudita, refinada, decadente.» *Ariel* concluye: «El fracaso de Europa es el fracaso del europeísmo uniforme, que representó Rubén Darío en su manifestación poé-



JOSE MARIA SALAVERRIA.



JOSE ENRIQUE RODO.



EMILIO CARRERE.



JOSE FRANCES.



EDUARDO GOMEZ BAQUERO
(«ANDRENIO»).

OFRENDA EN 1916



PEDRO DE REPIDE.



RAMON PEREZ DE AYALA.

tica. Los poetas son el producto sentimental de los pueblos, y lo que hubo de malo en la influencia de Rubén Darío fue que, siendo el autor de "Prosas profanas" hijo de América, donde las nacionalidades carecen de tradiciones por lo mismo que son jóvenes, creó una especie de turismo literario, muy interesante, muy ameno; pero donde faltaba el calor del hogar, trascendiendo todo a fonda, a ferrocarril y a cicerone.» Y acaba haciéndose el quite a sí mismo en su frase final: «Y, no obstante, pase lo que pase, el poeta no será olvidado.»

¿Dónde Azorín?, acabamos de preguntarnos. Sería interesante comprobar si el maestro de pergamino y silencio rindió tributo a Rubén Darío a raíz de su muerte. No vamos a detenernos en ello ahora. Mas sí recordamos como, en 1905, Azorín visita a Rubén, que veranea en La Arena. El lo narra en uno de sus libros, *Los clásicos redivivos*. Los clásicos futuros, al que incorpora un capítulo sobre *La nueva poesía*, a propósito del «reciente libro del señor D. Rubén Darío». Se refiere Azorín a *Cantos de vida y esperanza*, al que unas páginas antes llama *Cantos de amor y de esperanzas*. Sin embargo, cuando nueve años después—27 de enero de 1914—firma su artículo «Rubén Darío», incorporando a *Leyendo a los poetas*, se advierte que su conocimiento de la poesía del nicaragüense es no sólo más pleno, sino que ha conformado en él un juicio que habla para la posteridad: «La obra de Rubén está ya realizada—escribe—; a él se debe una de las más grandes y fecundas transformaciones operadas en toda nuestra historia literaria. ¿Adónde, en lo pretérito, tendríamos que volver la vista para encontrar un tan hondo y trascendental movimiento poético realizado a influjo de un solo artista?» En este mismo trabajo nos dará su certera, triple visión de Rubén: el primitivo, el que pudiéramos llamar *versallesco*; el de los poemas y cantatas heroicas—Roosevelt, Colón, Don Quijote—; el de la tristeza íntima de las confidencias y tribulaciones, del rodar perdurablemente por el mundo, que es el que prefiere. ¿Cómo entonces, dos años después, guarda silencio ante esa conmoción que en nuestras letras produce la muerte de Rubén? ¿O hay que atribuir su ausencia al antólogo, tal la de Juan Ramón y su hermoso poema: «Se le ha entrado / a América su ruiñón errante / en el corazón plácido»?

Cerramos el inciso. Y de la mano de Azorín tomamos nuevamente el hilo de nuestro comentario. «Hay en el escribir de Répide—ha dicho el autor de *Los pueblos*—cierta elegancia sobria.» Pedro de Répide, su sobria elegancia, vienen a prolongar esta ofrenda dariana con *Rubén bajo la fronda*, un artículo que alude al busto del poeta que iba a inaugurarse en el Buen Retiro, y en el que pasa revista al momento literario hispanoamericano, señalando el «gran retraso» de su caminar y destacando nombres cimeros. Le sigue Bernardo G. de Candamo—muchos años después, Iván d'Arto—, con *Complicado e ingenuo*, en donde señala la universalidad como característica espiritual clave de Rubén, añadiendo: «Robusta, fuerte y consistente es la obra total del poeta que ha muerto. No es preciso recordar títulos ni evocar estrofas. El enunciado del nombre del "liróforo", como él diría, es suficiente.»

Breve y agudo, José Carner, bajo el título de *La obra del Mago*, se expresa así: «Rubén Darío es como un eterno neófito del castellano. Los románticos ingleses fueron italófilos; los alemanes, anglófilos; los franceses, germanófilos. ¿Qué tuvo esto de particular, si los mejores clásicos del Renacimiento han sido, tal vez, los traductores de las lenguas antiguas? ¡Y los mejores latinos los más griegos! Para escribir en castellano, como en cualquier otro idioma, lo peor es aprenderlo. Compárese el castellano de Santa Teresa o el de Rubén Darío con el de don Antonio Maura. Rubén Darío ha hecho caer la frontera septentrional de España, que ya algunos catalanes se ocupaban viciosamente en socavar en su extremo oriental. El poeta centroamericano ha articulado en Europa la poesía castellana contemporánea. Junto a la tumba del Mago vemos renovarse la tierra árida. Quisiera que no se me enojasen estos dos grandes poetas de la austeridad española, Antonio Machado y Miguel de Unamuno, si me atrevo a significar que han nacido begonias en una estepa.» Y, tras un Apunte de J. Barrio y Bravo («Rubén Darío, como sucesor de Campoamor, era algo tan desconcertante, en cuanto al modo de expresión, como escuchar por primera vez un cuarteto de Frank inmediatamente después del brindis de "Marina"»), se inserta uno de los más extensos y concienzudos trabajos de todo el volumen: *Poeta y Trovador*, de Ramón Pérez de Ayala. Sin embargo, más parece que Rubén sea aquí el pretexto del que Pérez de Ayala se vale para exponer sus teorías sobre lo poético y lo trovadoresco, que el motivo central de su artículo. Así lo comprende y, en consecuencia, lo razona, alegando que, tan cortas horas después de su tránsito, es prematuro aventurar un ensayo crítico sobre Rubén, como es menguada ofrenda el homenaje póstumo y funeral de unas cuantas flores sentimentales. «El dolor es efímero; la idea es incorruptible—escribe—. Nuestra ofrenda es un manojo de ideas, muchas de ellas en capullo, arrancadas a este propósito, sin habernos detenido fríamente a concertarlas a modo de guirnalda o corona. No vacilamos en afirmar que Rubén Darío es el poeta más musical y el trovador más poético de cuantos han cantado en lengua castellana.» Y también: «En Rubén Darío hemos visto siempre al hombre inmortal. Su muerte física no ha sido sino tránsito desde la vida del ágora a la vida olímpica, asunción a la región serena en donde la corona presunta se trueca en gloria inmarcesible.»

Dos últimos capítulos recoge González Olmedilla en su libro: *Recuerdo de un homenaje*, de José Téllez Moreno, y el amplio trabajo que lleva su firma y que titula *El Apolonida*. Téllez Moreno narra el espontáneo homenaje que una veintena de poetas y amigos rindieron a Rubén en el Retiro, a raíz de su muerte. Congregados en el Museo de Reproducciones por el propio González Olmedilla, «persona loca y poeta cuerdo», dieron lectura a unos poemas de Rubén, amén del organizador. Alfonso Camín, Becarisse. Sinesio García-Fernández, Uriarte de Pujana y Escudé, al pie de la Victoria de Sarmatracia. De allí marcharon a un *parterre* del Retiro, donde el faunescio Olmedilla—como Téllez le llama—convocó, poco faunescamente por cierto, a los niños que por allí jugaban, y les habló así: «Vamos a leerlos versos de un poeta que ha muerto, de un poeta que os quiso mucho y dijo de vosotros cosas encantadoras. Amadle: se llamaba Rubén Darío.» Y los niños oyeron y aplaudieron los versos del maestro en mitad de la tarde de domingo, llena de sol y de pájaros. De allí, el grupo se desplazó al Estanque Grande, concluyendo el homenaje—el responso—al pie de la estatua de Campoamor.

El Apolonida es un conjunto de apuntaciones rubenianas en las que González Olmedilla pone de relieve su admiración por el poeta de Azul. «Retratos» titúlase la primera, y su lectura nos ha recordado la reciente intervención de Vicente Aleixandre en la sesión que a Rubén dedicó la Real Academia, en el que dio a conocer unos «encuentros» con el poeta, con sus fotografías, pues que no llegó a conocerle personalmente. Tampoco le vio nunca González Olmedilla, que dedica la primera parte de este trabajo a glosar una serie de retratos de Rubén, con pluma suelta y grácil. Son éstas quizá sus páginas mejores. He aquí una muestra: «De los retratos que poseo, el más antiguo y, por consiguiente, en donde está más joven, es de Ross, publicado al frente de "Los Raros". De veintiséis a treinta años. La cabellera fuerte, peinada hacia atrás. La frente despejada y serena. La nariz sensual y ávida. Un mostacho correctamente cuidado. Labios de besador, de "gourmet", de "gourmand"... Una barba tardía, de adolescente que se resistió largo tiempo a ser hombre. Aunque vestido a la europea, severo y hasta elegante, con su gran nudo en la corbata cándida, y su florecilla sobre la americana, en este retrato todavía conserva Rubén su primitivo empaque de indio bravo, de nagraandano amante del celeste sol sonoro (la inmensidad a través de los sentidos); las pupilas ornitoformas que

la visión de otros países y el contacto con otras razas han ido humanizando, miran con firmeza de sacerdote convencido de su misión, hacia un porvenir que sólo él conoce.» Visión que contrasta con esta otra, que no nos resistimos a transcribir: «Retratos he visto en que se acentúa notablemente el noble y geórgico ceño de buey crepuscular que debió tener el poeta. El más reciente es uno hecho en París, y que conservo. Sentado con un amigo a la mesa espléndida, se dispone a comer, cuando le sorprende el objetivo. Está completamente rasurado, pensativo, rendido al peso de sus cuarenta y ocho años. Su rostro tiene huellas de dolor y de duda; su mirada, lejanías de cantor errante. Al fondo, tras él, una puerta entreabierta... Por ella, acaso, penetra, en silencio, un frío sutil, imperceptible para los demás, que roza su médula ya quebrantada: *Heraldo invisible de "Ella"*, la que no llegaba aún, cuando Rubén escribió la poesía "*Heraldos*". La que ya llegó cuando yo escribo estas líneas...» González Olmedilla narra a continuación su «iniciación al culto dariano», a través de José María Romero, amigo de aquel Abril sevillano de sus dieciocho años. Fue el «doliente y evocador penetrante» soneto a Margarita el que le hizo llorar entonces, decidiendo su camino. *Las mujeres de Rubén* es otro de los apartados de este amplio trabajo, en el que reproduce el poema *A Francisca*, según él, inédito hasta entonces. (¿Se ha citado alguna vez—y permítaseme el paréntesis—, como precedente del conocido final de este poema, «¡Francisca Sánchez, acompáñame!», aquellos cuatro versos de sus dieciséis años, *A Refugio*? La idéntica rima en *me* lleva, en aquel poemilla adolescente, el siguiente remate: «¡Refugio, refúgia-me!») Sigue *Corona óptima*, en donde se narra la anécdota de cómo su ciudad natal pagó, por suscripción popular, su galonado bicornio de ministro al sombrererero de Madrid que, sin dudarlo, había enviado la factura incoorada al Gobierno de Nicaragua. *Días de París* es una cadena de anécdotas—cuyos eslabones, como no podía ser menos, lo integran el alcohol y las mujeres—, a la que sigue un *Intermedio*, en el que su autor, con las solemnidades del caso, intercala un poema de Rubén que, desde el otoño de 1910 en que fuera escrito, conservaba inédito, «como un tesoro oculto», Rafael Lasso de la Vega. El poema se titula *La Armonía*. Es una variante del soneto *La tortuga de oro...*, dedicado a Amado Nervo, y fechado en París, en julio de 1900. Recordémoslo:

*La tortuga de oro camina por la alfombra
y traza por la alfombra un misterioso estigma;
sobre su caparacho hay grabado un enigma,
y un círculo enigmático se dibuja en su sombra.
Esos signos nos dicen al Dios que no se nombra
y ponen en nosotros su autoritario estigma:
ese círculo encierra la clave del enigma
que a Minotauro mata y a la Medusa asombra.
Ramo de sueños, mazo de ideas florecidas
en explosión de cantos y en floración de vidas:
sois mi pecho suave, mi pensamiento parco.
Y cuando hayan pasado las sedas de la fiesta,
decidme los sutiles efluvios de la orquesta
y lo que está en suspenso entre el violín y el arco...*



ANTONIO MACHADO.

No cabe duda de que el poema que reproduce González Olmedilla, como vamos a ver, tiene el mismo tema que este soneto, escrito, según parece, diez años después. ¿Cómo llegaron estos versos de Rubén a manos de Lasso de la Vega? ¿Son, en verdad, de Rubén? Méndez Plancarte demuestra que sí. Pero veamos las variantes:

*La tortuga de oro marcha sobre la alfombra.
Va trazando en la sombra
un incógnito estigma:
los signos del enigma
de lo que no se nombra.
¡Aun cuando a veces pienso,
el misterio no abarco
de lo que está suspenso
entre el violín y el arco!*

Otoño familiar nos da la estampa del poeta, huido de París al comenzar la guerra del 14 y consagrado a la vida en familia «bajo el cielo claro y amable de Barcelona». Comienzan sus miedos, sus pasajeras euforias, sus terrores de muerte. Hasta que llega *Lo Inevitable*: el engaño de Bermúdez, la marcha—sin regreso—de España, el 25 de octubre de 1914. González Olmedilla concluye: «Aunque a veces me esfuerzo en aparecer de otro modo, yo no soy sino un poeta de pequeños temas, que ama el azahar, que ama el clavel, que ama el nardo—únicas flores de su sencillez y alegre patio de Sevilla—, y cuya Musa, de grácil cuerpo cimbrenseño, humilde y pequeña, como una Concepción de Murillo, no sabe otro "de profundis" que el de los bordones de la guitarra, ni gusta otros adornos que el de las rosas y los claveles cuidados por su mano y la mantilla negra los días de la Semana Santa. Nieta de aquella otra nana de olor a azahar, que don Luis de Góngora hizo eterna en su letrilla, ahora que te has ido para no volver, no sabe sino irse a las playas ibéricas y, mirando al mar armonioso, al mar maravilloso que tú, armoniosamente, maravillosamente, has cantado—mientras deshoja sobre la blanda arena que las olas laminan quejumbrosas, nardos y claveles de esta nueva primavera—, decir, entre canción y llanto: *Dexarme llorar, / orillas del mar...*» La fecha, al pie—abril de 1916—, nos aclara que el libro no fue hecho en el mismo mes de febrero, como la dedicatoria inicial parecía dar a entender.

He aquí cómo el fervor de un hombre por un poeta admirado logró salvar de la prensa diaria un puñado de páginas reveladoras del cariño y la devoción que Rubén Darío despertó entre los hombres de letras de su tiempo. Y, puestos a cerrar estas líneas, lo haríamos con aquellos dos versos de Antonio Machado, que nacieron un día con vocación de mármol:

*Que en esta lengua madre tu clara historia quede.
Corazones de todas las Españas, llorad.*

Versos proféticos, pues que la estela rubeniana sigue brillando, nítida. Y aún se llora su ausencia.

C. M.

en su viaje por europa

decídase por lo
que es importante:

un automóvil

PEUGEOT con matrícula (TURISTICA) libre de impuestos

SU GAMA DE MODELOS OFRECE MAS SOLUCIONES

- modelo de capacidad normal o modelo familiar 7/8 plazas
- modelo para el turismo o para viajes de negocios.
- modelo utilitario y de lujo. Servicio de asistencia Técnica en toda Europa.

Y AL FINAL DE SU VIAJE, NOSOTROS
LE COMPRAMOS, SIN APLAZAMIENTOS
EL COCHE QUE VD. NOS PROCOMPRA

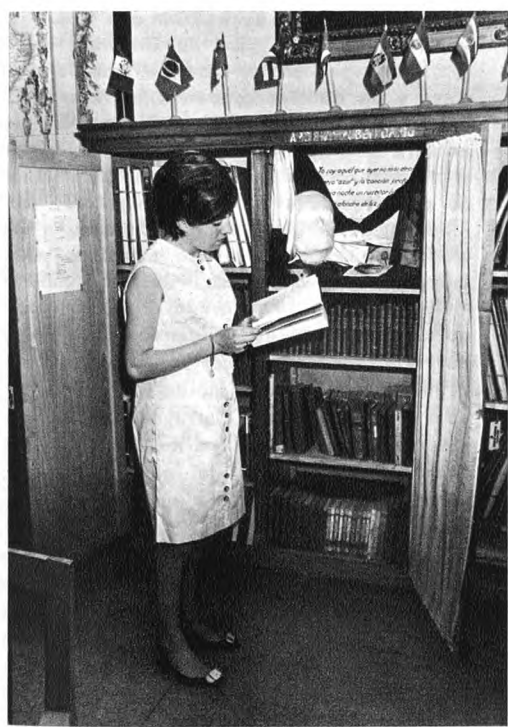
DISTRIBUIDORES PARA ESPAÑA. S. A. E. AUTOMOVILES PEUGEOT Avd. Toreros, 6 - MADRID - 2



su tipo de refresco



EL SEMINARIO-ARCHIVO EN MADRID



Estudiantes y rubenistas consultan libros y documentos diariamente en este Seminario-Archivo.

Las palpitaciones de su pluma están aquí, amorosamente ordenadas, fielmente clasificadas. Un verdadero santuario de Rubén Darío es este Seminario-Archivo instalado en la planta baja de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

En 1956, un grupo de profesores y alumnos, al frente del doctor Oliver Belmás, fueron a visitar a doña Francisca Sánchez del Pozo, celosa archivadora de los recuerdos del poeta. Doña Francisca vivía en su pueblo—Navalsáuz (Ávila)—y recibió a la expedición universitaria con cierta desconfianza. Sus temores tenían fundamento. Le habían desaparecido algunos originales, pequeños y entrañables recuerdos que había prestado y que nunca más volvieron a sus viejos baúles, ni a aquellos maletones suyos con polvo de tantos caminos. Por eso no quiso enseñar ni un solo papel: «Ahora no están en mi poder. Pero si vienen otro día, quizá ya pueda mostrarles algo.»

Y naturalmente que volvieron. Esta segunda vez con don Julián Pemartín. Comenzaron las «negociaciones» de índole moral—como indica Carmen Conde, protagonista también de esta hazaña de rescate—para que doña Francisca cediera sus valiosos documentos.

Un último viaje a Navalsáuz rompió todas las desconfianzas, deshizo la niebla de la duda. Doña Francisca, generosamente, entregó al Ministerio de Educación Nacional el archivo del poeta «ebrio de canto y sol».

El archivo estuvo primero en la calle madrileña de Alcalá, número 93. Allí se empezó a trabajar en la clasificación de aquel mar de papeles, mezclados y confundidos, que se trajeron como algo vivo y eficaz. Su dueña los había guardado amorosamente durante cuarenta años, pero en sus pobres manos no estaban seguros ni hubieran podido ser utilizados. Desde que están gobernados por los sabios criterios del profesor Oliver Belmás, son un organizado torrente de consultas.

—Esto no es un archivo muerto—comenta el profesor—. Es un seminario vivo. No hay estudioso hispanoamericano que llegue a Madrid y no pase a ver o a consultar los documentos rubenianos. Aquí se trabaja, se investiga, se preparan tesis doctorales, se edita una estupenda revista (*Seminario Archivo Rubén Darío*), se conoce mejor su obra y su valor humano. Tenemos unos siete mil documentos, en setenta y nueve carpetas. Catalogados hay ya cinco mil treinta y ocho.

LOS HISPANOAMERICANOS SON LOS QUE MAS LO VISITAN

La amplia habitación que ocupa el Seminario-Archivo de Rubén Darío en la Facultad de Filosofía y Letras tiene una enorme pizarra que acentúa su aire de gran aula, de recinto abierto a la cultura. Los demás objetos decorativos son de procedencia rubeniana. Me llama la atención el retrato de Rubén pintado por Juan Telles en 1907. Según Vázquez Díaz, no es un buen retrato. Pero al poeta le gustaba sobre todo por su aire de bohemio paladín. El poeta luce una barba recia y un bigote desbordado.

—Lo que no le gustaban a Rubén—comenta el profesor Oliver—eran las manos. Fíjese usted que son unas manos toscas y campesinas las del cuadro. Y Rubén presumía de manos finas, aristocráticas...

Hay también un buen busto de escayola. Su autor es Enrique Guerra, secretario que fue de Rubén.

Me enseñan—una guapa muchacha, precisamente sobrina de doña Francisca

por
Miguel Fernández



EL SEMINARIO-ARCHIVO EN MADRID

Sánchez, maneja de maravilla el archivo—el álbum de firmas. Casi todas las firmas importantes son de embajadores, profesores y escritores hispanoamericanos.

Observo una foto, enmarcada y colgada en la pared, de la casa madrileña de la calle Veneras, número 4, donde Rubén Darío escribió nada menos que la *Salutación del optimista*, en la primavera de 1905.

CARTAS, CONTRATOS Y DEUDAS

Rubén Darío—como ustedes saben—pasó por etapas de bohemia larga y gozosa. En su época un verdadero poeta no se concebía de otra manera, no se entendía con una vida geoméricamente regular, burocráticamente uniforme. A pesar de todo, había en Rubén un espíritu de ordenación, de método en el trabajo.

—Tenía Rubén—me dice el profesor Oliver—un espíritu guardador, de archivero mayor. El poeta guardaba todos los papeles, hasta los más insignificantes. Guardaba las cartas que recibía y copiaba las que él remitía. Conservaba borradores de poemas, facturas, tarjetas, invitaciones, billetes de espec-táculos.

Me enseñan cartas firmadas por Menéndez y Pelayo, Eugenio d'Ors, Jacinto Benavente, Unamuno, Azorín, los Machado, Gabriela Mistral, Salvador Rueda, Lázaro Galdiano, Baroja, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Amado Nervo...

Leo el contrato, con la firma de Rubén, del alquiler de una máquina de escribir marca Smith Premier. Y sus tres testamentos.

Es también verdaderamente curiosa la carta de un sastre que reclama el importe de su factura. Y la del representante de vinos: «Si en todo el día de hoy no manda usted a recoger las facturas que me adeuda de pesetas 139, mañana a primera hora entregaré los documentos a mi procurador.»

La vida frenética, dionisiaca y a la vez humilde del genio está aquí con toda su grandeza y toda su simplicidad. Las tintas tienen el gris pálido que les da el tiempo. Pero en estos dos sencillos armarios—en uno de ellos se conserva también el crucifijo que le regaló León XIII, y que presidió buena parte de su vida—hay anotadas muchas palpitaciones, abocetados muchos poemas, diseñados muchos programas.

Sus espumas de poeta ancho están aquí dulcemente contenidas. Uno sale de este rico Seminario-Archivo con la sensación de haber realizado una larga peregrinación por la vida y la obra de Rubén.

En nuestras manos podremos tener siempre la fauna y flora de su poesía. Pero aquí, del brazo del profesor Oliver, podemos llegar para ampliar datos indecisos y para oír el ritmo intenso de su vida sin fronteras.

(Reportaje gráfico de Julio-César.)

LA IDEA DE CHACÓN Y CALVO

EN esta conmemoración del Centenario nos parece esclarecedor referirnos a un ilustre cubano: don José María Chacón y Calvo, director del Ateneo de La Habana y de la Academia Cubana de la Lengua, correspondiente a la Española, quien hace años, durante el II Congreso de Academias de la Lengua, celebrado en Madrid, recomendó el establecimiento de un Seminario-Archivo Rubén Darío, donde celosamente quedara el tesoro que constituye la obra rubeniana, en la capital española. E interesante nos parece que sea el propio don José María Chacón y Calvo quien nos hable de ello a través de un artículo periodístico, publicado con antelación a la fecha en que América conmemoró el centenario del nacimiento de Darío...

«...En el II Congreso de Academias de la Lengua, reunido en Madrid en la primavera de 1956 (con precisión: del 23 de abril al 2 de mayo de ese año aprobó por unanimidad la propuesta, que tuve el honor de presentar, de recomendar el establecimiento de un Seminario-Archivo Rubén Darío, ya que la vida del poeta de "Cantos de Vida y Esperanza" estuvo hondamente vinculado con la capital de España. Y en fecha reciente, en la sesión conjunta, en conmemoración del Centenario rubeniano, celebrada por la Academia Cubana de la Lengua y el Ateneo de La Habana, en el salón de actos de este último centro de cultura, el doctor Juan Fonseca, el eminente humanista—actualmente en España, invitado del Instituto de Cultura Hispánica—secretario perpetuo de la Academia Cubana, se leyó el muy interesante informe acerca de las actividades del mencionado Seminario, enviado por su director, el poeta, profesor y ensayista don Antonio Oliver Belmás.

»Base del Seminario es el Archivo de Rubén Darío, que con celo ejemplar guardaba doña Francisca Sánchez del Pozo, un gran nombre en la vida sentimental del poeta. Relata Oliver Belmás en el capítulo final de su magnífica biografía—"Este otro Rubén Darío"—cómo fue la entrega generosa del gran repertorio documental del autor de "Prosas profanas". Es un ensayo de alta jerarquía literaria el que escribe el poeta y profesor al relatárnoslo.»

J. V. B.



Un aspecto de la sala de estudio de esta institución rubeniana instalada en la Facultad de Filosofía de Madrid.

SE celebra en Madrid el Pleno del Segundo Congreso de Academias en la primavera de 1956. José María Chacón y Calvo, a quien yo no había visto desde los primeros meses de la guerra civil española, se hallaba con nosotros. Vivía en su viejo piso de General Pardiñas, 60, y yo muchos días me sentaba a su mesa y en nuestra conversación recordábamos sus temporadas de Mar Menor, cuando en esta zona geográfica española no existía el turismo, como también sus excursiones de puro recreo al campo cartagenero, viajando a bordo de galeras de tierra, a las que dediqué en la revista murciana «Sudeste» una prosa lírica titulada "Galeras en 1930". Fue en este año de 1956 cuando en el poblado «Lo Pagán», de Mar Menor, aunados José Arce, Agustín Clemares y yo, se descubrió la lápida de la calle de José María Chacón y Calvo, en una de cuyas casas, perteneciente a mi madrina, doña Carmen Arce, viuda del general Cassola, escribiera el historiador y ensayista el prólogo de su «Cedulario Cubano».

En 1956, como años después, el gran amigo de la naturaleza que era Chacón se dolía ya de su artritis y me invitó por ello a poner en orden su importante biblioteca hispanoamericana, la cual pasará al Instituto de Cultura Hispánica, asunto al que no he sido ajeno. En los años veinte, mejor en el final de esta década, me había encargado la puntuación moderna de las Leyes de Indias. Del mero poeta y escritor que yo era en 1936, gracias a duros y abnegados esfuerzos, Chacón y Calvo me encontró después doctor en Filosofía y Letras y profesor adjunto de la Cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Madrid. Mi vocación americanista, demostrada anteriormente por mi conexión española con los grupos de vanguardia literaria de América; se afirmaba ahora de una manera irrevocable. Intervine, a invitación cubana, en la controversia en torno a «José Martí, modernista», que allí habían sostenido Max Henríquez Ureña y Agustín Acosta. Yo lo hice en Madrid, en el Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe», y me adherí a la tesis afirmativa del pri-

mero. Esto me valió el nombramiento de correspondiente de la Academia de Arte y Letras de La Habana, todavía en época de Batista. Una de aquellas tantas tardes de la primavera de 1956, José María Chacón me dijo: «Mañana, todos los académicos podremos presentar libremente proposiciones al Pleno. ¿Qué podría yo hacer?»

Meditó el académico cubano varias propuestas hasta que surgió una clara y recisiva: la creación en Madrid de un «Seminario Rubén Darío», donde se estudiara la vida y la obra del gran poeta americano, tan ligadas a nuestra capital y a España. Conocía Chacón mi viejo fervor por la poesía de Rubén y mis artículos sobre ella en 1924 y 1925 en el «Suplemento Literario» de «La Verdad», de Murcia. Sabía también que el vivir madrileño de Rubén Darío conectaba con el cubano Pichardo, valedor económico de Darío, que terminó su vida de embajador de Cuba en Madrid, a consecuencia de una angina de pecho, en los años de la guerra española. Y, sobre todo particular nacionalismo, reconocía en Rubén al jefe del movimiento modernista. En consecuencia, la moción de Chacón y Calvo fue presentada. La defendió espontánea y encendidamente el joven académico nicaragüense don José Sansón Terán, luego ministro de Educación en el período presidencial de René Schick. Aprobada por unanimidad, el II Congreso de Academias de la Lengua acordó recomendar al Gobierno español la creación en Madrid de un «Seminario Rubén Darío».

Pero desde la primavera al otoño de 1956 sucedieron pequeñas pero influyentes cosas. Al terminar mi cursillo monográfico de doctorado «Poesía del Modernismo»—año académico 1955-56—, invité a mis alumnos, pocos entonces, a visitar a Francisca Sánchez en Navalsáuz. Que ella guardaba el archivo de Darío era un hecho conocido de diversos profesores y escritores, especialmente de don Joaquín Entrambasaguas, del marqués de Lozoya, del señor Gamallo Fierros y del director de «Índice», Juan Fernández Figueroa. Los dos últimos llegaron hasta Navalsáuz, y algo de sus visitas nos contaron en «Arriba» y en la revista antedicha. Las circunstancias de las mías se narran en «Este otro Rubén Darío», pu-

blicado por Aedos, de Barcelona. Quien sólo fue a «acompañar a Francisca Sánchez», decidió el ánimo de ésta para que entregara a España su tesoro. En verdad que me encontré con una Francisca «ajena al dolo y al sentir artero» y que ella, respetada por mí, por mi esposa y por mis alumnos, cedió al Ministerio de Educación español, con definitiva voluntad, el Archivo de Rubén Darío. En efecto, luego de muchos días de consultar ininterrumpidamente mi esposa y yo todos los documentos y de la gestión eficazísima de Julián Pemartín cerca de don Jesús Rubio y García-Mina, y de la entusiasta disposición de éste y de don Antonio Tena Artigas sobre la cuestión, el 25 de octubre de 1956 el señor Maroto, Carmen Conde y yo depositamos en Alcalá, 93, primero (piso dependiente del referido Ministerio), el archivo rubeniano. En ese día, un gran discípulo de Rubén, Juan Ramón Jiménez, alcanzaba el Premio Nobel de la Academia de Suecia. Era fecha, por tanto, que no se podía olvidar.

Inmediatamente, María Dolores Enríquez—hoy directora del Museo de Artes Decorativas—, Carmen Conde y yo empezamos la organización del Archivo. Este, por sí solo, corría el peligro de «anaquelarse». Pero, unido al Seminario recomendado por el Congreso de Academias, podría transformarse en algo vivo, como así ocurrió. El «Seminario-Archivo Rubén Darío» dependió primeramente, y de modo directo, de la Secretaría Técnica del Ministerio de Educación, que siempre ha sido su valedora. Se celebraron allí, en Alcalá, 93, las primeras exposiciones documentales y los primeros actos darianos. El piso era maravilloso, con decoración suntuaria y modernista—grandes espejos, terciopelos, lacas, chinerías—, como gustaba a sus propietarios, los señores de Lara, que fueron también dueños del teatro de ese nombre y del edificio de Alcalá, 93, esquina a Velázquez. Allí había estado «Tiempos nuevos», y luego se instaló el Aula de Cultura. Nuestra convivencia con esta otra institución fue perfecta, y, aunque algo reducidos, seguimos disponiendo de honesto espacio para el Archivo y del pequeño pero bellissimo salón de conferencias.

El Seminario-Archivo fue inaugurado con

gran solemnidad por el entonces embajador de Nicaragua en París, doctor Diego Manuel Sequeira, autor de «Rubén Darío Criollo». Se abrió un álbum de firmas. Allí el notable poeta nicaragüense José Coronel Urtecho expresó su anhelo de que aquel bello local de Alcalá, 93, fuese el santuario de Rubén Darío para siempre. Escritores y periodistas difundieron la realidad del Seminario-Archivo en la prensa española e internacional. Entre ellos, el propio Chacón y Calvo, cubano; José de Castro Arines, español; Eduardo Avilés Ramírez, nicaragüense. Ya surgía el perfil documental del Archivo, con sus célebres libros de copias, cuaderno de hule negro o de navegación, como le ha llamado recientemente en la «Revista Hispánica», de Nueva York, Miguel Enguadano; sus carpetas de correspondencia organizada por países, los pequeños documentos de la vida diaria, las recetas de los médicos, los testamentos... Miles de horas me ha consumido el registro de documentos y la identificación de los correspondientes. Quedaban piezas fundamentales de incalculable valor literario e histórico. Junto al Archivo he ido envejeciendo; el exceso de trabajo, compartido con las tareas de profesor, ha dañado a veces mi salud. Como director del Seminario-Archivo, cargo totalmente honorífico, he trabajado con el mayor amor y desinterés. No han faltado los sinsabores, sin embargo; las incomprendiones, las celotipias. Pero también han existido las compensadoras satisfacciones. Una de ellas, la de mostrar a numerosos profesores y estudiantes el Archivo mismo; otra, la de explicar, ante todo el cuerpo diplomático hispanoamericano de la capital de Francia—Sala de Conferencias de la Biblioteca Española de París—cómo llegó el Archivo al Gobierno español, deshaciendo entuertos y malos entendidos; otra, hablar en La Sorbona, en la cátedra del profesor Robert Ricard; otra, en fin, ser recibido como doctor «honoris causa» por la Universidad Autónoma de Nicaragua cuando era rector magnífico—y nunca mejor aplicado el adjetivo—el doctor Mariano Fiallos Gil. Otra, la de celebrar en la Sala Noble, de la Biblioteca Nacional de Madrid, la primera exposición bibliográfica y documental organizada en el mundo sobre



El Seminario-Archivo es rico en cartas y manuscritos del poeta o referidos a él.



Rubén Darío. Otra, la de saber cómo el ejemplo del Seminario-Archivo ha proliferado. Por ejemplo, la creación del Museo-Archivo Rubén Darío en la ciudad de León (Nicaragua), que hoy dirige mi gran amigo Edgardo Buitrago, y la del Seminario-Archivo Guillermo Valencia, de Colombia, y que aquel Gobierno ha puesto en manos del poeta y noble hispanista Helcias Martán Góngora.

Cuando en 1963 regresé de Nicaragua, el Seminario-Archivo registró un cambio. Precipitadamente hubo de abandonar su lujosa sede hasta que luego, con la venia del decano señor Camón Aznar, fue recibido en el local del Seminario 10 de la Facultad de Filosofía, donde hoy permanece. Allí lo siguen visitando investigadores nacionales y extranjeros, como queda testimonio en el álbum de firmas y en la revista. Por cierto que la «Revista del Seminario-Archivo» se inició a petición del doctor Pedro J. Quintanilla, subsecretario de la Presidencia con el honorable ingeniero Luis A. Somoza, cuya muy reciente muerte llora hoy Nicaragua, sin distinción de partidos. Los nicaragüenses sensibles han sido y serán los mejores favorecedores y tuteladores del Seminario: recordemos a José Jirón, a Luis Ibarra, a Justino Sansón Valladares, a Vicente Urcuyo... Hoy, además, por cortesía de la Secretaría Técnica del Ministerio de Educación y Ciencia, hemos inaugurado la colección titulada «Entre la Catedral y las ruinas paganas», cuyo número 1 contiene el extracto de la tesis doctoral de sor Catalina Tomás McNamee, «El pensamiento católico de Rubén Darío», que mereció la calificación de sobresaliente «cum laude». También en el Seminario-Archivo se fundamentó otra tesis doctoral del P. Dictino Alvarez, S. J., sobre «Cartas de españoles a Rubén Darío», publicada con otro título por la Editorial Taurus. Y, asimismo, las de Patricia O'Riordan y Luisa Perotto, presentadas en las Universidades de Liverpool y Turín, respectivamente. También hoy se prepara otra en la Universidad de Toulouse, cuyo doctor ha acudido a nuestras fuentes. Profesores ilustres noreamericanos, como Donald F. Fogelquist; franceses, como René L. F. Durand; venezolanos, como Alberto Zérega Fombona, entre otros, se han acercado devotamente al Seminario-Archivo.

El actual ministro de Educación y Ciencia, profesor don Manuel Lora Tamayo, sometió a la firma del Jefe del Estado, Generalísimo Francisco Franco, la creación del Patronato que, desde 1963, vela por el Seminario-Archivo, bajo la presidencia del

doctor Luis Legaz Lacambra, subsecretario de Educación. De dicho Patronato forman parte como miembros natos el director del Instituto de Cultura Hispánica, el embajador de Nicaragua en Madrid, el director de la Biblioteca Nacional, el rector de la Universidad de Madrid, el director general de Relaciones Exteriores, el director del Instituto Nacional del Libro, el secretario técnico del Ministerio de Educación y Ciencia y el catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Madrid y el director del Seminario-Archivo, que actúa de secretario. Miembros de honor del Seminario-Archivo son el académico argentino excelentísimo señor don Luis Alfonso y doña Rosa Turcios de Vaquero. Han sustituido en diversas juntas a sus miembros titulares los señores García Nieto, Suárez de Puga, Vidal y Romero Marín.

Para el Seminario-Archivo, todos los años de su existencia han sido centenario. Por sus textos y por las iniciativas encauzadas a través de su Patronato, muchos actos del Centenario a él se deben. Singularmente, la celebración a todos los niveles de la enseñanza, según orden dada por el profesor y ministro señor Lora Tamayo, del aniversario de la lectura de la «Salutación del optimista» en el Ateneo de Madrid, poema que es exponente de la unidad hispánica y que debiera a su vez ser en toda América.

Colaborador eficazísimo de la «Revista del Seminario-Archivo» fue el poeta español Miguel Valdivieso, fallecido el 21 de septiembre de 1966, y cuyo hueco todavía nos duele. Funcionaria del Ministerio de Educación, adscrita al Seminario, es la señorita Rosario Martín Villacastín, como también lo ha sido la auxiliar de Archivos señorita Teresa Valdivieso. El Patronato del Seminario-Archivo creó el primer premio Rubén Darío, después anulado por junta de Patronato, para atender con esos fondos al Archivo, vista la proliferación e importancia de otros premios del mismo título creados en España y América.

El Archivo de Rubén Darío nos ha descubierto que, pese a todas las leyendas, su titular era un hombre enormemente trabajador y ordenado, y que una inteligente y sensible analfabeta española (dejó de ser analfabeta en 1901, cuando Rubén y Amado Nervo le enseñaron a leer en París) fue su archivera menor, puesto que a él le denominamos en cierta ocasión «archivero mayor». Sin el tesón de Francisca, todo el Archivo se habría perdido. La editorial de Rubén Darío Sánchez, en Villarejo, publicó

en un volumen algunas cartas dirigidas a Rubén Darío. La editorial Losada de Buenos Aires publicó lo que Alberto Ghiraldo se llevó en su visita de 1925 a Navalsáuz. El cuerpo central del Archivero es el que posee hoy el Ministerio de Educación español, debiendo contarse además con lo que también tienen el Instituto de Cultura Hispánica y diversas entidades y particulares de España y América.

El Seminario-Archivo Rubén Darío de Madrid ha merecido en los días álgidos de las fiestas centenaristas en Nicaragua el siguiente recuerdo del Primer Congreso Regional de Academias de la Lengua de Centroamérica y Panamá, que a continuación transcribo, y que es desconocido en España:

«Academia Nicaragüense de la Lengua. Managua, 8 de abril de 1967. Sr. D. Antonio Oliver Belmás, Director del Seminario-Archivo Rubén Darío. Madrid. Honorable Sr. Director: En mi carácter de Secretario del Primer Congreso Regional de Academias de la Lengua de Centroamérica y Panamá, celebrado en esta ciudad con motivo del Centenario del Nacimiento de Rubén Darío, me es grato transcribir a Vd. la resolución tomada que literalmente dice: "El Primer Congreso Regional de Academias de la Lengua en Centroamérica y Panamá. Considerando: Que el Seminario-Archivo Rubén Darío que funciona en Madrid bajo la dirección del Profesor Antonio Oliver Belmás, ha logrado conservar un material valiosísimo para el estudio de la vida y de la obra de Rubén Darío, resuelve: 1.º Dar un voto de aplauso al Seminario-Archivo Rubén Darío y a su Director y fundador, don Antonio Oliver Belmás. 2.º Solicitar al Gobierno español la mayor ayuda posible al Seminario-Archivo Rubén Darío para impedir que los documentos guardados en él se pierdan o se destruyan. 3.º Gestionar la publicación del material que posee el Seminario-Archivo Rubén Darío, completado con el que se encuentra en poder de otras instituciones y particulares.—Dado en Managua el 17 de enero de 1967; año Rubén Darío."»

Y hasta aquí la historia de una institución que guarda más de 80 nutridas carpetas de documentos, la mascarilla del poeta y una selecta biblioteca, muchos de cuyos libros pertenecieron personalmente al cantor, así como retratos y grabados que ornaron el despacho del mismo. Ojalá que el año del Centenario nos mejore y supere el Seminario-Archivo Rubén Darío. Así lo espera, pleno de fe y optimismo,

Antonio OLIVER BELMAS



EL PERIODISTA

EL POETA VOLCO EN EL PERIODISMO SU IDEOLOGIA POLITICA Y LAS PREOCUPACIONES POR EL DESTINO DE AMERICA

RUBÉN Darío fue periodista desde su adolescencia hasta el fin de su vida. En un periódico, *El Termómetro*, publicó por primera vez un poema. Fue en 1879, con sólo doce años, cuando su nombre quedó impreso por primera vez en las páginas de un diario.

Confiesa el poeta que en esa primera etapa redactaba «a la manera de un escritor ecuatoriano, famoso, violento, castizo e ilustre, llamado Juan Montalvo, que ha dejado excelentes volúmenes de tratados, conminaciones y catilinarias». Su estilo periodístico va a perdurar en ese tono por bastante tiempo todavía. Los años de Managua y de El Salvador (1881-1885) fueron también de mucha pelea periodística. Versos humorísticos, sátiras sangrientas, artículos furibundos, le van dando el oficio. Ya comienza a ganarse la vida en serio gracias a las redacciones de los periódicos. Ya para siempre, salvo los breves paréntesis de diplomacia (nunca bien pagada por otra parte), Darío será un periodista profesional, un hombre que vive del trabajo cotidiano en el periódico.

A Chile va a ejercer como periodista. Trabajo de mesa, duro y difícil trabajo anónimo de todas las noches, en periódicos de Santiago y de Valparaíso. En 1886, cuando va creciendo su nombre de poeta, gracias, más que a libros primerizos, a la constante publicación de poemas en las páginas literarias de los periódicos, ya Rubén colabora en *El Diario de Nicaragua*, desde Chile; en *La Epoca*, de Santiago, y en *El Imperial*, de Buenos Aires, así como en el famoso *Mercurio*, de Valparaíso.

Fue en ese diario, *La Epoca*, donde conoció una de las más paradójicas y desconcertantes situaciones para un escritor: se le dejó sin empleo porque escribía demasiado bien para el periódico. Le habían encargado crónicas deportivas, y Rubén las confeccionaba con ese objetivo *metier* del periodista auténtico, que es capaz de redactar un editorial, una crónica de sucesos, una sección de Bolsa, sin que se le note demasiado el estilo personal. Rubén redactaba tan bien aquellos reportajes, que el director le dijo un día: «Mire, Darío, usted escribe demasiado bien para nuestro periódico; siento decirle que se busque otro empleo.» «Y así—decía él luego humorísticamente—, por escribir muy bien me quedé sin trabajo.»

A renglón seguido le vemos colaborar en periódicos chilenos, *La Libertad Electoral* y *El Heraldo de Valparaíso*. Vuelve por sus tierras centroamericanas tras la publicación de *Azul*, y en 1890 le encontramos fundando en Guatemala un diario: *El Correo de la Tarde*. Este periódico, subvencionado por el general Barillas, dura tan sólo de diciembre del 90 a junio del 91, pero ya Rubén ha ascendido a la categoría de director. Al hundírsele la subvención se va a Costa Rica (obsérvese que su vida se va ligando o desligando de los sitios en razón del periodismo), y allí trabaja, y levanta mucha polvareda, en el periódico *La Prensa Libre*.

El paréntesis de «La Unión»

Hay en la vida periodística de Rubén un momento de especialísima significación, y es el representado por su presencia como fundador y

director del periódico *La Unión*, de San Salvador. El Presidente de esta República, don Francisco Menéndez, partidario fervoroso de los ideales unionistas, llamó a Darío, fanático también de esta idea, y le pidió que organizase la publicación de un periódico consagrado a la defensa de ese ideal. Estamos en 1889. Rubén acepta, y en el primer número publica un editorial para explicar los propósitos y fines de la publicación, que es antológico en cuanto a literatura periodística. Los críticos pueden encontrar ahí la simiente del gran poema *Salutación del Optimista*, que escribirá pocos años después.

Pero el ideal unionista no era compartido por todos los países ni por todos los periódicos. En Nicaragua, a ciertos medios del conservadurismo les mortificaba mucho ver al paisano Rubén predicando la unión desde El Salvador. Y en el periódico conservador *La Estrella de Nicaragua* apareció un día este feroz ataque a la persona y a la obra de Rubén Darío, quien, si se iba haciendo famoso como periodista combativo, se hacía combatir también como padre y divulgador del modernismo. Ya había «estallado la bomba de la nueva poesía, y menudeaban las críticas, las burlas, las incomprensiones. Véase en este suelto cómo eran mezcladas las dos personalidades de Rubén, la del poeta y la del periodista, para vapulearle por sus dos ideales: el político y el estético.

«Errata y no error. Decíamos ayer que *La Unión*, de San Salvador, tiene por principal objeto declarar que Rubén vale como diez, que Rubén tiene un talento enorme, que Rubén ama o deja de amar, que Rubén se va, que se viene a horcajadas en una concha misteriosa y en la compañía de un distinguido coleóptero compañero de sus primeros años.

«Muy cerca están compañía y compañero, y aunque el pecado es venial, queremos acusarnos de él, por si el lector no nos avisa. Eso de faltar a la corrección será muy libertoldo, pero nos desagrada profundamente. Acaso nos desagrada más por lo mismo que es libertoldo.

«En asunto a Rubén, siga como va, montado en su coche, y con tres coleópteros, y la rima Bab. Siga así, resuelto, cogiendo hormigas para hacerlas crecer hasta que adquieran los miembros de un elefante.

«Al fin es unionista, y nadie en el mundo entero puede imaginar los absurdos que se desenvuelven en un calete unionista, nadie es capaz de decir, ni de escribir, tantos disparates como un liberal centroamericano.»

Naturalmente, al fracasar en 1890, por revueltas revolucionarias, el Gobierno de don Francisco Menéndez, fue un gran júbilo lo que sustituyó a esta cólera que hemos visto. Nadie pensó en que esa caída iba a ser un desplome de gravísimas repercusiones morales y económicas para la vida del poeta. La víspera de la tragedia Rubén se había casado en la capital de El Salvador con la fina escritora y bellísima mujer Rafaela Contreras, *Stella*. Y no pudo celebrarse el matrimonio religioso, señalado para pocas horas después, porque todos los amigos del Presidente depuesto, tuvieron que salir precipitadamente hacia alguno de los países vecinos. Rubén se fue para la tierra guatemalteca, y es cuando le vemos dirigir *El Correo de la Tarde*, de que ya se habló. Pero su dolor se vio aumentado por la saña con que algunos compatriotas suyos aplaudieron su desgracia. En el mismo diario nicaraguense—ya citado—pudo leer lo siguiente el poeta, a fines de junio de 1890:

«Ecos del día, Requiescat. Al principio de este mes murió en la ciudad de San Salvador un reptil enorme, *La Unión*, diario palaciego que dirigió nuestro compatriota Rubén Darío. Veinte mil pesos al año le costaba ese oficio al tesoro salvadoreño. El señor ministro Delgado halló que era demasiado costosa la manutención del reptil consabido, y para hacer economía le torció el pescuezo. Algunos dicen que *La Unión*, por hincarle el diente a don Rafael Ayala, mordió inadvertidamente al ministro Delgado, y que ésta fue la verdadera causa de su prematura muerte.»

Terminaba así una de las más hermosas tareas periodísticas de Rubén Darío. En las columnas de su periódico volcó innumerables artículos de fe americanista. Hay que ir a buscar en las viejas colecciones de esos periódicos centroamericanos anteriores al 900 el ideario político del poeta. Este no usó nunca sus versos para hacer de una manera deliberada «política». Dejaba para el periódico la ideología política y las preocupaciones por el destino de América.

El tono general de su periodismo

Tras el fracaso, en el 91, del periódico guatemalteco, hallamos a Rubén en Costa Rica figurando destacadamente en el periódico *La Prensa Libre*. Hay que señalar que en ese momento comienza a publicar en distintos periódicos centroamericanos muchos de los poemas que luego aparecerán en *Prosas profanas* y en *El canto errante*. En realidad, como ha ocurrido con tantos escritores famosos, Rubén componía sus maravillosos libros por la suma o agavillamiento de poemas que iba publicando sin descanso en los periódicos. Por eso, hoy van los eruditos a buscar

SU CONCEPTO DEL PERIODISMO

«Hoy y siempre un periodista y un escritor se han de fundir. La mayor parte de los fragmentarios son periodistas. ¡Y tantos otros! Séneca es un periodista; Montaigne y De Maistre son periodistas, en un amplio sentido de la palabra. Todos los observadores y comentadores de la vida han sido periodistas. Ahora, si os referís simplemente a la parte mecánica del oficio moderno, quedaríamos en que tan sólo merecerían el nombre de periodistas los reporters comerciales, los de los sucesos diarios, y hasta éstos pueden ser muy bien escritores que hagan sobre un asunto árido una página interesante, con su gracia de estilo y su buen porqué de filosofía. Hay editoriales políticos escritos por hombres de reflexión y de vuelo, que son verdaderos capítulos de obras fundamentales.»

como ediciones primeras de sus poemas no las ediciones príncipes de sus libros, sino la versión original que apareció en el periódico.

Pero conviene preguntarnos: ¿cuál era el tono general de su periodismo? Cabe responder que ese tono fue variando con la propia maduración de la persona del autor. Con las etapas de su vida, iba modificando su estilo periodístico, haciéndolo cada vez menos agresivo, y cada vez más poético, más de elegante cronista. Por eso nos parece adecuado dividir su existencia, a los fines de estudiarlo como periodista, en un período que va desde 1880 hasta 1891, y en otro que va desde 1892 hasta la muerte. En el primer período ataca, muerde, arremete y raras veces describe amorosamente un hecho o un paisaje. En el segundo, se eleva y alcanza el tono de maestro.

El año decisivo en su existencia

Puede decirse que 1892 es el año decisivo de la existencia de Rubén como periodista y como poeta. Lo hemos visto en el 91 en *La Prensa Libre*, de Costa Rica. En el 92 co-dirige *El Heraldo*, en la propia nación centroamericana, y colabora en *La Revista de Costa Rica*, en *El Partido Constitucional*, en *La República* y en el *Diario del Comercio*. En este momento costarricense está Rubén produciendo muchos de los poemas que luego formarán *Prosas profanas*.

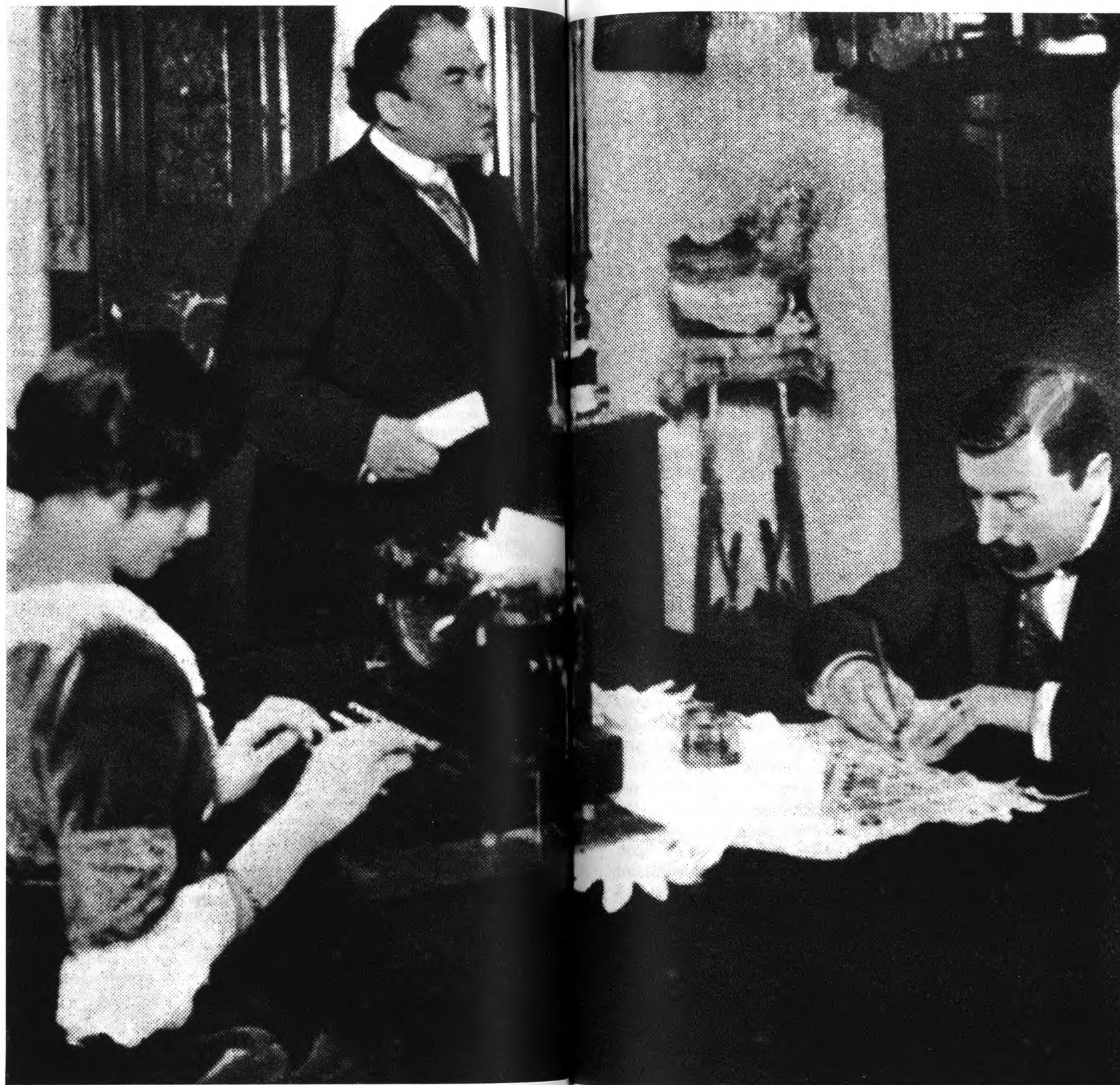
En medio de esa constante producción periodística y poética, Rubén es nombrado miembro de la Delegación de Nicaragua a las Fiestas del IV Centenario del Descubrimiento de América, y realiza así su primer viaje a Europa. Entra en contacto con el periodismo español, y queda deslumbrado por su calidad literaria. Hace dioses suyos a Cavia y a Bonafoux y perfila su concepción del periodismo, como lo vemos en los recuadros que aparecen dentro del presente trabajo. Cuando vuelve a América, prosigue su profesión de periodista, la única de la cual vivirá toda su vida, y le encontramos por los años 94 al 97, ascendiendo más y más en la prensa argentina. Fue en *La Nación* de Buenos Aires donde publicó, en 1895, *Sonatina*. En 1893 había dado *Era un aire suave* en la *Revista Nacional*, y en esa misma capital le vemos otra vez de director de revista, cuando en 1894 funda, con el gran poeta Ricardo Jaime Freyre, la *Revista de América*, que dura muy poco.

Por fin le llega a Darío, con el 1898, la oportunidad de anclar firmemente en un gran periódico. *La Nación* de Buenos Aires le envía como corresponsal especial a España. Aquí arraiga su vida española, periodísticamente hablando. Abre a Unamuno y a otros grandes, como Alomar, las puertas de *La Nación*. Ya él había publicado poemas en *La Ilustración Española y Americana*, en 1892, pero es ahora cuando comienza su vinculación estrecha y constante con el periodismo hispano. Comienza uniéndose a la publicación *La Revista Nueva*, de Luis Ruiz Contreras. Y se prolonga hasta su muerte en *Cervantes* y en otras publicaciones.

La etapa final

La corresponsalía de *La Nación* de Buenos Aires fue, hasta la muerte, el baluarte económico del poeta. En lo mucho que tenía de apóstol de las ideas estéticas que practicaba, cuidábase de ir colaborando en cuantas revistas y periódicos estuviesen a su alcance. Llegó a decir en 1896: «Contamos con treinta y cinco revistas en el Continente.» y en España, luego de su colaboración con Ruiz Contreras, le hallamos muy vinculado a periódicos como *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid*, donde colabora hasta 1910.

En 1911, en París, consigue por fin el ansiado mecenazgo que todo



SU OPINION SOBRE EL COMUNISMO

«El anarquismo asoma su faz en todas partes. Se trata sencillamente de aniquilar al enemigo. Para Caín, el labrador, el enemigo es Abel, el estanciero. El enemigo es el propietario, que tiene casa; el juez, que tiene autoridad; el creyente, que tiene a Dios. Engels había dicho de Alemania: "Tiempo vendrá en que no habrá más religión que el socialismo."»

Venid a mí, exclamó Cristo, todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar. A lo cual se le contestó con Bakunine: El Cristianismo ha sido tan funesto a las naciones occidentales como el opio a los chinos. La religión que se ha de seguir es la que satisfaga a la bestia atacada de bulimia. Hay que ser ricos a toda costa, y puesto que no podemos serlo, destruyamos la propiedad ajena, igualemos a fuego y sangre las cabezas de la humanidad, que más allá no hay nada.

¡Dios me libre de que yo esté en contra del dolor, de que ataque o escarnezca a la miseria! Tampoco he de ponerme del lado del rico avaro, de los que dejan morir de hambre a sus obreros. Mas he de estar siempre contra la avenida cenagosa, contra la oscura onda en que hierven todas las espumas del populacho, contra el odio de abajo, contra la envidia de lo negro a lo blanco, de lo turbio a lo brillante, de lo basto a lo fino, de la fealdad a la hermosura, de la vulgaridad a la distinción. Más que la moral es la estética lo que me impulsa a combatir la rabia anárquica... Para los anarquistas y comunistas la moral no existe, las clases no existen, la propiedad no existe, la justicia no existe, Dios no existe.»

(Del artículo titulado «Dinamita».)

poeta busca: el de alguien que con recursos suficientes se disponga a arriesgarse en la publicación de una gran revista literaria. Los hermanos Guido, argentinos, fundan para Rubén la revista *Mundial*. Hay numerosas cartas de Darío a los grandes escritores españoles e hispanoamericanos de la época, pidiéndoles colaboración, y sin olvidar nunca el aspecto económico. Es que él había pasado muchos sinsabores por la vieja tendencia a publicar colaboraciones literarias sin pagar nada al autor. Por la publicación de muchos de sus mejores poemas no cobró un céntimo, haciéndole mucha falta. Y cuando él pudo ser director y manejar una empresa relativamente poderosa en lo económico, lo primero que hizo fue pagar todas las colaboraciones que solicitaba. En esta dirección, llevada con todo decoro, culminó la carrera periodística de Rubén. No dejó de colaborar nunca en *La Nación*, ni en revistas como su muy amada *Cervantes*, que dirigían en Madrid Cansinos-Asséns y César Arroyo.

Se preparaba para un nuevo periodismo

Fue en esta revista últimamente citada donde Rubén publicó una airada página en defensa de sus derechos de autor. La fama había conducido a que numerosas revistas y periódicos reprodujesen sus artículos gratis *et amore*. Rubén montó en cólera por la piratería y aclaró de una vez por todas que él escribía en exclusiva para *La Nación* de Buenos Aires, y que sólo por excepción, «y cobrando muy caro», enviaba algo a otra publicación. Ahí escribió su frase: «Lo que hemos ganado entorchados en la dura lucha del periodismo», revelando hacia el final de su vida el amargo fondo de experiencia que le habían dejado treinta años de periodista en activo.

Pocos días antes de morir, ya en su tierra natal, habló de nuevo en torno al periodismo. Fue en conversación con el periodista Francisco Huezo, quien narró la escena, por fortuna. Cuenta que al comentarle un artículo de Huezo recién aparecido en *El Comercio*, dijo: «Aceptable tu artículo; bueno—exclamó—, pero le pusiste el parchecito americano, el parche de ternura. Así escriben todos ustedes. No pueden salir de la esfera sentimental. Deja eso. Echa vitriolo, echa vitriolo. Si me mejor de esta enfermedad, publicaré algo en *El Comercio*. Algunas páginas diminutas, diariamente, en cualquier plana, con el título *Las uñas del muerto*, que me recuerda a Dumas. Ya se me apreciará bajo una nueva faz, ya se me conocerá. Antes fui una paloma; ahora quiero enseñar mis garras: seré milano.»

¡Pobre Darío! Llegaba a ensañarse creyéndose capaz de echar vitriolo y de convertirse en periodista del tipo gavilán. No estaba en su naturaleza, tan noble y tan buena, hacer el mal. Cuando se inició en el periodismo escribió cosas terribles, violentas, por imperativo de la pasión política y de la juventud. Pero ha dejado en la historia del periodismo hispánico una página tan brillante como la página dejada en la historia de la poesía. Fue por excelencia el periodista-caballero. Los periodistas podemos mostrarle siempre con orgullo, como a un modelo de eficacia profesional, de oficio, y al mismo tiempo de jerarquía intelectual dentro del periodismo. Darío prueba que se puede ser un gran periodista y un artista del estilo, sin que el duro bregar de la redacción destruya el buen gusto o apague la inspiración.

H. T. R.



EL PERIODISTA

ESCRIBIR CON AMOR

«El periodista que escribe con amor lo que escribe, no es sino un escritor como otro cualquiera. Solamente merece la indiferencia y el olvido aquel que premeditadamente se propone escribir para el instante palabras sin lastre e ideas sin sangre.

Muy hermosos y muy útiles y muy valiosos volúmenes podrían formarse con entresacar de las colecciones de los periódicos la producción, escogida y selecta, de muchos considerados como simples periodistas.»

PERIODISTAS QUE SABEN Y PERIODISTAS QUE NO SABEN

«La obra de Bonafoux muestra lo vano de la diferencia que ha querido hacerse entre escritores y periodistas. No existe después de todo sino esto: hay periodistas que saben escribir y periodistas que no saben escribir. Hay quienes tienen ideas y quienes no tienen ideas. Hay quienes no escriben ni bien ni mal; ¡no escriben! Mas hay artículos de periodistas que valen, por fondo y forma, lo que un buen libro.»

CAVIA O LA PERFECCION

«Tan castizos como él hay pocos, y, sin embargo, aparece libre de la hiperlogia española, de la elocuencia. Su discurrir es culto al propio tiempo que sencillo; en él va la alusión para los refinados, la reminiscencia para el erudito y la frase llana para el pueblo. *Es el perfecto periodista.*»

EL CENTENARIO EN NICARAGUA



Inauguración del Centenario

El Presidente de la República de Nicaragua, doctor Lorenzo Guerrero, inaugura los actos del Centenario de Rubén Darío ante las primeras autoridades nicaragüenses y los invitados de honor.



Congreso de Academias Centroamericanas de la Lengua

El director de la Academia Salvadoreña de la Lengua, don Hugo Lindo, pronuncia un discurso en la sesión de apertura del Congreso de Academias Centroamericanas de la Lengua Española.



Simposio en la Universidad de León

Don Dionisio Gamallo Fierros, destacado erudito español, diserta sobre Rubén Darío en la Universidad de León.

MANAGUA, capital de la República de Nicaragua, lució engalanada para festejar el Centenario del nacimiento del héroe nacional de los nicaragüenses, Rubén Darío, el poeta que cantó con voz más alta los valores espirituales de la Hispanidad. El pueblo entero participó de los festejos, saliendo a las calles de la ciudad y coreando las alegres y vistosas actuaciones de los grupos folklóricos de las Repúblicas de Centroamérica y Panamá, que llegaron para cumplir el programa del V Festival de Folklore Centroamericano.

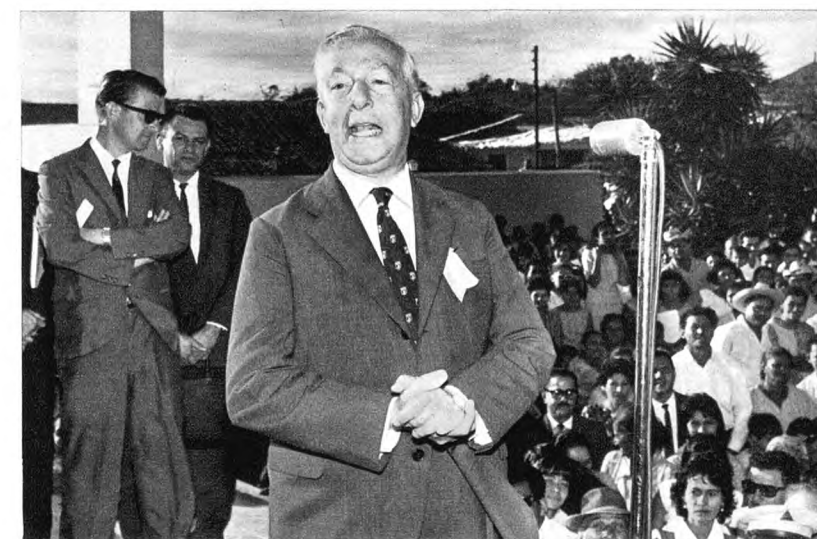
Desde el mes de agosto de 1964 comenzó a trabajar en Nicaragua la Comisión Nacional para la Celebración del Centenario del Nacimiento de Rubén Darío, creada por el Gobierno de la República, a fin de que las festividades centenarias en homenaje al gran poeta nicaragüense estuvieran revestidas de la mayor solemnidad. Se procuró que dicha Comisión fuera integrada por las personalidades más significativas de la cultura de Nicaragua, presididas por el señor ministro de Educación Pública, que en la época de fundación era el doctor Gonzalo Meneses Ocón. Los otros miembros de la Comisión son los siguientes: doña Hope Portocarrero de Somoza Debayle, presidente del Instituto Pro-Arte de Rubén Darío; el director de la Extensión Cultural del Ministerio de Educación Pública, profesor Guillermo Rothschild Tablada; el rector de la Universidad Nacional Autónoma, doctor Carlos Tünnermann Bernheim; el rector de la Universidad Centroamericana, R. P. León Pallais Godoy, S. J.; el director de la Academia Nicaragüense de la Lengua, don Pablo Antonio Cuadra; el director de la Escuela Nacional de Bellas Artes y presidente de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, don Rodrigo Peñalba Martínez; el entonces presidente del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, doctor Juan Munguía Novoa; el alcalde de León, doctor Gustavo Sequeira Madriz; el representante de la municipalidad de Ciudad Darío, profesor Juan José Rivas Valdivia; el director de la Biblioteca Nacional y actual presidente del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, don Eduardo Zepeda-Henríquez. Y tres intelectuales nombrados por el Ministerio de Educación Pública, a saber: doctor Julio Ycaza Tigerino, doctor Edgardo Buitrago y don José Jirón Terán. La misma Comisión nombró un secretario ejecuti-

vo, recayendo tal designación en el doctor Diego Manuel Sequeira; y un jefe de Relaciones Públicas, que fue el periodista don Gabry Rivas. Además, en el seno mismo de la Comisión Nacional se escogió a un coordinador general y a un tesorero, cargos que correspondieron, respectivamente, al profesor Guillermo Rothschild y a don Eduardo Zepeda-Henríquez.

El Gobierno, presidido por el excelentísimo señor doctor René Schick Gutiérrez, hombre de fina sensibilidad y amante de la cultura, estimuló en toda forma las labores de la Comisión, que vinieron desarrollándose sin ninguna interrupción y orientadas hacia la realización de múltiples obras, tanto espirituales como materiales. El repentino y doloroso fallecimiento del Presidente Schick no interrumpió los trabajos de preparación del Centenario, cuya culminación correspondió a su sucesor, Su Excelencia el doctor Lorenzo Guerrero Gutiérrez, quien no sólo supo continuar el espíritu dariano del doctor René Schick, sino también lograr que las celebraciones alcanzaran el máximo esplendor. El doctor Guerrero fue, pues, el presidente del Centenario, así como el doctor José Sansón Terán, quien sucedió al doctor Meneses Ocón en las funciones del Ministerio de Educación, fue, a su vez, con su talento y entusiasmo, el ministro de las Fiestas Centenarias.

El núcleo de los actos conmemorativos se desarrolló del 14 al 21 de enero, con la asistencia de setenta y un invitados de honor del Gobierno de la República, procedentes de tres continentes, entre los cuales se contaban algunos nicaragüenses ilustres que residen en el extranjero, como los doctores Rubén Darío Contreras y Rubén Darío Basualdo, hijo y nieto del poeta, respectivamente; el doctor Albino Román y Vega, secretario general de la O. D. E. C. A.; don Justino Sansón Balladares, embajador de Nicaragua en el Brasil; don Ernesto Mejía Sánchez, catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de Mejía Sánchez, catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México, y don Juan Felipe Toruño, con residencia en El Salvador.

La sola lista de los huéspedes de honor es prueba del éxito de la Semana Dariana del Centenario en Nicaragua. Gracias a la generosidad del Gobierno nicaragüense y a la honrosa presencia de tantos intelectuales célebres, que quisieron rendir homenaje a Rubén Darío en su tierra na-



Las fiestas en Ciudad Darío

Arriba, el rector de la Universidad de Río de Janeiro, don Pedro Calmón, pronuncia un discurso en Ciudad Darío, pueblo natal del poeta. El Presidente de la República, doctor Lorenzo Guerrero, impone la Gran Cruz de Rubén Darío al obispo de Granada, monseñor Marco Antonio García y Suárez. Junto a estas líneas, una de las bellas muchachas participantes en la conmemoración llega al escenario de las fiestas.



► EL CENTENARIO EN NICARAGUA

Ceremonias en León

El Presidente de la República, doctor Guerrero, acompañado por el alcalde de León, entra en la Casa-Archivo Rubén Darío. Abajo, el arzobispo de Managua, monseñor Alejandro González y Robleto, acompañado por el Presidente de la República y su esposa, así como por doña Hope Portocarrero de Somoza y otras personalidades, delante de la pila bautismal del poeta. Los invitados del Gobierno nicaragüense para el Centenario de Rubén Darío asisten al Simposio celebrado en la Universidad de León. En primer término se ve, entre otras personalidades, a los académicos de la Lengua Española don Joaquín Calvo Sotelo y don Julio Palacios.



tal, pudo el público de las principales ciudades de Nicaragua escuchar de viva voz las sabias enseñanzas y las bellas palabras del erudito francés Charles Aubrun, de los afamados críticos argentinos Enrique Anderson Imbert y Alfredo Roggiano, del ya clásico prosista de Venezuela Arturo Uslar Pietri, del gran poeta salvadoreño Hugo Lindo, del director de la Academia Mexicana de la Lengua, Francisco Monterde; del decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Dakar, René L. F. Durand; de los catedráticos norteamericanos Boyd Carter y Charles D. Watland, de los insignes escritores del Brasil Pedro Calmón y Gerardo Mello Mourao, de los catedráticos italianos Oreste Macrí, Giuseppe Bellini y Francesco Tentori; de los eminentes mexicanos Raimundo Lida y Jaime Torres Bodet, del ensayista de Colombia Germán Arciniegas, de los académicos ecuatorianos padre Miguel Sánchez Astudillo, S. J., y Augusto Arias; y de otros ilustres escritores que sería prolijo enumerar, pero que alcanzan la misma estatura literaria que los nombrados anteriormente.

Capítulo aparte merecen la doctora Erika Lorenz, de Alemania, por ser la única mujer intelectual que asistió a las celebraciones del Centenario, y los representantes de las letras españolas, cuya delegación fue muy nutrida, estando encabezada por nombres tan ilustres como los del poeta Luis Rosales, del crítico Guillermo Díaz-Plaja, del dramaturgo Joaquín Calvo Sotelo, del académico Julio Palacios y del erudito Dionisio Gamallo Fierros. Lo mismo cabe decir de los miembros de las Academias de la Lengua de Centroamérica y Panamá, que concurrieron a la celebración en Managua del Primer Congreso Regional de Academias, acto sin precedentes en el mundo hispánico, y uno de los más importantes dentro del programa de la Semana Dariana del Centenario.

La Comisión Nacional colmó literalmente de atenciones a los huéspedes de honor de la República, y los actos culturales desarrollados a lo largo de la Semana alcanzaron una gran dignidad. La inauguración tuvo lugar en el auditorio del Banco Central de Nicaragua, con asistencia del excelentísimo señor Presidente de la República, doctor Lorenzo Guerrero, quien declaró inaugurada la Semana Dariana y dio la bienvenida a todos los invitados de honor, en un elegante discurso. Allí mismo tomaron la pa-

labra el honorable señor ministro de Educación Pública, doctor José Sansón Terán; la doctora Erika Lorenz, ilustre dariana de Alemania, y el doctor Luis Alberto Sánchez, rector de la Universidad de San Marcos de Lima, quien disertó admirablemente acerca del tema *Otra ventana sobre Rubén Darío*.

El lunes 16 de enero se inauguraron solemnemente el ya mencionado Congreso de Academias de la Lengua de Centroamérica y Panamá y la Exposición Pictórica Internacional, en el auditorio del Seguro Social y en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Esta Exposición de pinturas se formó con los cuadros enviados al Concurso abierto por la Comisión Nacional para Pintores de América y de España, con premio de cinco mil dólares y medalla de oro. Además de este certamen pictórico, se convocaron otros dos de poesía y ensayo literario. Los ganadores de las tres ramas del Concurso dariano fueron el pintor argentino Víctor Chab, el poeta nicaragüense Horacio Peña y el ensayista Alejandro Hurtado Chamorro, también de nacionalidad nicaragüense.

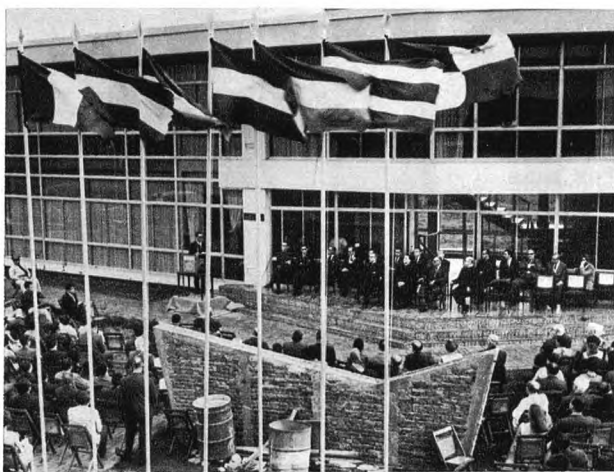
El 18 de enero, las celebraciones tuvieron lugar en Ciudad Darío, cuna del poeta, donde se inauguraron la casa natal restaurada, varios monumentos, un teatro al aire libre y un parque con el nombre de Rubén. El viernes 20, las autoridades nicaragüenses y los huéspedes de honor se trasladaron a la ciudad de León, en cuya Universidad se desarrolló un simposio dariano, con intervención de los intelectuales presentes, y que fue otro de los actos capitales del nutrido programa.

Por invitación de su excelencia el Presidente Guerrero, los ilustres intelectuales extranjeros visitaron la ciudad de Granada y las Isletas del Gran Lago de Nicaragua, donde tuvo lugar un almuerzo típico, en medio de una naturaleza casi virgen y de uno de los paisajes más bellos de América.

Dos actos más del programa que merecen consignarse son la sesión extraordinaria en que el Honorable Congreso Nacional, en Cámaras Unidas, recibió a los ilustres invitados de honor de la República, con discursos del presidente del Congreso, doctor Orlando Montenegro Medrano, y del académico venezolano don Arturo Us- lar Pietri, quien alumbró el tema del mestizaje y el Nuevo Mundo en la obra de Rubén; y, por otra parte, el homenaje dariano del Instituto Nica-

Los actos en Managua

Arriba, el embajador de España en Managua, don Ernesto La Orden, pronuncia un discurso en el Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica en presencia del Presidente de la República, Cuerpo Diplomático, invitados extranjeros y numeroso público. En la segunda foto, don Rubén Darío Contreras, hijo mayor de Rubén Darío, junto a Margarita Debayle, la que fuera musa del poeta, en acto celebrado en el Instituto de Cultura Hispánica de Managua. Junto a estas líneas, el Presidente de la República, en el centro de la fotografía, con el embajador de España; a la derecha del Presidente se encuentran el ministro de Educación Pública, señor Sansón Terán, y el presidente del Instituto de Cultura Hispánica, señor Zepeda Enríquez; en primer término, don Guillermo Díaz-Plaja, presidente del Instituto Nacional del Libro Español, que pronunció una conferencia.



Arriba, inauguración del Pabellón Rubén Darío en la Universidad Centroamericana de Managua, con asistencia del Presidente de la República. A la izquierda de estas líneas, colocación de la primera piedra de la Universidad Nacional Rubén Darío. El Presidente de la República, acompañado por el rector de la Universidad de León, doctor Tünnermann, y el ministro de Educación, coloca la primera piedra.

► EL CENTENARIO EN NICARAGUA

ragüense de Cultura Hispánica, con asistencia de su excelencia el Presidente de la República y la señora de Guerrero, y en el cual tomaron parte don Eduardo Zepeda-Henríquez, presidente del Instituto; el excelentísimo señor embajador de España, don Ernesto La Orden Miracle, y el ilustre escritor español don Guillermo Díaz-Plaja, quien habló sobre la *Influencia del Modernismo Catalán en Rubén Darío*.

Entre las recepciones ofrecidas, merecen destacarse por su brillantez y elegancia las del excelentísimo señor Presidente de la República, en el Palacio Presidencial y en su residencia granadina; las de los ministros de Educación y del Distrito Nacional, en el Club Social de Managua y en el Nejapa Country Club, y la del ex Presidente de la República y presidente de la Honorable Cámara del Senado, ingeniero don Luis A. Somoza Debayle, cuyo reciente fallecimiento lamenta todavía el pueblo de Nicaragua.

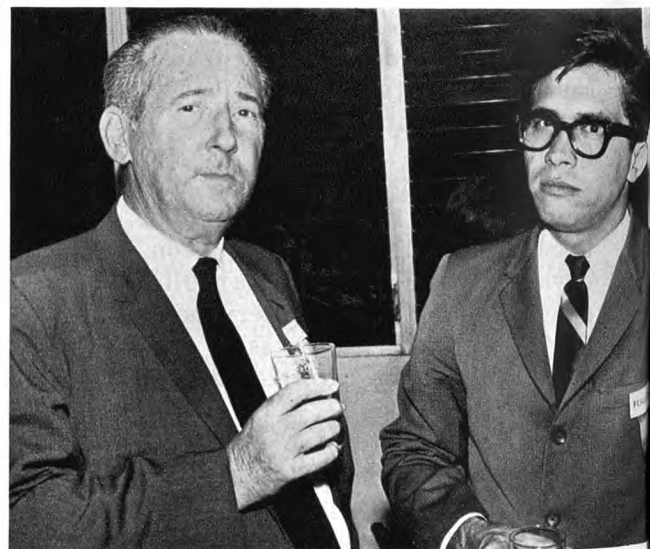
El solemne acto de clausura se realizó en la Casa Presidencial, donde el excelentísimo señor Presidente de la República impuso la condecoración de la Orden de Rubén Darío a los invitados de honor y a los miembros de la Comisión Nacional del Centenario. Aquí mismo tuvo lugar un concierto de gala a cargo de la Orquesta de Cámara del Conservatorio Nacional de Nicaragua, dirigida por el maestro Ernesto Rizo.

No queremos cerrar esta crónica sin referirnos a la extraordinaria bibliografía publicada decorosamente por la Comisión Nacional, con motivo del Centenario. Entre los libros más valiosos, se destacan: Rubén Darío, *Antología poética*, con una selección complementaria a cargo de Pablo Antonio Cuadra y Eduardo Zepeda-Henríquez; Rubén Darío, *Poesías y artículos en prosa* (edición facsimilar de los originales); Julio Ycaza Tigerrino y Eduardo Zepeda-Henríquez, *Estudio de la poética de Rubén Darío*, sobre el cual ha escrito el crítico norteamericano Boyd G. Carter que «destaca como una obra de sólida erudición que constituye una aportación nueva de mucho significado para los estudios darianos»; Erwin K. Mapes, *La influencia francesa en la obra de Rubén Darío*, traducción de Fidel Coloma González, y Charles D. Watland, *La formación literaria de Rubén Darío*, en versión castellana del mismo traductor.



Ilustres invitados al Centenario

El ministro de Educación, arriba, con su esposa y el académico español don Joaquín Calvo Sotelo y señora, y el también académico de la Española don Luis Rosales. Don Arturo Uslar Pietrie, eminente intelectual venezolano, que pronunció un discurso en el Congreso Nacional, acompañado por el doctor Juan Munguía Novoa. A la izquierda de estas líneas, el rector de la Universidad de Río de Janeiro, don Pedro Calmón, con el ministro de Educación de Nicaragua y el ministro del Distrito Nacional de Managua, don Humberto Ramírez Estrada. Abajo, a la izquierda, el eminente intelectual mexicano Jaime Torres Bodet con el ministro de Educación Pública. Bajo estas líneas, el gran escritor y académico nicaragüense don José Coronel Urtecho con un periodista. Ante un busto de Rubén Darío, el académico ecuatoriano don Augusto Arias y los nicaragüenses don Andrés Vega Bolaños y el señor Sequeira.



EL CENTENARIO

EN MADRID

EL
JEFE DEL ESTADO
PRESIDIO
EN EL
TEATRO REAL
LA SOLEMNE
CONMEMORACION



Su Excelencia el Jefe del Estado, acompañado de su esposa, doña Carmen Polo de Franco, presidió el día 18 de enero de este año, en el Teatro Real de Madrid, el homenaje a Rubén Darío en el centenario de su nacimiento. A este acto asistieron, asimismo, el vicepresidente del Gobierno y la casi totalidad de los ministros del mismo. Cuerpo diplomático acreditado en Madrid e importantes personalidades del país. Su Excelencia el Jefe del Estado y la señora de Franco fueron recibidos, a su llegada al teatro, por los embajadores de Nicaragua, don Vicente Urcuyo Rodríguez, y señora; ésta obsequió a la esposa del Generalísimo con un ramo de flores. Seguidamente, Sus Excelencias fueron saludadas por los miembros del Gobierno.

En el hall principal del coliseo se encontraban miembros de las representaciones diplomáticas en Madrid, presidente de las Cortes Españolas, presidente del Consejo de Estado, director del Instituto de Cultura Hispánica y otras personalidades. Al aparecer en el palco presidencial, el Jefe del Estado y su esposa fueron acogidos con calurosos aplausos por parte del público que llenaba el teatro. Posteriormente sonaron los himnos nacionales de España y Nicaragua y dio comienzo el acto.

Arriba, Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, acompañado de su esposa, doña Carmen Polo de Franco, preside el acto del Teatro Real. A la izquierda de estas líneas, Su Excelencia en un intermedio de la sesión, acompañado del embajador de Nicaragua, señor Urcuyo, y de los señores Fraga Iribarne, Legaz Lacambra y Nieto Gallo.

EL CENTENARIO

EN MADRID

En primer lugar, el embajador de Nicaragua, don Vicente Urcuyo, expresó su salutación, refiriéndose luego a la obra poética de Rubén Darío como cantor del pueblo español y de la idea de Hispanidad: «Yo quisiera recoger esta devoción de España hacia Rubén Darío y, por medio de ella, dirigir un saludo emocionado hacia todas las Repúblicas hispanoamericanas. Para que este Centenario no se quede en un simple recuerdo que el tiempo se lleva, sino que cuaje en frutos de armonía fraterna. Rubén, que fue calificado en su tiempo como «centinela avanzado de los caminos de la concordia internacional», sea ahora el inspirador de nuevas iniciativas encaminadas a la unión de las naciones hispánicas. Hoy, cuando ante la crisis del mundo y las graves amenazas que se ciernen sobre él, tienden a unirse los pueblos de buena voluntad e intereses afines, justo es que nosotros unamos, para decirlo con palabras de Rubén, «vigores dispersos», y formemos «un solo haz de energía ecuménica»...

Más tarde, el poeta nicaragüense Arturo Pasos leyó algunos poemas de Rubén Darío. Intervino después don Luis Morales Oliver, catedrático de la Universidad de Madrid, glosando la figura del poeta, cuya espiritualidad católica puso de relieve.

En la segunda parte del programa fue ofrecido un concierto de la Orquesta Nacional bajo la dirección de Frühbeck de Burgos y con el pianista Gonzalo Soriano. Fueron interpretadas las obras: *Noches de los jardines de España* y *El sombrero de tres picos*, de Falla.

Finalizado el acto, el Jefe del Estado y su esposa, a quienes acompañaban en el palco de honor los embajadores de Nicaragua y el ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne, escucharon los himnos nacionales de ambos países, después de lo cual el Caudillo y su esposa abandonaron la sala entre los aplausos de la concurrencia.

Un busto del poeta en la plaza de su nombre

Dentro de los actos de homenaje a Rubén Darío celebrados en Madrid con motivo de celebrarse el centenario del nacimiento del poeta, ha sido erigido un busto del mismo en la plaza que lleva su nombre, por iniciativa del Ayuntamiento de la Villa. Asistieron a este acto, con el alcalde de la capital de España, señor Arias Navarro, los miembros de la corporación municipal; el embajador de Nicaragua, don Vicente Urcuyo, con alto personal de la Embajada; embajadores de los países hispanoamericanos, Portugal, Brasil y Filipinas; director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Marañón; académicos, escritores y otras personalidades.

El busto del poeta nicaragüense es obra del escultor Planes. Está fundido en bronce y se asienta en un plinto en forma de pirámide truncada. Durante el acto de inauguración, daban guardia de honor al monumento números de la Policía Municipal en uniforme de gala. A los sonos de los himnos nacionales de Nicaragua y España, los señores Arias y Urcuyo procedieron a descubrir el busto, cubierto por las banderas de los dos países. El alcalde de Madrid



Arriba, exposición «En torno a Rubén Darío», en el Instituto de Cultura Hispánica. En la foto, el director del Instituto, señor Marañón, y el académico don Gerardo Diego. Debajo, momento de la inauguración del monumento a Rubén Darío en Madrid, en la plaza que lleva el nombre del poeta. En primer término, el alcalde de la Villa, señor Arias Navarro, y, junto al monumento, doña Rosa Turcios de Vaguero, sobrina de Rubén. A la derecha de estas líneas, los señores Morales Oliver y Urcuyo, embajador de Nicaragua, durante el homenaje en el Teatro Real.



pronunció unas frases de ofrecimiento del monumento que Madrid y su Ayuntamiento han erigido en honor del poeta de Nicaragua, en virtud del vínculo singular que siempre le unió a Madrid. El embajador nicaragüense dio las gracias por el homenaje que el pueblo de Madrid rendía al poeta de la raza hispánica.

Exposición en el Instituto de Cultura Hispánica

En el Instituto de Cultura Hispánica fue instalada una exposición bajo el lema «Entorno a Rubén Darío». En ella se exhibieron 172 documentos manuscritos y autógrafos, entre los que figuraban cartas de las amistades y corresponsales del poeta en sus tareas literarias de España e Hispanoamérica. Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, Unamuno, Pardo Bazán, Gómez Carrillo, Vargas Vila, Blanco Fombona, etcétera, enriquecen esta colección del Instituto. Notas, cartas familiares de Rubén, cuentas e impresiones de su viaje a Italia, así como 260 libros seleccionados de su obra, completaban la muestra, que fue inaugurada por el director general de Archivos y Bibliotecas.

Otros actos y publicaciones en homenaje del poeta

Alforjas para la poesía, serie de sesiones periódicas de poesía leída y recitada ante el público que viene celebrándose en Madrid, se unió al homenaje de la capital a Rubén Darío dedicando una de sus veladas al poeta nicaragüense. Intervinieron, entre otros, don Luis Morales Oliver, don Federico Muelas, don José García Nieto y el marqués de Lozoya. Asimismo, se leyó un poema de don José María Pemán dedicado a Rubén.

El diario matutino *ABC*, de Madrid, dedicó uno de sus extraordinarios dominicales al poeta de la Hispanidad, con prestigiosas colaboraciones, textos de Rubén e interesante material gráfico. Otros periódicos de la capital han publicado reportajes, artículos e informaciones de exaltación del poeta, a propósito de su centenario. *La Estafeta Literaria* le dedicó un número extraordinario, y *Nicarao*, órgano de los estudiantes nicaragüenses en Madrid, editó un número especial sobre Rubén Darío. Durante todo este año de 1967 se están sucediendo en Madrid—así como en otros puntos y capitales—los actos y homenajes que renuevan la vigencia de Rubén Darío en España.

Imposición de grandes cruces de la «Orden de Rubén Darío»

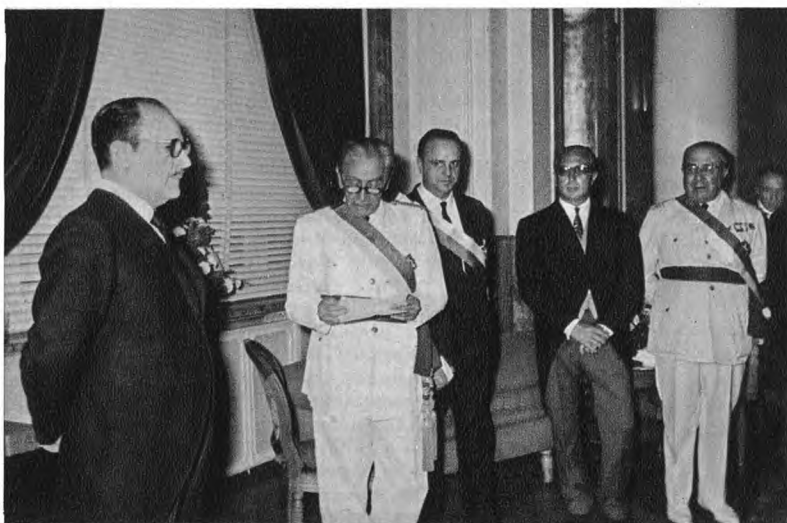
En recepción ofrecida por el embajador de Nicaragua, don Vicente Urcuyo Rodríguez, en el hotel Ritz, en honor del excelentísimo señor vicepresidente del Gobierno español, capitán general don Agustín Muñoz Grandes; don Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo, y otras personalidades españolas, tuvo lugar la imposición de Grandes Cruces de la «Orden de Rubén Darío» a los siguientes señores:

excelentísimo señor capitán general don Agustín Muñoz Grandes, excelentísimo señor ministro don Manuel Fraga Iribarne, excelentísimo señor don Antonio Villacieros y Benito, excelentísimo señor don Mariano Sanz Briz, excelentísimo señor don Manuel Sola, excelentísimo señor don José Montesinos Espartero y Averly, excelentísimo señor don Carlos Arias Navarro, excelentísimo señor don Justo Fernández y Fernández Trapa, excelentísimo señor don Fernando Fuertes de Villavicencio, excelentísimo señor don José Angosto Gómez Castrillón, excelentísimo señor don Félix Moreno de la Cova, excelentísimo señor don José Utrera Molina, excelentísimo señor don Rafael Betés y Ladrón de Guevara, excelentísimo señor don Ramón Castilla Pérez, excelentísimo señor don Antonio Luis Soler Bans, excelentísimo señor don Antonio Ibáñez Freire, excelentísimo señor don José María de Porcioles y Colomer, ilustrísimo señor don Víctor Ibáñez Martín, ilustrísimo señor don Juan Díaz García, ilustrísimo señor don Santiago Churruga.

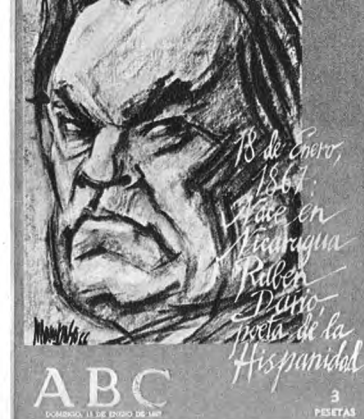
Conmemoración dariana en Málaga

Con asistencia de autoridades, corporaciones, embajador de Nicaragua en España, don Vicente Urcuyo, y demás miembros de dicha representación diplomática, se han celebrado en Málaga los actos conmemorativos del centenario de Rubén Darío. Se iniciaron éstos en torno al monumento a su memoria, con la intervención del gobernador civil y del poeta don José María Souvirón, quien pronunció un discurso subrayando el españolismo de Rubén y recordando su paso por Málaga. Se depositaron coronas de laurel al pie del monumento y fueron escuchados los himnos nacionales de ambos países. La agregada cultural nicaragüense, doña Carmen Solís, y la condesa de Berlanga de Duero, depositaron un ramo de flores. En el Ayuntamiento, el alcalde dio la bienvenida a los asistentes, anunció el propósito de dar el nombre de Rubén a una plaza malagueña y entregó al embajador el título de malagueño de honor. El señor Urcuyo correspondió imponiendo al alcalde la Medalla de la Orden Meritísima de Managua. Por la tarde, en el teatro Ara, se celebró un acto literario.

Y esta crónica queda en puntos suspensivos, pues la vigencia de Rubén Darío y los ecos de este homenaje continúan más allá de las dimensiones de este número especial de nuestra revista.



Un momento de la imposición de Grandes Cruces de la Orden de «Rubén Darío» que ha tenido lugar en Madrid, en recepción ofrecida por el embajador de Nicaragua, señor Urcuyo Rodríguez.



Portadas del diario «ABC», «La Estafeta Literaria» y «Nicarao», revista de los estudiantes nicaragüenses en España, que, entre otras publicaciones madrileñas, han dedicado números monográficos a Rubén Darío en el año de su centenario.

objetivo hispánico

UN ILUSTRE VISITANTE: DON FERNANDO LOPEZ HOFILEÑA VICEPRESIDENTE DE FILIPINAS

No es la primera vez que don Fernando López Hofileña, amigo leal de España, ocupa la segunda magistratura de Filipinas. Ocupó también la vicepresidencia de la República hace quince años, cuando el segundo período constitucional de don Elpidio Quirino. Cuarenta años de vida política, sin conocer nunca la derrota electoral, dice mucho sobre la integridad de este hombre, a quien sus sesenta y tres años no le restan energías, ilusiones ni actividades oficiales. Su profundo hispanismo, repetidas veces demostrado y otras tantas normativo de conductas y actitudes, justifica el recibimiento que España le ha tributado a su venida a Madrid.

El objetivo de la visita de este patricio de tantas causas filipinas ha sido conocer de cerca las distintas realizaciones españolas agrícolas, concretamente en el campo de la irrigación y en las siembras y cosechas de arroz. Su país está muy interesado en la novedad de una variedad de arroz que aumentará considerablemente la producción nacional arrocería, hoy insuficiente para el consumo propio. El Plan Badajoz y la huerta valenciana fueron



En el Palacio del Pardo, S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, recibió en audiencia al vicepresidente de Filipinas, don Fernando López.



En el aeropuerto de Barajas, el ilustre visitante filipino fue recibido por el ministro español de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, y por el ministro de Agricultura, señor Díaz Ambrona.

de un especial interés para el vicepresidente López Hofileña, y los grandes planes de regadío, el aprovechamiento de tierras y otras experiencias del agro español fueron objeto de sus varios viajes por el interior de la Península, alternando el programa de su estancia en España con visitas oficiales y actos sociales.

«A juzgar por la planificación del agro español, de la que es muestra la comarca de Badajoz—declaró el vicepresidente—, la España de hoy en el aspecto productivo puede compararse a cualquier país del mundo. El Plan Badajoz es uno de los grandes éxitos españoles. Sé lo que digo, como ministro de Agri-

cultura que también soy de mi país y como agricultor.»

Presencia de Filipinas

Junto con su hermano don Eugenio, el actual vicepresidente de Filipinas creó, allá por los años veinte, el diario «El Tiempo», de Iloilo, en lengua castellana. Es, pues, hombre fácil para la entrevista periodística, y recabamos de él su opinión sobre puntos vitales para el acontecer de Filipinas. Recogemos sus palabras en estos textos que tomamos mientras hablamos con él:

«LA HISPANIDAD en Filipinas no es hoy un simple recuerdo histórico, sino algo operante y vital. Tampoco se puede decir que allá el idioma español se esté muriendo, como algunos han dicho, porque hay mucha gente que lo habla y es una de nuestras lenguas oficiales. No se ha aprobado últimamente ninguna ley reduciendo el número de Unidades en el aprendizaje del español; hasta ahora ni siquiera se ha discutido en el Congreso.

«UN CONVENIO comercial hispano-filipino está en estudio actualmente por el embajador de Filipinas en Madrid, que tiene instrucciones del Presidente Marcos para su elaboración. Sería el primer convenio de esta clase que España y Filipinas firmen. Más que decir que Filipinas pretende hoy liberarse de la esfera de los Estados Unidos y empieza a expandir sus relaciones comerciales con Europa, digamos correctamente que ella siempre ha tenido abiertas sus puertas no sólo a los Estados Unidos, sino a todos los países de Europa, aunque ésta no ha mostrado mayor interés en el intercambio. Concretamente, queremos ahora desarrollar con España una fuerte corriente comercial.

«BALUARTE del cristianismo en el Extremo Oriente es Filipinas. Y baluarte también de la paz. Le preocupa e interesa muchísimo el resultado de la actual contienda vietnamita,

porque está muy cerca del Vietnam, del que la separan sólo dos horas y media de avión y porque el triunfo de los vietcongs significaría la expansión del comunismo por una serie de países, incluyendo Filipinas. Históricamente nos ha tocado ser, ayer y hoy, un baluarte de Occidente en el Extremo Oriente, y una avanzada de los grandes valores cristianos. Esa es nuestra historia, con su irrenunciable hispanidad, de la que, orgullosamente, hacemos profesión.»

NIVIO LOPEZ PELLON

Bajo estas líneas, el vicepresidente filipino visitando la Mezquita de Córdoba.



La Medalla de Oro del Centenario de Rubén Darío, a S. E. el Jefe del Estado

Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, recibiendo del director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya, la Medalla de Oro del Centenario de Rubén Darío.



Busto de Rubén Darío en Washington

Para conmemorar el centenario del nacimiento de Rubén Darío, la Organización de los Estados Americanos (O.E.A.) ha erigido un busto del poeta nicaragüense en el Salón de las Américas de la Unión Panamericana en Washington, D. C. Participaron en la ceremonia, de izquierda a derecha, el secretario general de la O.E.A., doctor José A. Mora; el embajador de Nicaragua, Guillermo Sevilla Sacasa; el escultor Juan José Sicre, y el embajador de Panamá y presidente del Consejo de la Organización, Eduardo Ritter Aislán.

Condecoración peruana al arquitecto español Leoz

LIMA.—En el transcurso de un brillante acto celebrado en el Salón Dorado del Palacio del Gobierno, el Presidente de la República, Fernando Belaúnde Terry, impuso al arquitecto español don Rafael Leoz de la Fuente las insignias de la Orden de El Sol, en el grado de Comendador.

El señor Leoz permaneció en Lima para formar parte del jurado internacional para el concurso del proyecto del Colegio Mayor «San Martín de Porres» que se construirá en Madrid, y que promueve el Colegio de Arquitectos de Perú.



Conferencia del director de la Escuela de Guerra argentina

MADRID.—En los días en que permaneció en España en visita oficial el brigadier general don Guillermo Pellicer, director de la Escuela Nacional de Guerra Argentina, pronunció una conferencia en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional.

En la fotografía, el brigadier general Pellicer durante su disertación.



El comandante en jefe del Ejército chileno, en Madrid

MADRID.—Invitado por el ministro del Ejército, visitó España el comandante en jefe del Ejército de Chile, general don Bernardino Parada Moreno. A su llegada al aeropuerto de Barajas recibió la bienvenida del Jefe del Estado Mayor Central, teniente general don César Mantilla Lautrec; jefe de la Región Aérea Central, director general de Instrucción y Enseñanza y otras personalidades.

Durante su estancia en la capital, el general don Bernardino Parada Moreno visitó al ministro del Ejército, teniente general don Camilo Menéndez Tolosa.

A la entrevista asistió el embajador de la República de Chile en Madrid, don Julián Echávarri.

Distinción española a un diplomático uruguayo

NUEVA YORK.—El embajador permanente de España ante las Naciones Unidas, don Manuel Aznar, impuso la Gran Cruz de Isabel la Católica al embajador de Uruguay en dicha organización internacional, don Pedro Berro.



Teatro español en Costa Rica

SAN JOSE.—La temporada de teatro español, clásico y contemporáneo, llevada a cabo en esta capital por la compañía dramática de Alejandro Ulloa, constituyó un rotundo éxito y una auténtica campaña de divulgación de los valores escénicos y literarios españoles.

Con motivo de la estancia de los actores españoles en San José, el embajador de España, don José Manuel de Abaroa, y su esposa, ofrecieron en su residencia oficial una recepción, a la que asistieron miembros del Gobierno y del Cuerpo diplomático, así como destacadas personalidades del arte y de la sociedad costarricense.

En la fotografía, los embajadores de España, señores de Abaroa, posan junto a un grupo de actores españoles, en el que aparece también el director y primer actor de la compañía, Alejandro Ulloa.



LXXX aniversario de la Academia Peruana de la Lengua

LIMA.—La Academia Peruana de la Lengua celebró con gran brillantez y solemnidad su LXXX aniversario. El Presidente de la República, Fernando Belaúnde Terry, pronunció con este motivo un discurso. Acompañaron al primer dignatario de la nación en la presidencia del acto don Aurelio Miró Quesada, presidente de dicha Academia, y don Angel Sanz Briz, embajador de España en Lima en aquella fecha.



Monumento a Isabel la Católica en Panamá

PANAMA.—El Presidente de la República, Marco A. Robles, efectuó el descubrimiento de un busto de la reina Isabel la Católica recientemente donado por el Instituto de Cultura Hispánica al Concejo Municipal, y que ha sido emplazado en las ruinas de la ciudad española de Panamá la Vieja. El arzobispo de Panamá, monseñor Clavel, bendijo el monumento, y el embajador de España, don Emilio Pan de Soraluce, pronunció un discurso. Asistieron al acto ministros del Gobierno, miembros del Cuerpo diplomático acreditado en la capital, autoridades civiles y militares, representantes de las distintas escuelas y una compañía de guardiamarinas del buque-escuela español «Juan Sebastián Elcano», que desfilaron a continuación.



Sacerdotes españoles, en Perú

LIMA.—Ciento diecinueve sacerdotes españoles llegaron a esta capital con el fin de incorporarse a la Misión Conciliar. El Presidente de la República, Fernando Belaúnde Terry, ofreció una especial recepción a los religiosos españoles y les dirigió la palabra para hablarles de la integración hispana en América y de cuanto significa la nueva España para esa integración.

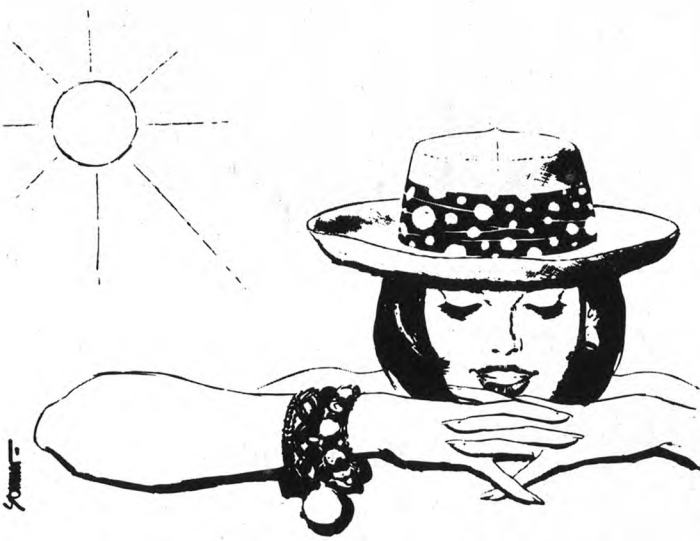
Guardiamarinas chilenos, en España

El buque-escuela chileno «Esmeralda», en viaje de prácticas por el Mediterráneo, fondeó en el puerto de Barcelona. Durante su visita a la Ciudad Condal, los guardiamarinas chilenos rindieron homenaje a Cristóbal Colón con una ofrenda floral ante el Monumento al Descubridor, acto al que asistieron las primeras autoridades barcelonesas.

Posteriormente, el buque-escuela de la Armada de Chile ancló en Mallorca. En la capital de la isla, la dotación del «Esmeralda» tributó homenaje a los Caídos por España.

En la fotografía, un momento del acto celebrado ante el monumento a Colón en el puerto de Barcelona.





EL APERITIVO "super-refrescante"

UNO sólo, ya
CALMA la sed..!

BITTER*
CINZANO
soda



* SE BEBE BIEN FRIO

RUBEN DARIO

1967

RUBEN Y ESPAÑA

Por
**José María
Souvirón**

Director
de la Cátedra
Ramiro de Maeztu

El Centenario de Rubén ha sido intensamente celebrado en España. No podía ser menos tratándose de un poeta nuestro. En esta apropiación no hay el menor matiz de exclusividad. Darío es un poeta universal, pero sobre todo hispánico. Su obra ha renacido, en su merecida grandiosidad, con ocasión de esta fecha conmemorativa. Rubén se confirma como uno de los más grandes líricos de la Hispanidad.

Toda poesía, por excelsa que sea, está sujeta, en parte (y nada más que en parte) a circunstancias de época de modos y modas, de influencias generales, de ámbito cultural y hasta de condiciones sociales del momento en que es producida. Lo que distingue a la verdadera poesía de la pseudopoesía o de la poesía «voluntaria», es el vencimiento, a la larga o a la corta, de esas condiciones particulares. Por lo demás, la poesía perdurable no puede ser despojada de su forma ni de sus aspectos meramente externos para acomodarla al uso de otro tiempo. Lo que es, es, y hay que amar las cosas y su interpretación por lo que son en sí, y no abandonarlas por un afán de estar *al día*. La duración de un poeta podrá estar sometida a altibajos de crítica, a cambios casi meteorológicos de olvido y recuerdo; pero si ese poeta ha encontrado en alguna parte de su obra la intensidad que constituye la excelencia del arte, volverá a surgir, airoso y tal vez crecido de toda la tierra que se haya querido echar encima para seguir torpemente en la mayoría de los casos, los mandatos de un cambio que, más que sensibilidad, suele ser de actitud, y de actitud no siempre ejemplar ni justificable.

Tanto en España como en Iberoamérica hubo un tiempo de entusiasmo rubeniano coincidente con los últimos años de su vida, y después una especie de enfriamiento crítico más voluntarioso que eficaz. De lo que sí podemos estar ciertos es de que entre los contemporáneos españoles de Darío, no hubo ninguno que valiera literariamente la pena, que le tomara a burla o con desprecio. Otra cosa es que muchos críticos facilonos y muchos poetas de vía estrecha le hicieran objeto de chacotas de mal gusto. Ninguno de los grandes de aquel tiempo, de los que iniciaban su plenitud o la habían alcanzado al ser descubierto Rubén en España, pudo sustraerse a la admiración más sincera. No todos con la misma disposición,

bien es cierto. Como ha expresado Enrique Anderson Imbert: «todos, en frío o con fervor, admiran su maestría; unos acompañan sus pasos a los pasos de él (Salvador Rueda); otros no se suman a la procesión, pero la miran pasar con respeto (Antonio Machado), o a regañadientes (Unamuno); están los entusiastas (Villaespesa, Valle-Inclán) y no faltan los más jóvenes que llevarán el estandarte hasta una poesía de puras esencias (Juan Ramón Jiménez)».

Su corazón «triste de fiestas» recibió el eco del corazón del mundo. La tristeza de la fiesta no le abandonó nunca, ni aún en los instantes en que más sumido parecía en su goce. Las «claras horas de la mañana—en que mil clarines de oro—dicen la divina diana» no le impedían «la angustia de la ignorancia de lo porvenir». Sólo cuando se hallaba frente al misterio de fe lograba dominar aquel sentido que se empeñó en mantener, gloriosamente, pero tristemente a la vez. Hay momentos en que nos parece, a los hombres que no alcanzamos sino el eco final de aquella época cerrada por la primera guerra mundial que todo en ella era contento, liviandad, diversión, imprevisión, apartamiento del drama humano. Creemos que el regalado París, la alegre Viena, el plácido vivir aparente de una soñadora burguesía cómoda pudieron extinguir la pálida llama de tristeza que el hombre de todos los tiempos lleva siempre prendida. «No me podrán quitar el dolorido sentir», dijo Garcilaso, y ese dolorido sentir, por mucho que se procurara ocultarlo o disfrazarlo, persistía, como persistirá hasta que la cercanía de la consumación de los tiempos traiga el anhelado Reino que todos hemos perdido y que siempre buscaremos.

Que Darío escribiese su *Salutación del Optimista* en la hora que la escribió, demuestra (hay que insistir en ello) un optimismo implacable. La España que vive Rubén es una España en la que todo, o casi todo,

concorre hacia la desesperación: pérdida de los últimos restos de un imperio, desaliento y, más que pobreza, pobreza. Otros inyectan un sentido de renovación; pero él no se limita a eso, sino que enaltece lo que en ese instante parece irremediabilmente caído al fondo de la historia. Como manifestaba Ortega y Gasset, se necesitó la eclosión radiosa de un indio de pecho abierto para que la mortecina poesía de España volviese a levantar el vuelo. Fue quizá el primer hispanoamericano que nos devolvió lo que nuestros antepasados hicieron para la cultura americana.

No fue esa decisión de optimismo y esperanza un producto de la imaginación, sino una convicción que el poeta llevaba en lo más íntimo, y que rebrotó poderosa ante la cercanía de lo español. Sus entusiasmos, dichos en varios famosos poemas de alabanza a lo español, se resumen con una parquedad exacta en el comienzo de un soneto que leyó en una celebración más argentina que española por circunstancias de lugar y fechas:

*Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y ya nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.*

La Cátedra Ramiro de Maeztu ha celebrado el año de Rubén Darío con un Curso, cuyo buen éxito ha demostrado la admiración y el interés que suscita en el público. Han dado conferencias en este Curso: Gastón Baquero, Dionisio Gamallo Fierros, Enrique Macaya, Ginés de Albareda, Carlos Martínez Rivas, José Hierro y Gerardo Diego.

La revista *Cuadernos Hispanoamericanos* publicará próximamente un número extraordinario dedicado a Rubén. Hoy es MUNDO HISPÁNICO el que dedica sus páginas al recuerdo de tan grande e inolvidable figura.

LA SIEMBRA DE LA ESPERANZA

Por
Luis Morales Oliver

Mucho se ha hablado, mucho se sigue opinando en torno a la figura de Rubén. La variedad de motivos temáticos, la riqueza de sus innovaciones métricas, el fluir de su pulso poético desde los aspectos formales y decorativos hasta los más serios contenidos ideológicos y espirituales, explican los vaivenes de la crítica. Corre por los versos del poeta nicaragüense un desasosiego, un temblor, una alternancia, que, a primera vista, desorienta. De aquí que una lectura superficial pudiera inducir a creer que lo dominante en su orbe estético radique en la supremacía del sensualismo y de lo orquestal. Y, sin embargo, qué lejos estaría ese concepto de la más definitiva y última realidad rubeniana.

Es verdad que el análisis tradicional de la poesía de nuestro escritor ha entrevisto en ella dos épocas cronológica y entitativamente diferenciadas, constituida la primera por la galanura rítmica y sonora, y formada la segunda por el gran río de lo hispánico y de lo trascendente. Pero esta diferenciación no impide que las dos corrientes se interfieran. Así, entre los alardes renovadores de la fiebre modernista, entre lo versallesco, pindárico o wagneriano, germina y se esconde, como en la espiga, el gran fecundo. Dígalo el último verso de este soneto inserto en «Prosas profanas»:

«y en la espiga de oro y luz duerme la
[Misa].»

Con análogas incidencias aparecen, de vez en vez, en la segunda fase de su mundo poético, los motivos determinantes de la primera, lo azul, helénico, oceánico, color del ensueño, o del desaliento de la juventud que se va para no volver. Pero éstos son motivos transitorios que jalonan, que dan latido al drama vital del poeta, cuya psiquis, cuya alma se mece «entre la Catedral y las ruinas paganas». Pese a todo, su ingenuidad se resuelve decididamente en luz con el triunfo de los valores perdurables. Bien lo confirman los estudios del sentimiento religioso en Darío elaborados por Luis Alberto Cabrales, Bosci, Boyd, Bravo, y, en primera línea, por la religiosa norteamericana sor Catalina Tomás McNamee, autora de una tesis que dejará huella.

Sin necesidad de penetrar en la rica vena de las apetencias del autor de «Cantos de vida y esperanza», pues tal aspiración nos llevaría muy lejos, podemos darnos cuenta de su alcance a través de unos breves juicios significativos. Claramente lo vemos expresado cuando nuestro escritor considera que como hombre ha vivido en lo cotidiano, pero como poeta no ha claudicado nunca,

«pues siempre—añade—he tendido a la eternidad». Por eso escribe en la historia de sus libros que la oración le «ha salvado siempre la fe». Por idéntica razón vuelve sus ojos «al inmenso resplandor de la figura de Cristo». Y, asentado en aspiraciones tecnológicas, presenta «como verdadero refugio de creencia en la Divinidad». ¿No es ésta la raíz que vigoriza su obra con el aliento de la gracia? ¿No se le abren así sus propios ventanales hacia horizontes que perviven? Curioso fenómeno el de este poeta en lucha con la carne, con la paganía, con el pesimismo, con la desolación, con el temor de «la Pálida», y que frente a sus enemigos, apoyado en el «inarrancable filón de la raza», halla fuerzas para encender «la interior llama infinita», para adormecerse con el rumor de las «suaves campanas del Angelus» y «caminar llevando puesta el alma en Dios».

Nada más instructivo para fijar el estado de ánimo del poeta dentro de la elipse del espíritu que su concepto de la esperanza. Es ésta una virtud teologal y que vive a la sombra de la providencia. Hijos suyos son el optimismo, la risa, la sonrisa, la alegría. A todos dedica versos o artículos Rubén. No importa que se le enfrenten sus antagonistas: la depresión vital, la tristeza, el vacío del ser, oscuras inquietudes del hombre contemporáneo. El poeta de la Hispanidad lucha, y si un día compone su poema «Lo Fatal», trémulo de angustia, escrito, como afirma, contra su «arraigada religiosidad», pronto logra el equilibrio perdido y recupera de nuevo la senda luminosa. Con estos combates y victorias se agiganta su sentido de lo humano.

La esperanza no podría subsistir sin una interpretación celeste del mundo creado. El íntimo optimismo de San Agustín se basa, precisamente, en una visión deílica y providente del cosmos. También Darío llega a esta solución. Ve al hombre como un «universo de universos» y oye a la hoja de cada

árbol cantando su propio cantar. Desde el instante en que la paz del campo, la paz de Dios asoma y el ejemplarismo agustiniano vivifica la poesía de Rubén, la contemplación de los seres se le convierte en fuente de optimismo y le impulsa a exclamar que la tierra es bella y que las criaturas forman un poema de substrátum divino:

«Es incidencia la Historia, nuestro destino
[supremo
está más allá del rumbo que marcan las
[fugaces épocas.
Y Palenke y la Atlántida no son más que
[momentos soberbios
con que puntúa Dios los versos de su augus-
[to poema.»

Experimenta el autor de «Azul» un especial agrado al pulsar los temas que discurren por módulos optimistas. La risa le merece una «Apología», porque ella libra al mundo de la noche, y los hombres risueños son, generalmente, sanos de corazón. A la alegría la contempla como un don y nos anima a incorporarla a nuestra vida. Y al pensar en el optimismo, le brota todo un poema admirativo de raigambre hispánica. Tales son los frutos nacidos de la esperanza,

Los jóvenes españoles de los republicanos años treinta nos encontramos literariamente con el valladar de la «generación poética de 1927», que no era por aquel entonces muy rubendariesca que digamos. Cuando Juan Ramón Jiménez, tan deseoso y por encima de ser «moderno», valorizaba a Rubén como algo superior al representante por excelencia del Modernismo, los nacientes postmodernos, deslumbrados con lo que suponían Alberti, Cernuda, Lorca, etc., apenas si lo escuchábamos, y mucho menos al intimar con León Felipe y con el Pablo Neruda recién llegado a España, en días de camaradería poética inolvidable. Lo iconoclasta—y perdónese la franqueza en momentos conmemorativos—era calificar al poeta poco a la page de rubendariesco anacrónico. Aunque hubiera líricos que admirasen recónditamente a Darío, lo público, lo militante en la literatura de entonces, era permanecer al margen del oropel y de los cisnes. En mi caso personal, fue preciso un largo viaje por América para reencontrar a Rubén. (Antes de la guerra civil española tampoco se hablaba en exceso como he dicho alguna vez dentro de «lo moderno», de Antonio Machado, Ramón del Valle-Inclán y el poeta Unamuno, excepciones sobre las que en todo momento, sin embargo, cargó las tintas como debía el hombre más justo e injusto que he conocido: J. R. J.) Reconozco que ha sido en América, y no precisamente por circunstancialismo geográfico, donde yo he comprendido que los mejores poetas de aquel continente son excelentes a pesar de la hojarasca, quizá porque los que carecen de ella resultan un tanto fantasmagóricos, demasiado en los huesos, con todas las pretensiones que se quiera, pero sin la suficiente entidad. Lo que yo no podía soportar de joven en Darío, el mayusculismo, la envoltura, se me reveló característico de un continente donde todo es grande, vasto, desmedido. Sin necesidad de recurrir a nombres, lo que representa mejor en poesía a la América de estirpe española es aquello que, independientemente de su acento, de su intensidad, de su auténtica voz lírica, aparece rodeado de un complemento quien sabe si forzoso, del que sigo sin sentirme

cuyo cultivo consideraba nuestro artista como «misión del poeta». Con este espíritu joven, sabroso de cristiandad, compuso Rubén, dedicado a enaltecer en sus «Cantos» la virtud de la esperanza, un poema ambientado en su órbita, en el que le pide al Señor le conceda al morir la luz de un nuevo día. Como cifra de tanto entusiasmo, lanza este grito a los cuatro puntos cardinales de Hispania:

«Y así sea Esperanza la visión permanente
[en nosotros.]»

A medida que su poemática se depuraba, su lirismo fue ganando también en altura y en seguridad expresiva. Su sentir comprendió cada vez mejor aquel ángulo de la estética martiniana en el que pudo espigar con emoción las siguientes notas, finas como un arpa: «¡Qué benefactores los poetas que cantan cosas divinas y consuelan!; pueblan de blandas músicas los espacios del alma; la poesía hermosea la seductora bondad del universo; ¡bien hayan los versos creadores de la esperanza y anunciadores de la verdadera realidad divina!» ¿No fue éste el acorde más impresionante de la lírica de Rubén?

“AMERICANO UNIVERSAL”

Por Ginés de Albareda

(Fragmento de la conferencia pronunciada en la Cátedra Ramiro de Maeztu)

A través de la vida de Rubén Darío, vemos como el poeta se sintió americano universal con fondo de España, o español americano con fondo de universo. Toda Europa y toda América, con ensoñaciones de los cinco continentes, pasan por la vida y la obra del gran poeta. Pasan—decimos—; cruzan, vuelan. Sólo España permanece en él.

Con «Cuentos de vida y esperanza» se cumple el ciclo literario y humano del poeta. Los «Cuentos de vida y esperanza» le muestran ya, muy a la española, nostálgico de gloria, cristiano y español hasta la médula. La experiencia le ha convencido. Estos «Cantos» son la plenitud de su corazón; son España y él fundidos en un abrazo lírico. Aquella España que buscara de niño, instintivamente, en los libros de Lope de Vega, de Cervantes, de Gracián, de Fray Luis, de Teresa... Una España que le duele ya en el costado mismo de poeta. La curva simbolista—Rostand, Baudelaire, Mallarmé, Verlaine—no le afecta más que en lo externo. En el fondo, la hispanidad vibra hecha huracán lírico, y se alza, en cada sílaba, para gloria de su verbo encendido. Y es ahora cuando comprende del todo a la América española, porque Rubén Darío—ya lo dijo Rodó—no había visto, no había sabido ver la pampa, ni el trópico, ni la cordillera andina. Y aquí, en la vieja tierra hispana, trocó fervor y desvelo por profundidad y trascendencia, y a cambio de corazón y fiebre lírica recibió idioma, sentido genésico originario de lo racial.

Y aun hay, en este trueque de amor, algo más que marcará al poeta para la eternidad: Rubén le devolvió a España cuatro siglos de cultura española; pero España, en este reencuentro anhelante, le hizo el regalo de Dios.

HOJARASCA Y LUCIDEZ

Por
Enrique Azcoaga

nada partidario. El Darío grandilocuente, desmesurado, pecaminosamente escenográfico, no me gustó cuando yo me sentía «más que vanguardista», ni me gusta ahora. Pero resulta pueril afirmar—aunque un poco obligado después de lo dicho—que existe el íntimo, el auténtico, el que convirtió lo vivo en verdad poética, hasta alcanzar la prueba de una legitimidad musical diferente de lo que se entiende por «sonoro» la mayoría de las veces. Y que si su verbo tuvo desde mi punto de vista un inconveniente: el de convertir el tópico, en cliché demasiado rápido, muchos de los valores que lo justifican hasta lo incuestionable, su verdad—de una potencia comunicativa fascinadora—es probablemente la verdad más contagiosa, más lúcida y más estimulante (y me refiero a valores a los que por desgracia renuncian actualmente muchos poetas) de la poesía latinoamericana.

Lo estimulador, férvido y comunicativo de Darío me apasionó en América, al ir conociendo una poesía moderna interesante, sensible, inteligentísima en la mayoría de los casos, carente de hojarasca, es verdad, pero carente también del acento, de la voz, del ímpetu imprescindible que la de Darío por fortuna derrocha. La poesía de Rubén—como un viento legítimo—templa más que seduce, entona más que aconseja, porque tiene mu-

cho de lo mejor de la América que habla español: misteriosidad juvenil, crudeza en este caso superaquilatada, vibración germinal por encima de todo, coraje de principio hondo, efusivo, trastornador... La pretensión juanramoniana de «desnudez», culpable probablemente de que sus nietos poéticos no entrásemos en Darío con la facilidad con que debimos, hizo entre nosotros que la poesía, al desprenderse de todo lo adjetivo, fuera más auténtica. Corriendo el riesgo de ser mal interpretado, afirmo en homenaje a Rubén Darío precisamente que en América la renovación retórica que en poesía se ha realizado, como en todas partes, ha disminuido muchísimo el voltaje de voces y acentos, a fuerza de depuraciones expresivas, de limpieza de medios y procedimientos, de combatir en suma la hojarasca. La desnudez poética sólo debe exigirse para algo que nunca es suficiente: para la comunicación más efectiva. Pero en Rubén hemos visto un poco tarde, justo es reconocerlo, que no hay comunicación sin voz, sin acento, sin que el poeta se convierta en ese viento al que hemos hecho referencia; y que una cosa es lograr el equilibrio entre forma e ímpetu que Darío lograra en sus niveles más altos, señalando, inevitablemente, por contraste, el abuso formal de lo que consideramos ma- yusculística, y otra prescindir a fuerza de

desnudar lo retórico del pulso, de la voz y el acento, sorprendentes en casi toda la obra del americano.

A Rubén le importaba en poesía sobre todo lo lúdico, como a los grandes, verdaderos poetas; y su intimidad, al legitimarse en versos verdaderos, corrió el riesgo muchas veces de cuajarse en estrofas repintadas de purpurina. Darío, que era una fuerza de América, un rejuvenecedor impresionante, una categoría humana que no busca el crédito porque se siente acreditada, una voz que siempre desborda la expresión incompleta o conseguida, entendió y nos hizo entender cuando superamos la prevención que siempre nos produjo su grandilocuencia fosforescente, que ésta a veces es disculpable cuando los poetas que no viven pendientes del patrón a la moda hacen verdadero un acento, una voz, en la medida que se libran de la misma. El poeta prefabricado, tan abundante por desgracia en la literatura moderna, plantea con cautelas sospechosas lo que si no nace escotado por muchas precauciones, a lo mejor no luce, ni poco ni mucho. Un poeta fatal como Darío no puede acreditar una obra de pulso mesurado, de timbre homogéneo, porque, al perseguir la lucidez lírica y desear trascender por los caminos que lo hacen las semillas, en nada recuerda a esos caudales entrañables que apenas superan la condición de los arroyuelos. Sin embargo, desbrazada la hojarasca, superada la precaución que pueda producir lo inaceptable ampuloso, entendamos a Rubén como a un sembrador que legitima su voz y, por tanto, la verdad del hombre, entregándonosla como una estrofa ígnea. Y pensemos, a la vista de la poesía desnuda americana—aséptica en lo formal y con poca voz y acento determinantes—y en la pedantesca y desangelada que hoy realizan en nuestro clima gentes que, en vez de ser voces, apenas si son otra cosa que voluntades, que la auténtica poesía es la que se hiere, se rompe, se desorbita, etc., etc., antes de lograrse. Pero que cuando lo es por su potencia determinante, acreditando hasta los excesos de versos grandilocuentes, están aquellos otros que siembran en quienes los acogen la luminosidad de lo más vivo.

1967

No se le hace justicia a Rubén cuando se considera a sus *Cantos de vida y esperanza* como si fuese la última cima de su mundo poético. Este libro constituye, sin duda, uno de sus mejores logros. A juicio de muchos, su mejor obra. Pero no es la cima de su mundo poético, ni mucho menos cierra el horizonte de su rico universo. El Rubén posterior a este libro, que en ocasiones desorienta a muchos hispanistas, entre otros al mismo Maeztu, sigue siendo auténticamente fiel a sus premisas esenciales. Por su espíritu es posiblemente el Rubén más interesante y actual y con más posibilidad de futuro entre las variadas pero nunca incoherentes imágenes que del poeta conocemos. Y esto aunque su obra última nos dé muchas veces la impresión de unos logros no tan afortunados como otros suyos anteriores. También su meta es más difícil de poetizar. Se trata del Rubén ecuménico. En *El canto errante* (1907) puede advertirse desde su poema inicial como

*el cantor va por todo el mundo
sonriente o meditabundo.*

*Y entra en su Londres en el tren,
y en asno a su Jerusalén.*

*Con estafeta y con malas,
va el cantor por la humanidad,
el canto vuela con sus alas:
Armonía y Eternidad.*

Los temas que trata en buen número de poemas de este libro tienen toda una dimensión de universalidad. Y, como buen poeta que es, se esfuerza en moverse no sólo entre las ideas, sino en realidades históricas, ya se trate de *Israel*, en el que se ve la blanca mano de Cristo sobre el infierno rojo, o de Norteamérica en su *Salutación al águila*, corrientemente mal interpretada, pero que no significa ninguna incoherencia en su espíritu:

*Dinos, Águila ilustre, la manera de hacer multi-
tudes
que hagan Romas y Grecias con el jugo del
mundo presente,
y que vuestra obra inmensa las aprobaciones
recoja
del mirar de los astros, y de lo que hay más
allá.*

Universalidad que él capta en su siempre tan admirada Francia, o en las inmensas extensiones argentinas, *Desde la Pampa*; pero que se le revela en un poema que nos puede dar la clave de todo su último período, y que precisamente lleva este título, *Revelación*:

*Y sentí que sorbía en sal y viento
como una comunión de comuniones
que en mí hería sentido y pensamiento.*

*Y con la voz de quien aspira y ama,
clamé: «¿Dónde está el dios que hace del lodo
con el herido pie brotar el trigo,
que a la tribu ideal salva en su éxodo?»
Y oí dentro de mí: «Yo estoy contigo
y estoy en ti y por ti, yo soy el Todo.»*

Si esta línea ecumenista de su último período da algunas veces la impresión de desaparecer, entre intermezzos y poemas incidentales o de circunstancia, o en el mismo *Poema de Otoño*, vuelve a aparecer con más fuerza en el *Canto a la Argentina*, como si esta tierra, a la que se sintió tan vinculado, le diese la clave definitiva que necesitaba su inspiración para que no se perdiera en pura idealidad. Hay críticas que consideran este *Canto* entre los más excelsos de Rubén.

Pero tal vez por su amplitud o por su fluidez, pese a sus innegables y grandes aciertos, no tiene la tensión interna ni la garra de otros muchos poemas suyos, más breves, pero más

*He aquí el Gran Dios desconocido
que todos los dioses abarca.*

Sin que por ello nuestro poeta dejara de acentuar su entusiasmo hispánico, porque, buen conocedor del espíritu de la «madre Patria», sabía de su inconfundible ecumenicidad:

*¡He aquí la fragante campaña
en donde crear otra España
en la Argentina universal!*

Pero son todos los países los que caben en su universalidad:

*Nietos de los conquistadores,
renovada sangre de España,
transfundida sangre de Italia,
o de Germania, o de Vasconia;
o venidos de la entraña
de Francia, o de la Gran Bretaña;
vida de la Policonia,
savia de la patria presente,
de la nueva Europa, que augura
más grande Argentina futura.
¡Salud, Patria, que eres también mía,
puesto que eres de la Humanidad:
Salud, en nombre de la Poesía;
salud, en nombre de la Libertad!*

Procura siempre Rubén los mejores elogios para España, para sus capitanes, virreyes y, en general, para la vieja vida española y para la nueva traída por sus emigrantes. Canta, por otra parte, a los héroes de la guerra gaucha, pero se ve claramente que apunta hacia una meta más amplia, más ecuménica. Así cuando canta a la mujer, tema central siempre en su poesía, la ve ahora creada con savias diversas, y la compendia como *Venus criolla*:

*Talle de vals de Viena,
ojo morisco de España,
crespa y espesa pestaña
es de latina sirena;
de Britania será esa piel
cual la de la pulpa de lis
y que se sonroja en el
rostro angélico de la «miss»;
esa ondulante elegancia
es de la estelar París;
y esa luminosa fragancia
de las entrañas del país.*

En su conjunto, *El Canto a la Argentina* es un himno de gloria a la «América prepotente», a su alto destino:

*...pánico incensario
encendido por el destino.*

En vano buscaremos en él una panmixtura a lo Juan Ramón Jiménez o segundos planos a lo Saint-John Perse. Su vitalidad nunca se desborda ni hace saltar los límites clásicos de la forma o de un pensamiento claro. No es lo suyo el desarbolamiento emocional ni el informalismo. No obstante, en el verdadero espíritu de la poesía, es único y universal.

RUBEN ECUMENICO

Por
Vicente Marrero

compactos y de efectos poéticos más definitivos.

*...El sonoro
viento arrebató la gran voz de oro.*

Extendiendo al máximo la generosidad de su espíritu, Rubén canta a la Humanidad y tiene la visión de las masas del mundo de hoy:

*Los éxodos os han salvado;
¡hay en la tierra una Argentina!*

Quienes hemos vivido de cerca la dispersión de los pueblos de la Europa Central, en los años más críticos de su historia; quienes hemos visto después, en distintos países de Hispanoamérica, cómo aquellas masas de emigrantes se han abierto paso, acomodándose a una vida que lleva el sello inconfundible del Nuevo Mundo, sabemos cuán profundamente vio el futuro Rubén, que, ahora con más nitidez que nunca, acentúa su mejor espiritualidad.

HOY Y MAÑANA DE LA HISPANIDAD

ACTUALIDAD • REALIZACIONES • PROYECTOS

LA LIBERTAD DE ACCION CON LOS PRESTAMOS, BASE PARA EL DESARROLLO DE IBEROAMERICA

Es muy significativa la actitud general que vienen adoptando los países iberoamericanos en materia de aceptación de préstamos y ayudas para fomentar su desarrollo. En pocos, muy pocos años, se ha pasado por completo a una nueva concepción del préstamo, que deja muy atrás las antiguas ideas paternalistas y, por supuesto, las antiguas ideas absolutistas o imperialistas.

Antes se veía en un préstamo, fuese en forma de empréstito o de préstamo propiamente dicho, una especie de favor, de gracia, que concedía al país prestamista unos derechos morales y materiales lindantes con la enajenación de la soberanía del prestatario. Una mala herencia de ciertas costumbres nacidas en Europa parecía justificar el empleo de la fuerza para cobrar una deuda, y la historia de América está llena de penosas páginas de violencia y de coacción perpetradas a impulsos del interés económico.

En cuanto América creció en el orden de las ideas políticas propias, surgió allí la rebeldía frente a esas malas tradiciones. Hubo un momento en que se vivía bajo el constante temor de que Inglaterra enviase su escuadra a cobrar un empréstito o a defender la propiedad de un súbdito en tierra extranjera. Luego, cuando, principalmente a partir de 1910, fueron los Estados Unidos sustituyendo a Inglaterra en aquella posición predominante en materia de inversiones y posesión de valores en Iberoamérica, la costumbre de cobrar a la fuerza se hizo aún más evidente y más agresiva por parte de Norteamérica. Ni la Doctrina Drago, ni otras calorizadas por pueblos iberoamericanos necesitados de defenderse, eran barrera suficiente para la amenaza y la inseguridad. Y lo que ensombrecía más el cuadro era que, en la mayoría de los casos, por no decir que en todos, a la injusticia del procedimiento se añadía lo inhumano de querer cobrar lo que ya se había cobrado, directa o indirectamente, pero cobrado con creces. ¿Cuánto había pagado el empréstito tal por concepto de intereses y de principal, o cuánto produjeron los privilegios otorgados a cuenta del préstamo tal? Algunas concesiones dadas con carácter de monopolio para establecer una supuesta «reciprocidad», ¿cuánto producían a través de los años?

No se explicaba nadie, en consecuencia, la aplicación de un determinado «derecho de propiedad», que llegaba hasta autorizar el empleo de las armas contra un país que no había sido otra cosa que víctima. Y todo esto sin contar con la fabulosa sangría del bajísimo precio pagado por las materias primas producidas por Iberoamérica.

La cifra real y positiva con que esa América pobre ha contribuido a formar la enorme riqueza de Norteamérica casi no puede ser especificada en números concretos; pero si se piensa en términos de años y de precios y cantidades de materias primas, intereses de capital, utilidad de inversiones y demás, hay derecho a pensar en miles y miles de millones de dólares. La cantidad es, sencillamente, fantástica. Que no toda la culpa del subdesarrollo pueda ser echada sobre los hombros del capitalismo norteamericano, porque es obvio que otros factores han intervenido también (actitud poco patriótica en algunos países, inmundicia administrativa en otros, etc.), no quita entidad al hecho de que en lógica elemental sea ese capitalismo quien debe pagar en primer término los gastos del desarrollo y de la independencia económica.

Desde los tiempos del New Deal de Roosevelt a nuestros días, una gran evolución mental y práctica ha tenido lugar en los Estados Unidos al respecto de las relaciones económicas con el Sur. Se ha avanzado mucho, es cierto; pero

hay que avanzar más. Hay que cortar otras amarras que aún impiden moverse con libertad y facilidad al gran gigante ahorrado que es Iberoamérica. La numerosa condicionalidad que hoy encarrila los préstamos por unas vías que a la postre conducen a los propios bolsillos del prestamista el grueso de los beneficios, tiene que desaparecer. Desde los transportes hasta los bienes de equipo, todo tiene que ser liberalizado. Para llegar a un desarrollo integral hay que desarrollar también los derechos a la iniciativa, a la programación propia, a la selección y aplicación de planes y de técnicos, según el criterio del país que ha de pagar el préstamo, no según el criterio de quien da el dinero (dinero, a su vez, que proviene en gran parte de los mismos países que luego han de recibirlo como favor y dádiva).

La Alianza para el Progreso, con todo lo que tenía de positivo, no llegó a superar, sin embargo, esa que podemos llamar «última etapa de la prepotencia», y que consiste en dictar a los países no sólo cuáles son los planes que deben aplicar, sino también quiénes serán los técnicos y dónde se comprarán las maquinarias y bienes ligados a esos planes. Mientras los préstamos, por grandes que sean, conserven sabor y valor de un subsidio que el capital norteamericano concede a la industria y a la agricultura norteamericanas a través de los países del Sur, convertidos en clientes forzosos de esto o de lo otro a cuenta de un dinero que se les presta, no será posible ni real una política de verdadero desarrollo.

LOS PUEBLOS FUNDADOS POR PABLO DE OLAVIDE EN EL SIGLO XVIII, HAN CELEBRADO EL BICENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Uno de los grandes hechos del reinado civilizador de Carlos III fue la fundación en 1767 de aquellas poblaciones que, colonizando la Sierra Morena, iban a permitir la expansión de los caminos y de la agricultura en Andalucía.

Es sabido que desde mucho antes de Carlos III ya los reyes de España y los economistas sentían la preocupación por colonizar interiormente al país. Eran muchos los territorios abandonados y existían grandes hiatos o vacíos entre las comunicaciones. Desde la gran sangría de hombres y de mano de obra que se inicia con el descubrimiento de América, España estaba menesterosa de una gran política demográfica de repoblación con vistas al desarrollo de la agricultura. El primer gran movimiento de los Reyes Católicos, una vez terminada la Reconquista, fue el de fomentar la población de aquellas tierras que por mayor nú-

mero de años habían estado deshabitadas o pobladas por elementos no españoles. Y a partir de entonces, unos más, otros menos, todos los reyes laboraron por la repoblación.

Esa política vino a culminar bajo el reinado de Carlos III. El marqués de la Ensenada había dado pasos muy concretos hacia la colonización interior. Desde 1748 comenzó a desarrollarse la gran época de los economistas españoles y surgió en el horizonte una forma de Ilustración que permitiría crecer a España en ideas y en hombres. Todo estaba, pues, prácticamente maduro hacia 1767 para escuchar, por fin, las proposiciones que una y otra vez hiciera a la Corona el coronel alemán don Juan Gaspar Thurrigel, quien ofrecía traer varios miles de familias católicas europeas, procedentes principalmente de Alemania, para colonizar Sierra Morena.

El hombre, para el puesto

En 1725 había nacido en Lima, en el seno de noble familia, Pablo de Olavide y Jáuregui. Fue hombre de precocidad asombrosa. A los diecisiete años se había doctorado en Cánones en la Universidad de San Marcos. Poco después hizo oposiciones a cátedras, y ya a los veintidós años era oidor de la Real Audiencia de Lima y auditor general del Virreinato. Un suceso inesperado, el terremoto limeño de 1746, iba a revelarle como hombre de capacidad insólita en el terreno administrativo. Olavide se destacó de tal manera como organizador ante los daños del seísmo, que su fama llegó a la Corte. Por supuesto, llegó también la acusación de que no había manejado pulcramente los fondos otorgados para reparaciones. Vino a la Corte a defenderse de aquella acusación, lo cual le fue muy fácil, dada su inocencia, y ya no volvió nunca más al Perú.

En la Corte conquistó grandes admiraciones y amistades. Contrajo matrimonio ventajosísimo con una viuda acaudalada y abrió un salón literario, que se convertiría pronto en uno de los focos de actividad ideológica y cultural de la Corte. Las nuevas ideas procedentes de Francia estaban a la orden del día. Olavide las divulgaba y compartía. Su biblioteca era famosa. Tenía un teatro propio en su palacio, y sus veladas literarias cobraron renombre en Europa. Se escribía con Voltaire y otros enciclopedistas.

Uno de sus grandes amigos es el conde de Aranda. Cuando éste sube al poder máximo junto al rey Carlos III, llama a Olavide como a hombre especialmente dotado y capaz de poner en práctica las ideas del nuevo Gobierno. La capacidad del peruano es de tal naturaleza, que entiende los problemas agrarios, esenciales en aquel gran momento de los Floridablanca y los Campomanes, los Páino y los Jovellanos, tan bien como los problemas filosóficos. Y Pablo de Olavide es nombrado nada menos que asistente de Sevilla e intendente de los Cuatro Reinos de Andalucía. Ya se había distinguido en Madrid en 1766, reorganizando el Hospicio, y era tanto lo que se esperaba de él, que el conde de Aranda dijo que se le nombraba como «el salvador de Andalucía». El día 21 de junio de 1767 firmó el rey Carlos III la Real Cédula. Pero, además, recibía Olavide el nombramiento de director de las Nuevas Poblaciones, que se pretendía crear en Sierra Morena.

Las nuevas poblaciones

Desde junio del presente año son frecuentes las fiestas en diversos pueblos de la provincia de Jaén. Son los pueblos de Olavide, que, agradecidos, recuerdan el bicentenario de su nacimiento. Comenzaron las fiestas en el limpio, claro, laborioso pueblo de Guarromán. Allí acudieron los embajadores del Perú, de Austria y de Alemania, embajador del Perú, quien fue nombrado, a recibir los homenajes de la ciudadanía. El además, alcalde perpetuo de Guarromán, iba en su condición de limeño, como Olavide. Los embajadores de Austria y de Alemania iban a recibir el reconocimiento de tantos y tantos descendientes de familias alemanas y austríacas que en ese año de 1767 dieron origen a la actual población. Es muy curioso ver hoy mismo, en esa tierra de olivares y de sol andaluz, niños que llevan apellidos alemanes y austríacos, como sus bisabuelos, pues la población de aquellas colonizaciones fomentadas por Olavide no se ha perdido, no ha emigrado, sino que a través de los siglos ha permanecido allí, trabajando la tierra, la alfarería, la industria que Olavide puso en movimiento para ellos.

Un representante de esta revista recorrió las Nuevas Poblaciones con motivo del bicentenario, y pudo observar el enorme res-

peto que se guarda en todas y en cada una de ellas a Carlos III y a Pablo de Olavide. En julio, ese reconocimiento cobró caracteres nacionales al celebrarse en La Carolina (que fuera capital de las Poblaciones en los tiempos de Olavide y residencia que él compartía con su palacio de Sevilla) festejos, fiestas grandiosas, con la participación de varios señores ministros, encabezados por el de Información y Turismo, don Manuel Fraga Iribarne. Se celebró en La Carolina un sorteo extraordinario de la Lotería Nacional, y la presencia de artistas y periodistas de gran fama contribuyó a dar resonancia nacional a este hermoso hecho, tan lleno de sentido hispanoamericano puro.

Las poblaciones creadas por Olavide en el año 1767 fueron: Guarromán, La Carolina, Navas de Tolosa, Carboneros, Escolástica, Fernandina, Isabela, Arquillos, Santa Elena, Ramblar, Almuradiel, Montiza y otras. Esto, para el grupo con capital en La Carolina, que, como se sabe, fundáronse también en otra zona, entre Ecija y Córdoba, los pueblos que tenían capital en La Carlota y contaban con núcleos como San Sebastián de los Ballesteros, Fuente Palemeca, La Luisiana y otras.

Algunos caracteres de las poblaciones

Pablo de Olavide era hombre de ideas nuevas en lo filosófico como en lo económico. Participó con Campomanes en la redacción del Fuero de las Nuevas Poblaciones y volcó allí el ideario que comenzaba a predominar en los medios del Iluminismo. Muchas de las innovaciones introducidas en el Fuero siguen siendo en la actualidad tema de grandísimo interés en Iberoamérica y en España, pues tocan en la muy viva cuestión de la Reforma Agraria. Las nuevas poblaciones de Olavide se creaban de espaldas a la Edad Media, sin vinculaciones, sin mayorazgos, sin manos muertas, y con escuelas primarias de asistencia obligatoria. Pero iba más lejos su ideología humana y de carácter popular: se suprimía la Mesta privilegiada, y en general todo privilegio, y se especificaba que no podía haber allí ni ganaderos que no fuesen agricultores, ni agricultores que no fuesen ganaderos; se creaban los pastos de común aprovechamiento, las dehesas boyales para las yuntas de labor, la absoluta prohibición de hipotecar, enajenar o dejar de cultivar las tierras, etcétera. Y todavía, como si todo eso fuese poco, las Nuevas Poblaciones de Olavide salían al paso del viejo problema del latifun-

dio, tan actual, decretándose que las tierras eran «inacumulables», no estando permitido juntar, ni aun por matrimonios, dos o más hacienda. Una de las pasiones ideológicas de Olavide, como de todo el «equipo» de Carlos III, era ligar el derecho de propiedad de la tierra al cultivo de ésta (lo que Felipe II llamaba ya «mora y laboreo»), así como perseguir severamente el absentismo y la falta de solidaridad entre los productores. La existencia de hornos comunes de molinos y de tierras de patrimonio de propios con prestación vecinal se unía a la creación de fábricas como las de cerámica, que aún encontramos en la zona. Olavide pensaba en todo: en la cultura, en la industria, en la ganadería, en la agricultura moderna y en la propiedad familiar de la tierra.

La obra sobrevive al hombre

Por una serie de motivos, apenas pudo desplegar Olavide su prodigiosa actividad más allá de ocho años consecutivos. Desde 1769 comenzaron en firme las persecuciones, que terminarían por enviarle al Tribunal de la Inquisición. En cuanto cayó Aranda, su protector y amigo, las mallas de la intriga cerráronse sobre él. Fue condenado, por la Inquisición a seis años de prisión en un monasterio, del cual se escapó apenas transcurridos veinte meses. Su fuga a Francia fue espectacular y sirvió para que se le hiciera allí el recibimiento de un héroe. Voltaire, amigo suyo desde mucho tiempo antes, dijo que si España hubiese tenido veinte hombres como Olavide, su destino cambiaba radicalmente. D'Alembert pronunció el discurso de recepción de Olavide en la Academia de Ciencias. Poco después, cuando la Revolución, Olavide, quien al principio fue muy elogiado y ensalzado, acabó en un calabozo. Allí cultivó en grande sus aficiones literarias. Tradujo los Salmos y redactó una obra filosófica para volver al seno de la religión católica ortodoxa. Fue perdonado, por la Inquisición, entró de nuevo en España, y se retiró a Baeza, en el corazón de las tierras que él colonizara. Murió en Baeza el 25 de febrero de 1803. Sus restos reposan en la iglesia principal de esta ciudad. Su recuerdo no ha desaparecido, como lo demuestran las grandes y sinceras evocaciones de su memoria hechas con motivo de celebrarse en todo lo que fueron las Nuevas Poblaciones de Andalucía el bicentenario de su creación.

CONVENIO TURISTICO ENTRE ESPAÑA Y PERU

Está terminado y próximo a firmarse (posiblemente cuando estas líneas aparezcan publicadas ya lo está) un Convenio Turístico entre la Corporación de Turismo del Perú y el Ministerio de Información y Turismo de España. Es el primer convenio de esta naturaleza entre España y un país hispanoamericano, y a él habrán de seguir, seguramente, otros muchos con distintas naciones iberoamericanas. El Convenio contempla la creación de escuelas de turismo, formación de personal, hostelería, envío de misiones, intercambio de información y de planes turísticos, etc. Para el Perú este Convenio tiene una gran significación en momentos en que se está en la fase de la financiación de los grandes planes turísticos aprobados por la U. N. E. S. C. O., en septiembre de 1966, para la preservación y conservación de los grandes tesoros varias veces milenarios del Perú.

LOS PAISES DE IBEROAMERICA PLANTEAN A ESTADOS UNIDOS LA NECESIDAD DE "DESAMARRAR" LOS CREDITOS CONCEDIDOS PARA DESARROLLO

Por primera vez se ha llevado a debate oficial y público el viejo anhelo de conseguir que un préstamo no sea una obligación que encadene. Se quiere poder comprar en otros países que no sean los propios Estados Unidos.

En la última reunión del C.I.E.S., celebrada a nivel ministerial en Viña del Mar, y de cuyo resultado general damos cuenta en esta misma edición, el tema *vedette* no fue ninguno de los que aparecen recogidos en el denominado «Plan de Viña del Mar». El tema-sorpresa, que cayó como una verdadera catapulta en medio de la delegación norteamericana en la Conferencia, fue el del «desamarre» de los créditos concedidos por los Estados Unidos. (Unos delegados hablaban de «atados»; otros, de «ligados», y otros, de «amarrados». Pero todos querían decir lo mismo.)

Lleva mucho tiempo Iberoamérica queriendo conseguir de los norteamericanos que la concesión de créditos para el desarrollo no lleve implícita, como hasta aquí, la obligación de comprar en los Estados Unidos las maquinarias o artículos de que se trate, ni tampoco la obligación de transportar en medios norteamericanos lo adquirido.

Se quiere, por lo menos, que se pueda comprar en otros países iberoamericanos o de la órbita europea que mantengan comercio importante con el país de que se trate. Se sobrentiende que no se va a ir con un crédito norteamericano a comprar en un país competidor de aquél un artículo que Norteamérica puede vender en condiciones ventajosas; pero en el caso de que un país no competidor venda a mejor precio el artículo o sea un gran comprador, debe autorizarse al país iberoamericano a comprar con el crédito de U.S.A. Esta nación estaría así ayudando también al otro país, y reduciría las obligaciones del prestatario.

Fue tal la impresión causada por la propuesta para modificar el carácter de «amarrados» o «ligados», que el Consejo Interamericano Económico y Social aprobó un proyecto de Chile sobre «desatadura», que consiste en lo siguiente:

Los deseos presidenciales, expuestos en Punta del Este, de que los préstamos fuesen utilizados en los países miembros del Sistema Interamericano, podrían tener mayor significación si los países de América tuviesen mayor facilidad para utilizar los fondos recibidos en el marco de la Alianza. No se considera perjudicial para la balanza de pagos de los Estados Unidos que estos créditos fuesen utilizados de la «manera más expedita», Preconiza entonces tres medidas:

A) Establecer que los préstamos de la Alianza puedan utilizarse en el pago de toda clase de bienes y servicios provenientes de los Estados Unidos.

B) Eliminar efectivamente la exigencia de tipo y nacionalidad de los medios de transporte de bienes adquiridos, por lo menos en aquellos casos en que no hay medios de transporte norteamericanos en que puedan conducirse los bienes adquiridos con los créditos de la Alianza.

Finalmente, se solicita la simplificación del control burocrático para establecer el uso de los fondos y la realización de los proyectos financiados.

Concluye señalando el beneficio que esto acarrearía al desarrollo y la integración de América.

«No podemos comprometernos formalmente, por el momento, dada la situación interna en los Estados Unidos, a "desatar" los créditos acordados a América Latina», manifestó el nuevo secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos, Thomas C. Oliver, al conocer el proyecto chileno.

El jefe de la Delegación norteamericana a la Reunión del Comité Interamericano Económico y Social dio una conferencia de prensa al finalizar los trabajos de la Reunión del C.I.E.S. a nivel ministerial. Constatando a una pregunta sobre la petición de los países latinoamericanos para que se suprima la obligación de invertir en los Estados Unidos los créditos acordados por

este país, Oliver manifestó: «Tendremos que empezar un proceso de consultas en Washington para fijar las modalidades de realización de un tal proyecto.» «Dado el breve plazo que transcurrió entre la Conferencia Presidencial de Punta del Este y ésta del C.I.E.S.—añadió—, no hemos podido todavía empezarlo. Pero debo decir que no es éste el momento propicio, en vista de los problemas interiores que tienen ahora los Estados Unidos.»

Por su parte, los expertos del C.I.E.S. recomiendan al Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso «intensificar sus gestiones ante los Gobiernos de los países desarrollados, dentro y fuera del hemisferio, para conseguir el aumento de los re-

ursos destinados al financiamiento del desarrollo en América Latina».

Recomiendan también «una modificación de todos los sistemas de créditos "ligados", de modo que los fondos de estos préstamos puedan usarse libremente para la compra de bienes y servicios dentro de la región».

Piden, asimismo, que «las condiciones de uso de esos préstamos, en cuanto a procedimientos administrativos de control, clases de bienes y servicios que pueden pagarse con ellos, y las limitaciones por todos los países en el transporte de los mismos, sean simplificados y hechos más flexibles».

Solicitan al C.I.A.P. un análisis sobre los costos que representan los créditos «ligados» de mediano y largo plazo.

TRASCENDENTAL REUNION DE SEPTIEMBRE ENTRE LA A.L.A.L.C. Y EL M.E.C.C.A.

Tendrá en cuenta el «Plan de Viña del Mar»

Para este mes de septiembre está citada una reunión, a la que se le concede singular importancia, entre los dirigentes de la A.L.A.L.C. y los del Mercado Común Centroamericano. Se estima que posiblemente quedarán superadas todas las dificultades de orden teórico que hoy impiden poner en práctica una suerte de fusión previa a la integración completa de América.

La reunión, que se celebrará en Río de Janeiro, tendrá un carácter eminentemente hispanoamericano. Los Estados Unidos serán invitados sólo como observadores, pues progresa la tesis de que la integración iberoamericana es y debe ser un asunto estrictamente iberoamericano. Se ha señalado ya que una integración iberoamericana de tal tipo puede ser tomada por los Estados Unidos al mismo valor que tomó la existencia de Europa cuando el Plan Marshall, es decir, que dejó a los países europeos la elaboración de los proyectos que les interesaban.

Ya se da por sentado, además, que para la reunión de Río de Janeiro se tomarán en cuenta las recomendaciones del denominado «Plan de Viña del Mar», que fue el adoptado como resolución final del Consejo Interamericano Económico y Social, que se reuniera hace dos meses en la bella ciudad chilena.

He aquí, en síntesis, el contenido del «Plan de Viña del Mar», un paso más en el camino de la realización de los acuerdos de Punta del Este:

El «Plan de Acción de Viña del Mar» consta de 24 páginas y comprende siete capítulos principales:

1. Esfuerzo interno, que incluye recomendaciones a los Gobiernos para mejorar sus economías, su desarrollo industrial y la «modernización de su vida rural». A este último respecto, recomienda a los Gobiernos reforzar los mecanis-

mos de planificación y ejecución de la política agrícola y estudiar con urgencia las reformas agrarias de acuerdo con las características de cada país.

2. Financiamiento externo: Recomendar al Comité Interamericano para la Alianza para el Progreso «continuar o intensificar sus gestiones ante los Gobiernos de los países desarrollados, dentro y fuera del hemisferio, y ante las instituciones financieras internacionales, para conseguir el aumento de los recursos destinados al financiamiento del desarrollo en América». Recomendar también una modificación de todos los sistemas de créditos ligados, de modo que los fondos y los préstamos puedan usarse libremente para la compra de bienes y servicios dentro de la región.

3. Comercio exterior: El C.I.A.P. sugerirá las modalidades que pueda revestir la acción coordinada de los países miembros, en negociaciones multilaterales, que tengan por objeto la máxima reducción posible o eliminación de derechos aduaneros, y propondrá a los Gobiernos miembros la oportunidad y conveniencia de iniciar en los foros internacionales pertinentes nuevas negociaciones multilaterales.

Ante esos foros, los países latinoamericanos impulsarán el establecimiento de un sistema general, no recíproco y no discriminatorio, de preferencias para las exportaciones de productos manufacturados o semi-manufacturados desde los países en desarrollo.

4. Integración: El C.I.A.P. convocará a una reunión de representantes gubernamentales de países miembros de la A.L.A.L.C. y del Mercado Común Centroamericano, así como de representantes de países latinoamericanos no miembros de ninguno de estos dos mecanismos, invitándose a un representante de los Estados Unidos en calidad de observador, con

el fin de proceder al estudio de las implicaciones financieras del proceso de integración económica regional.

Serán invitados a participar en dicha reunión, en calidad de asesores, representantes del Banco Interamericano de Desarrollo, de la C.E.P.A.L., de la Organización Europea para el Desarrollo y el Comercio y de otros organismos internacionales.

Dicha Reunión celebrará su primera etapa de labores en Río de Janeiro, en septiembre próximo, y determinará el programa de actividades de manera tal de concluir sus trabajos antes de la próxima reunión anual del C.I.E.S., en Costa Rica.

5. Centro Interamericano de Promoción de Exportaciones: El C.I.E.S. propone la estructuración de dicho Centro para proporcionar a los países en desarrollo los servicios especializados requeridos para identificar y aprovechar nuevas líneas de exportación y fortalecer la colocación en mercados internacionales de los productos latinoamericanos. El Centro funcionará dentro del marco del C.I.E.S. y tendrá un director ejecutivo nombrado en consulta con el C.I.A.P., por un período de dos años.

6. Educación, ciencia y tecnología: Racionalizar las estructuras y procedimientos en este terreno, de acuerdo con los criterios establecidos por los Presidentes en Punta del Este, y utilizar con la máxima eficacia los recursos públicos destinados a educación. Preparar proyectos de instituciones ultimacionales de capacitación e investigación en ciencias y tecnología para postgraduados.

7. Desarrollo social: Mejorar la distribución del ingreso con una política de salarios efectiva, que se concrete en el aumento de los ingresos reales en el marco de políticas destinadas a estimular el desarrollo y conseguir la estabilidad.

FUE INAUGURADO EN ROMA EL INSTITUTO ITALO-LATINOAMERICANO

Con la asistencia de las máximas figuras de la vida pública italiana, y en presencia del Cuerpo diplomático iberoamericano, quedó solemnemente inaugurado en junio último el Instituto Italo-latinoamericano, de Roma. El Presidente de la República, Saragat, y el presidente del Consejo, Moro, presidían la concurrencia que escuchó el amplio discurso del señor Fanfani, ministro de Relaciones Exteriores de Italia, quien explicó que el Instituto tiene por meta establecer no sólo las relaciones más estrechas entre Italia y la América Hispana, sino entre ésta y Europa.

El edificio inaugurado es de amplias proporciones y está adaptado para servir los fines de cooperación cultural, científica, estudiantil y económica que forman el programa del Instituto. Al año justo de haber firmado el acta constitutiva del Instituto los representantes de 21 países, ha nacido el organismo. El señor Fanfani, en su discurso inaugural, que fue contestado en nombre de los diplomáticos de América por el señor embajador de Guatemala, dijo como resumen de los empeños perseguidos por el Instituto: «Por primera vez, Italia y las Repúblicas de América Latina, unidas bajo el

signo de la civilización común y de la común esperanza de progreso y de paz, suman sus esfuerzos para promover más intensas relaciones en el campo de la cultura, de la ciencia, de la técnica, de la economía y de las relaciones sociales. El Gobierno italiano no ha querido, sin embargo, crear tan sólo un centro de reunión de Italia con América Latina, sino, también, un centro de actividades para facilitar las relaciones entre Europa entera y la América Latina.»

La prensa italiana, que dedicó gran espacio a la inauguración del Instituto, mencionó entre los invitados a los señores embajadores de España, Estados Unidos y Rusia. También se ha detallado la amplitud de la gran biblioteca especializada del Instituto, así como el hecho de que en el financiamiento y en el mantenimiento económico de la obra participan los países iberoamericanos. Al amparo del Tratado de la Farnesina, de junio de 1966, funcionará el Instituto. El Gobierno italiano ha cedido para el salón principal un gran cuadro del pintor Pelagio Pelagi (de Bolonia, a caballo entre el setecientos y el ochocientos), que representa a Julio César legislador.

UNA ESCUELA PREFABRICADA DE ESPAÑA, AL PARAGUAY

De acuerdo al ofrecimiento hecho por el ministro español de Trabajo, señor Romeo Gorría, cuando visitó Paraguay, en el sentido de instalar la primera Escuela de Formación Profesional Acelerada, con un director y cinco monitores durante el primer año, se trató últimamente de la construcción del edificio, optándose por el envío por parte de España de una escuela prefabricada, en lugar de la construcción en el propio Perú. Teniendo en cuenta que próximamente estará acabado el buque-escuela que Paraguay encargó a los astilleros españoles, se ha pensado que dicha escuela prefabricada vaya para el Paraguay con el buque una vez terminado, en su primer viaje hacia América. Posiblemente esto tenga lugar en noviembre. Este envío simbolizará dos de los caminos por donde van hoy las realizaciones hispano-paraguayas: buques y escuelas, mar y tierra...

Se celebrarán en Madrid las Jornadas Iberoamericanas de Contabilidad y Administración

El lunes 25 de septiembre quedarán inauguradas en Madrid las Jornadas Iberoamericanas de Contabilidad y Administración, promovidas por el Consejo Superior de Colegios de Titulares Mercantiles de España, y a las cuales asistirán representaciones en todos los países de América.

Las ponencias a debatir son las siguientes:

I. «La contabilidad como elemento de gestión al servicio de la empresa».—II. «Análisis de actividades en la administración de empresas».—III. «La contabilidad en su función de representación y medida de los procesos económicos».—IV. «La contabilidad de las empresas y su relación con la contabilidad nacional».—V. «La censura de cuentas».—VI. «Panorama económico y desarrollo profesional».—VII. «El Instituto Técnico de Contabilidad y Administración (I.T.E.C.A.): Su contenido».

Y el programa general de las Jornadas es el siguiente:

Lunes 25 de septiembre: Solemne apertura. Recepción.—Martes 26: Visita de Toledo. Sesión de trabajo.—Miércoles 27: Visita de Madrid. Sesión de trabajo.—Jueves 28: Visita de El Escorial y Valle de los Caídos. Sesión de trabajo.—Viernes 29: Visita de Madrid. Fiesta campera.—Sábado 30: Solemne clausura y cena de gala ofrecida por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid en los jardines del Retiro.



Antiguas Pañerías

Bustillo y Cia.

Socio Sucesor F. Vives

Sastrería a Medida y Confección

MADRID

Plaza Mayor, entre arcos de Toledo y Cuchilleros.-Serrano, 44



A EUROPA, AMERICA O AFRICA

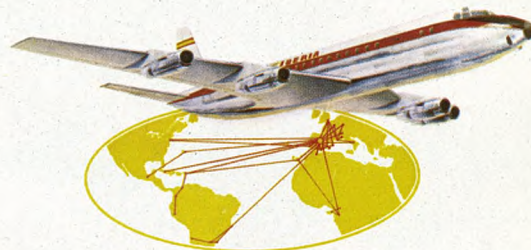


**Cómodamente
por Iberia, donde únicamente el avión recibe más atenciones que usted**

IBERIA le ofrece la tradicional hospitalidad española, junto con la comodidad de vuelo que garantizan sus potentes aviones. A bordo todo resulta confortable, y usted es objeto de un excelente servicio, pero, sin embargo reconocemos que hay quien recibe más atenciones que usted: el avión.

Los comandantes de IBERIA, están magníficamente entrenados y tienen una experiencia de millones de kilómetros de vuelo.

Para reservas o información, consulte con su agencia de viajes o con la Delegación de IBERIA en su localidad.



IBERIA

LINEAS AEREAS DE ESPAÑA



SIEMPRE JOVENES CON VESPA